

LA FLOTA PERDIDA OSADA

«Lo mejor de 'La flota perdida' está, sin duda, en los conocimientos de táctica militar de Campbell y en cómo hace uso de ellos para desarrollar las batallas.»

—Ignacio Illarregui Gárate,
Literatura Prospectiva



JACK CAMPBELL

Lectulandia

La Alianza ha estado inmersa en una guerra imposible contra los Mundos SÍndicos. Ahora, el capitán John Black Jack Geary, de vuelta en la flota después de pasar un siglo en animación suspendida, debe mantenerla un paso por delante de sus despiadados enemigos...

No obstante, después de una serie de fatídicos encuentros, la flota de la Alianza se halla gravemente dañada. ¿Cuál debe ser su siguiente movimiento? Los síndicos empiezan a entender las tácticas de Geary, y según las naves de la Alianza saltan de sistema en sistema, mantener la distancia se vuelve cada vez más difícil. Además, Geary descubre que los síndicos han estado manteniendo en secreto la existencia de otra facción potencial, y ese poder desconocido podría tener los medios para aniquilar a la raza humana...

Osada, el tercer volumen de la serie 'La flota perdida', es un nuevo hito en la carrera de un autor imprescindible en el panorama de la ciencia ficción militar actual. La saga de Jack Campbell es original, oscura y perturbadoramente adictiva.

Lectulandia

Jack Campbell

Osada

La Flota Perdida - 3

ePUB v1.1

elchamaco 19.04.12

más libros en lectulandia.com

ePUB v1.0 Elchamaco 02.04.12

Maquetado.

ePUB v1.1 Elchamaco 19.04.12

Arreglados estilos.

Del original

Título Courageous

Fecha de publicación 2008

De la traducción

Traducción Martín Luna Pérez

Fecha de publicación 03.2011

ISBN 978-84-9800-662-9

Descripción: 320 p. 23x16 cm

Encuadernación: rústic solap.

Materia/s: F - Ficción Y Temas Afines

A David Sherman,
por seguir teniendo fe,
Semper Fi.

Para S., como siempre.

Agradecimientos

Sigo estando en deuda con mi agente, Joshua Bilmes, por sus siempre acertadas sugerencias y su ayuda, y con mi editora, Anna Sowards, por su apoyo y su trabajo de revisión. Me gustaría también agradecerles a Catherine Asaro, Robert Chase, J. G. (Huck) Huckenpohler, Simcha Kuritzky, Michael LaViolette, Aly Parsons, Bud Sparhawk, y Constance A. Warner, sus sugerencias, comentarios y recomendaciones. Gracias también a Charles Petit por su asesoramiento sobre combates espaciales.

Flota de la Alianza

Capitán John Geary al mando (en funciones)

A continuación se presentan las pérdidas sufridas antes de que el capitán Geary asumiese el mando en el sistema nativo síndico.

Los nombres de las naves perdidas en combate están marcados en negrita, con el lugar en el que se perdieron a continuación.

Segunda División de Acorazados

Gallarda

Indomable

Gloriosa

Magnífica

Tercera División de Acorazados

Paladín

Orión

Majestuosa

Conquistadora

Cuarta División de Acorazados

Guerrera

Triunfante (perdida en Vidha)

Vindicta

Venganza

Quinta División de Acorazados

Impávido

Resuelto

Temible

Vengativo

Séptima División de Acorazados

Infatigable

Audaz

Atrevida

Octava División de Acorazados

Incansable

Represalia

Soberbia

Espléndida

Décima División de Acorazados

Coloso

Amazona

Espartana

Custodia

Primera División de Acorazados de Reconocimiento

Arrogante (perdida en Kaliban)

Ejemplar

Aguerrida

Primera División de Cruceros de Batalla

Segunda División de Cruceros de Batalla

Osada
Formidable
Atrevida
Afamada

Leviatán
Dragón
Decidida
Valiente

Cuarta División de Cruceros de Batalla

Intrépido (buque insignia)

Arrojado

Terrible (perdida en Ilión)

Victorioso

Quinta División de Cruceros de Batalla

Invencible (perdida en Ilión)

Resistente (perdida en el sistema nativo síndico)

Furiosa

Implacable

Sexta División de Cruceros de Batalla

Polaris (perdida en Vidha)

Vanguardia (perdida en Vidha)

Ilustre

Increíble

Séptima División de Cruceros de Batalla

Oportuna

Inspiradora

Tercera División de Naves Auxiliares de Alta Velocidad

Titánica

Hechicera

Genio

Trasgo

Treinta y siete cruceros pesados supervivientes en siete divisiones

Primera División de Cruceros Pesados

Tercera División de Cruceros Pesados

Cuarta División de Cruceros Pesados

Quinta División de Cruceros Pesados

Séptima División de Cruceros Pesados

Octava División de Cruceros Pesados

Décima División de Cruceros Pesados

menos

Ingrato (perdido en Kaliban)

Blindado (perdido en Sutrah)

Blasón, Casaca, Ariete y Ciudadela (perdidos en Vidha)

Sesenta y dos cruceros ligeros supervivientes en diez escuadrones

Primer Escuadrón de Cruceros Ligeros
Segundo Escuadrón de Cruceros Ligeros
Tercer Escuadrón de Cruceros Ligeros
Quinto Escuadrón de Cruceros Ligeros
Sexto Escuadrón de Cruceros Ligeros
Octavo Escuadrón de Cruceros Ligeros
Noveno Escuadrón de Cruceros Ligeros
Décimo Escuadrón de Cruceros Ligeros
Undécimo Escuadrón de Cruceros Ligeros
Decimocuarto Escuadrón de Cruceros Ligeros
menos

Veloz (perdido en Kaliban)

Pomo, Honda, Bolo y Asta (perdidos en Vidha)

Ciento ochenta y tres destructores supervivientes en veinte escuadrones

Primer Escuadrón de Destrucciones
Segundo Escuadrón de Destrucciones
Tercer Escuadrón de Destrucciones
Cuarto Escuadrón de Destrucciones
Sexto Escuadrón de Destrucciones
Séptimo Escuadrón de Destrucciones
Noveno Escuadrón de Destrucciones
Décimo Escuadrón de Destrucciones
Duodécimo Escuadrón de Destrucciones
Decimocuarto Escuadrón de Destrucciones
Decimosexto Escuadrón de Destrucciones
Decimoséptimo Escuadrón de Destrucciones
Vigésimo Escuadrón de Destrucciones
Vigesimoprimer Escuadrón de Destrucciones
Vigesimotercer Escuadrón de Destrucciones
Vigesimoquinto Escuadrón de Destrucciones
Vigesimoséptimo Escuadrón de Destrucciones
Vigesimoctavo Escuadrón de Destrucciones
Trigésimo Escuadrón de Destrucciones
Trigésimo Segundo Escuadrón de Destrucciones
menos

Daga y *Venenosa* (perdidas en Kaliban)
Doblefilo, *Estilete* y *Maza* (perdidas en Sutrah)
Celta, *Akhu*, *Hoz*, *Hoja*, *Cerrojo*, *Sabot*, *Pedernal*, *Aguja*, *Dardo*, *Aguijón*, *Lapa* y
Garrote (perdidos en Vidha)
Falcata (perdida en Ilión)

Segunda Fuerza de Infantes de Marina de la flota

Coronel Carabali al mando (en funciones)

1.560 infantes de marina divididos en destacamentos dentro de cruceros de batalla y acorazados.

Capítulo 1

Es posible que el capitán de la nave mercante síndica, que se acercaba al punto de salto hacia afuera del sistema estelar Baldur, estuviese teniendo un buen día, pero solo hasta el instante en el que varios escuadrones de destructores de la Alianza aparecieron por ese mismo punto. Puede que tuviese un par de minutos para plantearse si podría, de algún modo, sobrepasar a los destructores y saltar fuera del sistema para ponerse a salvo, antes de que apareciesen muchos más destructores y de que se materializasen, detrás de estos, escuadrones de cruceros ligeros. Al final, tanto él como su tripulación corrieron hacia la cápsula de escape de la nave mercante en el momento en el que varias divisiones de cruceros pesados, cruceros de batalla y acorazados emergieron del punto de salto.

Las autoridades síndicas del mundo habitable que orbitaba Baldur percibirían la destrucción de la nave mercante y captarían las peticiones de rescate de su tripulación en unas seis horas, más o menos el mismo tiempo que tardaría la luz del punto de salto en llegar a ellos y vieses que la flota de la Alianza había aparecido en su atrasado sistema estelar.

Entonces tampoco ellos tendrían un buen día.

—La *Estocada* y la *Bulawa* nos informan de que la nave mercante síndica ha sido destruida. Se ha detectado una cápsula abandonándola. La *Singhauta* informa de que la boya de gestión automatizada de tráfico que monitorizaba el punto de salto ha sido destruida. —La voz del consultor resonó clara y calma en el puente del crucero de batalla de la Alianza, de nombre *Intrépido*—. No se han detectado campos de minas ni ninguna anomalía sospechosa.

El capitán John *Black Jack* Geary asintió para confirmar estas palabras, su atención estaba centrada en el visor que flotaba ante el puesto de mando. Podría haber sacado de dicha pantalla todos los datos que el consultor le había dado, pero la experiencia le había demostrado que los humanos seguían siendo los mejores filtros para destacar la información importante. Al ocuparse de ello otra persona, Geary podía concentrarse en un panorama más amplio.

—¿Cuál de nuestras naves está mejor posicionada para recoger la cápsula de escape del mercante?

—Un momento, señor. *Hacha de Guerra*, señor.

Geary encontró el control de comunicaciones adecuado sin tener siquiera que buscarlo, y se sintió aliviado al ver que, por fin, dominaba aquel equipamiento del futuro, que tan poco familiar le resultaba.

—*Hacha de Guerra*, al habla el capitán Geary. Recoja la cápsula de escape

síndica. Quiero interrogar a su tripulación.

La respuesta tardó un minuto en llegar, como era natural, ya que el destructor *Hacha de Guerra* se encontraba a unos veinte segundos luz del *Intrépido*. La transmisión tardó unos veinte segundos en llegar a su destino, y la respuesta otro tanto.

—Sí, señor. ¿Dónde debemos entregarla?

—En el *Intrépido* —respondió Geary.

Todavía estaba esperando la confirmación de *Hacha de Guerra* cuando escuchó una fría voz a sus espaldas:

—¿Qué espera sacar de la tripulación de un mercante, capitán Geary? Dudo mucho que el mando síndico les haya confiado información clasificada.

Geary miró hacia atrás y vio a Victoria Rione, copresidenta de la República Callas y senadora de la Alianza, que lo miraba extrañada.

—Esa nave iba a saltar fuera del sistema. Probablemente quiere decir que llegaron a este hace algunas semanas, por lo que no son comerciantes que se mueven solo dentro de él. Seguro que tienen noticias de otros sistemas estelares síndicos. Quiero saber lo que les han dicho sobre esta flota y sobre la guerra en general. También quiero ver si podemos averiguar algún rumor que hayan escuchado en sus viajes.

—¿Cree que esa información puede ser valiosa? —preguntó inquisitivamente Rione.

—No lo sé, pero si no lo intento, tampoco lo sabré, ¿verdad?

Ella asintió, sin dar pista alguna sobre lo que pensaba. Tampoco es que a Geary le extrañase. Él y Rione habían sido amantes durante unas semanas, en el sentido físico de la palabra, pero ella se había mostrado distante desde que abandonaron el sistema estelar Ilión, y todavía no sabía por qué.

—Entonces quizá debería entregarle los prisioneros a la *Vindicta* —dijo Rione—. Es el acorazado con las mejores dotaciones para interrogatorios de la flota, o eso he escuchado.

La capitana Tanya Desjani, que estaba sentada a un lado de Geary, se giró bruscamente y dijo en un tono frío:

—El *Intrépido* posee unas excelentes dotaciones para interrogatorios, por lo que el capitán Geary disfrutará de todo lo que necesite. —Desjani no iba a permitir que alguien insinuase que había una nave mejor en la flota que la suya.

Rione observó de forma impasible a la oficial al mando durante un momento y luego inclinó ligeramente la cabeza.

—No pretendía insinuar que el *Intrépido* no pudiese llevar a cabo la misión de forma eficaz.

—Gracias —respondió Desjani, con una voz ni un ápice más cálida.

Geary intentó no poner mala cara. A Desjani y Rione parecía quedarles poco para

llegar a arrancarse los ojos desde lo de Ilión, y tampoco había sido capaz de averiguar la razón. Ya tenía suficiente con tener que preocuparse por la flota síndica como para tener también que ponerse a adivinar por qué dos de sus mejores consejeras se llevaban mal. Volvió a concentrarse en el visor, donde los sensores le avisaban de que había nueva información. Luego farfulló entre dientes.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó Desjani, a la vez que centraba sus ojos en la pantalla—. ¡Oh, mierda!

—Sí —asintió Geary. Sabía que Rione estaba escuchando, preguntándose qué pasaba—. Hay otra nave mercante síndica llegando al punto de salto al otro lado del sistema. Tendrá tiempo de vernos antes de saltar e informará a las autoridades síndicas de otros lugares.

—Menos mal que no pensamos quedarnos aquí —añadió Desjani—. En Baldur no hay nada útil. Solo es un sistema estelar de segundo rango.

Geary asintió con la cabeza. Sus pensamientos retrocedían en el tiempo, cien años antes de la guerra; antes de luchar en una batalla desesperada contra el primer ataque sorpresa síndico; antes de escapar por los pelos lanzándose en una cápsula de salvamento dañada para ir a la deriva durante un siglo en hibernación para poder sobrevivir; antes de encontrarse de repente al mando de una flota cuya supervivencia dependía de él. Antes, cuando era solo John Geary, un simple oficial, no el héroe mítico *Black Jack* Geary, que, según los descendientes de la gente a la que había conocido, era capaz de conseguir cualquier cosa.

—La gente solía ir a Baldur antes de la guerra —dijo absorto en sus pensamientos—. Turistas, incluso de la Alianza.

Desjani lo miró sorprendida.

—¿Turistas? —Después de un siglo de guerra encarnizada, la idea de realizar viajes de placer a lo que había sido territorio enemigo durante toda su vida le parecía incomprensible.

—Sí. —La mirada de Geary se desvió hacia la ventana del principal mundo habitado—. Hay paisajes espectaculares ahí abajo. Incluso después de haber colonizado tantos planetas, ahí hay algo único; uno tiene que haber estado allí para comprenderlo. Bueno, es lo que todos decían.

—¿Algo único? —preguntó Desjani, mostrando claramente sus dudas.

—Sí —repitió Geary—. Vi una entrevista que le hicieron a alguien que había estado allí. Dijo que tenía algo increíble, como si los antepasados volvieran a tu lado mientras miras a tu alrededor. Puede que sucediese algo, al fin y al cabo, Baldur no tiene puerta hipernética.

Luego dirigió su mirada hacia Desjani, que seguía desconcertada, pero también, como de costumbre, dispuesta a creer a aquel hombre, de quien pensaba que había sido enviado por las mismísimas estrellas del firmamento para salvar la Alianza.

Ella señaló su visor.

—¿Entonces prefieres que no bombardeemos el planeta principal?

Geary casi se emocionó. Después de un siglo intercambiando atrocidades con los síndicos, incluso los oficiales de la Alianza podían mostrar bastante sangre fría.

—Sí —consiguió decir finalmente—. Si es posible.

—Muy bien —respondió Desjani—. Las instalaciones militares parecen ser básicamente orbitales, por lo que, aunque tengamos que destruirlas, no será necesario bombardear la superficie.

—Perfecto —asintió Geary con sequedad.

Luego se recostó en su sitio y trató de tranquilizarse. Se había alterado desde que la flota entró en Baldur.

—Avistados combatientes síndicos orbitando el tercer planeta —anunció el consultor de combate del *Intrépido* en el momento oportuno—. Localizado otro combatiente síndico en un puerto espacial que orbita el cuarto planeta.

Geary, esperando que no se notase su agitación al escuchar aquella información, con su teleobjetivo acercó la imagen de las naves enemigas. Puesto que no las habían detectado antes, debían de ser más bien pequeñas. Y así era.

—Tres corbetas de níquel obsoletas y un crucero ligero más viejo incluso.

Geary se percató de que el crucero todavía era más antiguo que él. *Aquí estamos los dos, luchando en una guerra durante más tiempo del que cualquiera de los dos hubiera pensado. Bueno, por lo menos es probable que esté en mejor estado que esa vieja nave.*

—Se encuentran a cinco horas y media luz —le confirmó Desjani—. Orbitan entre el tercer y el cuarto planeta. Tardarán en detectarnos otras cinco horas aproximadamente. —Sonrió—. Es evidente que no nos esperaban.

Geary respondió con otra sonrisa. Se sintió liberado. Cada vez que la flota realizaba un salto, tenía que preocuparse por si les tendían una emboscada. La única manera de evitarlo era que el mando síndico no supiese adónde se dirigían. El hecho de que ni siquiera hubiese naves de vigilancia apostadas cerca del punto de salto de Baldur quería decir que a los síndicos ni se les había pasado por la cabeza que la flota de la Alianza fuese a aparecer por ahí, o por lo menos que no habían pensado en ese sistema como posible destino con el tiempo suficiente como para enviar una nave con el aviso.

—Lo más probable es que escapen. Si no lo hacen, quiero un análisis de lo que podrían estar custodiando.

—Sí, señor —asintió Desjani, y al instante realizó un gesto hacia uno de los consultores—. ¿Algo más, señor?

—¿Qué? —Geary se percató de que estaba mirando la pantalla con mucha atención, por lo que intentó parecer tranquilo—. No.

Sin embargo, Desjani había adivinado a qué se debía su preocupación.

—Parece que la flota guarda formación.

—Sí, eso parece. —Si alguna de sus unidades más alejadas decidía cargar contra los síndicos, el *Intrépido* tardaría casi medio minuto en darse cuenta. Sin embargo, parecía que todos estaban manteniendo la formación—. Quizá lo que intento enseñarles a nuestros oficiales sobre la disciplina en combate está dando realmente sus frutos. —Qué pensamiento tan alentador.

Pero Rione no tardó en volver a ponerle los pies en la tierra.

—También es posible que estén manteniendo la formación porque el enemigo síndico está compuesto por cinco naves situadas a cinco horas y media luz. Incluso aunque acelerasen al máximo, les llevaría un rato largo interceptarlos.

Desjani miró a Rione con semblante frío mientras simulaba en el sistema de navegación la maniobra.

—Si los síndicos mantuviesen su curso sin escapar, interceptarlos requeriría unas veinticinco horas en aceleración y deceleración máxima —anunció Desjani a regañadientes—; pero puedo asegurarle, señora copresidenta, que si actuásemos como lo hacíamos antes de que el capitán Geary tomase el mando, ya habría naves en camino.

Rione sonrió ligeramente y asintió con la cabeza.

—No pongo en duda sus palabras, capitana Desjani.

—Gracias, señora copresidenta.

—No, gracias a usted, capitana.

Geary agradeció por un instante que sus oficiales no desenvainasen sus espadas ceremoniales. Por la expresión en los ojos de Desjani, Rione también debería estar agradecida.

—De acuerdo entonces —dijo en voz alta con el fin de distraer a ambas—. Por lo que parece, este sistema estelar no está en absoluto preparado para nuestra llegada. Eso significa que tenemos la oportunidad de intimidarlos si actuamos sin cometer estupideces.

Desjani asintió al momento, y un poco más tarde Rione hizo lo mismo.

—Capitana Desjani, por favor, transmita a todas las instalaciones síndicas el aviso de que esta flota responderá con toda su fuerza ante cualquier ataque o acción en contra de la misma.

—Sí, señor. ¿Quiere que lo nombre al final del mensaje?

—Sí. —Geary nunca se había planteado que su nombre inspirase miedo, pero, por lo que parecía, incluso en el bando síndico había gente que creía en Black Jack, el legendario héroe de la Alianza.

Victoria Rione volvió a tomar la palabra.

—Sus mensajes suelen ser más largos.

Geary se encogió de hombros.

—Estoy probando algo nuevo. Seguramente no tengan ni idea de lo que pretendemos, por lo que estarán alerta y preocupados. Quizá sea suficiente como para que permanezcan quietos sin meterse con nosotros. *Claro que tampoco es que yo esté planeando hacer otra cosa que no sea ir al siguiente punto de salto.*

Luego comenzó a estudiar el visor, observando el camino que lo llevaría al punto de salto de Wendaya, avanzando a través de un largo arco sobre el plano del sistema estelar Baldur. La flota no tendría que pasar cerca de ninguna instalación síndica, y estos últimos no poseían nada en el sistema para perseguirlos.

Todo parecía tan perfecto que a Geary le entraron dudas, como si no estuviese dispuesto a creer que no existía la más mínima amenaza.

No obstante, y pese a todo, no parecía que hubiese ningún problema. Al final volvió a relajarse, reflexionó sobre la información de la que disponía, y luego puso la nave en modo informe de errores. No había mucha información que intercambiar durante el espacio de salto, pero desde el preciso instante en que había llegado allí, no había parado de llegar información al *Intrépido* sobre el estado de cada una de las naves. Si Geary lo hubiera deseado, podría haber averiguado el número exacto de tripulantes que tenían dolor de cabeza en cada una de las naves en ese mismo momento. Había conocido a comandantes que se concentraban en asuntos como ese, esperando que, de algún modo, la flota se dirigiese a sí misma mientras ellos se ocupaban con ahínco de detalles triviales por el estilo.

Sin embargo, lo que él hacía no era trivial. Geary no pudo evitar suspirar al ver uno de los informes principales. Luego dirigió su mirada hacia las personas que se encontraban en el puente.

—Logística —le dijo de forma concisa a Desjani.

Ella, en respuesta, asintió con la cabeza.

—El *Intrépido* también se está quedando por debajo de la reserva de combustible recomendada.

—Eso ya lo sabía, pero no me había fijado en cuántas de las demás naves estaban al mismo nivel, o incluso en uno más bajo. —Geary sacudió la cabeza con un gesto de reprobación—. Y hemos gastado mucha munición, además de muchas minas en Sancere y en Ilión. Por si fuese poco, las reservas de misiles espectro andan bastante bajas en la mayoría de las naves. —Volvió a recostarse, y suspiró larga y tranquilizadamente—. Gracias a las estrellas del firmamento que tenemos las naves auxiliares. Sin ellas, que pueden fabricar nuevo armamento y células de combustible, hace varios sistemas estelares que esta flota habría quedado atrapada y desamparada.

Eso simplificaba sus planes de atravesar el sistema estelar Baldur. Tendrían que mantenerse unos cerca de otros, gastar el mínimo combustible posible, evitar usar el armamento, y conceder a las naves auxiliares el tiempo suficiente como para reponer

las reservas de combustible y munición de las demás unidades.

No obstante, el sentimiento de satisfacción desapareció en cuanto comprobó el estado de las cuatro naves auxiliares de alta velocidad, que eran de alta velocidad solo en la mente de los que las habían puesto ese nombre. Eran difíciles de proteger y muy lentas. Pero las instalaciones autopropulsadas de manufacturación, llamadas auxiliares, eran vitales para poder llevar la flota a casa. Eso siempre y cuando pudiesen proveerla, claro.

—¿Por qué estoy viendo informes críticos que alertan sobre escasez en las auxiliares?

Geary reflexionó en un tono de voz más alto de lo normal.

—Saquemos Sancere para conseguir todas las materias primas que pudiésemos necesitar. Se supone que los almacenes de las auxiliares deberían estar a rebosar.

Desjani frunció el ceño y comprobó las cifras por sí misma.

—Según los informes, todas las auxiliares deberán detener pronto la producción de células de combustible debido a la escasez de materiales básicos, pero no tiene sentido. Las auxiliares cargaron un montón de algo en Sancere.

La situación parecía demasiado buena para ser cierta y, por supuesto, no lo era. Geary, maldiciendo para sus adentros, contactó con el buque insignia de la división de auxiliares. La *Hechicera* estaba a unos quince segundos luz de distancia, lo que causaba un retardo bastante molesto mientras el mensaje se dirigía hacia la otra nave a velocidad luz, y regresaba. Solo en las vastas extensiones del espacio la luz parece lenta.

Finalmente, apareció la imagen de la capitana Tyrosian, con el aspecto de alguien que tiene que dar malas noticias. Sin embargo, todo lo que dijo fue:

—Sí, señor.

Al menos, el retardo le había dado a Geary el tiempo suficiente para plantear la cuestión de forma diplomática.

—Capitana Tyrosian, estoy viendo los informes del estado de sus naves, y todos ellos muestran una falta preocupante de materiales básicos.

Se sucedió otra pausa. Al final, la imagen de Tyrosian sacudió la cabeza, lamentándose:

—Sí, señor, así es.

A Geary se le escapó una mueca al ver que la respuesta de Tyrosian no era precisamente alentadora.

—¿Cómo es posible? Pensé que todas las auxiliares habían repuesto sus reservas con materias primas en Sancere. ¿Cómo puede ser que nos hayamos quedado sin ellas en tan poco tiempo?

Los segundos pasaron lentamente, demasiado lentamente como para ignorarlo, pero a la vez demasiado rápido como para permitir, al tiempo, hacer otra cosa.

Tyrosian sacudió de nuevo la cabeza, mostrándose esta vez más compungida aún.

—Los informes son correctos, capitán Geary. He estado intentando averiguar cuál es el problema. Estoy casi segura de que se debe a las listas que proporciona el sistema automático de logística.

Hubo otra pausa. A Geary le costó evitar golpear el brazo de su asiento a causa de su frustración.

—¿Cómo puede el sistema automático haber cometido semejante error a la hora de calcular los suministros que las auxiliares necesitarían para elaborar bienes tan básicos para la flota? ¿Siguieron sus naves las recomendaciones del sistema de logística?

Geary pasó el rato que tardaría en llegar la respuesta imaginando lo que podría hacer con la capitana Tyrosian por haber incurrido en tal falta. Y tampoco es que le ayudase a tranquilizarse el hecho de que la capitana probase la vieja creencia de que los ingenieros no son precisamente los mejores a la hora de comunicarse verbalmente. La capitana procedió a explicárselo de forma que dejaba en el tintero información básica, como si esperase que él tuviese los mismos conocimientos que ella.

Cuando le tocó responder, Tyrosian habló como hablan los ingenieros cuando exponen sus valoraciones profesionales:

—Seguimos las recomendaciones. Esa es la causa del problema, capitán Geary. El sistema nos proporcionó recomendaciones erróneas.

Geary vaciló, desconcertado ante aquella afirmación, a pesar de que su enfado era cada vez mayor.

—Explíqueme eso. ¿Cómo es posible que el sistema les diese recomendaciones erróneas? ¿Me está diciendo que, de algún modo, han saboteado el sistema y que por eso no ofrece información fiable?

Las implicaciones eran muy serias. Si el sistema automático de logística que ayudaba a la flota dejaba de ser fiable, o había sido *hackeado* de algún modo, la flota quedaría tan lastrada como si se hubiesen quedado sin combustible o sin armamento.

No obstante, Tyrosian negó con la cabeza al responder:

—No, señor. No ha sido saboteado, ni le pasa nada al sistema de logística. Funciona exactamente como debería. El problema reside en las previsiones del sistema con respecto a las necesidades de la flota. —Tragó saliva, claramente incómoda, y continuó con su informe—: El sistema basa nuestras futuras necesidades en pronósticos de uso y pérdidas. Esos pronósticos, a su vez, se basan en patrones históricos. —Tyrosian hizo una mueca—. Bajo su mando, la flota no ha experimentado usos de munición ni pérdidas navales según esos patrones, por eso el sistema de logística previó que habría menos naves que necesitasen reponer suministros y, por lo tanto, se requeriría menos munición y menos células de

combustible.

A Geary le costó un momento entenderlo.

—¿Me está diciendo que debería haber perdido más naves en combate? ¿Qué no debería haber gastado tanta munición o que debería haber maniobrado menos?

Pasaron varios segundos antes de que Tyrosian respondiese.

—Esencialmente, sí. Hemos luchado más de lo normal, y hemos perdido menos naves de las que había previsto el sistema. Los combates han sido más complejos, por lo que se ha necesitado más combustible. También se ha usado más armamento de largo alcance de lo normal. Ninguno de nosotros pensó en que eso cambiaría las necesidades previstas. En consecuencia, el sistema previó una necesidad mayor de materiales para reparar el daño producido durante la batalla y otra menor de suministros para las naves supervivientes. Tenemos más que suficiente para reparar los daños en la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa*, pero nos faltan algunas materias primas usadas en pequeñas cantidades para bienes como células de combustible o misiles espectro.

Maravilloso. Absolutamente maravilloso. Pese a estar acostumbrado a las perversidades del universo, le costó entender que tenía problemas porque había estado luchando demasiado bien. Geary miró a Desjani.

—Estamos en problemas porque la flota no ha tenido suficientes bajas en combate.

Para su sorpresa, a Desjani solo le hizo falta un instante para entenderlo.

—Debemos adaptar los sistemas a usted, señor. Debería haberme dado cuenta.

Geary sonrió adustamente. Era como si Desjani aceptase inmediatamente una parte de responsabilidad, tanto si realmente tenía algo de culpa como si no. Justo al contrario que la capitana Tyrosian, que parecía no tener nada que ver, y permanecía expectante esperando las órdenes de Geary sin ofrecer ninguna sugerencia.

—Tanya —dijo, usando el nombre de pila de Desjani para destacar la confianza que depositaba en ella—, ¿qué recomienda?

—¿Todas las auxiliares andan escasas de materiales básicos?

Desjani comprobó de nuevo los informes detallados del estado de las auxiliares y puso los ojos en blanco. Estaba claro lo que pensaba de que unos ingenieros dirigiesen naves. La mayor parte del resto de capitanes bajo el mando de Geary estaría de acuerdo.

—Las existencias de esos materiales en la *Genio* son algo superiores a las de la *Hechicera* —observó en voz alta—. Las de la *Trasgo* son un poco inferiores, y las de la *Titánica* son aproximadamente como las de la *Hechicera*.

Geary intentó no pensar en todos los materiales que podían haber cogido en Sancere, en lo fácil que les habría resultado cargar mucho más de lo que precisaban.

—Necesitamos más —concluyó Desjani.

—Ya lo suponía —dijo Geary intentando no sonar desagradable ante la obviedad de la observación de Desjani—. ¿Cómo podemos conseguirlos?

Desjani señaló hacia el visor del sistema.

—Los síndicos tienen minas en este sistema estelar. Seguramente tienen lo que queremos.

Geary sonrió al sentirse liberado de repente. *Mi cabeza aún estaba en Sancere. Gracias a nuestros antepasados que tenemos a Desjani en Baldur.*

—Señora copresidenta —comenzó a decir.

Ella se adelantó a la pregunta y dijo, frunciendo el ceño:

—Ya nos hemos enfrentado a sabotajes síndicos antes, capitán Geary. Podría ser un grave error pedirles los materiales, incluso dejar que sepan que los necesitamos. No creo que podamos contar con la diplomacia en este caso.

Geary reflexionó un momento y después se giró hacia la pantalla en la que esperaba la imagen de Tyrosian. La capitana de ingeniería estaba visiblemente nerviosa pero preparada para la reprimenda, o incluso algo peor, que probablemente esperaba. La imagen hizo que Geary se calmase un poco. Quizá Tyrosian no fuese la oficial más lista ni la más capaz de la flota, pero conocía su trabajo, sabía de ingeniería y cumplía bien su tarea. No había previsto el problema, pero también es verdad que los sistemas automáticos crean dependencia en sus usuarios. Es algo que todo el mundo sabe. Al menos tenía suerte de que Tyrosian fuese capaz de identificar el problema, en lugar de, simplemente, aferrarse a los datos erróneos del sistema de logística.

Geary se obligó a mostrar confianza en ella, como si nunca hubiese dudado de su capacidad para ocuparse del asunto.

—Vale, en resumen, todas nuestras naves auxiliares se enfrentan a una escasez seria de materias primas básicas. A menos que consigamos materiales pronto, tendremos que detener la producción de componentes vitales. ¿Hay materias primas disponibles en este sistema? —Al recordar el retardo cada vez más molesto en las respuestas, añadió—: ¿Podría haber algo disponible en algún lugar de la zona de actividad minera que hemos detectado?

Unos treinta segundos después vio que la cara de Tyrosian casi se iluminaba.

—Sí, señor. Los sensores de la flota ya han detectado y analizado la actividad minera en los asteroides y las cercanías de los gigantes gaseosos. El lugar más adecuado para encontrar lo que necesitamos es... eh..., es este punto en la cuarta luna del segundo gigante gaseoso.

Apareció una segunda ventana, en la que se mostraba el lugar que Tyrosian había señalado.

—¿Qué opina de exigir a los síndicos que nos entreguen lo que necesitamos?

Tyrosian se alarmó de forma evidente.

—Eso no sería prudente, señor. Sabrían por qué necesitamos esos materiales en particular. Son elementos traza, encontrados y usados en pequeñas cantidades. Los síndicos podrían contaminar o destruir fácilmente las reservas existentes, puesto que no serían demasiadas.

La situación no hacía más que mejorar. Geary volvió a dirigir sus ojos hacia la pantalla. Tenía que saquear las instalaciones síndicas por sorpresa, lo cual le resultaría bastante más fácil si los síndicos no pudiesen ver a cada una de las naves de la Alianza acercándose durante días antes de llegar a su objetivo.

—¿Hay algo más que deba saber, capitana Tyrosian? ¿Algo más que necesiten las auxiliares? ¿Algún problema que pudiese impedirles producir células de combustible o munición para la flota?

Tampoco es que quisiese escuchar más malas noticias, pero las cosas no iban a mejorar porque las ignorase. De hecho, si ignoras las malas noticias, la situación suele empeorar.

Tyrosian negó con la cabeza.

—No, señor, nada más que yo sepa. En el peor de los casos, haré que cada departamento de las auxiliares se ocupe de realizar previsiones, solo para asegurarnos.

—Bien.

¿Qué debería hacer con Tyrosian? Se había equivocado totalmente y había dejado que Geary lo descubriese en vez de contárselo. Ese error había expuesto a la flota a un riesgo mayor, y con esta huyendo a través del espacio profundo síndico, aumentar el riesgo era bastante complicado.

No obstante, había hecho un buen trabajo, o por lo menos uno decente, hasta el momento. Además, ¿a quién pondría en su puesto si la relevase? El capitán de la *Titánica* mostraba una muy buena actitud, pero todavía era joven e inexperto. En una flota en la que el honor y la jerarquía tienen tanta importancia, ascenderlo y ponerlo al mando de las auxiliares causaría bastante resentimiento, y ni siquiera había garantías de que pudiese cargar con esa responsabilidad tan pronto. El capitán de la *Trasgo* poseía una hoja de servicio destacable para lo mediocre que era. El oficial al mando de la *Genio* hacía poco que había asumido ese cargo después de que relevase a su predecesor. Y su predecesor, el capitán Gundel, había mostrado un desinterés tan descarado por atender las necesidades de la flota que podría estar perfectamente sirviendo a los fines del enemigo. Así, había sido apartado en alguna pequeña oficina de la *Titánica*, bajo la orden de producir un estudio exhaustivo de las necesidades de la flota, con el único objetivo de que dejase de molestar a Geary, incluso aunque tardase años en llegar a casa.

Recordar a Gundel hacía más fácil la toma de decisiones. Tyrosian podía no ser perfecta, pero todas las alternativas parecían peores. *Y, qué coño, por lo que sé, lo ha*

hecho lo mejor que ha podido.

—Capitana Tyrosian, lamento que nos tengamos que enfrentar a esta situación, y hubiese preferido que me informase de esto antes, pero ha analizado la causa del problema y confío en que esté tomando las medidas necesarias para que no se repita.

Al menos estaba seguro de que tomaría esas medidas en cuanto le escuchó mencionarlo.

—Necesito la mejor estimación que pueda hacer de nuestras necesidades, y quiero un equipo de ingenieros preparado para tomar tierra en cualquier instalación minera síndica y evaluar las reservas. Ponga a punto lo que le acabo de decir.

Tyrosian parpadeó, sorprendida.

—Sí, señor.

¿Se había dado cuenta de que corría el riesgo de ser relevada? Probablemente. Puede que no fuese de sus mejores oficiales, pero era suficientemente buena como para entender el concepto de responsabilidad. Al contrario que sus peores oficiales. Ojalá los más idiotas estuviesen dispuestos a presentar su dimisión cuando cometiesen errores importantes. Ahora, por supuesto, no lo harían, ni siquiera aunque se percatasen de que habían cometido un error garrafal. Esa era una de las razones por las que eran idiotas.

Geary apoyó a Tyrosian con otra muestra de confianza.

—También necesito un plan de reabastecimiento y reposición del combustible de la flota con el que las auxiliares puedan producir por el camino, priorizando las naves que tengan el nivel más bajo de reservas de combustible y de munición.

—Sí, señor, sin problema. ¿Se podría ajustar la formación de la flota para ello?

—Sí. Quiero que el reabastecimiento se realice tan pronto y tan eficientemente como sea posible.

—Así se hará, señor —afirmó Tyrosian. Luego vaciló un instante—. Lo siento, señor.

Geary también titubeó un momento. Esta vez, mientras asentía con la cabeza, estaba seguro de que su expresión era sincera.

—Gracias, capitana. Ya lo sabía. Por eso sigue al mando de la *Hechicera* y de la división de auxiliares, y por eso confío en que va a realizar un buen trabajo en ambos cargos.

En cuanto desapareció la imagen de Tyrosian, cerró los ojos durante un instante, deseando haber manejado bien el asunto, e intentando averiguar si realmente quería decir lo que había dicho, o si solo había entrado en el juego político. Mostrarle una apariencia falsa al enemigo podía jugar un papel tan importante a la hora de vencer como las divisiones de acorazados. No era algo que le importase demasiado. No obstante, cuando tenía que hacer lo mismo con sus oficiales, no había conseguido que le resultase tan fácil. ¿Creía realmente en Tyrosian o solo la veía como la menos mala

de las opciones? Y aunque así fuese, ¿de qué serviría decírselo?

Venga, deja de darle vueltas. Hay trabajo que hacer. Los ojos de Geary se abrieron y volvieron al visor, que mostraba el sistema estelar Baldur. No estaba seguro de cómo iban a poder conseguir las materias primas de los síndicos, pero sí de quién tendría que hacerlo. Al rato, apareció la imagen de la capitana de los infantes de marina.

—Coronel Carabali, tengo una tarea para sus tropas.

Ahí vamos otra vez. Geary se preparó, y entró en la sala en la que se reunía con los capitanes de la flota. No era demasiado grande. En la mesa que había dentro solo había espacio para unas doce personas sentadas cómodamente. Sin embargo, el software de conferencias virtuales de la flota hacía que tanto la sala como la mesa pareciesen suficientemente grandes como para albergar a todos los capitanes de la flota. Pese a haber aguantado numerosas reuniones allí, Geary todavía no sabía si era una bendición o una maldición.

Se sentó a la cabeza, mirando a ambos lados. Aparentemente, cerca de él se sentaban los oficiales de mayor rango, dispuestos de forma lineal en orden decreciente, de modo que en el lado opuesto se situaban los comandantes de menor rango. Solo había otra persona físicamente presente en la sala, la capitana Desjani, que parecía tan poco entusiasmada con la reunión como el mismo Geary, aunque a este último se le notaba menos.

La ausencia del capitán Numos y de la capitana Faresa, que se sentaban cerca de él y eran como una piedra en el zapato, tampoco lo tranquilizaba demasiado. Los antiguos oficiales al mando de la *Orión* y la *Majestuosa* estaban arrestados, pero incluso así eran una constante fuente de molestias. A Geary le bastaba con ojear la mesa para percibir unas miradas que, o bien se mostraban cautelosas, o bien escondían las opiniones que pudiesen tener. Por suerte, también había oficiales que evidenciaban una casi adoración, aunque le resultase desagradable, hacia *Black Jack* Geary, de igual manera que otros creían menos en su leyenda y más en el hombre que había llevado la flota tan lejos. Y él tampoco ayudaba precisamente, ya que se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que cometiese un error tan grave que hiciese que toda esa fe se esfumase ante la realidad de su falibilidad humana.

—Bienvenidos a Baldur —comenzó diciendo Geary. En cuanto pronunció esas palabras, se dio cuenta de que ese era el título de un famoso documental de hace un siglo. Nadie más reaccionó, por lo que probablemente fue el único en recordarlo. Tampoco es que fuese sorprendente, claro—. Había planeado que fuésemos sobre el plano del sistema hasta el siguiente punto de salto, pero, como de costumbre, los planes han cambiado.

En cuanto Geary presentó ante sí un visor, se escuchó un murmullo de interés en

la gran mesa de reuniones virtuales. En el centro flotaba una representación de la brillante estrella amarilla llamada Baldur, con los planetas importantes que el sistema estelar poseía, y con símbolos que representaban actividad o instalaciones síndicas diseminadas por el sistema.

—Tenemos que hacer una visita a las instalaciones mineras síndicas de la cuarta luna del segundo gigante gaseoso. —Un símbolo aumentó su brillo—. Las auxiliares necesitan reponer algunos materiales básicos, y vamos a sacarlos de ahí. O mejor dicho, nuestros infantes de marina van a hacerlo.

Geary apuntó con su cabeza hacia la imagen de la coronel Carabali.

Carabali, al igual que Geary, fue puesta al mando cuando su superior fue asesinado por los síndicos durante las negociaciones. Por ser una marine, no había dejado que esto le intimidase lo más mínimo cuando trataba con los demás oficiales de la flota. En aquel momento hablaba con la cadencia seca y precisa de un portavoz.

—Nos preocupa que los síndicos puedan sabotear o contaminar las reservas que necesitamos —comenzó a decir.

—¿Por qué? —la interrumpió alguien.

Geary clavó sus ojos en quien lo había preguntado. Era la comandante Yin, como oficial al mando de la *Orión*, una clara protegida del capitán Numos. Yin parecía algo nerviosa, pero aun así también beligerante; una imitación, quizá involuntaria, de la actitud de Numos.

—Si dejase que la coronel terminase su exposición, obtendría la respuesta —afirmó Geary, que se percató de que su voz había sonado más dura de lo que pretendía.

Carabali miró a su alrededor y luego prosiguió.

—Los materiales en cuestión son materiales traza. La flota ha podido confirmar la existencia de las reservas que necesitamos en esas instalaciones mineras después de analizar el informe de tráfico del sistema, y de evaluar lo que podemos ver de dichas instalaciones desde aquí. Teniendo en cuenta que el pequeño tamaño de dichas reservas hace bastante fácil que las saboteen o las contaminen, el capitán Geary me pidió que planease una incursión diseñada para sorprender a los que ocupasen, o posiblemente defendiesen, las mencionadas instalaciones.

Carabali hizo una pausa, y el capitán Tulev, del crucero de batalla *Leviatán*, aprovechó para realizar una pregunta sin malicia, al menos aparentemente:

—¿Sorprenderlos? ¿Cómo vamos a hacer eso?

Entonces fue Geary quien respondió:

—Tenemos que engañar a los síndicos, hacer que confundan nuestras intenciones. Nos verán llegar, pero tenemos que hacer que crean que avanzamos solo para destruir las instalaciones, no para saquearlas.

Manipuló varios controles y aparecieron una serie de arcos sobre la

representación del sistema estelar Baldur, girando de punto en punto entre planetas y asteroides.

—Avanzaremos desde los bordes de Baldur y seguiremos hacia el interior, pasando por encima de las instalaciones síndicas que nos encontremos y destruyéndolas con fuego de lanzas infernales a corta distancia.

Esta vez fue el capitán Casia, del acorazado *Conquistadora*, quien dijo lo que pensaba, poniendo mala cara:

—Eso no tiene sentido. Ni siquiera los síndicos se van a creer que estamos dispuestos a llegar a corta distancia solo para dispararles, cuando, simplemente, podríamos lanzar cargas cinéticas desde lejos.

Geary consultó su información para confirmar lo que sospechaba, que la *Conquistadora* formaba parte de la Tercera División de Acorazados, que también incluía a la *Orión* y a la *Majestuosa*. El capitán Casia no había destacado en anteriores reuniones, quizá eclipsado por la presencia de Numos y Faresa. No recordaba nada que le hiciese pensar que el capitán era como los otros dos, por lo que respondió sin asumir una posición contraria.

—Tampoco sería una locura pensar que a la flota le quedan pocos proyectiles cinéticos. De hecho, nos quedan pocos debido a todas las cargas que utilizamos en Sancere. Además, tampoco existe ninguna amenaza importante en este sistema. En estas circunstancias, tiene mucho sentido conservar las cargas cinéticas y emplear lanzas infernales. Así los síndicos pensarán que nos quedan menos de las que realmente tenemos, lo que nos podría beneficiar de algún modo en el futuro.

Casia se mordió el labio de forma casi imperceptible. Geary pudo atisbar que la imagen del capitán Duellos, de la nave *Osada*, dirigía una mirada desdeñosa, casi de menosprecio, al oficial. Después de un largo rato, que podría atribuirse sin más a la distancia que separaba al *Intrépido* de la *Conquistadora*, Casia negó con la cabeza, sorprendido.

—¿Cómo que nos quedan pocas cargas cinéticas? ¿Qué han estado haciendo las naves auxiliares?

—Fabricar células de combustible, capitán Casia —afirmó Duellos en un tono que hizo ruborizarse al oficial—. Entiendo que prefiere poder maniobrar antes que arrastrarse por el espacio con las reservas llenas de cargas cinéticas, ¿no?

Geary pudo adivinar fácilmente el estatus de Casia dentro de la flota fijándose en la reacción de los demás oficiales. Muchos sonrieron ante el comentario de Duellos, mientras que otros parecieron tomarse a mal tal actitud. Era extraño, sobre todo teniendo en cuenta que Geary no lo recordaba causando problemas en ninguna otra ocasión. ¿Por qué habían decidido los descontentos ponerse de su lado?

Geary golpeó la mesa con el puño con la intención de evitar más comentarios.

—Gracias, capitán Duellos. ¿Tiene alguna otra pregunta, capitán Casia?

—Sí, sí que tengo otra pregunta —repitió para enfatizar sus palabras—. Entiendo que necesitamos esos materiales porque las auxiliares no se han provisto adecuadamente en Sancere. Se ha puesto en peligro a toda la flota, y no se ha hecho nada al respecto.

Hubo una pausa durante la que Geary vio a la capitana Tyrosian ponerse tensa.

—¿Eso es una afirmación o una pregunta? —inquirió.

—Eh... ambas.

—Bien, pues le aseguro —afirmó finalmente Geary— que he tratado este tema con la capitana Tyrosian, y sigue teniendo mi confianza como comandante de la división de auxiliares.

—¿Qué le dijo? —le interpeló Casia.

Geary no pudo evitar poner cara de pocos amigos. De hecho, mantuvo la expresión mientras miraba al oficial. Sabía qué era lo que estaba sucediendo, un tipo de debate que sería impensable en la flota que él había conocido. Ya no consistía solo en discutir los planes que llevar a cabo, sino en desafiar al comandante de la flota e intentar manipular el apoyo con el que contaba. En cualquier momento Casia iba a pedir una votación, empeñándose en que Geary relevase a Tyrosian de su puesto.

Y eso no iba a pasar mientras él estuviese al mando.

—Capitán Casia —dijo en su tono de voz más frío—. No suelo discutir en público las conversaciones privadas que tengo con mis oficiales. Lo que he hablado con la capitana Tyrosian queda entre ella y yo, del mismo modo que lo que hable con usted quedará entre nosotros.

—Merecemos saber qué va hacer al respecto, estar seguros de que va a tomar alguna medida eficaz.

—¿Está usted cuestionando mi autoridad al mando de esta flota, capitán Casia? —preguntó Geary con un tono que resonó en la sala.

Se hizo el silencio durante un rato. Acto seguido, se escuchó al capitán Tulev hablar, casi como si lo hiciese para sí mismo.

—Los síndicos ya han aprendido en Kaliban, en Sancere y en Ilión que el capitán Geary es un comandante bastante eficaz.

Entonces Yin se unió a la conversación, con voz temblorosa.

—La tradición de la flota nos hablan de debate y de consenso entre los capitanes. ¿Qué tiene de malo continuar con esa tradición? ¿Por qué iba a estar el capitán Geary en contra de mantener las tradiciones que han conseguido que esta flota siga luchando?

La capitana Desjani había estado callada hasta ese momento, pero explotó ante el ataque que estaba sufriendo su superior:

—¡El capitán Geary cree en ello firmemente! ¡Nos ha recordado tradiciones que habíamos olvidado!

—¡Él estableció esas tradiciones hace un siglo! —afirmó otra voz. Para sorpresa de Geary, era la comandante Gaes, de la *Loriga*—. ¡Lucha! Y lo que es más importante, ¡sabe cómo hacerlo! ¡Y no ha enviado la flota a ninguna trampa de los síndicos!

La clara referencia al desastre de Vidha detuvo el debate durante unos instantes. Tanto Casia como Yin miraban a la comandante Gaes fijamente, pero a ella no parecía importarle. Después de decidir seguir al capitán Falco con una fuerza rebelde formada por naves de la Alianza, y ver que eran destrozadas en Vidha, Gaes probablemente no toleraría a quien apoyase el tipo de actitudes hacia Geary que los habían abocado a aquello.

Casia negó con la cabeza y dijo:

—Estamos en una posición complicada. La flota no puede permitirse estar a merced de aquellos que se han posicionado como favoritos del comandante, sin importar su valía.

—Suficiente.

Geary vio que todo el mundo se giró para mirarlo fijamente, y dedujo que debió de ser por el tono de su voz, por lo que intentó cambiarlo en un esfuerzo por sonar más como un comandante y menos como un dios encolerizado. Para parecerse menos a Black Jack.

—Capitán Casia, esta flota tiene demasiada experiencia con oficiales incapaces de cumplir con su responsabilidad. No toleraré que alguien así ocupe un cargo importante. ¿Queda claro?

Casia se puso rojo, pero no dijo nada.

—Así pues, ¿tiene intención de acusar a algún oficial de los presentes de no ser competente para comandar su nave?

Sabía que estaba intimidando a aquel hombre, acosándolo, que estaba obligándolo a retroceder. Geary era consciente de ello. No debía usar su autoridad de ese modo. Tenía que liderar a aquellos oficiales, no avasallarlos. Pero en ese instante estaba más que harto y cansado de la política y de los oficiales de alto rango que parecían disfrutar de aquel politiquero incluso cuando ponía en peligro la seguridad de la flota.

—Dígame, capitán —insistió Geary.

Al responder, la voz de Casia sonó ahogada.

—No.

—Soy el comandante de la flota y su oficial superior, capitán Casia.

—Sí... señor.

—Gracias.

Relévalo justificadamente ahora mismo, sin más. Fíjate en Casia con Numos y con Faresa, y con el capitán Kerestes y el loco de Falco, arrastrando también a la comandante Yin. ¿Por qué tengo que seguir aguantando a estos idiotas? A esta flota

le iría mejor si no estuviesen por el medio interfiriendo. Ojalá dejasen de cuestionarme...

Geary emitió un largo y lento suspiro. *Mierda. Esto va mal. ¿Adónde nos podría llevar actuar de ese modo? ¿A cuántos oficiales tendría que echar hasta estar seguro de dejar al mando solo a los que me son leales? Además, una vez echase a los suficientes, los demás no se atreverían siquiera a hablar conmigo, a decirme cuándo estoy equivocado. Entonces esta flota moriría; mis antepasados saben con qué frecuencia cometo errores, con qué frecuencia me equivoco.*

—Coronel Carabali, continúe, por favor.

La coronel asintió como si nada hubiese pasado y siguió con su explicación. No era nada extraordinario ni elaborado. La flota simplemente viajaría a velocidad constante a través de varias instalaciones síndicas en su camino al interior del sistema, destruyéndolas a su paso, utilizando el cañón de partículas cargado con lanzas infernales. Sin embargo, a medida que se acercasen a la cuarta luna del segundo gigante gaseoso, comenzarían a decelerar y, entonces, se lanzarían los transbordadores, que transportarían la fuerza de choque de los marines. Si las maniobras se realizaban adecuadamente, les llevaría menos de media hora llegar al punto de aterrizaje.

—Incluso aunque los síndicos, de algún modo, consiguiesen adivinar por qué la flota de la Alianza quiere tomar esas instalaciones, con suerte ni siquiera tendrán tiempo para organizar una defensa efectiva ni estropear las reservas que necesitamos —concluyó Carabali.

—Usaremos la división de naves de reconocimiento para que los apoyen si fuese necesario —añadió Geary—. La *Ejemplar* y la *Aguerrida* ya han demostrado su valía en esas situaciones.

También eran las únicas naves de reconocimiento que quedaban, pero nadie lo mencionó.

Señaló los arcos de curso que la flota seguiría, que se curvaban a través del sistema estelar Baldur como sables apuntando a las instalaciones síndicas.

—Nos llevará más tiempo que si simplemente avanzásemos hacia nuestro objetivo. No obstante, así podremos decelerar hasta cinco centésimas de la velocidad de la luz para hacer más simple el reabastecimiento de la flota. Recibirán el itinerario y el plan de reabastecimiento en una hora.

—Podríamos hacer más daño si la flota se dividiese en subformaciones —sugirió la capitana Crésida, de la *Furiosa*. No había dicho nada durante el debate, pero ahora no había podido resistirse a proponer una acción de combate más agresiva.

Geary asintió con la cabeza. Junto con Tulev y Duellos, Crésida era una de sus mejores comandantes.

—Es cierto, pero prefiero mantener el consumo de células de combustible al

mínimo hasta que tengamos en nuestras manos las reservas de esos elementos traza. Y no quiero que nos dividamos en escuadrones y en divisiones para asegurarme de que todos se reabastezcan adecuadamente.

—¿Y qué pasa con los navíos de guerra síndicos? —preguntó el comandante Neeson, del crucero de batalla *Implacable*, incapaz de ocultar su desacuerdo con no formar parte de la fuerza de choque.

La capitana Desjani señaló el visor.

—Se han dividido. Dos de las corbetas se dirigen a uno de los puntos de salto fuera de Baldur que podríamos utilizar, y la otra corbeta y el crucero ligero se dirigen al otro.

El capitán Duellos asintió con la cabeza.

—Naves de vigilancia. Cada una de las corbetas saltará desde su punto para informar de nuestra presencia, mientras las otras naves esperarán para informar sobre qué punto hemos tomado.

No era difícil percatarse del descontento que reinaba en la mesa, pero no había forma de que la flota pudiese alcanzar las naves síndicas. Incluso aunque las corbetas fuesen más lentas que cualquier nave de la Alianza, exceptuando a las auxiliares, que llevaban ya demasiada ventaja.

—Causaremos un daño bastante importante a las instalaciones síndicas de este sistema —comentó Geary—, y, una vez más, los síndicos nos proveerán de las materias primas que necesitamos para seguir adelante.

Pudo sentir sin demasiada dificultad la falta de entusiasmo. Ni siquiera sus aliados más cercanos parecían contentos, pero ¿por qué iban a estarlo? Baldur no era más que un punto en el camino en su largo viaje a casa. Después de Baldur, tendrían que luchar para abrirse paso a través de Wendaya, y después lo mismo con otro sistema, y luego otro...

Habían despistado a los síndicos gracias a su estrategia en Sancere, pero ¿durante cuánto más podrían evitar que averiguasen su siguiente destino y reuniesen allí una fuerza aplastante?

Capítulo 2

Las baterías de lanzas infernales dispararon sus puntas con carga de partículas contra la base militar síndica y el astillero menor que habían orbitado las afueras del gigante gaseoso del sistema Baldur durante siglos. La mayoría de las instalaciones parecían estar abandonadas, probablemente desde hacía décadas, y tampoco parecían quedar demasiados conserjes para controlar las pocas que se mantenían operativas. En aquellos momentos el personal síndico viajaba hacia el interior del sistema en cápsulas de escape, mientras, tras ellos, tanto las zonas activas como las inactivas de la base y del astillero eran destrozadas por el fuego de las lanzas infernales disparadas a quemarropa.

Geary había decidido distribuir, entre la flota, la diversión de destruir las instalaciones síndicas según avanzaban hacia la zona minera. Esta vez, le había permitido a la Octava División de Acorazados hacer los honores. La *Incansable*, la *Represalia*, la *Soberbia* y la *Espléndida* marcharon sobre la base síndica, mientras su fuerza destructiva destrozaba el equipamiento, las reservas de suministros y otras zonas, además del astillero, que les podría haber sido útil alguna que otra vez a aquellas obsoletas corbetas.

El siguiente objetivo era la instalación minera, que necesitaban capturar intacta. Dada la aparente e incesante voluntad de los humanos de construir y preservar cosas, a Geary le costaba comprender la ironía de que durante las guerras fuese siempre bastante más fácil destruir que intentar conseguir algo de una pieza.

—¿Se divierte?

Geary miró por encima de la pantalla que mostraba los acorazados destrozando las instalaciones síndicas y vio que Victoria Rione había entrado en su camarote sin decir nada. Podía hacerlo puesto que él mismo había cambiado la configuración de seguridad para permitirse, lo cual constituía uno de los legados de los días en que compartieron cama. Había pensado en volver a cambiar la configuración, dada la distancia que ahora lo separaba de Rione, pero había evitado dar ese paso.

Se encogió de hombros en respuesta a su pregunta.

—Es necesario.

Rione le dirigió una mirada enigmática y se sentó enfrente, manteniendo la distancia que había marcado con Geary desde Ilión.

—La necesidad es una cuestión de decisiones, John Geary. No existe una línea clara que separe lo que debemos y lo que decidimos hacer.

Geary pensó que, de algún modo, se estaba refiriendo a algo implícito. Ojalá pudiese adivinar a qué.

—Soy consciente de ello.

—Sé que suele serlo —reconoció Rione, en un gesto poco habitual por su parte.

Luego lo miró durante un momento antes de volver a hablar—. Suele. Los oficiales al mando de las naves de la República Callas y de la Federación Rift me han informado sobre la última reunión de la flota.

Geary reprimió un destello de irritación.

—No tiene que recordarme que esas naves seguirán sus recomendaciones por ser la copresidenta de la República Callas.

—No —respondió tajantemente Rione—. No creo que a Black Jack le guste que cuestionen su autoridad. Entiendo que se haya enfrentado a algo más que eso y que haya respondido con severidad.

—¡Tengo que mantener el control de esta flota, señora copresidenta! Podía haber reaccionado de un modo mucho más firme, y lo sabe.

En vez de responder ante su enfado, Rione hizo una mueca y se recostó.

—Podía, sí. Lo importante no es que yo lo sepa, sino que lo sepa usted. Está pensando en lo que podría haber hecho, en cómo podría haberse librado, como Black Jack, ¿no es así?

Geary vaciló. No quería admitirlo, pero Rione era la única persona con la que podía sincerarse al respecto.

—Sí, se me ocurren esas cosas.

—¿No suelen, no?

—No.

—¿Durante cuánto tiempo podrá aplacarlas, John Geary? Black Jack puede hacer lo que quiera porque es una leyenda viva, porque ha salido victorioso de batallas tremendas al mando de esta flota.

Geary la fulminó con la mirada.

—Si no salgo victorioso, esta flota desaparecerá.

Ella asintió.

—Y si lo hace, su leyenda se hará más grande, al igual que su poder. Con cada victoria la cosa se vuelve más peligrosa, porque también se vuelve más fácil para Black Jack. No tendría que convencer a nadie para que haga lo que dice, le bastaría con ordenar y castigar a quien no esté de acuerdo. No tendría que preocuparse por el honor o las normas. Podría hacer las cosas a su manera.

Geary se recostó también, mientras cerraba los ojos.

—¿Qué sugiere, señora copresidenta?

—No lo sé. Ojalá lo supiese. Temo por usted. No tenemos tanto control sobre nosotros mismos como nos gustaría pensar.

Geary abrió los ojos de repente y la observó, sorprendido por aquella muestra de debilidad. Rione miraba en otra dirección, con aspecto lóbrego. Después de un instante se recompuso como un acorazado que refuerza sus defensas y le devolvió la mirada a Geary, con una expresión dura.

—¿Qué sucederá si las instalaciones militares no tienen los materiales que la flota necesita?

Geary realizó un gesto fruto de la exasperación.

—Atacaremos otra. Necesitamos esos materiales. Odio moverme tan lentamente dentro de un sistema enemigo, pero no podemos entrar en el punto de salto sin reabastecer a las auxiliares. Incluso aunque distribuyésemos las células que hemos producido hasta ahora, la media de la flota estaría al setenta por ciento de sus reservas de combustible, y eso es demasiado poco para una flota que se enfrenta a un largo camino hasta casa.

—¿Es lo único que le preocupa?

—¿Quiere decir si me preocupa algo además de usted? —preguntó Geary con brusquedad.

Ella lo miró fijamente.

—Sí.

Habría tenido más suerte interrogando prisioneros síndicos que intentando sonsacarle algo a Victoria Rione. Por alguna razón, Geary sintió como se dibujaba una sonrisa irónica en su boca.

—Efectivamente, hay algo más.

Geary dirigió su mirada hacia el visor que estaba estudiando antes de que ella llegase.

—¿Qué? —Victoria Rione se puso de pie, caminó hasta situarse detrás de él y se inclinó levemente para poder ver la pantalla. Sus cabezas estaban a escasa distancia, y ella sintió su fragancia, que le traía a la mente recuerdos de sí misma entre sus brazos. A Geary no era una distracción que le agradase demasiado, teniendo en cuenta que ella había evitado el contacto físico durante semanas sin aclararle la razón. No es que su cuerpo le perteneciese, pero Rione le debía una explicación. Tampoco es que se hubieran hecho ninguna promesa, por lo que nadie la había roto. No obstante, él lo sentía de ese modo.

Geary frunció el ceño, enfadado tanto con ella como consigo mismo.

—Me preocupa el estado de las naves.

Ella lo miró fijamente.

—Está disgustado por las pérdidas —dijo con total naturalidad.

Ella, al igual que Desjani y algunos otros, sabía el modo en el que Geary se había acostumbrado a la pérdida de naves y de tripulación. Un siglo antes, la pérdida de una sola nave suponía una tragedia, pero en los baños de sangre en los que se habían convertido los combates desde aquella, perder una nave era fácil. Tan solo era otro nombre que revivir cuando otro navío que la reemplazase entrase en servicio. Sin embargo, los sentimientos de Geary seguían donde habían estado con aquella gente cien años antes, para él hacía solo unos meses, gracias a la hibernación que lo había

mantenido intacto durante todo ese tiempo.

—Claro que estoy disgustado por las bajas —afirmó Geary secamente, intentando controlar su carácter.

—Y eso juega en su favor —dijo Rione, mirando la lista de naves—. Todavía temo el día en que Black Jack se acostumbre a esas pérdidas.

—No es Black Jack quien está al mando de esta flota. Todavía soy yo. —Geary la miró directamente, inquieto porque volviese a sacar ese tema—. Black Jack no me controla. Aunque no niego que me tienta. Sería mucho más fácil creer que soy esa especie de héroe mítico cuyas acciones justifican las estrellas del firmamento y la bendición de nuestros antepasados, pero eso no tiene sentido, y soy consciente de ello.

—Bien. Entonces sabrá también que habríamos tenido muchas más pérdidas si el que estuviese al mando fuese otro. ¿Necesita que se lo diga? No he puesto en duda sus dotes de comandante desde Sancere.

No se había dado cuenta, pero era verdad.

—Gracias. Espero que valga de algo.

—Debería, John Geary.

Él sacudió la cabeza.

—¿Porque podría haber sido peor? Perfecto. Puedo entenderlo si me paro a pensarlo, pero no lo siento así. No obstante, eso no es lo importante. No podemos seguir con tantas pérdidas. —Geary señaló los informes de las naves y su estado—. Observe. Los cruceros de batalla que sobrevivieron a la emboscada síndica en su sistema natal han sido reorganizados en seis divisiones. Normalmente, una división tiene seis naves. Estas divisiones, para ser mínimamente sólidas, están formadas por cuatro naves, y la Séptima División solo cuenta con tres. A la emboscada sobrevivieron veintitrés naves. De entre estas, sufrimos la pérdida de la *Resistente* cuando salíamos del sistema natal síndico.

Geary tuvo que hacer una pausa. «Pérdida.» Una simple palabra. El epitafio de una nave, su tripulación y su oficial al mando, un hombre mayor que Geary, que había sido su resobrino. Tragó saliva, a sabiendas de que Rione estaba mirándolo, y continuó:

—Perdimos a la *Polaris* y a la *Vanguardia* en Vidha, y después a la *Invencible* y a la *Terrible* en Ilión. Cinco menos de un total de veintitrés, y todavía nos queda un largo camino hasta llegar a casa. Y eso sin contar el daño que han sufrido las naves de la Segunda División de Cruceros de Batalla de Tulev, algunas de las cuales todavía no han sido reparadas.

Rione asintió.

—Entiendo su preocupación, sobre todo en lo que se refiere al *Intrépido*. Llevar la llave hipernética, en poder de dicha nave, de vuelta al espacio de la Alianza es de

vital importancia. —Realizó una pausa—: ¿Cuánta gente de esta flota sabe que el *Intrépido* transporta la llave?

—No lo sé. Seguramente demasiada.

Un supuesto traidor les había dado la llave, un medio con el que la flota de la Alianza podría lanzar un ataque sorpresa sobre el sistema natal síndico y les haría ganar la guerra de una vez por todas. Un cebo difícil de resistir para los siempre agresivos líderes de la flota de la Alianza. Los síndicos sabían que lo morderían y esperaron emboscados cuando la flota de la Alianza llegó. «Desastre» era una palabra demasiado suave para lo que había sucedido, pero por lo menos gran parte de la flota había escapado y conseguido sobrevivir hasta ese momento, y los síndicos tenían que estar aterrorizados al saber que su llave hipernética permanecía en poder de una de las naves de la Alianza.

—Me pregunto por qué los síndicos mataron a todos los oficiales de alto rango de esta flota que fueron a negociar. Habría tenido más sentido mantener a alguno vivo para interrogarlo.

—Puede que lo hayan hecho —apuntó Rione—. El vídeo puede estar trucado. No tengo dudas de que la mayoría de los oficiales que vimos asesinar murieron realmente, por eso quedó como el oficial de mayor rango de la flota. Sin embargo, no me sorprendería descubrir que, al menos, uno o dos de los que supuestamente han muerto están vivos precisamente para eso.

Eso significaría que los síndicos podrían saber que el *Intrépido* llevaba la llave y que tenía que ser destruida costase lo que costase.

—La cosa no hace más que mejorar —dijo Geary entre dientes con tono sarcástico.

—¿Perdón?

—Nada. Hablaba para mí.

Rione lo miró visiblemente molesta.

—Se supone que estamos hablando. La pérdida de cruceros de batalla es algo preocupante y trágico. No obstante, casi no hemos perdido acorazados.

—Exacto, casi. —Geary miró los nombres—. A la *Triunfante* en Vidha, y a la *Arrogante* en Kaliban.

Técnicamente, esta última había sido una de las tres naves de reconocimiento de la flota, algo a medio camino entre un crucero pesado y un acorazado, y le había costado dejar de verlos como cruceros. Geary se preguntaba qué extraño impulso burocrático había propiciado aquel diseño, que lo hacía demasiado pequeño para actuar como un acorazado, pero también demasiado grande para ser un crucero pesado.

—Y la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa* están hechas un desastre. Recuperarlas para que puedan volver a luchar nos va a llevar un buen rato. Y eso si somos capaces.

Requieren reparaciones muy importantes en el astillero.

Ni siquiera mencionó que uno de los astilleros de más importancia, más cercano, y que pudiese realizar dicha tarea estaba en el espacio de la Alianza. La flota necesitaba a todas y cada una de las naves para llegar a casa a salvo. Lamentablemente, lo más probable es que no pudiesen poner a punto las más dañadas precisamente hasta estar en casa.

Rione volvió a asentir.

—Por lo que sé, en Vidha, le hicieron casi tanto daño a la *Guerrera* como a la *Invencible*. ¿No sería más prudente abandonarla o destruirla como hizo con la última?

Era evidente que los espías que Rione tenía en la flota la habían mantenido al tanto de todo. Geary hizo una mueca.

—La *Guerrera* no sufrió el daño en el sistema de propulsión que sufrió la *Invencible*, por lo que puede seguir con la flota. No la abandonaré tan a la ligera. No puedo explicar la razón, pero duele mucho más abandonar una nave que perderla en combate. Además, he estado atento al progreso de su reparación, sus tripulantes se están dejando la piel para tenerla en perfectas condiciones. Ahora mismo, si las cosas empeoran, consideraría la opción de canibalizar a la *Majestuosa* para reparar con ella la *Guerrera* y la *Orión*. La reparación de esta última progresa adecuadamente, pero no se puede decir lo mismo de la *Majestuosa*. Tendré que mandar a las tres naves con las auxiliares, y no creo que les enorgullezca precisamente.

—Tampoco es que les quede demasiado orgullo —dijo Rione con dureza, en un tono tranquilo—; escapar de la flota, abandonar a sus compañeros en Vidha...

—Lo sé —la interrumpió Geary con voz dura, fruto del enfado—. ¡Pero no puedo hacerlo sin más! No solo tengo que reconstruir las naves, sino también sus tripulaciones, y eso implica que confíen en sí mismos, y por lo tanto su orgullo cuenta.

Rione se quedó en silencio, sonrojada.

—Lo siento.

—Me lo merezco —afirmó Rione bruscamente, evidenciando que se sentía enojada sobre todo consigo misma—. Soy política. Debería entender la importancia de las creencias de la gente. —Suspiró profundamente para tranquilizarse—. No soy ajena al dolor que se siente ante la pérdida de naves tan importantes como los cruceros de batalla, o cualquier nave, pero debería tranquilizarle el hecho de que no pierde tantos acorazados.

Geary negó con la cabeza.

—No. Si sigo perdiendo cruceros de batalla, perderemos también más acorazados. Rione pareció no entenderlo.

—¿Por qué?

—Porque los cruceros de batalla cumplen tareas puntuales —comenzó a explicar

Geary—, tienen la potencia de artillería de los acorazados, pero además pueden acelerar, maniobrar y decelerar como cruceros pesados. No poseen los escudos ni las defensas de los acorazados porque, a cambio, son más rápidos. Eso los hace muy útiles en determinadas situaciones que requieren velocidad y potencia de artillería. No obstante, si pierdo muchos cruceros de batalla, tendré que usar los acorazados para esas tareas, y son demasiado lentos. Los alcanzarán los cruceros de batalla síndicos, y aunque un acorazado supera a un crucero de batalla, no puede aguantar ante cuatro o más oponentes más ligeros. También puedo usar cruceros pesados y sufrir todavía más bajas hasta que al final tenga que recurrir a los acorazados de todos modos.

Rione terminó por fruncir el ceño al entenderlo.

—Así que tendremos cada vez más pérdidas si nos vemos obligados a usar naves en tareas para las que no han sido diseñadas.

—Exacto. —Geary señaló la pantalla—. Y si las naves más potentes, los acorazados y los cruceros de combate, se mantienen en retaguardia, los cruceros y los destructores serán reducidos a escombros. Todo está relacionado. No dispongo de repuestos para las unidades perdidas, por lo que debo evitar gastar lo que tengo.

Observó los nombres de las naves con la imagen de los restos de la *Terrible*, empotrada en un crucero de batalla síndico en Ilión, alojada en su retina. O mejor incluso, la imagen del haz de luz que fue todo lo que quedó de las dos naves después de que chocasen a una velocidad más que decente. No solo la nave desapareció en un instante, también toda su tripulación.

—Que los ancestros me ayuden —murmuró.

Geary sintió la mano de Rione en su hombro durante bastante tiempo, un gesto que le proporcionaba la tranquilidad de un apoyo firme. Luego desapareció de nuevo.

—Lo siento.

—Victoria...

—No. —Se levantó bruscamente, apartando la mirada—. Victoria no está aquí. Es la copresidenta Rione la que le ofrece sus condolencias y su apoyo. Lo siento, capitán Geary.

Rione salió de la habitación a toda prisa, antes de que él pudiese decir nada.

—¿Qué tenemos? —preguntó Geary mientras miraba la sala de interrogatorios a través del cristal unidireccional. Allí estaba sentado el capitán de la nave mercante síndica que había destruido al llegar a Baldur. El hombre estaba sudando a pesar de la temperatura más bien fresca del compartimento. Los informes y las pantallas del lugar revelaban todo lo revelable sobre el estado físico del síndico y sus patrones cerebrales. Si mentía, lo sabrían al ver los escáneres mentales, y el mero hecho de enfrentar a alguien en esa situación solía dar resultado.

El oficial de Inteligencia, el teniente Íger, puso mala cara.

—No demasiado. Los síndicos no le dan demasiados detalles a la población civil sobre operaciones militares o pérdidas.

—¿Algo parecido a lo que hace la Alianza? —sugirió fríamente Geary.

—Bueno, sí, señor —admitió el teniente—, pero es incluso peor que eso. De hecho, los síndicos no permiten libertad de prensa ni discusiones abiertas, por lo que a los civiles les resulta difícil saber qué es lo que pasa realmente. Prácticamente toda la tripulación nos ha dicho lo mismo, es decir, lo que les han inculcado mediante la propaganda síndica. La victoria está cerca, casi no ha habido bajas, y esta flota ha sido totalmente destruida.

—Por lo menos saben que eso último no es verdad —comentó Geary—. ¿De dónde procedía su nave?

—De Tikana, otro sistema ignorado por la hipernet. Su nave se dedicaba a comerciar en los márgenes, trabajando para una empresa que vivía de lo poco que las grandes corporaciones ignoran.

—No es demasiado. ¿Alguna noticia reciente o alguna observación?

—No, señor. —El teniente señaló hacia la figura del capitán del mercante síndico—. Está aterrizado, pero no parece que pueda decirnos nada más.

—Supongo que no ha escuchado ningún rumor sobre esta flota.

—No, señor —repitió el oficial de Inteligencia—. Sus negaciones al respecto son veraces. Cuando le hemos mencionado nombres de sistemas en los que hemos estado, como Corvus o Sancere, los reconoció, pero nada más.

Durante un momento Geary reflexionó sobre si debería hablar con el síndico. Finalmente decidió que sí.

—Voy a entrar. ¿Cómo se llama?

—Reynad Ybarra, señor. Es oriundo de Meddak.

—Gracias.

Geary atravesó las tres escotillas que llevaban al compartimento de interrogatorios. Dentro vio al mercante observándolo. Parecía demasiado asustado como para moverse, e incluso aunque decidiese realizar un ataque suicida, habría dado igual. Las dotaciones de la sala tenían suficientes armas paralizantes apuntando al prisionero como para dejarlo fuera de combate antes de que diese siquiera un paso hacia Geary.

—Saludos en nombre de la Alianza, capitán Ybarra —dijo Geary con educación.

El síndico no se movió ni dijo nada. Tan solo miraba, nervioso, al otro hombre.

—¿Cómo va la guerra? —preguntó Geary.

El síndico se mantuvo en silencio durante un rato y, a continuación, comenzó a recitar algo que obviamente había escuchado tantas veces que se lo sabía de memoria.

—Las fuerzas de los Mundos Síndicos avanzan de victoria en victoria. Nuestro

triunfo sobre los agresores de la Alianza está asegurado.

Geary se sentó frente al hombre.

—¿Nunca se pregunta por qué no han ganado ya la guerra si sus fuerzas han avanzado de victoria en victoria durante un siglo?

El síndico tragó saliva, pero no dijo nada.

—La Alianza no es el agresor. Lo sé porque estuve allí. —Los ojos del síndico se abrieron de par en par fruto de una incredulidad teñida de miedo—. Supongo que le habrán dicho que soy el capitán John Geary. —El hombre sintió crecer su miedo—. ¿Quiere que la guerra termine?

Sintió más miedo. No era un tema que le agradase. No había duda, incluso el hecho de hablar sobre ese tema podría usarse para acusar a un síndico de traición.

¿Qué podía hacer para que el síndico le dijese algo? Geary recurrió a una vieja estrategia.

—¿Tiene todavía familia en Meddak?

Al final sirvió de algo.

—Solo a mis padres. Mi hermana murió en el bombardeo de Ikoni. —El síndico hizo una pausa, afectado—. Mi hermano murió hace cinco años cuando su nave fue destruida en combate.

Geary hizo una mueca. Había perdido a un hermano y a una hermana, una circunstancia demasiado frecuente en una guerra caracterizada por batallas sangrientas y bombardeos a civiles.

—Lo siento. Ojalá descansen en los brazos de sus antepasados. —El síndico miró a Geary extrañado de aquella muestra de simpatía—. Le voy a decir algo, y después seguramente les dejemos marcharse. No voy a darle la lata intentando convencerlo de que lo que han dicho sus líderes es mentira, porque debería deducirlo por el mero hecho de estar en una nave que supuestamente había sido destruida. No, lo que quiero es que se dé cuenta de que nosotros también queremos que esta guerra termine. Ha habido demasiadas muertes, que además no han servido para nada. En lo que respecta a la flota a mi cargo, su hogar está a salvo. Vuelva a cualquier sistema en el que ya hayamos estado desde que abandonamos el sistema natal síndico y verá que solo hemos destruido instalaciones militares o relacionadas. La Alianza seguirá luchando tanto como sea necesario para garantizar la seguridad de los suyos, pero lo hará con honor. Puede contárselo a quien quiera.

Geary se levantó y abandonó el compartimento ante la atenta mirada del síndico. Una vez en la sala de observación, vio al teniente hojeando los informes.

—¿Algo digno de mención?

—No le cree —observó el oficial.

—Tampoco esperaba que lo hiciese. ¿Estima que podemos conseguir algo útil?

—No, señor.

—Entonces devuélvalos a su cápsula de escape y envíelos a un lugar seguro.

—Sí, señor. —El teniente Íger titubeó durante un instante—. Capitán Geary, el personal que atendió la cápsula ha informado de que sufre varios fallos importantes en el sistema debido al uso de materiales baratos y a lo que parecen ser controles de mala calidad.

—¿Lo ha comprobado? —preguntó Geary impresionado.

—Sí, señor. La nave pertenece a la gama más económica, e incluso su estado físico nos ofrece información sobre la situación de la economía síndica en general.

Geary asintió.

—No recuerdo que las cápsulas de escape síndicas que hemos capturado hasta el momento tuviesen esos problemas.

—No —concordó el teniente—. Los militares tienen preferencia y prioridad en todo. Solo los líderes gozan de una prioridad mayor a la hora de equiparse.

—Supongo que no me sorprende. ¿Podemos arreglar los sistemas defectuosos de la cápsula de escape del mercante?

—Sí, señor, eso creo.

—Entonces quiero que hagan eso antes de lanzarla —ordenó Geary—. Que sepan que están a salvo gracias a nosotros.

El oficial de Inteligencia respondió con un saludo militar, mostrando su habilidad a la hora de usar los gestos de respeto que Geary había reintroducido en la flota.

—Por supuesto, señor. Pero esa tripulación mercante no es más que una gota en el océano síndico, por lo que aunque nos estuviesen agradecidos, no nos ayudaría.

—Quizá no. —Geary se volvió para irse, pero entonces se paró y miró atrás—. No obstante, suficientes gotas pueden formar una ola. Quizá con tiempo podamos minar algo el liderazgo síndico. Además, a veces a nuestros antepasados les gusta vernos hacer cosas sin esperar nada a cambio, ¿no le parece?

Geary estaba sentado de nuevo en el puente de mando del *Intrépido*, observando las imágenes de las instalaciones síndicas según la flota avanzaba a una velocidad de cero con cero dos c. Habían tenido que reducir para asegurarse de que los transbordadores fuesen capaces de aminorar para poder frenar sin sobrepasar los objetivos del asalto. Al lado de la imagen del complejo, en una ventana virtual, apareció la coronel Carabali, con expresión grave.

—La fuerza de desembarco está ya embarcada y lista, señor.

—Gracias, coronel. —Geary miró de arriba abajo a Carabali—. ¿Quiere ir con ellos?

Carabali dudó, claramente sorprendida por la oferta.

—Debo permanecer en una nave coordinando el combate desde el centro de control de la fuerza de desembarco, capitán Geary.

Extraño, pensó Geary. Para los oficiales de la flota, subir de rango no tenía demasiado peso a la hora de cambiar el riesgo al que se exponían durante un combate. En una situación como esa, incluso el almirante de mayor rango correría el mismo riesgo de ser alcanzado que el tripulante de menor categoría, puesto que compartían nave. Para los infantes de marina era distinto. Cuando la fuerza de desembarco entraba en combate, los comandantes de más rango tenían que tener la disciplina suficiente para no llegar al combate físico y así poder supervisar la batalla. Era extraño pensar que, en el caso de las batallas de los marines, evitar entrar en el combate requería una mayor disciplina y, de algún modo, más coraje del que se necesitaría para acompañar la fuerza de choque. Enfrentarse a la muerte podía ser más fácil que ver que tus tropas mueren mientras flotas sobre ellas.

No obstante, todo lo que dijo fue:

—Muy bien, coronel. ¿Arengo a las tropas antes de entrar en combate?

Carabali dudó de nuevo, pero esta vez por otra razón.

—Ya van a salir, señor. Una distracción en este momento no sería prudente.

Geary estuvo a punto de echarse a reír. Una distracción. Ojalá fuese eso lo peor que podía provocar.

—Muy bien, coronel. Si necesita algo, hágamelo saber de inmediato. Si no, la dejaré en paz para que pueda dirigir la batalla.

—Gracias, señor. —Carabali respondió con una sonrisa.

Se despidió con un estricto saludo militar. Los infantes de marine nunca habían abandonado esa costumbre, al contrario que el resto de la flota, por lo que no habían tenido que volver a aprenderla.

—Le avisaré en cuanto tengamos las instalaciones en nuestro poder, capitán Geary.

La imagen de la coronel se desvaneció, y Geary se recostó en su silla de comandante con una sensación de desamparo. Esos momentos le hacían sentirse así. Las naves habían fijado su velocidad y su rumbo. Los cuerpos de infantería estaban preparados para el asalto, y todo lo que podía hacer era observar lo que sucedía y ver si todo iba bien. *Al mando de una flota, e incluso así estoy atado a las leyes del tiempo y del espacio. En mi época conocí a algunos comandantes que pensaron que su rango les permitía ignorar esos detalles, pero supongo que murieron al principio de la guerra. Mientras tanto, yo permanecía en hibernación y la Alianza me convertía en un héroe mítico. Me pregunto cuál de los dos ha tenido más suerte.*

—No se ha detectado nada abandonando las instalaciones —comentó la capitana Desjani.

Geary dirigió su atención de nuevo al visor y asintió.

—Ni una cápsula de escape. Incluso ese viejo remolcador sigue en su sitio. Sea quien sea que está allí, se ha quedado en vez de huir.

—Seguramente tienen miedo de que destruyamos a cualquiera que lo intente — dijo Desjani de modo que Geary pudo deducir que esas prácticas habían sido comunes antes de que él asumiese el mando.

Se abstuvo de preguntar qué honor había en disparar contra cápsulas de escape indefensas. Unas prácticas que Geary encontraba horrendas se habían hecho comunes después de un siglo de guerra. Los síndicos habían cometido atrocidades cada vez peores, y la Alianza había respondido del mismo modo. Después de mucho tiempo, los descendientes de aquellos oficiales y tripulantes que Geary había conocido habían olvidado muchas cosas, hasta que el reverenciado *Black Jack* Geary trajo al presente valores en los que se había creído en el pasado. Desjani había sido de las primeras en darse cuenta de lo que se había perdido intentando ponerse a la altura de la falta de humanidad de los síndicos, por lo que no tenía sentido comentárselo. Por lo tanto, Geary asintió de nuevo.

—O quizá se hayan dado cuenta, al vernos decelerar, de que vamos a tomar las instalaciones en lugar de destruirlas. No obstante, no pueden pretender siquiera repeler nuestro ataque.

—No —asintió Desjani—, pero pueden causar bajas. Podrían retrasarnos. Los líderes síndicos estarían encantados de intercambiar a los trabajadores de una mina a cambio.

—Sí. —Había visto evidencias de esa actitud en casi todos los sistemas por los que habían pasado. Los síndicos habían arriesgado mundos enteros solo para tener la oportunidad de hacer daño a la Alianza.

Volvió a estudiar el complejo.

—Usan rieles maglev para transportar el mineral, los rieles de levitación magnética.

Desjani asintió.

—Eliminarlos a distancia podría poner en peligro las reservas.

—¿Qué posibilidades hay de que los síndicos puedan utilizarlos como armas?

La oficial de encogió de hombros.

—Podrían intentarlo, pero los veríamos elevar las vías para convertir los rieles maglev en armas con las que apuntar a nuestras naves o a los transbordadores.

Geary volvió a asentir, mientras comprobaba que las dos naves de reconocimiento, la *Ejemplar* y la *Aguerrida*, estaban frenando a fin de colocarse sobre la instalación minera, maniobrando de forma precisa, de modo que pudiesen disparar con exactitud desde corta distancia con las lanzas infernales. En teoría, un proyectil cinético de pequeño tamaño podía apuntarse con facilidad desde larga distancia para destruir un objetivo pequeño situado en una órbita fija, pero Gary quería conservar las reservas de lo que los infantes de marina llamaban «rocas». Además, se mantenía fiel a las viejas teorías que afirmaban que cuanto más cerca

estuvieses del objetivo, más alta sería la probabilidad de acertar. Y tampoco tenía mucho sentido usar demasiada munición, por lo que las lanzas infernales serían suficiente.

Había aprendido que la nueva teoría, fruto de un siglo de guerra, se fundamentaba en usar grandes cantidades de proyectiles cinéticos y así destruir no solo el objetivo, sino gran parte de lo que hubiese alrededor, que, después de todo, pertenecía también al enemigo, aunque incluyese colegios, hospitales o casas. Geary no tenía la menor intención de sucumbir a tal lógica.

En aquel momento las naves de reconocimiento no estaban disparando, puesto que no había ningún objetivo. Sin embargo, estaban situadas encima, a corta distancia, para cuando los cuerpos de infantería aterrizasen.

—Ejecutando lanzamiento de la fuerza de desembarco —anunció un consultor.

Una docena de transbordadores se separaron de sus naves, y trazaron un arco descendente en dirección a la instalación minera.

—¿Por qué solo una docena? —preguntó la copresidenta Rione desde su sitio, situado detrás de Geary—. No parece propio de la coronel Carabali desaprovechar toda la fuerza posible.

¿Pretendía Rione que lo que acababa de decir sonase como que Geary había limitado las fuerzas que podía usar Carabali? Se giró para mirar a la copresidenta.

—Es una instalación pequeña, señora copresidenta. No hay suficiente espacio como para aterrizar y emplear más efectivos.

Al girarse para volver a su postura inicial, vio a la capitana Desjani con el ceño fruncido, aparentemente molesta por la pregunta de Rione. No obstante, al hablar utilizó un tono neutro.

—Se ha detectado movimiento cerca de los rieles maglev.

Geary se volvió rápidamente y observó los rieles de levitación magnética que empleaban para transportar el mineral, los contenedores y otros materiales a lo largo del complejo. Sus sensores ópticos y los de amplio espectro eran suficientemente precisos como para rastrear objetos de pequeño tamaño al otro lado del sistema estelar. Tan cerca del objetivo, si lo deseasen, podrían contar con facilidad cuántos granos formaban la arena. Por lo tanto, algo del tamaño de un humano era un blanco excepcionalmente fácil.

No había duda, se había formado un grupo alrededor de uno de los rieles, que elevaba uno de sus extremos en dirección a la *Aguerrida* y a la *Ejemplar*, que se encontraban sobre ellos. *Estúpido*, pensó en alto Geary, sin poder evitarlo.

Desjani sacudió la cabeza.

—La *Ejemplar* está disparando lanzas.

Un sistema de control de puntería diseñado para acertar a un objetivo en movimiento, a una velocidad de miles de kilómetros por segundo, en un instante, no

tenía el más mínimo problema en conseguir un disparo perfecto contra un enemigo casi en reposo a corta distancia. Geary no pudo ver en la pantalla el rayo de partículas que destruyó el segmento de riel maglev, pero sí el resultado. El riel quedó hecho trizas, los obreros que había a su alrededor volaron por los aires debido a la fuerza de los fragmentos que saltaron hacia ellos, y un nítido cráter apareció en la superficie de la luna sobre el punto en el que había caído la lanza, apenas obstaculizada en su trayectoria.

Luego saltaron por los aires otros segmentos, y luego otros. Geary maldijo y golpeó los controles de comunicación.

—*Ejemplar, Aguerrida*, al habla el capitán Geary. Abran fuego solo ante amenazas identificadas.

—Señor, están utilizando los maglev como armas —protestó la *Ejemplar*.

Antes de responder, Geary se aseguró de que el bombardeo hubiese cesado. Para su alivio, así era.

—Lo han intentado, y han hecho un gran trabajo eliminándolos. Sin embargo, puede que nuestros ingenieros necesiten el resto de esos rieles. —Hizo una pausa, y luego continuó—: Buen trabajo. Han demostrado una gran puntería con sus armas.

—Gracias, señor. Entendido. La *Ejemplar* abrirá fuego solo en caso de amenaza.

Está bien. Geary comprobó los datos de la flota buscando información sobre el oficial al mando de la *Ejemplar*, el comandante Veding, que poseía muy buenas notas. Había sido recomendado para ocupar un puesto de comandante de un crucero de batalla. ¿Por qué no de un acorazado? Geary frunció el ceño en cuanto se percató, por primera vez, de que todos y cada uno de sus mejores oficiales eran capitanes de cruceros de batalla. En cambio, muchos de los que le daban problemas eran capitanes de acorazados, incluyendo a los más molestos, como la capitana Faresa, Numos y los nuevos quebraderos de cabeza como el capitán Casia. *No me había dado cuenta, no había visto ese patrón, y es algo que podría ser obvio para los oficiales actuales de la flota. En mi época no había tantos acorazados y, además, por aquel entonces, eran vistos como aquello a lo que un buen comandante debía aspirar. Algo ha pasado durante este siglo para que eso cambie. Será mejor que averigüe qué es.*

Los transbordadores se aproximaban a la instalación minera como aves de presa cayendo en picado sobre sus objetivos, con los motores a toda potencia para alcanzar la instalación lo antes posible. Geary estaba atento a todo, fijándose en la pantalla que mostraba el estado de la flota y su formación al completo; un instante más tarde, en la que mostraba el área alrededor de la instalación, y luego en la visión táctica que los marines emplearían. Entonces empezaron a destacar aquí y allá símbolos que representaban fuerzas enemigas. Eran defensores moviéndose entre el equipamiento minero.

Geary inspeccionó uno de los símbolos de amenaza, y apareció una imagen

estática acompañada de un texto con información al respecto. *Puto sistema casi a prueba de tontos*, pensó Geary, admirando la simplicidad del sistema. Después frunció el ceño al ver que cada vez aparecían más ventanas de información, demasiado rápido como para asimilarla, teniendo en cuenta la cantidad exhaustiva de datos que ofrecían, tales como el armamento estimado del enemigo, el tiempo de resistencia, el uso de sistemas de energía, las armaduras, y otra docena de datos que en realidad un comandante no necesitaba. Alguien lo había configurado para que toda esa basura apareciese en la pantalla. *Siempre hay un montón de idiotas dispuestos a descubrir cómo cagarla de algún modo.*

Geary maldijo mientras cerraba, laboriosamente y una a una, aquellas ventanas llenas de información meticulosa, hasta que, por fin, pudo ver la imagen y algún que otro dato valioso. La estudió hasta que pudo vislumbrar a alguien dentro de lo que parecía ser un traje de supervivencia, no de batalla. El texto así lo confirmaba, y además comentaba que coincidía con una versión obsoleta de los trajes de supervivencia síndicos estándar. Con respecto al arma que portaba, según el texto, era algún tipo de rifle de pulso, empleado para la seguridad interna, pero sin suficiente potencia como para considerarlo una amenaza real para los infantes de marina, ataviados con sus armaduras de combate. *¿Seguridad interna? ¿En un complejo tan pequeño? Ah, necesitaban gente que mantuviese a raya a los habitantes de la instalación. Teniendo esos rieles, no sería demasiado inteligente permitir que los rebeldes tomasen un equipamiento que podía lanzar rocas al planeta habitado del sistema.*

Comprobó los demás símbolos y confirmó que todos eran iguales.

—No son soldados. Han enviado a luchar a las fuerzas de seguridad interna y a los ocupantes de la instalación armados. ¿Qué sentido tiene eso?

Desjani frunció el ceño al ver la imagen proyectada ante su asiento.

—Lo único que pueden esperar es retrasarnos. A menos que los que se encuentren al mando de este sistema estén locos. Si no, esa debe de ser su misión.

Retrasarnos. Geary volvió a analizar lo que había en la pantalla con la visión táctica, preguntándose qué era lo que realmente pasaba. Entonces se dio cuenta.

—No están saboteando nada. ¿Por qué no han volado las reservas? Ni siquiera estamos detectando los apagones del equipo que deberían producirse después de apagar los sistemas operativos.

—¿Una trampa?

—No sería la primera vez. —Geary contactó con la coronel Carabali mediante su visor.

—Coronel, parece una trampa.

Carabali vaciló, agobiada.

—Así es, señor, eso es lo que parece. He ordenado a todas mis fuerzas de asalto

que busquen cualquier elemento que pueda explotarnos en la cara. Podría haber un montón de explosiones a pequeña escala, pero mis expertos afirman que una instalación como esta no debería ser capaz de generar una gran explosión, sobre todo con tan poco tiempo como han tenido.

—No parece que eso la tranquilice, coronel.

Ella respondió con una sonrisa leve y seca.

—No, señor. Con su permiso, señor, me gustaría poder volver a supervisar el asalto.

—Por supuesto, coronel. Lo lamento.

Geary intentó tranquilizarse, molesto consigo mismo por haber violado una de sus propias normas al molestar a un oficial que estaba llevando a cabo las órdenes que él mismo le había dado.

—El almirante Bloch siempre mantenía al comandante de infantes de marina en pantalla —comentó Desjani en voz baja—. Le gustaba hacer comentarios y sugerencias, y por supuesto quería que respondiesen a sus preguntas de inmediato.

—Está de broma.

Desjani negó con la cabeza.

Geary se rió durante un instante.

—Al menos no soy tan malo.

—Pensé que debería saber que la coronel Carabali seguramente está contenta con su modo de llevar la flota, señor.

Por supuesto, con respecto a Desjani, Geary no hacía nada mal. No obstante, él todavía se estremecía ante la idea de estar trabajando para un comandante que lo mantenía en pantalla durante una operación, pidiéndole que le prestase toda la atención que un combate requería.

Con respecto a la batalla, los transbordadores estaban deslizándose a ras de tierra para desembarcar. Sus puertas se abrieron y salieron infantes de marina uniformados con traje de combate mientras los vehículos avanzaban, poco a poco, de modo que los marines se esparcieron en lugar de apilonarse en un mismo punto. Doce transbordadores depositaron veinte líneas de infantes. Después aceleraron y volvieron a subir.

—Buen trabajo —observó Geary—. ¿Usaron pilotos automáticos?

Desjani frunció el ceño dubitativa, señaló a un consultor y esperó la respuesta.

—No, señor. Los pilotos de los transbordadores prefieren hacerlo ellos mismos. Los infantes de marina tienen un acuerdo con ellos. Siempre que hagan un buen trabajo, les dejan que ellos mismos vuelen con sus pájaros.

—Parece razonable. Y si alguno mete la pata, ¿les obligan a usar el piloto automático la siguiente vez?

—Eh, sí, señor —afirmó el consultor—. Eso después de que alguno de los que

sobrevivió al aterrizaje coja al piloto y le dé una paliza. Y no es que los hayan visto hacer eso, señor.

—Por supuesto que no —dijo Geary, evitando sonreír. Las líneas de marines avanzaban hacia el complejo, moviéndose de cobertura en cobertura, en secciones, de forma que unos se cubrían a otros.

No parecía que aquellas precauciones fuesen necesarias. Geary miraba la pantalla cada vez más incómodo al ver que los símbolos que representaban grupos de enemigos retrocedían más rápido de lo que los marines avanzaban. Los defensores que más ventaja llevaban estaban ya desapareciendo, adentrándose en algunos de los pozos mineros que ensuciaban la superficie de la luna.

—¿Qué cojones?

Un instante después, la coronel Carabali contactó con Geary.

—Señor, los defensores no tienen intención de mantener la posición. Se están internando en algunos de los pozos mineros.

—Ya me he dado cuenta. ¿Tiene idea de por qué no pelean?

—Señor, creo que pretenden evacuar la instalación antes de que pase algo. También hemos especulado con la posibilidad de que sea una trampa.

¿Los defensores abandonan la zona de combate?

—¿Qué recomienda, coronel?

—Señor, por mucho que odie esto, creo que deberíamos retroceder hasta que realicemos un escaneo de esta roca átomo a átomo para descubrir qué han planeado los síndicos.

Geary vaciló. ¿Cómo iban a esperar tanto tiempo? Eso implicaría retrasar la flota más todavía, lo cual les costaría más combustible. Pero tampoco podía enviar a los infantes de marina a lo que parecía, cada vez más claramente, una trampa.

—Coronel...

Se escuchó una voz fría detrás de Geary.

—Es un farol.

Se giró y vio a la copresidenta Rione inclinarse hacia él desde su asiento de observadora, solicitando su atención.

—¿Ninguno de ustedes apuesta? Los síndicos han creado una situación que parece una trampa. No obstante, todavía no han mostrado su capacidad para hacer volar por los aires la instalación, de hecho la han dejado intacta. Si escapamos, habrán salvado la mina y nosotros no tendremos lo que queremos. Si reducimos la velocidad y esperamos, estaremos más tiempo en este sistema. En cualquier caso, los síndicos salen ganando.

La coronel Carabali pareció dudar.

—Lo que dice la copresidenta Rione tiene sentido, pero...

—Coronel —dijo Rione—, ¿suelen los síndicos preocuparse por el bienestar del

personal de bajo rango como esos mineros?

—No, señora copresidenta. En absoluto.

—Entonces, ¿por qué no les han ordenado que mueran y así retrasen la ocupación de la instalación, y atraigan a más infantes de marina a la trampa? ¿Por qué se han escondido en los pozos, donde no tienen escapatoria, y donde, de hecho, ahora mismo son poco más que cadáveres si decidiésemos dispararles?

La capitana Desjani respondió controlando con cuidado su tono de su voz.

—Con el debido respeto, usted no está ahí abajo con los infantes de marina, señora copresidenta.

Rione entreabrió los ojos mientras observaba a Desjani.

—Para que vea que no digo esto a la ligera, tenga en cuenta que algunos de los marines que participan en el asalto pertenecen a la República Callas. No los expondría a un peligro mayor si creyese que es el caso.

Carabali frunció el ceño. Desjani hizo lo mismo. Ambas miraron a Geary.

Bien, vale. Rione cree lo que dice, pero ¿puedo hacerlo yo? Después de todo, no es una militar. Tampoco está al mando de nada, que es precisamente la razón por la que todos me están mirando. Es mi decisión. Quiero creer que Rione tiene razón porque, si es así, sucederá lo que quiero que suceda. ¿Será por eso que estoy deseando que tenga razón? ¿Y si se equivoca? ¿Y si no es un farol?

Perderíamos un montón de infantes de marina y aquello a por lo que hemos venido.

Y pese a todo, ¿por qué habrán mostrado los síndicos de repente esa preocupación por el bienestar de esos obreros, para después enviarlos a una posición en la que no tienen ninguna oportunidad?

Tengo que tomar una decisión. Si me equivoco, podría ver morir a muchos marines. Por otra parte, si la otra opción es la errónea, vería a la flota retrasarse todavía más mientras los síndicos reúnen fuerzas en los sistemas estelares circundantes.

Antepasados, por favor, enviadme una señal.

Si lo hicieron, Geary ni vio ni sintió nada. Miró a Desjani y sintió que confiaba en que iba a tomar la decisión correcta. Fuese la que fuese. Rione, por su parte, miraba a Geary con expresión severa, casi exigiéndole que la creyese. La coronel Carabali esperaba, sin más, con sus sentimientos escondidos tras una máscara de impasibilidad profesional. Cuanto más esperase, más probable sería que la situación se le fuese de las manos. Tenía una obligación con aquellos infantes de marina, la responsabilidad de dar una orden, de dejar claro quién era el responsable si sucedía lo peor. Era extraño, pues normalmente era Rione quien lo alarmaba ante el hecho de que eso podía ocurrir.

Esa solía ser la situación. A Rione no le gustaba tener nada que ver con los

riesgos que corría la flota. No obstante, en ese instante estaba discutiendo el plan de acción con su comandante de infantes de marina y una de sus mejores capitanas, que recomendaban cautela. *O Rione se había vuelto loca, o los antepasados le han enviado una señal*, pensó Geary.

Luego suspiró.

—Creo que la copresidenta Rione tiene razón. Que los cuerpos de infantería se queden allí y ocupen la instalación.

Carabali, con aspecto impasible, se despidió con un saludo militar.

—Sí, señor. —Después su pantalla se puso en blanco.

Geary miró hacia abajo deseando que la presión que sentía, fruto de la urgencia, no hubiese nublado su sentido común. Cuando enderezó la cabeza, el visor configurado con la visión militar mostraba a los marines avanzando como un enjambre hacia las profundidades de la mina. Poco a poco los sectores en los que se dividía la instalación fueron adquiriendo un color verde, lo que significaba que habían sido despejados y ocupados.

Hasta el momento, nada había saltado por los aires.

Se rindió a la tentación y activó la perspectiva del visor desde uno de los oficiales de infantería de menor rango. En ese momento tenía una pantalla flotante ante él con la visión que le ofrecía el casco del oficial. Aquella parte de la instalación estaba a cielo abierto, por lo que los infantes estaban avanzando por un área sin atmósfera. De vez en cuando una luz iluminaba parte del equipamiento entre el que se movían, con el afilado haz apuntando a aquello que necesitaban ver, puesto que la luz no se extendía al no haber aire. Las zonas oscuras eran tan afiladas y negras como brillantes las zonas iluminadas.

Los lugares abandonados siempre tenían algo aterrador. Producían una extraña impresión, como si sus antiguos ocupantes no se hubiesen ido realmente y en lugar de eso siguiesen escondidos en alguna parte, observando a los intrusos que se internan en su mundo. Teniendo en cuenta que las instalaciones abandonadas en mundos sin aire prácticamente no cambian, un lugar desierto desde hace poco tiempo produciría un efecto similar a uno abandonado hace un siglo. ¿Habría alguien caminando por aquel lugar hace una hora, o ayer, o hace cien años? Incluso aunque habían visto como los obreros se internaban allí hacía unos momentos, la instalación minera daba aquella sensación, vacía y silenciosa, incluso aunque en el interior de sus construcciones enterradas funcionase todavía algún equipamiento.

Una puerta hermética apareció ante el oficial de marines. Geary vio que dos soldados rasos introducían unas válvulas en el mecanismo de cierre y se saltaban el sistema de cifrado de la entrada. Apuntaron con sus armas hacia el interior mientras se abría la escotilla. Después, uno de los soldados cercanos a la puerta lanzó un pequeño objeto al interior y se retiró al detonarse la carga magnética que habría de

inutilizar los circuitos del armamento cercano, los trajes de supervivencia enemigos y los detonadores de posibles trampas.

Luego entraron y avanzaron a través de pasillos, pateando puertas abiertas, buscando algo sospechoso, algo que pareciese una bomba.

Geary se golpeó la cabeza al darse cuenta de que había olvidado algo que podría serles útil. Acto seguido, pulsó con fuerza el sistema de comunicaciones.

—Capitana Tyrosian. Desde ahora sus naves tienen acceso a lo que ve la fuerza de desembarco, que está ocupando la instalación. Supongo que los ingenieros de las auxiliares conocen el tipo de equipamiento con el que nos estamos encontrando y podrían identificar algo que no debería estar ahí. Ordene a algunos de sus hombres que observen lo que ven los infantes de marina cuanto antes.

La respuesta de Tyrosian tardó en llegar más de lo que debería, ya que las naves auxiliares estaban en ese momento situadas en el centro de la formación de la Alianza.

—Señor —respondió titubeante—, mi personal no suele participar directamente en este tipo de operaciones.

Geary respondió con firmeza después de calmarse ante esa respuesta.

—Este es el momento de que lo hagan. Quiero que personas cualificadas los observen tan pronto como lleguen, y quiero que me avise inmediatamente si descubren algo sospechoso.

Antes de que llegase la respuesta de Tyrosian, Geary vio que aparecía una ventana con la coronel Carabali en ella.

—Alguien está enviando la información de mi fuerza de asalto a los ingenieros de las auxiliares —dijo frunciendo el ceño.

—He sido yo, coronel.

—Debo oponerme, señor. Se trata de personal de apoyo no combatiente que no tiene necesidad de participar directamente en la fuerza de asalto.

Geary trató de no mostrar su malestar.

—No van a hacer ningún daño.

—Con el debido respeto, señor —dijo Carabali con frialdad—, los ingenieros podrían causar un caos tremendo si no los supervisamos de cerca, y el tiempo para hacerlo es un lujo del que ahora mismo no dispongo.

La capitana Tyrosian respondió en la misma dirección que Carabali.

—Capitán Geary, no tenemos una lista que especifique lo que deberíamos buscar.

La tensión que hasta ese momento estaba sintiendo se convirtió en dolor de cabeza. Geary apretó los dientes.

—Espere, coronel. Capitana, sus ingenieros deben buscar elementos que no deberían estar en una instalación minera. —Tyrosian asintió con la cabeza, pero sus ojos seguían delatando asombro—. Bombas. Bombas trampa. Cosas que exploten.

Su sorpresa aumentó.

—Hay mucho equipamiento que podría fallar de forma catastrófica si...

—Capitán Geary —dijo la coronel Carabali, mostrando su desacuerdo tanto con su expresión como con su voz—, me opongo totalmente a...

—Mis hombres necesitan hablar directamente con los oficiales del cuerpo de infantería situados en la instalación que van a supervisar —sugirió Tyrosian, vacilante—. Si no se los guía...

—¡Muy bien! —dijo Geary, interrumpiendo a las dos.

Mala idea. Podía decirles que lo hiciesen y punto, o cancelar la orden. Estaba lo suficientemente enojado como para hacerlo, para decirles «¡Obedezcan!», lo cual indicaba que probablemente no debía hacerlo. Tenía que encontrar un punto medio entre aquellas dos actitudes.

—Cancelen mi anterior orden. Se enviará información de la fuerza de asalto a los ingenieros, pero en una sola dirección. Si ven algo que parezca sospechoso, será conmigo con quien se comuniquen de inmediato, capitana Tyrosian. Coronel Carabali, prosiga con su operación. Le pido disculpas por la distracción.

Ambas oficiales parecieron sorprenderse ante las órdenes de Geary, como si esperasen algo totalmente distinto. Después Carabali se despidió con un saludo militar y su pantalla volvió a quedarse en blanco. Tyrosian asintió de nuevo.

—Sí, señor. Los, eh... transbordadores con el equipo de ingenieros ya han partido.

—Bien. Asegúrese de que esos equipos comprenden que están bajo el mando de la fuerza de asalto de los infantes de marina.

Geary se recostó en cuanto se cerró la ventana de su interlocutora, y se frotó la frente para intentar aliviar lo que en ese momento era ya un tremendo dolor de cabeza. Desjani, que no podía haber escuchado las comunicaciones privadas que Geary tenía con otros oficiales, lo miró, receptiva.

—¿Ingenieros?

—E infantes de marina —respondió hoscamente Geary—. ¿Por qué a veces tengo que pasar más tiempo luchando con mis propios oficiales que con el enemigo?

Volvió a dirigir su mirada a la pantalla que mostraba el asalto a la instalación. Los marines seguían penetrando en el objetivo, ocupando casi todo el complejo, y apostando unidades para asegurar los pozos en los que los defensores síndicos se habían escondido. Sobre ellos descendían los transbordadores que transportaban a los equipos de ingenieros, preparados para ser depositados directamente sobre la plataforma de aterrizaje.

Si algo iba a explotar, seguramente lo haría en aquellos momentos.

Capítulo 3

Los infantes de marina de la Alianza entraron en la sala de control principal del complejo, se desplegaron y utilizaron su equipamiento para detectar bombas trampa. En la habitación había muchas luces brillantes de color verde, lo cual indicaba que el equipamiento minero se encontraba totalmente operativo. El oficial del cuerpo de infantería que Geary estaba monitorizando se acercó a un panel con varios botones en rojo.

—Rieles maglev —le informó el infante a su superior, mientras Geary escuchaba la retransmisión—. Es el único equipamiento con fallos. Todo lo demás está en perfecto estado y funcionando.

En vez de estar contento, el marine parecía preocupado.

Una ventana emergió frente a Geary. Era la capitana Tyrosian con mala cara.

—No han apagado el equipamiento.

—No —asintió Geary.

—Eso nos va a hacer perder bastante tiempo —se lamentó Tyrosian.

—Pensé que encender el equipamiento les llevaría más tiempo.

Tyrosian pareció sorprenderse ante aquella afirmación.

—Bueno... sí. Si lo hubiesen apagado, tendríamos que encenderlo poco a poco para asegurarnos de que no han saboteado mecánicamente su equipo, o su software. Ya sabe, gusanos y ese tipo de cosas que se alojan en el sistema operativo. Pero sigue funcionando, señor.

Aquello quería decir que los gusanos o cualquier otro tipo de programa nocivo seguían también operativos. Nunca confíes en los regalos de los síndicos.

—Entiendo.

Entonces reapareció la coronel Carabali, con una expresión en consonancia con la de Tyrosian.

—Señor, vamos a tener que realizar un apagado controlado de todo, luego un barrido completo del sistema y a continuación un encendido gradual.

Geary suspiró profundamente, preguntándose por qué tenía que ser precisamente en eso en lo que tanto los infantes de marina como los ingenieros estaban de acuerdo.

—¿Qué sería lo peor que podría pasar si intentásemos manipular los sistemas ahora?

—Fallo terminal del sistema, apagones fatales para el equipamiento, daños críticos en el entorno de ejecución, lesiones, pérdidas de personal y de todas las dotaciones del complejo.

—Podría saltar todo por los aires —añadió concisamente la coronel de los infantes de marina.

Geary asintió con la cabeza. *Vale, pasan cosas malas.*

—¿Cuánto tiempo tardaríamos en hacer todo eso?

—Las estimaciones son muy variables, ya que hay muchos factores en juego... —comenzó a decir Tyrosian.

—¡La flota no puede permitirse acampar en esa instalación, capitana Tyrosian! —afirmó bruscamente Geary.

—¿Cuánto material necesitamos conseguir? —preguntó Carabali—. ¿Tenemos que analizar y cargar las piedras para acceder a las reservas?

Tyrosian pareció enojarse.

—Se necesitan los subsistemas de minería. Y se necesita el sistema principal para poder enviar órdenes a esos subsistemas. Si los sistemas de seguridad no están activados y monitorizando la actividad del principal y de los subsistemas, el sistema de seguridad de enlace no permitirá que nada se ponga en marcha.

—Pues que le den a todo —afirmó Geary.

Tyrosian negó con la cabeza.

—No podemos hacer eso.

Se detuvo al ver aparecer un aviso urgente, que indicaba que alguien quería unirse a la conversación con Carabali y la ingeniera. Geary echó un vistazo a la comunicación y vio que procedía de la *Titánica*. Los mensajes procedentes de dicha nave no solían ser halagüeños. El retraso en la retransmisión le hacía sentirse frustrado, por lo que sintió ganas de golpear con fuerza la opción «Cancelar». *No necesito que alguien empeore las cosas. Coño, ¿cuánto más se puede complicar esto? Lo que necesito son opciones mejores. Quizá esta persona, sea quien sea, pueda darme alguna idea.* Geary se paró, contó hasta cinco, y aceptó.

Entonces apareció la cara del comandante Lommand, capitán de la *Titánica*. Era joven para la posición que ocupaba, pero Geary ya había observado que tendía a suplir su falta de experiencia con iniciativa y entusiasmo. El joven pareció algo arrepentido.

—Pido disculpas por entrometerme, capitán Geary, pero me he enterado de que la capitana Tyrosian estaba participando en esta reunión, y pensé que le gustaría saber que dos Módulos de Minería Ultraportátiles de la *Titánica* se encuentran ya cargados en los transbordadores pesados y están preparados para realizar el lanzamiento.

Geary miró a Tyrosian, que intentaba, sin demasiado acierto, que no se notase su sorpresa ante aquella noticia.

—¿Módulos de Minería Ultraportátiles? —preguntó Geary—. ¿Pueden ser de utilidad?

—Pueden serlo si resulta imposible usar el equipamiento de la instalación síndica —respondió Lommand con inocencia—. Tener los módulos preparados por si hacían falta parecía una buena idea.

—Así es —le interrumpió Tyrosian, como si aquello fuese cosa suya—. Aunque

corremos un riesgo al utilizarlos, ya que esos dos módulos de la *Titánica* son los únicos que quedan en la flota. No obstante, los MMU pueden localizar, analizar y cargar los elementos traza síndicos que necesitamos.

—¿Tiempo de vuelo necesario? —preguntó Geary, buscando entre sus controles la opción que le ofreciese esa información.

El comandante Lommand respondió al momento.

—Treinta y un minutos si realizamos el lanzamiento ahora.

La coronel Carabali estaba comprobando algo por su cuenta.

—No podemos arriesgarnos a tener aquí un equipamiento tan importante mientras el del complejo siga funcionando y sea capaz de infectarnos. Realizar un apagado seguro de los sistemas síndicos nos llevaría más o menos... veinte minutos.

Geary asintió con la cabeza.

—¿Y qué pasa con todo ese equipamiento síndico? ¿Deberíamos usar en su lugar esas, eh..., MMU?

—Señor, entrar en los sistemas síndicos y limpiarlos nos llevaría un par de horas por lo menos, luego más o menos medio día para volver a ejecutarlos poco a poco de forma controlada...

—¿En cuánto tiempo podrían empezar a funcionar las MMU una vez que estén en la superficie?

—Inmediatamente, señor —contestó el comandante Lommand—. El arranque se puede llevar a cabo en los transbordadores. En cuanto hayan aterrizado, las MMU saldrán por la rampa y empezarán la exploración.

Bien. En lo que respectaba a aquel tema, era otra de las cosas en las que Geary dependía de sus subordinados. Por suerte, uno de esos subordinados era el comandante Lommand. Geary estaba a punto de ordenar que realizasen el lanzamiento de los transbordadores a bordo de la *Titánica* hasta que se acordó de Tyrosian, la superior de Lommand. Entonces miró hacia ella. El joven había vuelto a saltarse la cadena de mando, pero al menos esta vez de forma justificada, ya que parecía no pretender nada más que poner al corriente a Tyrosian.

—Capitana Tyrosian, que la *Titánica* realice el lanzamiento de los transbordadores y que aterricen en el complejo. Quiero que se pongan a trabajar en cuanto toquen tierra. Comandante Lommand, gracias por informarnos. Coronel Carabali, que sus expertos en sistemas apaguen todo el equipo que los síndicos dejaron en funcionamiento. Quiero todo apagado para cuando lleguen los transbordadores de la *Titánica*.

—Sí, señor —respondió Carabali, sonriendo ligeramente—. Señor, ¿quiere que realicemos un borrado del sistema para sabotearlo?

—No, a menos que sea necesario para garantizar la seguridad de las tropas. No tengo intención de encender los sistemas mientras estemos ahí y, en cuanto nos

vayamos, destruiremos todo el equipamiento de la instalación.

En la boca de Carabali se dibujó una gran sonrisa.

—Sí, señor.

En cuanto desapareció la imagen de la oficial de infantería, la capitana Tyrosian miró a Geary con confianza, como si el plan hubiese sido cosa suya.

—Ya he ordenado que la *Titánica* realice el lanzamiento de los transbordadores, señor.

—Gracias. —Por lo menos se había puesto al día cuando Lommand entró en la reunión—. Buen trabajo. Cojamos esas rocas y marchémonos.

Las ventanas desaparecieron, por lo que ante Geary ya solo flotaba el visor del sistema. Miró los símbolos que representaban a la flota sobrepasando la luna que poseía las instalaciones mineras, y luego rodeando el gigante gaseoso para volver a pasar otra vez por el satélite. Realizó algunos cálculos rápidos para comprobar si la flota tendría que reducir la velocidad algo más a causa de los retrasos en la superficie.

Parecía que así estaba bien. No era la mejor situación, pues había poco margen de error, pero si los módulos mineros eran capaces de realizar su tarea rápido, no tendría que consumir más células de combustible al reducir todavía más la velocidad de la flota.

Geary se recostó y vio a Desjani intentando evitar parecer interesada.

—Los síndicos dejaron en funcionamiento el complejo —le explicó Geary.

—Cabrones —respondió Desjani poniendo mala cara—. Sabían que pensaríamos que la situación era propicia para una emboscada con trampas bomba.

—Sí, pero la *Titánica* tiene un par de aparatos de minería portátiles que estamos enviando a las instalaciones para que se ocupen de las reservas. —Geary miró detrás de él para incluir a Rione en la conversación—. El cuerpo de infantería está apagando los sistemas síndicos.

Rione sacudió la cabeza.

—Qué raro que los síndicos no llenasen de bombas trampa el complejo. De todos modos, no teníamos más remedio que actuar como si lo hubiesen hecho.

—Siempre que nos hemos encontrado con síndicos, hemos encontrado también trampas.

Geary vio a los transbordadores de la *Titánica* trazar un arco descendente hacia el satélite. Entonces deseó que el enemigo fuese menos taimado y la situación de su propia flota, menos peligrosa.

La voz del suboficial que supervisaba los Módulos de Minería Ultraportátiles de la *Titánica* parecía delatar sorpresa e impresión al escuchar a Geary.

—Señor, es un honor hablar con usted, señor.

Geary trató de que en su voz no se notase el desagrado que le producía aquella

adoración. En general, los tripulantes de la flota tendían a creer, más que los oficiales, que había sido enviado por las mismísimas estrellas del firmamento para salvar a la Alianza, en particular a aquella flota. De hecho, también tendían a creer que Geary era realmente aquel héroe mítico del pasado. Sin embargo, respetaba la fe que sentían, a la vez que intentaba no creérselo él mismo.

—¿Tiene un momento para hablar sobre su maquinaria, suboficial?

No había ningún problema, pero Geary tenía la impresión de que debía permanecer en el puente hasta que el asunto se solucionase y, además, sentía curiosidad por las MMU.

La visión que le llegaba desde el casco del suboficial le mostraba uno de los lados del complejo síndico. Las grandes puertas que permitían el acceso a las reservas de minerales ya minados y refinados habían sido brutalmente sacadas de sus goznes gracias a los infantes, contentos con haber empezado ya a destrozar la instalación. Las mastodónticas formas de las dos MMU se arrastraban a través de la superficie del satélite, despedazando o apartando algunas de las barreras de seguridad síndicas. En ese instante estaban situadas enfrente de los accesos.

—Sí, señor —respondió el suboficial—, los operarios de las mumús están trabajando con las vacas, yo estoy aquí por si acaso.

Vacas. Aquella manera de designarlas tenía tanto sentido como cualquier otra para una maquinaria cuyo nombre oficial era MMU.

—No estoy familiarizado con ese equipamiento, suboficial. ¿Qué me puede contar de él?

Ya había intentado buscar información en la librería en línea del *Intrépido*, pero solo había conseguido sumergirse en un montón de documentos, de los cuales ninguno parecía ofrecer un esquema simple y claro sobre las propiedades de las MMU. Después de intentar infructuosamente encontrar algo entre aquella masa de información, Geary había decidido seguir las indicaciones de lo que había aprendido cuando era un oficial de bajo rango: «Cuando necesites saber algo, pregunta a un suboficial».

Este en particular parecía no poder creer que *Black Jack* Geary necesitase preguntar algo.

—La tecnología no ha cambiado demasiado desde... eh... desde...

—¿Desde hace un siglo? —preguntó Geary secamente—. Tampoco es que supiese demasiado sobre el tema por aquel entonces, suboficial. No era algo de lo que tuviese que preocuparme.

—Oh, eh, sí, señor. Bueno, como ya he dicho, la tecnología no ha cambiado tanto. Son simples y resistentes. Todos los intentos por reemplazarlos han resultado más complejos, más caros, se estropean con mayor facilidad... bueno, ya sabe.

—Sí, de hecho, sí —asintió Geary al recordar muchas de las mejoras que habían

realizado en los sistemas de las naves, y que no habían hecho más que darle problemas al empeorar un equipamiento que había funcionado perfectamente hasta que decidieron usar como reemplazo piezas defectuosas y que funcionaban solo cuando querían—. Me alegro de que dejasen algo que funciona bien. ¿Qué están haciendo ahora las vacas? ¿Están esperando a que se despeje el complejo?

—¡No, señor! No tienen que adentrarse más. Ya están enviando a los gusanos. Una vez estos...

—¿Gusanos?

—Eh, sí, señor. —La visión desde el casco del oficial cambió, se centró en la parte frontal de uno de los mumús, e hizo zum. Lo que parecía ser un nido de gusanos, compuesto por un montón de cables muy finos, se extendía hacia los almacenes—. ¿Ve los cables, señor? Cada uno está conectado a un gusano. Los llamamos así porque tienen el tamaño aproximado de uno y funcionan del mismo modo. Comen tierra, o roca.

—¿Cómo atraviesan la roca? —preguntó Geary.

—Gracias a un cañón de pulsos diminuto situado alrededor de la boca frontal. El gusano analiza la estructura de la roca que tiene enfrente y emite una vibración, que hace que se deshaga. Lógicamente, en este caso, el material ya se ha minado, por lo que se mueven a través de metal sólido. Los gusanos se comen el polvo y avanzan, repitiendo el proceso continuamente. Según el polvo que va entrando en ellos, unos sensores analizan el contenido molecular. Luego sale por detrás. Como le he dicho, igual que un gusano, señor.

—¿Y para qué son los cables?

—Para controlarlos y para la energía. Un gusano minero tiene que moverse mucho más rápido que uno normal, y hacerlo constantemente, por lo que necesita más energía de la que un objeto de ese tamaño puede almacenar. Además, no queremos emitir radiación a través de un medio geológico, ya sabe, por los gases explosivos, los detonantes y ese tipo de cosas. Tampoco queremos que la conexión con los gusanos se corte debido a metales u otros agentes, por eso la comunicación en ambas direcciones se lleva a cabo a través de cables. —La visión del suboficial se dirigió hacia donde se internaban las líneas de cables—. En una operación de minería normal, los gusanos salen y penetran bajo la superficie para encontrar las menas o las vetas del material necesario. No obstante, en este caso, sabemos dónde se localizan las reservas, por lo que ahora mismo los gusanos están profundizando en dichas reservas, examinando lo que hay en cada una, y buscando posible contaminación o nanobichos.

Nanobichos. Geary los conocía bastante. Eran pequeños dispositivos empleados para causar problemas en el equipamiento una vez activados mediante calor o presión.

—Pensé que los nanobichos habían sido prohibidos por la dificultad para controlarlos.

Pudo notar el movimiento del suboficial encogiéndose de hombros.

—Sí, señor, pero se han prohibido muchas cosas, supongo que entiende a qué me refiero, señor.

—Sí, suboficial, lo entiendo. —Que se hubiesen prohibido no quería decir que se dejasen de utilizar. Ni en el caso de los síndicos, ni en el de la Alianza. Era algo que Geary había podido comprobar, para su asombro. Un siglo de guerras consumía con facilidad el respeto por la vida y las leyes—. ¿Ha habido algún problema hasta el momento?

—No, señor. Les estamos dando a los gusanos el tiempo necesario para que realicen una comprobación de muestras adecuada. Después enviaremos a los topos.

—¿Los topos?

—Sí, señor. Los topos salen y excavan el material, lo cargan y lo llevan de vuelta a la vaca. Estas últimas disponen de topos grandes y pequeños, dependiendo de la cantidad que se quiera recoger. Además, si fuese necesario, podríamos conectar un topo gigante a la vaca, pero la *Titánica* solo tiene uno de esos. Hace un gran agujero, y envía el material a través de un tubo transportador que tiene en el culo. —El suboficial se quedó un momento en silencio. Luego siguió hablando, avergonzado—: Disculpe, señor, el material sale a través de un mecanismo de expulsión posterior.

—Ya lo he entendido, suboficial. —Geary se tomó una pausa para reflexionar, mientras veía que unas formas lineales se introducían en la tierra desde las vacas y se internaban en la zona de los almacenes síndicos, dejando un rastro de cables tras de sí—. ¿Todo va bien, entonces?

—Sí, señor. Estamos utilizando varios tipos de topos, ya que tenemos órdenes de cargar el material y volver con las vacas a los transbordadores cuanto antes.

—Bien, gracias, suboficial. Le agradezco la información.

Geary cortó la conexión, parpadeó, y volvió a centrar su atención en la pantalla de la flota. Hasta el momento todo iba bien, y eso era algo que podía decir por primera vez en mucho tiempo.

Desjani bostezó.

—Disculpe, señor.

—Tranquila, yo me siento igual. Al menos he aprendido algo sobre las vacas que están utilizando los ingenieros.

—¿Las vacas? —dijo Desjani mirando a Geary, escéptica.

—Sí. Vacas con gusanos y topos.

Ella sonrió.

—¿Está seguro de que no ha estado hablando con los cocineros de la flota sobre lo que nos dan de comer?

Comida. ¿Cuánto tiempo llevaba en el puente de mando? El estómago de Geary rugió.

Desjani volvió a sonreír. Metió la mano en uno de sus bolsillos y le ofreció una ración en forma de barrita.

—Siempre llevo alguna encima.

—Gracias. Recuérdele que diga algo sobre su capacidad para planear las cosas de antemano cuando escriba su próxima evaluación.

Geary cogió la ración mientras reflexionaba sobre si debía leer lo que ponía en la etiqueta o no. Finalmente decidió que prefería no hacerlo. Era otra de las cosas que no había cambiado en un siglo. En un infructuoso intento por complacer al sentido del gusto y reflejar la diversidad de los pueblos que conformaban la Alianza, las barritas se habían diseñado supuestamente con la intención de satisfacer las múltiples cocinas de sus planetas y regiones. No obstante, en lugar de eso, los condimentos de la flota solo habían conseguido crear una mezcla de todo, sin importar la procedencia.

Abrió el envoltorio, mordió un trozo, lo masticó, y al final miró la etiqueta.

—¿*Forshukyten Solos*? ¿Qué coño es eso?

Geary leyó la letra pequeña.

—«La comida preferida de los mundos del sistema estelar Hokaiden.» Seguro.

—Evita las barritas *Danaka Yuruk* —le recomendó Desjani.

—¿Todavía hacen de esas? Cuando salieron, queríamos que se las mandasen a los síndicos. Pero... *teníamos miedo de que empezasen una guerra por ello. Vaya era un chiste con bastante más gracia antes de que estallase una guerra de verdad.*

Desjani fue suficientemente perspicaz como para no preguntarle por qué no había terminado la frase.

—Yo creo que dejaron de hacerlas hace tiempo, pero todavía intentan librarse de las que les quedan.

Ella se rió. Los surcos faciales fruto de años de guerra se suavizaron y su cara pareció más joven de lo normal.

Geary respondió con una sonrisa, agradecido de poder quejarse de la comida de la flota con alguien que incluso lo consideraba un héroe mítico. Las bromas en confianza le hacían sentir menos fuera de lugar, y le ofrecían una conexión con la gente y los lugares que conoció en el pasado.

Los elementos traza que las auxiliares necesitaban fluían con rapidez hacia las vacas de la *Titánica*. Geary estudió el movimiento de la flota, y sintió aumentar su dolor de cabeza al ver lo cerca que estaban del límite marcado. En ese momento, incluso el más mínimo retraso los obligaría a gastar tiempo y combustible al realizar una maniobra de frenada.

En ese preciso instante, casi como a propósito, emergió un aviso en la pantalla que mostraba la situación en la superficie lunar. Geary estaba centrando su atención

en ello cuando apareció de nuevo la cara de la coronel Carabali.

—Los síndicos resguardados en los pozos de la mina intentan salir. Ahora mismo están intercambiando disparos con los infantes que cubren las salidas.

Lo último que necesitaba era entablar combate en tierra. Quizá los síndicos lo habían adivinado y por ello estaban dispuestos a sacrificar a algunas personas con tal de retrasar un poco más a la Alianza. Geary resopló profundamente y se recostó para pensar, con los ojos clavados en la pantalla de la flota. *Ay, por una vez es fácil.*

—Coronel Carabali, prepare a sus hombres para que retrocedan hacia los transbordadores. Asegúrese de que las vacas de la *Titánica* están cubiertas hasta que terminen de cargar lo que necesitamos y partan de vuelta.

La coronel de infantes de marina frunció ligeramente el ceño.

—¿Las vacas, señor?

—Las mumús. —Aquello sonaba ridículo—: Los Módulos de Minería Ultraportátiles.

—Ah. Sí, señor. Señor, en el momento en que empecemos a retirarnos, los síndicos comenzarán a salir de esos agujeros.

—No lo creo, coronel. No con la *Ejemplar* y la *Aguerrida* disparándoles lanzas infernales. ¿Qué distancia de seguridad cree que sería conveniente guardar entre sus hombres y las naves cuando disparen?

El gesto de Carabali se marcó todavía más.

—Con todos los respetos, señor, preferiría estar lo más lejos posible cuando comiencen a bombardear la zona.

Comprensible, pero aun así no demasiado útil. Geary miró a Desjani.

—¿Qué precisión tendrían las lanzas infernales arrojadas desde la *Ejemplar* y la *Aguerrida* si disparasen ahora sobre los síndicos? Es un detalle que inquieta a los infantes de marina.

Desjani resopló.

—¿Con las naves tan cerca de los objetivos y en un tope fijo con respecto a ellas? En esa situación sería imposible que una lanza infernal fallase, por muy insignificante que fuese el margen de error, y con ello me refiero a algo menos de un centímetro. Los infantes estarían a salvo incluso a diez metros del punto de impacto.

Geary pensó que seguramente él no estaría dispuesto a mantenerse a diez metros del punto de impacto de una infernal, pero tampoco lo dijo en alto.

—Coronel, ¿qué le parece dejar una zona de seguridad de doscientos metros entre el cuerpo de infantería y el área de bombardeo?

—¿Podrían ser trescientos, señor?

No me... vale. Les había ordenado a los infantes de marina que fuesen al complejo incluso a sabiendas de la posibilidad de que fuese una trampa. Se lo debo.

—Está bien, trescientos. En cuanto el último marine esté a trescientos metros de

los pozos mineros ocupados por los síndicos, la *Ejemplar* y la *Aguerrida* abrirán fuego contra cualquiera que intente salir.

La cara de la coronel se iluminó.

—¿Podría ser una barrera móvil? A medida que mis hombres retroceden, las naves podrían hacer avanzar el bombardeo hacia el complejo que hay detrás, así ya lo demoleríamos y desalentaríamos una posible persecución.

—Excelente sugerencia, coronel. Se lo comunicaré a la *Ejemplar* y a la *Aguerrida*.

Entonces apareció otro mensaje.

—Las vacas ya han recogido todo lo que necesitamos y se dirigen a los transbordadores.

—Haré que mis hombres se preparen para replegarse. —Carabali se despidió con un saludo militar y desapareció.

Geary contactó con las dos naves de reconocimiento, se aseguró de que entendían las instrucciones, y les señaló que se cerciorasen de destruir toda la instalación salvo un pequeño grupo de habitaciones y su complejo de soporte vital. La vida no iba a ser fácil para los síndicos que quedasen allí hasta que las naves enviadas por el planeta habitado del sistema los rescatasen, pero teniendo en cuenta que la flota de la Alianza podría haber masacrado hasta el último enemigo, Geary no creía que tuviesen razones para quejarse.

Todo marchaba de nuevo, aunque fuese a un ritmo tan lento como el de los símboles que representaban a los infantes de marina y a las vacas volviendo hasta sus respectivos transbordadores. Acostumbrado como estaba a medir la velocidad en décimas de velocidad luz, a Geary le sorprendió comprobar cuánto se tardaba en avanzar en superficie unos cientos de metros.

Los síndicos tardaron bastante poco en darse cuenta de la retirada del cuerpo de infantería. Varias figuras aisladas comenzaron a salir de los pozos mineros, no obstante, algunos de los infantes de la Alianza ya estaban dentro de los trescientos metros. Geary cruzó los dedos. Las dos naves de reconocimiento comenzaron a abrir fuego sobre los síndicos que perseguían a los lentos marines.

A ese ritmo, los infantes de marina no conseguirían alcanzar los trescientos metros de distancia.

No obstante, a lo mejor tampoco era necesario. La *Ejemplar* y la *Aguerrida* abrieron fuego, las lanzas infernales cayeron sobre las salidas de los pozos, y las lanzas de partículas atravesaron tanto el metal como la roca y los cuerpos humanos. Geary vio que los símboles que representaban a los síndicos se desvanecían sin más cuando las lanzas acertaban y vaporizaban a cada uno de los enemigos, tanto al objetivo primario como a los que hubiese alrededor.

Los que estaban más cerca de los infantes seguían dentro de un rango de

trescientos metros, pero se detuvieron al ver la matanza que estaba teniendo lugar detrás de ellos. Era una reacción normal, pero también la incorrecta. Los marines siguieron avanzando, los enemigos más cercanos quedaron fuera del área de seguridad de trescientos metros, y las lanzas infernales arrasaron a los defensores sýndicos.

Los sensores de la flota no volvieron a detectar sýndicos en la superficie. Era posible que algunos de los miembros de los escuadrones de crucero sýndico sobreviviesen, escondidos bajo los restos del complejo, ya que tanto la *Ejemplar* como la *Aguerrida* se habían esforzado en reducirlo a escombros. De todos modos, no importaba, puesto que sobre la zona de impacto no se movía un alma, a excepción de algunas estructuras que se derrumbaban y algunos escombros que saltaban por los aires.

Situados a una distancia segura, los transbordadores que llevaban a las vacas abandonaron la superficie. A su alrededor, los últimos infantes de marina estaban entrando por secciones en sus respectivos transportes. Geary vio como estos últimos despegaben detrás de las vacas, que transportaban los elementos traza a la *Titánica* para que pudiesen ser distribuidos a las demás auxiliares.

Si hubiesen tardado un par de minutos más, Geary tendría que haber reducido la velocidad de la flota para que los transbordadores pudiesen alcanzarlos. Sin embargo, en ese momento todavía podían hacerlo.

Suspiró profundamente. Otra crisis superada.

Me pregunto cuál será la próxima.

—Enhorabuena a todos los que han ayudado para que la operación fuese un éxito. —Geary se inclinó hacia la coronel Carabali, la capitana Tyrosian, el comandante Lommand y los oficiales al mando de la *Ejemplar* y la *Aguerrida*—. La capitana Tyrosian me ha informado de que, mientras hablamos, los elementos traza que necesitábamos están siendo distribuidos entre las auxiliares. Además, también se han distribuido la munición y las células de combustible que han producido. En cuanto se completen los envíos y se repongan los transbordadores, nos dirigiremos al punto de salto para abandonar Baldur.

No todos parecieron compartir los sentimientos que Geary había manifestado hacia Tyrosian y Lommand. El capitán Casia, de la *Conquistadora*, y la comandante Yin, de la *Orión*, sonrieron con gesto de aprobación hacia los oficiales al mando de las naves de reconocimiento, pero fruncieron el ceño ante los dos oficiales de ingeniería. Geary analizó durante un instante la larga mesa de reuniones virtual, intentando averiguar cuántos oficiales estaban de parte de Yin y de Casia. No parecían muchos, pero tampoco era fácil asegurarlo. Sospechaba que sus oponentes más peligrosos dentro de la flota no mostrarían su hostilidad tan abiertamente como

aquellos dos.

No obstante, seguía siendo importante, y grave, saber que aquellos que estaban en contra del mando de Geary intentaban utilizar a los ingenieros como punta de lanza contra los demás oficiales.

—Capitán Geary.

Se escuchó una nueva voz. Geary tardó un momento en darse cuenta de quién era, y lo hizo gracias al software de reuniones que iluminó el nombre de su interlocutor, situado no muy al fondo de la mesa. Era el capitán Badaya, de la *Ilustre*. También estaba al mando de lo que quedaba de la Sexta División de Cruceros de Batalla, que por aquel entonces estaba formada solamente por la *Ilustre* y la *Increíble*.

—Capitán Geary —repitió con lentitud, como pensando todavía lo que iba a decir—. Antes de hablar sobre otros temas, me gustaría comentar algo. Nos enfrentamos a problemas serios para poder volver al espacio de la Alianza, y no podemos permitirnos detenernos demasiado tiempo para plantear cómo causar a los síndicos el mayor daño posible. Me refiero, por ejemplo, a lo que sucedió en Sancere. He estado reflexionando sobre lo que pasó allí. —Podía estar aludiendo a muchas cosas, y no parecía que Badaya estuviese poniendo en duda su autoridad, por lo que Geary simplemente asintió con la cabeza y esperó a que continuase—. Me refiero a la puerta hipernética. Cuando se destruyó, hubo un pulso de energía que puso a prueba los escudos de nuestras naves. Entiendo que las acciones llevadas a cabo por el *Intrépido*, el *Arrojado* y el *Diamante* sirvieron para prevenir males mayores. —Hizo una pausa.

Las palabras de Badaya estaban entrando en un terreno que Geary prefería evitar, pero no se le ocurrió ningún modo de concluir el tema sin llamar todavía más la atención sobre ello. Por una vez, Geary estaba agradecido de que Victoria Rione no estuviese en la reunión. Si así fuese, probablemente no podría haber evitado mirarla por un instante, lo cual podría delatar ante los demás oficiales que ella y Geary compartían una información que no se les había proporcionado a los demás.

—Correcto —dijo Geary, con tranquilidad.

—¿Podría resultarnos útil? —preguntó Badaya—. Podría ser un medio con el que infligir un daño considerable a los sistemas estelares enemigos según avanzamos hacia casa, y gastando solo una fracción mínima del tiempo que se requeriría para dañarlos mediante ataques usuales.

Podría serlo, sí. También podía despertar la furia genocida que Geary temía. Estaba buscando una respuesta, a sabiendas de que, dijese lo que dijese, tendría una gran repercusión, cuando la capitana Crésida tomó la palabra con tono apesadumbrado.

—El capitán Geary me preguntó al respecto —dijo—, y yo le respondí que la energía emitida era impredecible. Podría ser mucho menos que la que ya hemos experimentado, o incluso nada.

El capitán Tulev asintió en tono sentencioso.

—Y además queremos utilizar las puertas para llegar a casa.

Todo el mundo estuvo de acuerdo. En lugar de saltar de sistema en sistema usando los viejos puntos de salto, la hipernet no solo les ofrecía la posibilidad de ir directamente a un sistema estelar síndico que hiciese frontera con el espacio de la Alianza, sino que además era mucho más rápida que viajar del otro modo.

—Si la destruyésemos, no podríamos utilizarla.

—Nos hace perder opciones y además existe la posibilidad de no causar ningún daño a los sistemas estelares síndicos —observó el capitán Duellos—. Una sugerencia interesante, capitán Badaya, pero poco práctica.

Badaya frunció el ceño, pero acabó asintiendo.

—Es verdad. Supongo que no es una opción viable ahora mismo. No obstante, estaría bien tenerla en mente.

Geary intentó parecer pensativo.

—Gracias, capitán. Es una posibilidad, como se ha dicho, interesante. Le agradezco que lo haya comentado.

Y una mierda. Ojalá no dijese nada. Que los ancestros disculpen esta mentira. No lo he hecho por mi propio beneficio, sino para proteger a otros. Bajó la cabeza durante un momento, reflexionando sobre el modo en que Crésida y Tulev habían saltado para enterrar la idea de usar las puertas hipernéticas como armas. Crésida lo sabía, claro, puesto que había sido la encargada de desarrollar el algoritmo de selección que había contenido la puerta de Sancere, evitando así que produjese una explosión de escala nova. Pero Tulev no lo sabía. ¿O sí? ¿Acaso había un grupo de oficiales que sabían que las puertas hipernéticas podían usarse para hacer desaparecer la raza humana en un estallido genocida compartido, y habían tomado la determinación de ayudar a Geary a mantenerlo en secreto tanto tiempo como fuese posible?

Con ese conocimiento... ¿qué pasaría si, durante el largo camino a casa, decidiesen que Geary no lo estaba utilizando adecuadamente?

Tenía que hacer algo, quitarles a los oficiales presentes en la reunión aquel asunto de la cabeza. Por suerte, tenía justo la clave para conseguirlo.

—He estado pensando en nuestro plan de acción. Como saben, hasta ahora era llevar la flota desde aquí a Wendaya. Sin embargo, lo he reconsiderado.

Se escuchó un murmullo en la mesa ante aquel anuncio. Geary estudió la expresión de sus oficiales al mando, y no le gustó lo que veía. Parecían no sentir el más mínimo entusiasmo, ni siquiera aquellos que lo apoyaban. No obstante, solo Casia le tomó la palabra.

—Prácticamente estamos igual de lejos del espacio de la Alianza que cuando abandonamos el sistema nativo de los síndicos —dijo, quejándose.

—No fui yo quien llevó la flota al sistema nativo síndico —le recordó Geary a Casia—. Hay un largo camino a casa, y eso es algo que no puedo cambiar. —Se paró para volver a estudiar sus reacciones. Muchos de ellos observaban, resignados o preocupados, el visor que mostraba la estrella—. No obstante, debemos probar algo distinto. Hemos intentado no avanzar en línea recta hacia el espacio de la Alianza con el fin de evitar caer en trampas síndicas, pero nuestros enemigos empiezan a darse cuenta de la estrategia.

Había conseguido que los oficiales volviesen a escuchar con atención lo que decía, pero Casia hizo un gesto con la mano hacia la pantalla.

—No iremos a retirarnos de nuevo, ¿verdad?

La pregunta estaba tan perfectamente formulada que Geary se preguntó si había sido cosa del propio Casia o si algún otro oficial que estaba en su contra, alguien más capaz, se lo había dicho. Era precisamente el tipo de preguntas que podían minar a Geary y cualquier plan que sugiriese.

Sin embargo, fue capaz de realizar una maniobra adecuada ante sus enemigos de la flota.

—No —dijo Geary, mirando fijamente a Casia—. Mi idea es que la flota avance deprisa hacia el espacio de la Alianza, para así comprobar durante cuánto tiempo podemos hacerlo sin que los síndicos descubran nuestras intenciones e intenten tensar el lazo de nuevo. Deberíamos ser capaces de cubrir bastante distancia y echar por tierra los planes del enemigo, que supone que no vamos a actuar de ese modo.

Vio que se iluminaban gran parte de las caras que componían la mesa de reunión, aunque también se percató de que el capitán Duellos, Tulev y Crésida parecían mantenerse cautos, como si les inquietase que le hubiese dado la razón a Casia. Parecía imposible contentar a todos.

No obstante, tampoco era su misión hacer que todos estuviesen contentos.

Geary señaló el visor.

—En lugar de saltar a Wundaya, lo haremos a Sendai, y después iremos directos a Daiquón, y si todo parece despejado, a Ixion. —En la pantalla aparecieron unas líneas luminosas que formaban una flecha orientada hacia el espacio de la Alianza.

—¡Eso es casi un tercio de la distancia que hay hasta casa! —afirmó el comandante Neeson, sonriente.

—Los síndicos posiblemente descubrirán nuestro plan antes de llegar a Ixion —replicó el capitán Mosko, de la nave *Atrevida*, con expresión de preocupación.

—Opino lo mismo —dijo el capitán Tulev—. Capitán Geary, ¿entiendo que vamos a analizar la situación en cada sistema estelar antes de realizar el salto?

—Exacto —respondió Geary—. Espero que los síndicos descubran que hemos cambiado la estrategia que seguimos para volver a casa. Cuando lo hagan, podrán usar su sistema de hipernet para mover sus fuerzas más rápido de lo que nosotros

podemos movernos y prepararnos para bloquearlos. Sin embargo, creo que contamos con bastantes posibilidades de llegar a Daiquón sin problemas importantes, y con opciones reales de alcanzar Ixion.

Parecía que los tenía. Geary sintió una pequeña sacudida de rabia. Estaba molesto con el hecho de tener que convencerlos en lugar de ordenarles simplemente lo que tenían que hacer. Tampoco es que lo hubiese hecho rematadamente mal desde que había asumido a regañadientes el mando de la flota, y pese a ello, parecía que tenía que demostrar continuamente su valía ante los que lo ponían en duda.

—Emplearemos la ventaja que sacaremos de los tiempos de salto para que las auxiliares produzcan más células de combustible y munición, y las distribuiremos entre las demás naves durante el tránsito de Sendai a Daiquón. Si vamos a seguir hasta Ixion, quiero que estemos preparados para cualquier cosa.

El capitán Casia todavía tenía mala cara.

—¿Y después de Ixion? ¿Seguiremos hacia casa?

Geary luchó con fuerza contra el deseo de poner sus manos alrededor del cuello de Casia. Por suerte, la mera imagen mental del oficial poniéndose morado según apretaba consiguió calmarlo antes de responder.

—La dirección de esta flota es siempre nuestro hogar —dijo finalmente—. No obstante, no he pensado con detenimiento qué haremos después. Para ello tenemos que tener en cuenta qué hacen los síndicos mientras avanzamos hacia Ixion.

—Si mantenemos la iniciativa...

—Los síndicos pueden moverse más rápido que nosotros, capitán Casia. Tienen la ventaja de poder usar una red hipernet.

¿Por qué tenía que explicar algo tan simple?

La comandante Yin tomó la palabra de nuevo, como si se envalentonase por algo de lo que Geary no se había percatado.

—Que esta flota vuelva al espacio de la Alianza tan pronto como sea posible es de vital importancia para el desenlace de la guerra —afirmó, como si hubiese hecho una observación profunda.

—Si esta flota no sobrevive para llegar al espacio de la Alianza —dijo el capitán Duellos lentamente—, no hará mucho por dicho desenlace.

—Ya estamos luchando mientras volvemos a casa —dijo Desjani mirando a Yin—. Hemos dañado a los síndicos con cada paso que hemos dado.

En lugar de responder, la comandante Yin hizo una mueca al mirar a Desjani, como si sus palabras, de algún modo, le hiciesen gracia. Desjani se dio cuenta, y su expresión se endureció. Sin embargo, antes de que pudiese añadir algo más, el capitán Tulev tomó la palabra.

—Además, estamos arrastrando con nosotros a gran parte de la flota síndica, que intenta seguirnos y detenernos, puesto que necesitan casi todos sus recursos para

cazarnos.

La comandante Yin miró a su alrededor y, al no encontrar lo que buscaba, se calmó a la vez que adoptaba una expresión sombría.

Era el momento de decir algo que les recordase que formaban parte de la misma flota.

—La Alianza necesita que volvamos —afirmó Geary con tono tranquilo, para que los demás le prestasen atención—. Las naves aliadas que no están con nosotros luchan por mantener a raya a los síndicos, y seguro que cuentan con nuestra vuelta. Nuestros enemigos están igual de desesperados por evitarlo. Cada día que esta flota sigue avanzando entre las líneas síndicas es una victoria para la Alianza y una derrota para ellos. Cuando volvamos a casa, lo haremos con la cabeza bien alta, y con una flota síndica muy mermada, gracias a las victorias que hemos cosechado y que seguiremos cosechando. Nuestros antepasados estarán orgullosos de nosotros. —Hizo una pausa, pero no parecía haber nada que añadir—. Gracias. En una hora les enviaremos las órdenes relacionadas con las maniobras para saltar a Sendai.

Las imágenes de los comandantes desaparecieron como pompas de jabón desvaneciéndose ante un fuerte viento. La capitana Desjani seguía fulminando con su mirada el lugar en el que la comandante Yin se había sentado. Luego se levantó, dijo entre dientes un simple «Disculpe, señor», y salió a toda prisa de la sala.

Todavía quedaba la imagen de alguien sentado, en esos momentos recostado en su asiento, con la botas encima de la mesa. Si no fuese porque sabía que eran las acciones de otro hombre, situado en otra nave, Geary habría jurado que aquel oficial estaba realmente allí con él.

—Capitán Duellos —dijo saludando a la imagen del otro hombre—, gracias por quedarse.

Duelos sonrió y dijo:

—Tampoco es para tanto.

—No importa, gracias de todos modos. —Geary volvió a sentarse y suspiró—. Hay un par de cosas que me gustaría preguntarle.

—¿Ocurre algo? O debería decir, ¿ocurre algo más?

Geary sonrió ligeramente, y asintió con la cabeza reconociendo el acierto del comentario.

—Nada que no se mencionase en la reunión, creo.

—Las mismas intrigas oscuras y las mismas discusiones contraproducentes de siempre —dijo Duellos, mientras se observaba las uñas.

—Exacto. —La habitual actitud casi irrespetuosa y rebelde por parte de algunos de los oficiales de la flota—. Siento curiosidad por algo.

La figura de Duellos se levantó, caminó hasta ponerse frente a Geary, y volvió a sentarse.

—¿Asuntos de política? ¿Personal?

—Ambos. Pero en primer lugar, ¿qué me puede decir del capitán Casia?

Duellos hizo una mueca con la boca.

—Es un oficial de méritos bastante modestos, tan modestos que incluso ha sido superado por el capitán Numos. ¿Qué sucede?, ¿se pregunta por qué fue tan molesto en esta reunión y en la anterior?

—Exacto.

—Porque actualmente tanto Numos como la capitana Faresa están arrestados. Eso deja un vacío de poder en la Tercera División de Acorazados —comentó Duellos—. Supongo que ya se ha dado cuenta, pero esa división ha sido el agujero al que mandar a los oficiales al mando más problemáticos.

Geary reflexionó sobre lo que acababa de oír. En su época, con tan pocos buques capitales disponibles, la idea de dedicar una división de acorazados para aislar a los oficiales problemáticos era impensable.

—¿Cómo de problemático es Casia?

—Es difícil saberlo —reconoció Duellos, con el ceño fruncido—. En solitario, lo más probable es que solo moleste bastante. No obstante, si actúa como punta de lanza para aquellos que discuten su mando, podría ser la cabeza visible que esconda otros oficiales más capaces que quieren mantener sus verdaderas motivaciones ocultas.

Por desgracia, aquellas palabras coincidían con los peores miedos de Geary.

—¿Se atrevería a especular sobre quiénes podrían ser esos oficiales?

Duellos evidenció su incomodidad ante aquella pregunta.

—Preferiría que no, señor. Si tuviese alguna evidencia, o conocimiento directo, sería una cosa; pero prefiero no acusar a nadie basándome solo en especulaciones.

—Lo entiendo. La verdad, tampoco quiero ser el tipo de comandante que intenta espiar a los subordinados que podrían traerle problemas.

Nunca se había imaginado como ese tipo de comandante, de hecho, un siglo atrás la cultura de la flota no habría aceptado un comportamiento como ese.

—Tampoco es algo insólito —afirmó Duellos—. Supongo que ya se ha dado cuenta de que va en contra de la práctica común al no intentar espiar a los comandantes subordinados para averiguar en quién puede confiar y en quién no.

Por alguna razón, aquello hizo que en la boca de Geary se dibujase una sonrisa irónica.

—Hace un siglo se suponía que un comandante debería estar cualificado para realizar ese tipo de juicios sin recurrir al espionaje.

—Eran tiempos más simples. Como tantas otras cosas, ese tipo de prácticas, usuales hoy en día, se excusan con el hecho de tener que luchar por la supervivencia.

—Menuda excusa, ¿no? Dudo mucho que a nuestros antepasados les agrade. —Geary sacudió la cabeza—. Me niego a realizar una caza de brujas contra mis

oficiales.

Duellos observó a Geary durante un rato.

—¿Y si el precio que hay que pagar por su honor fuese la pérdida de esta flota y de la guerra por parte de la Alianza?

—¿Intenta convencerme para actuar en contra de mis oficiales basándome en meras sospechas? —le preguntó Geary—. Me sorprende.

—¿Y le decepciona? —Duellos movió la mano en el aire con gesto desdeñoso—. Tiendo a pensar que si esta flota llega a casa, será porque recordamos aquello que honraron nuestros antepasados. —Su mirada se dirigió al campo de estrellas de uno de los mamparos—. Parece obvio, de hecho. Aunque lamentables, algunas prácticas adoptadas durante el último siglo han demostrado ser necesarias si lo que queremos es ganar la guerra. Aunque parezca mentira, todavía no hemos ganado. Supongo que se preguntará si nadie se ha cuestionado estas prácticas, como ya he dicho, lamentables pero a la vez necesarias, y que no han producido los resultados deseados. Pues bien, no hasta que llegó usted y nos hizo pensar en ello en lugar de aceptarlo sin más. —Duellos suspiró—. Bah, solo estoy jugando a ser el abogado del diablo, capitán Geary. Todo comandante necesita a alguien así, ¿verdad?

—Uno por lo menos —convino Geary.

—Y usted no solo me tiene a mí, sino también a la copresidenta Rione. —Duellos escudriñó a Geary con la mirada—. ¿Cómo va? Si me permite la pregunta.

—Sus conjeturas seguramente son tan buenas como las mías.

—Es una mujer fuerte, y firme, y tan respetada como puede llegar a serlo una política en esta flota.

—Tengo bastante experiencia en lo que respecta a las dos primeras características, y tampoco es que ponga en duda la última. —Geary se encogió de hombros—. Se ha mostrado distante desde Ilión. No sé por qué, y tampoco me lo va a decir.

—Los comandantes de las naves pertenecientes a la Federación Rift y a la República Callas me han comentado que la copresidenta Rione, en contra de lo habitual, ha perdido algo de contacto con ellos últimamente —observó Duellos—. Parece que también se muestra más distante con ellos.

—Qué raro. Veré qué puedo averiguar. Es muy extraño que alguien como ella se comporte de ese modo.

Pensaba que era por algo que yo había hecho. Pero entonces, ¿por qué Rione actúa del mismo modo con las naves de su propia república? Por lo que sé, a Rione le preocupan personalmente esas naves y sus tripulantes.

Duellos asintió con la cabeza.

—Hablando de cosas extrañas..., me he percatado de un detalle, pero no acabo de entenderlo. Mi última piedra en el zapato, el capitán Casia, está al mando de un

acorazado —afirmó Geary.

—Así es —dijo Duellos, preguntándose claramente por qué comentaba eso Geary.

—También lo son, o lo eran, gente como Numos, Faresa y Kerestes. Por otro lado, tengo comandantes como usted mismo, como Desjani, Tulev y Crésida, que son unos oficiales excelentes, y todos están al mando de cruceros de batalla. —Duelos extendió las manos, como burlándose de sí mismo en un gesto de humildad, y asintió—. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué son mis comandantes de los acorazados peores que los de los cruceros de batalla? —preguntó Geary bruscamente.

Duelos tenía la misma cara de sorpresa que si le preguntasen por qué el espacio era oscuro.

—Así es como funciona la flota. Los mejores oficiales van a los cruceros de batalla. Los que no se consideran suficientemente buenos como para estar al mando de un crucero de batalla van a los acorazados.

Geary esperaba algo más, pero a Duellos no le pareció que aquello necesitase mayor explicación.

—Vale, es el modo en que funciona, pero ¿por qué? En mi época, los acorazados eran lo más prestigioso para un comandante. Los cruceros de batalla también eran importantes, pero estaban por debajo de los acorazados.

Aquella debía de ser la primera ocasión en la que Geary sorprendía realmente a Duellos.

—¿Lo dice en serio? Pero los acorazados son lentos, pesados. También son poderosos, ¡pero no son los que lideran el ataque!

—¿Los que lideran el ataque?

—¡Claro! —Duelos realizó un gesto dramático—. Los cruceros de batalla son rápidos. Lideran las cargas, son los primeros en establecer contacto con el enemigo...

—Mueren antes y con mayor frecuencia porque carecen del nivel de defensa del que gozan los acorazados —dijo Geary, interrumpiéndolo.

—Lógicamente —dijo Duellos, dándole la razón pero mostrándose perplejo al mismo tiempo—. No vamos a la guerra para escondernos tras nuestras defensas, vamos a luchar. Y los cruceros de batalla están en primera línea.

De repente todo tenía sentido. La flota tenía una cultura que valoraba el combate por encima de todo, por lo que la mayor virtud residía en combatir con el enemigo lo antes posible, y que prácticamente desdeñaba cualquier cosa que pudiese llamarse defensa, en favor de buscar siempre el ataque. Por lo tanto, los mejores comandantes querían aspirar al mando de las naves más ofensivas, y los peores serían enviados a las más centradas en tareas defensivas, por mucho armamento del que dispusiese.

Sin embargo, había un problema con aquella forma de pensar. Geary se preguntaba si había dado finalmente con una de las razones que habían mermado el liderazgo de la flota.

—Capitán Duellos, piense en lo que está haciendo la flota. Ha estado poniendo a los mejores oficiales al mando de las naves con más probabilidades de ser destruidas, y ha mantenido a los menos capaces en las más protegidas. ¿No le parece ese modo de obrar una locura a largo plazo?

Duelos frunció el ceño, pensativo.

—No lo había visto de esa manera. No obstante, la flota necesita a los mejores en las naves más rápidas y con menos capacidades defensivas. Un oficial poco capaz puede sobrevivir en un acorazado dado que es más difícil destruirlo, ya sabe.

Geary no pudo evitar echarse a reír.

—¿Es que el sistema está diseñado para proteger a los menos capaces?

Duelos frunció todavía más el ceño.

—Nunca había escuchado a nadie exponerlo de esa forma. Siempre se suele pensar que las defensas de una nave valen para compensar las deficiencias de su oficial al mando.

De algún modo, aquello casi parecía tener sentido.

—¿Los síndicos piensan igual?

—Pues no lo sé —admitió Duellos—. Supongo que sí.

Si era así, al menos ambos bandos habían trabajado duro para eliminar a los mejores oficiales en el menor tiempo posible. Una vez más, Geary se preguntó por qué una raza alienígena inteligente tendría que tomar medidas contra la humanidad, teniendo en cuenta que esta última demostraba una gran capacidad y un gran entusiasmo obrando en su propia contra.

—Al menos ahora comprendo algo importante. Que quede entre nosotros, pero creo que este procedimiento es una locura, aunque obviamente, por ahora no puedo cambiarlo.

Si seguía perdiendo cruceros de batalla, seguiría perdiendo a sus mejores oficiales. Pero tampoco se le ocurría una manera de evitar que los cruceros no interviniesen en combate si se enfrentaban a los síndicos. Además, sus mejores oficiales tampoco lo aceptarían. Iba totalmente en contra de lo que habían aprendido, de lo que creían, y de cómo luchaban. *Será mejor que piense en algún modo de preservar mis cruceros de batalla, o esta flota está perdida.*

—¿Hay algo más que deba saber y que todavía ignoro?

Duelos hizo una mueca, y pareció vacilar.

—¿Está al tanto de que sus enemigos siguen extendiendo rumores con la intención de socavar su mando?

—Sí, lo de siempre. ¿O es que hay algo nuevo?

Duelos frunció el ceño de modo todavía más acusado.

—No sé si decírselo, capitán Geary, pero seguramente se ha dado cuenta del encontronazo que han tenido la capitana Desjani y la comandante Yin al final de la reunión.

—Sí, claro, ¿y qué?

Duelos hablaba claramente con desgana.

—No creo que la capitana Desjani sepa nada, a menos que alguien que afirme ser su amigo se lo contase, pero usted debería estar al tanto de los rumores que pregonan que usted y la capitana tienen una relación.

Entonces fue Geary quien frunció el ceño.

—Supongo que se refiere a algo más que una mera relación profesional.

Duelos asintió con la cabeza, con una expresión que mostraba que no se sentía cómodo hablando de ese tema.

—¿Dicen que le pongo los cuernos a Rione? Supuse que toda la flota sabía lo mío con ella.

—Aparentemente es capaz de tener satisfechas a dos mujeres —dijo Duellos, y a continuación se dibujó una sonrisa sardónica en su boca—. Es un hombre supuestamente capaz de colmar los deseos tanto de Rione como de Desjani. Creo que debería ser algo digno de elevar su reputación.

—No tiene gracia —respondió Geary.

—No. Es algo que no solo atañe a su honor, sino también al de Desjani y, por ende, al de la copresidenta Rione. —Duelos se encogió de hombros—. Cualquier persona próxima a usted es un blanco fácil para sus oponentes.

—¿Incluido usted?

Duelos asintió sin decir nada. Geary sacudió la cabeza.

—No debería sorprenderme. Tendré cuidado con Desjani. Me aseguraré de no hacer nada que dé pie a pensar que hay algo entre nosotros, ni siquiera a la cabeza más malpensada.

—Los malpensados suelen tener una gran imaginación —comentó Duellos—. Si estuviese en mi nave, seguramente ya habría rumores sobre nuestra relación.

—Lo siento, capitán Duellos, pero no es mi tipo.

—Descuide. —Duelos respondió con una sonrisa—. Además, no creo que a mi esposa le hiciese gracia.

—Es lo que tienen las mujeres —dijo Geary, mientras recordaba que Duellos todavía tenía familia en el espacio de la Alianza. No pudo evitar mostrar una sonrisa burlona—. Para ser un hombre que supuestamente está con dos mujeres, no suelo tener suerte, precisamente.

—Mírelo por el lado bueno —dijo Duellos—, es más que probable que si estuviese poniéndole los cuernos a Rione con Desjani, o al revés, una de ellas, o

incluso ambas, lo matasen y disfrutasen viéndolo morir. Las mujeres también tienen esas cosas.

—Sí, de hecho sí. Sobre todo las que son como Rione y Desjani. Gracias por ponerme sobre aviso. No quiero que se cuestione el honor de nadie por mi culpa. — Geary vaciló al venírsele a la mente otra pregunta a la vez que recordaba a Rione—. Eso que comentó el capitán Badaya sobre las puertas hipernéticas...

Duellos asintió con la cabeza, tranquilo.

—Conseguimos silenciar el tema.

—¿Cuánto saben exactamente?

—Podría extinguir una especie entera. —El capitán Duellos volvió a recostarse, y cerró los ojos por un instante—. Se pueden producir supernovas, o novas, en cada sistema estelar con una puerta hipernética. Disculpe, comandante, pero la capitana Crésida ha informado a un pequeño grupo sobre esta amenaza potencial. Ha previsto que podría necesitar ayuda con relación a ese tema. —Duellos abrió los ojos y miró a Geary con expresión severa—. Espero que no se enfade con ella. Creo que actuó sabiamente contándonoslo, como pudo comprobar durante la reunión cuando salió el tema.

—Sí, eso parece —admitió Geary—. Tiene razón. Demostró inteligencia al hacerlo. Sinceramente, me asusta que se sepa, pero si queremos evitar que suceda lo peor, algunos tienen que estar al tanto.

—¿A quién más se lo ha dicho?

—Solo a la copresidenta.

—Ah, a una senadora de la Alianza. —Duellos hizo una mueca—. El senado de la Alianza votaría a favor de usar las puertas hipernéticas para hacer explotar las que se encuentran en el espacio síndico. Lo sabe, ¿no?

—Eso dijo Rione. Y los síndicos podrían gozar del tiempo suficiente como para descubrir nuestros planes y actuar en consecuencia.

Duellos asintió con la cabeza, y de repente pareció mayor.

—Si vuelve con esta flota a casa, llevará con ella el conocimiento que permitiría eliminar la raza humana.

—Sí. —Geary bajó la cabeza y se frotó la frente—. ¿Quiere asumir el mando?

—No en su lugar. —Los ojos de Duellos se perdieron en el visor estelar—. A lo mejor las estrellas del firmamento han dado a la humanidad por imposible.

—Las estrellas del firmamento no crearon las puertas hipernéticas —respondió Geary con tono severo.

—Si son ellas quienes nos guían, es lo mismo...

—Alguien... algo nos ha entregado esa tecnología. Estoy seguro.

Duellos ponderó aquellas palabras durante un rato antes de responder.

—Algo... ¿no humano?

—Eso creo. Rione está de acuerdo conmigo. Creemos que están en el extremo del espacio síndico.

—Interesante idea. —Volvió a tomarse una pausa—. ¿Nos han dado veneno en forma de caramelo esperando que nos lo comamos?

—Podría ser. —Geary señaló el visor estelar—. Solo podemos especular sobre sus intenciones. Tienen razón al creer que la humanidad es suficientemente estúpida como para aceptar el regalo y suicidarse, pero se olvidan de algo importante.

Duellos elevó una ceja a causa de la curiosidad.

—Y eso es...

—Que no nos gusta que nos digan lo que tenemos que hacer, y que somos impredecibles.

El otro oficial sonrió.

—Cierto. ¿Debería compartir esta información?

—Sí. —Geary se paró a pensar durante un instante—. Cuénteselo a los mismos que están al tanto de lo de las puertas hipernéticas. Estaba tan ocupado preocupándome por quién podría saberlo, que me olvidé de asegurarme de que lo supiesen las personas adecuadas. Hágalo por si me pasa algo.

Duellos volvió a fruncir el ceño.

—Puede que nos hayamos vuelto ruines, pero la flota nunca ha contemplado el hecho de asesinar al oficial al mando como un mérito.

Geary no pudo evitar reírse.

—Lo siento, no pretendía insinuar eso; pero ya sabe, estamos en una guerra, a la gente le pasan cosas...

—Eso dicen. —Duellos se puso en pie lentamente, pensativo—. La situación se intensifica por momentos, y la responsabilidad última es cosa suya. ¿Cómo lo lleva?

—Fatal.

Duellos asintió con la cabeza.

—Si finalmente sucede lo peor, si muere en combate, lo haré lo mejor que pueda. Con respecto a todo. Tiene mi palabra y el honor de mis antepasados.

Geary también se levantó y fue a coger del hombro a la imagen, hasta recordar que solo era eso, por lo que simplemente hizo el ademán.

—Nunca lo he dudado. Gracias, amigo mío.

Duellos se despidió con un saludo militar, Geary se lo devolvió, y luego la imagen desapareció, por lo que se quedó completamente solo en la sala.

Capítulo 4

No importaba cuánto empeorase, ni lo solo y aislado que se sintiese al mando de la flota, siempre le quedaban sus antepasados.

Cuando la flota alcanzó finalmente el lugar exacto, cerca del sol de Baldur, y entró en el punto de salto en dirección a Sendai, Geary pudo ver a través de la vista exterior que el paisaje cambiaba de un negro salpicado por estrellas a un gris pálido e infinito en el que de vez en cuando brillaban puntos de luz que, casi al momento, desaparecían. En la época de Geary no se sabía lo que eran las luces, puesto que resultaba imposible explorar el espacio de salto, y con la llegada de la hipernet, se perdió el interés. También era posible que las líneas de investigación que podrían haber explicado aquel fenómeno nunca llegasen a materializarse ante la necesidad de apoyar la guerra con todos los medios científicos, técnicos y económicos posibles.

La capitana Desjani descubrió a Geary mirando las luces, se percató de que él la había visto, y desvió la mirada rápidamente. Desjani le había contado, al poco de asumir el mando de la flota, que muchos tripulantes creían que Geary había sido una de esas luces, un espíritu descansando, imperturbable, en el espacio de salto, hasta que la situación de la Alianza fue tan desesperada que el legendario *Jack Black* Geary volvió para salvarlos. ¿Seguirían creyéndolo después de saber que Geary había estado vagando en una cápsula de supervivencia en mal estado, orbitando durante años una estrella llamada Grendel, situada en el extremo del espacio de la Alianza, con la baliza inoperante, y con un equipamiento de supervivencia que lo mantenía vivo a duras penas, hasta que aquella flota se topó con él?

¿Volvería a ver Grendel alguna vez? Ahora, tampoco es que se muriese de ganas. De hecho, era más bien una estrella inútil, el tipo de lugar por el que pasan las naves y los convoyes en dirección a otros lugares más importantes. Le habían dicho que aquel sistema había sido abandonado porque estaba demasiado cerca de los Mundos Síndicos, y no había nada valioso que defender allí, salvo, como mucho, los restos de docenas de batallas que orbitaban aquella estrella y que eran lo único que quedaba de la presencia humana en ese lugar. No obstante, algunos de aquellos restos pertenecían a su antigua nave, que había sido destruida mientras cubría la retirada del resto del convoy. Gran parte de su tripulación había muerto en Grendel. Les debía una visita de respeto al lugar en el que habían luchado y perecido bajo sus órdenes.

Desdichadamente, no eran los únicos que habían muerto bajo su mando, incluyendo casi seguramente a su resobrino, cuya nave, la *Resistente*, había sido destruida cubriendo la retirada de la flota en el sistema nativo síndico. Michael Geary probablemente descansaba ya con sus antepasados, a los que no había honrado desde hacía mucho tiempo.

—Capitana Desjani, durante la siguiente hora, más o menos, ocúpese de todo

salvo de las llamadas de emergencia.

Ella asintió con la cabeza, con expresión de cansancio dado el tiempo que había pasado en el puente de mando en el espacio enemigo.

—Es bastante raro que haya alguna emergencia mientras estamos en el espacio de salto. Puede que sea aburrido, pero ahora mismo aburrirse parece lo mejor que puede pasar.

Geary se giró para abandonar el puente del *Intrépido*, mirando, durante un momento, el asiento de observador, vacío en aquel momento. La copresidenta Rione había ocupado aquel lugar incluso en momentos de rutina como los saltos. *Tengo que averiguar qué le pasa. Llevo bastante tiempo teniendo que hacerlo, pero mientras estuvimos en el sistema estelar Baldur tenía una excusa.*

Abandonó el puente pero, en lugar de dirigirse a su camarote, fue hacia las profundidades de la nave, hacia los compartimentos más escondidos del crucero de batalla, protegidos al máximo del enemigo y de los accidentes. Con todo lo que había cambiado desde su época, poder encontrar dichos compartimentos era todo un alivio.

La tripulación y los oficiales lo saludaban a su paso, sonriendo y mirándolo con la admiración y la adoración que se siente por un héroe. Él les devolvía la sonrisa, aunque en sus adentros desease zarandearlos y preguntarles por qué no podían creer que era una persona normal, tan propensa a fallar como cada uno de ellos. Devolvió tantos saludos que su brazo se cansó con rapidez al realizar tantas veces el gesto, y llegó incluso a preguntarse si había hecho bien reintroduciendo aquella tradición en la flota.

Había algunos tripulantes cerca de la zona ancestral, pero le abrieron paso al verlo llegar. Después de avanzar entre ellos, escuchó murmullos. A la tripulación le gustaba saber que hablaba con los antepasados, que buscaba sus consejos y su desahogo, como cualquiera.

Entró en una pequeña estancia, cerró la puerta, y se sentó en un banco de madera, frente a un estante sobre el que había una vela. Cogió el encendedor más cercano, la prendió, y estuvo un rato en silencio, relajándose mientras esperaba a que los antepasados se reuniesen.

Finalmente, comenzó a hablar.

—Gracias, antepasados, por llevar esta flota a salvo hasta otro sistema estelar enemigo. Gracias por guiarme en mis decisiones y por ayudarme a no perder hombres en Baldur. —Geary se detuvo, mientras divagaba, pensando en lugares en los que no les había dejado estar desde hacía un tiempo—. Espero que Baldur no haya cambiado. Todavía espero poder ir algún día; ver si realmente es como todo el mundo dice. Pero nadie en esta flota se acuerda. Nadie en la flota lo recuerda como algo que no sea un sistema estelar enemigo.

Hizo otra pausa mientras dejaba su mente volar.

—Espero estar tomando la decisión correcta al ir a Sendai, y a la siguiente estrella. Si estoy equivocado, por favor, encontrad un modo de comunicármelo. Esta gente cree en mí. Bueno, más bien la mayoría. Otros... mierda, otros no sé ni lo que piensan. No es que me guste demasiado este trabajo.

Miró más allá de la candela, al mamparo, imaginando el vacío que había más allá del casco del *Intrépido*.

—Es una gran tentación. Ya saben, lo de la vocecilla. Sé *Black Jack* Geary. Haz lo que creas que está bien, sin más. Eso sería mucho más fácil. No intentes convencer a nadie. Enséñales cómo hay que hacerlo y punto. Tengo que seguir recordándome a mí mismo que no soy quien creen que es *Black Jack*, un héroe perfecto. Si empiezo a comportarme como alguien que no soy, podría resultar desastroso ya no solo para la Alianza, sino para toda la humanidad.

»¿Está bien? No puedo creer que pregunte esto, pero... ¿está bien ver a los sindicatos como personas? Sus líderes son gente horrible, y hay que detener a sus naves de combate y a sus fuerzas armadas, pero si empiezo a pensar que son monstruos, cuyas muertes no importan, ¿estaría equivocado? Si realmente hay una raza inteligente no humana al otro lado del espacio sindical, una raza que se la ha jugado a los humanos poniendo unas armas destructivas con un poder increíble en cada sistema estelar importante ocupado por nosotros, ¿no deberíamos recordar aquello que nos une? Podríamos enfrentarnos a un enemigo común.

Pasó un rato largo sentado, intentando no pensar, dejando su mente vacía de forma que estuviese abierta a cualquier tipo de mensaje. No obstante, no le llegó inspiración alguna. Geary suspiró y se preparó para levantarse. Luego habló por última vez.

—No sé qué le sucede a Victoria Rione, pero algo le pasa, algo que no compartirá conmigo, ni con nadie. Sé que no tiene familia, pero si hay algo que pueda hacer por ella, díganmelo, si es posible. Sinceramente, no sé qué siento por esa mujer, pero ha dado mucho por los demás.

Mientras apagaba la vela, recitó las antiguas palabras.

—Otórguenme paz, otórguenme orientación, otórguenme sabiduría.

Al marcharse de allí, se sintió bastante mejor.

«Hemos encontrado material interesante entre los documentos que los infantes de marina consiguieron recuperar en la instalación minera sindical de Baldur.»

El mensaje del teniente Íger, de Inteligencia, no es que aportase mucho, pero a los de su departamento les gustaba parecer crípticos y misteriosos, como si supiesen algo más de lo que dicen. En este caso, el mensaje consiguió que Geary fuese hasta su sección.

—¿Qué sucede?

El teniente Íger y uno de sus suboficiales le ofrecieron una tableta de lectura.

—Aquí, señor —le indicó Íger.

Geary leyó el primer documento. «Querida Asira.» Se trataba de una carta personal. Primero leyó rápido, pero luego se paró a leer con atención. «No hemos podido conseguir las partes que necesitamos para mantener todo operativo, por lo que hemos tenido que canibalizar parte del equipamiento para seguir con el resto... La semana pasada casi volvemos a quedarnos sin raciones... hay rumores de que habrá otro llamamiento a filas, por favor, dime que no es verdad... ¿Cuándo va a terminar esta guerra?» Alzó la vista.

—¿Lo han sacado de los archivos de la sección de seguridad de la instalación? Supongo que, fuese quien fuese el que escribió esto, estaba arrestado.

Íger negó con la cabeza.

—Estaba en la cola de envíos, señor. Los revisores de seguridad ya le habían dado el visto bueno.

—Está de broma. —Geary volvió a mirar la carta, extrañado—. Supongo que no me han hecho bajar hasta aquí para decirme que los Mundos Síndicos permiten más libertad de lo que me habían hecho creer.

Tanto el teniente como el suboficial sonrieron.

—No, señor —respondió Íger—. Siguen siendo un estado policial. Esta es solo una carta, pero hay un montón, todas preparadas para ser enviadas, y la mayoría de ellas contienen el mismo tipo de sentimientos. Hemos buscado los nombres que aparecen en las cartas en los archivos que los infantes de marina sacaron de las oficinas de seguridad y, aparte de entradas rutinarias, no hay nada sobre ellos.

—¿Por qué? —Geary levantó la tableta—. ¿No son el tipo de cosas por las que envían a la gente a los campos de trabajo de los Mundos Síndicos?

—Así es, señor. —Íger se puso serio—. O al menos debería. Por lo que parece, en ese complejo se habían estado tolerando quejas abiertas hasta extremos nunca antes vistos. O el nivel de seguridad era bastante laxo, o el desencanto por los asuntos de estado es tan palpable que ese tipo de sentimientos es demasiado común como para intentar contenerlo. —Señaló la tableta—. Además, los archivos de la instalación también incluyen correo procedente del mundo habitado que todavía no había sido entregado a los mineros y al resto de obreros. Muchos de ellos dicen más o menos lo mismo. Hay escasez de todo, y están preocupados porque piden más gente o recursos para la guerra.

—¿Alguno de ellos critica directamente al gobierno?

Los pocos síndicos que Geary había conocido desde que había asumido el mando de la flota se habían mostrado aterrados ante la posibilidad de decir algo en contra de sus líderes.

—Solo uno, señor. Los demás evitan criticar abiertamente a los líderes de los

Mundos Sídnicos. —Íger introdujo un par de comandos—. Esta es la excepción.

Geary leyó con atención.

«¿En qué están pensando nuestros líderes? Alguien está cometiendo errores serios, pero nadie paga por ello excepto tú o yo. Esto no puede seguir así.»

—¿Censuró la seguridad de la instalación esto? Debería.

—No, señor. —Íger logró evitar por bastante poco que se le escapase una sonrisa—. La persona que escribió esto era el jefe de la sección de seguridad de la instalación.

—Está de broma... —Geary volvió a mirar al teniente—. ¿Podría ser un truco, algo pensado para despistarnos?

—Por lo que sabemos, es real, señor.

—He hablado con los sódnicos que capturamos. Usted los interrogó, y ninguno dijo nada parecido.

—No a nosotros, señor —dijo Íger—. Comentar asuntos de este tipo entre los suyos es una cosa, pero contárnoslo a nosotros sería casi un suicido para cualquier sódnico que volviese a casa y fuese acusado. «¿Le dijo algo a la Alianza?» «¿Qué le contó al personal aliado?» Ese tipo de cosas. Entonces detectarían que mienten y los someterían a... métodos de interrogatorio más duros, y los acusarían de traición.

Parecía razonable.

—¿Qué opina entonces del hecho de que los civiles sódnicos hablen de esto entre ellos, teniente?

Íger tardó un instante en responder, y adoptó de nuevo una actitud solemne.

—Hemos consultado el sistema experto en análisis sociales. Afirma que si esos mensajes son auténticos, y por lo tanto reflejan con exactitud el estado de los sentimientos del pueblo de Baldur, y no han sido penados con acciones en contra, o con arrestos, entonces el liderazgo político sódnico no está en su mejor momento. El estrés derivado de la guerra debe de hacer cada vez más difícil mantener a raya a los insatisfechos y a los disidentes. Algunas de las demás cartas cuestionan los anuncios oficiales de las victorias sódnicas sobre la Alianza, casi siempre con tono desdeñoso. No obstante, este no es más que un sistema olvidado por la red hipernética, por lo que podría existir una gran variación en la intensidad y en el grado de descontento en otros sistemas estelares. Pese a todo, no hay razón para pensar que la situación de Baldur sea única.

—En Sancere no observamos nada parecido —observó Geary.

—No, señor, pero Sancere es... o mejor dicho, era, antes de que lo hiciésemos trizas, un sistema rico y con astilleros militares. Contaba con muchos contratos con el gobierno, prioridad en los recursos, conexión con la hipernet, y probablemente la mayor parte de la gente trabajaba en puestos básicos relacionados con la guerra, por lo que estaban exentos de ser llamados a filas. No tenían demasiadas razones para

quejarse. —El teniente Íger puso cara de circunstancia—. Yo procedo de un sistema aliado del mismo estilo, señor: Marduk. La vida es bastante buena en esos sistemas. Son los mejores en tiempos de guerra.

Geary clavó los ojos en el teniente.

—Pero, pese a todo, se unió a la flota en vez de optar por uno de esos buenos puestos exentos.

—Eh... así es, señor. —Íger miró a su suboficial, que sonreía en aquel momento—. La gente suele hacer bromas sobre eso, ya sabe, sobre que acabé en Inteligencia porque no demostré tener demasiada precisión.

Obviamente los chistes sobre oficiales de Inteligencia no habían cambiado demasiado en un siglo. Geary volvió a centrar su atención en las cartas de Baldur. Parecía demasiado bueno para ser verdad. La moral enemiga por fin comenzaba a quebrarse.

—¿Qué dicen de la Alianza?

Ninguno de los dos respondió al momento, por lo que Geary miró tanto al teniente como al suboficial.

—¿Dicen algo sobre la Alianza?

Íger vaciló, claramente incómodo.

—Prácticamente solo repiten la propaganda sódica, señor. Uno de los últimos mensajes de la cola se firmó después de que nos detectasen, y es casi un testamento. Hay otros del mismo estilo, pero sin terminar y que no llegaron a confirmarse. Todos esperaban que nuestra flota eliminase todo lo que había en el sistema Baldur. Pensaban que no haríamos distinciones entre objetivos civiles y militares, y expresaban su temor por la seguridad de los suyos. Uno hablaba sobre un pariente que había sido capturado por nosotros, y creía que lo habíamos matado. Ese tipo de cosas.

—¿Propaganda? —repitió Geary—. Teniente, sé que las fuerzas de la Alianza han bombardeado objetivos civiles. Sé que han ejecutado a prisioneros.

Íger pareció sorprenderse.

—¡Pero fue algo coyuntural, señor! Nos vimos obligados a hacerlo. La política de la Alianza nunca ha sido como la de los sódicos.

—Parece que a la población sódica le cuesta encontrar la diferencia. —Geary señaló la tableta—. Puede que estén descontentos con sus líderes, pero nos temen. ¿No es verdad?

—Yo... sí, señor, es posible.

—De lo cual se podría deducir que la razón principal por la que la población sódica apoya a sus líderes y a la guerra es el miedo que sienten ante la Alianza, un miedo que nosotros alimentamos.

El suboficial tomó finalmente la palabra.

—Pero señor, lo hicimos porque debíamos hacerlo.

Geary intentó no resoplar.

—Supongamos que eso es realmente cierto, y no tengo ninguna duda de que el personal de la Alianza lo cree sinceramente. ¿Lo saben los síndicos? ¿Acaso los ciudadanos de los Mundos Síndicos no nos juzgan por nuestras acciones, y no por las justificaciones?

El teniente Íger miraba fijamente a Geary.

—Señor, detuvo los bombardeos sobre objetivos civiles y las ejecuciones de prisioneros en cuanto asumió el mando. Todos los sistemas síndicos en los que hemos estado saben que, bajo su mando, esta flota no es una amenaza para sus familias. ¿Cómo supo lo que sentían? ¿Cómo supo qué hacer?

Recuerda que el teniente, el suboficial y cada hombre y mujer de esta flota han pasado su vida en guerra con los síndicos. Recuerda que sus padres pasaron toda su vida en la misma situación. Recuerda las atrocidades, las venganzas, las interminables provocaciones y las represalias. Recuerda que yo no he tenido que aguantar lo que ellos, y que no tengo derecho a juzgarlos por pensar de un modo diferente.

—Hice lo que hice —dijo en tono calmado— porque era lo correcto. Es lo que me enseñaron; lo que los antepasados y lo que nuestro honor nos piden. Sé por lo que han pasado. Lo que ha aguantado la Alianza durante esta guerra. Bajo esa presión, es fácil olvidar por qué luchamos realmente.

El suboficial asintió con la cabeza, como afligido.

—Tal y como usted nos dijo en Corvus, señor. Tal y como nos lo ha recordado. Nuestros antepasados tenían que decirnos que habíamos ido por el mal camino, por eso lo enviaron, porque sabrían que escucharíamos sus palabras.

Perfecto. No solo les recordaba lo que eran, también debía de ser el mensajero de los antepasados. Aunque en realidad lo era, ya que traía consigo lo que los antepasados creían un siglo atrás.

Era uno de esos antepasados. No le gustaba tener presente ese detalle porque le recordaba que su mundo se había perdido en el pasado, aunque fuese verdad.

El teniente Íger puso una mano sobre la mesa, mientras la miraba.

—Tenemos que convencer a los síndicos de que ahora es distinto, de que ya no somos más peligrosos para ellos que sus propios líderes. Es algo que podemos conseguir si seguimos demostrándoselo, ¿verdad, señor?

—Así es —afirmó Geary.

—Y si su moral sigue desmoronándose, y deciden que tienen menos que temer de nosotros que de sus propios líderes, podrían también quebrarse los Mundos Síndicos.

—Sería un resultado más que deseable. —Geary le dio la vuelta a la tableta que tenía en la mano mientras reflexionaba—. Debemos estar atentos ante estas cosas, y

si su sistema experto sugiere algún modo de explotar este tipo de problemas que afectan a la moral síndica, háganmelo saber.

A lo mejor, solo a lo mejor, se veía realmente un poco de luz al final del túnel. La Alianza no tenía posibilidades de derrotar a los Mundos Síndicos mientras sus líderes siguiesen consumiendo de ese modo los recursos de los mundos bajo su dominio. Pero si un pequeño porcentaje de ellos se rebelaba y no apoyaba la guerra con su gente y sus recursos, le proporcionaría a la Alianza la ventaja que necesitaba para conseguir lo que había buscado durante todo un siglo.

Victoria Rione evitó a Geary con éxito durante los seis días que se necesitaban para llegar a Sendai. Él pasó el tiempo imaginando escenarios de batalla potenciales, intentando encontrar la manera de no perder cruceros de batalla, y a sus respectivos oficiales, hasta quedarse sin nada. Dejarlos fuera de combate con el fin de conservarlos, sin más, no era una buena excusa.

Volvió a sentarse en el puente del *Intrépido* cuando la flota salió del espacio de salto. Las posibilidades de que los síndicos colocasen minas a la salida, o incluso que hubiesen descubierto que la flota de la Alianza se dirigía a Sendai, eran bastante remotas. No obstante, Geary quería estar preparado para reaccionar en caso de que los líderes síndicos tuviesen suerte con sus especulaciones.

Se le aceleró el corazón al atravesar el espacio de transición hacia el espacio normal. El gris mate del espacio de salto desapareció al mismo tiempo que un mar de estrellas infinitas se hacía visible.

No podía permitirse perder el tiempo admirando el paisaje. Sus ojos se centraron en el visor del sistema estelar en busca de cualquier signo que representase naves o minas síndicas.

—Parece totalmente despejado —anunció Desjani—. Ni siquiera hay naves de vigilancia. Tenía razón, señor. Los síndicos ni se imaginaban que veníamos a Sendai. —Al terminar lo miró con una sonrisa de admiración.

—Gracias —masculló Geary, incómodo—. ¿Tampoco hay satélites monitorizando el sistema?

—No, señor —dijo un consultor—. La razón es esa —dijo señalando el centro de la pantalla. Parecía nervioso.

El visor solía centrarse en la estrella principal, el objeto con suficiente masa como para combar el espacio a su alrededor y crear las condiciones necesarias para los puntos de salto. Sendai había sido una de esas estrellas, pero en el pasado. Una muy grande. Seguro que había tenido un montón de planetas por aquel entonces, hace millones de años.

Una vez se quedó sin combustible, explotó en una supernova que convirtió los planetas en restos carbonizados, y finalmente se contrajo sobre sí misma, haciendo que la materia de Sendai se comprimiese cada vez más, volviéndose cada vez más

densa, hasta que toda la masa de aquella estrella gigante quedó comprimida en poco más que una esfera del tamaño de un planeta pequeño, tan denso que su gravedad ni siquiera dejaba escapar la luz.

La capitana Desjani asintió con la cabeza y tragó saliva, también nerviosa.

—Un agujero negro.

El ojo humano era incapaz de apreciar nada de lo que todavía quedaba de Sendai. No obstante, en las pantallas de amplio espectro se podía ver la radiación emitida desde el agujero negro, en dos haces procedentes de los polos norte y sur de la estrella muerta, gritos agónicos de la materia siendo succionada hacia el agujero a velocidades increíbles.

Geary miró a su alrededor y vio a cada hombre y mujer presentes en el puente de mando observar las pantallas del mismo modo. Incluso los veteranos curtidos en innumerables batallas parecían inquietos ante la presencia del agujero.

—¿Alguna vez visitan las naves los agujeros negros?

Desjani negó con la cabeza.

—¿Por qué iban a hacerlo?

Buena pregunta. Cuando utilizaban los saltos, las naves pasaban por cada estrella intermedia entre ellos y su destino. Con la hipernet, las naves iban directamente de una a otra. Los sistemas estelares de agujeros negros, que en realidad ya no eran sistemas estelares dado que absorbían con avidez toda la materia que los había orbitado, ofrecían a las naves poco más que el peligro de la radiación emitida al espacio. Ni siquiera los escudos modernos podían aguantarla indefinidamente.

Pese a todo, no era más que eso. No iban a quedarse allí, sino avanzar con rapidez hasta el siguiente punto de salto, evitando los haces de radiación de los polos del agujero. Geary se inclinó hacia Desjani.

—¿Cuál es el problema?

Ella bajó la vista, y dijo a regañadientes.

—Es... antinatural.

—¿Antinatural? Los agujeros negros son totalmente naturales.

—No me refería a eso. —Desjani suspiró profundamente—. Se dice que si miras un agujero negro durante demasiado tiempo... acabas sintiendo unas ganas irrefrenables de adentrarte, de llevar a tu nave más allá del horizonte para ver qué hay al otro lado. La que una vez fue una estrella te llama, intentando consumir las naves humanas igual que hace con todo.

Nunca había escuchado historias como aquella, pero los tripulantes con los que Geary había servido cuando era oficial disfrutaban contándole todo tipo de invenciones de fantasmas y otros relatos sobre amenazas misteriosas que devoraban a las naves y a la gente en los fríos confines del espacio. Cien años habían sido tiempo suficiente para crear nuevas historias.

—Nunca he estado cerca mucho tiempo, pero sí un poco, y nunca me pasó nada parecido.

—Apostaría a que es usted el único que ha estado cerca de uno —respondió Desjani.

Lo desconocido. El suelo más fértil para los miedos humanos. Cuando Geary echó otro vistazo a la pantalla, esta vez al tanto de las creencias de los que lo rodeaban, casi pudo sentir un escalofrío producido por la masa invisible del corazón de Sendai. Algo más que simple gravedad, y tan potente que podía encarcelar la luz.

—Por eso no hay síndicos —dijo Desjani de repente—. Sabían que si intentaban dar la orden de situar naves vigía aquí, las tripulaciones se sublevarían en lugar de permanecer tanto tiempo cerca de un agujero negro.

—Buena conjetura. —Geary elevó el tono de voz y dijo calmadamente—: He estado cerca de agujeros negros. —Se podría decir que todo el mundo del puente le estaba prestando atención—. Siempre que no nos acerquemos demasiado, no hay peligro, y no lo haremos. Dirijámonos al siguiente punto de salto.

Se percató de que la orden de salir de Sendai seguramente sería la única con la que incluso sus peores enemigos de la flota estarían de acuerdo incondicionalmente.

—Mierda. —Acababan de explotar otros tres cruceros de batalla aliados.

Geary apagó la simulación dando un golpe en los controles, irritado. La táctica que había probado parecía un poco alocada, y en apariencia lo era. De hecho, no había valido para nada. En lugar de reducir el riesgo al que estaban expuestos los cruceros, estos se habían visto inmovilizados por fuerzas síndicas superiores y habían saltado por los aires. Era muy posible que la simulación fuese más lista que los comandantes síndicos con los que la flota de la Alianza se encontraría, pero los que Geary había conocido y respetado hacía cien años le aconsejaron no basar nunca sus planes en el supuesto de que el enemigo fuese estúpido. Una trampa ingeniosa solía funcionar mejor que imaginar que el enemigo era tonto y no veía lo evidente. *Todo lo que necesito ahora es una trampa ingeniosa.*

Escuchó el sonido de la escotilla que anunciaba una visita. Era la capitana Desjani. Realizó un saludo militar, con cara seria.

—Quedan dos horas para llegar al punto de salto de Daiquón, señor. Me pidió que le informase al respecto.

—Sí, pero no hacía falta que viniese en persona a decírmelo.

Desjani se encogió de hombros, claramente incómoda.

—Usted es... tranquilizador, señor. Seguramente se dio cuenta de lo mucho que la flota agradeció verlo tan calmado mientras estábamos cerca del agujero negro. Le aseguro que sus palabras se extendieron por cada una de las naves y nos ayudaron a todos a templarnos.

—Ah. —Era extraño que lo elogiase por no sentir miedo ante un agujero negro. No obstante, Geary había notado que cada vez se sentía más reacio a mirar a aquella cosa, influenciado por las supersticiones de los que lo rodeaban—. Gracias, pero tampoco me importaría decirle que no voy a echar de menos este lugar.

—Ni usted ni nadie de esta flota —dijo Desjani con una leve sonrisa en su boca—. Siento haberlo molestado, señor.

—No se preocupe. Solo estaba realizando una simulación, y tampoco es que fuese muy bien. —Geary se recostó y suspiró—. Siéntese. Me gustaría hablar de algo que no fuesen tácticas, estrategias, síndicos y guerra.

Desjani vaciló, luego entró y se sentó enfrente a Geary, tensa, como cada vez que estaba en aquel camarote.

—Esos temas han dominado la vida de la Alianza incluso desde antes de que yo naciese —comentó—. No sé de qué hablaríamos si no fuese por ellos.

—Hay otras cosas, cosas que nos hacen seguir adelante cuando la guerra parece ser lo único que hay en el universo. —Los ojos de Geary se posaron sobre las todavía distantes estrellas de la Alianza—. ¿Qué hará cuando vuelva a Kosatka, Tanya?

Desjani pareció sorprenderse ante la pregunta. Sus ojos parecieron perderse en el espacio estelar.

—Mi planeta natal —murmuró—. Hace mucho que no voy por allí. Es posible que no pueda hacerlo... incluso aunque volvamos al espacio de la Alianza.

—Entiendo. La guerra no se va a acabar por el mero hecho de que volvamos a casa. —Geary se mantuvo en silencio un momento—. ¿Todavía viven allí sus padres? ¿*Todavía viven?* A eso se refería, pero no quería hacer una pregunta tan brusca.

Ella se percató de su intención, y asintió con la cabeza.

—Sí, viven allí los dos. Mi padre trabaja en una fábrica que abastece a los astilleros orbitales. Mi madre forma parte de las fuerzas planetarias de defensa.

Claro, economía de guerra, incluso en un planeta situado tan lejos del frente de batalla como Kosatka. ¿Qué otra cosa iba a esperar de un siglo de lucha continua?

—¿Cómo se sienten sabiendo que es capitana de un crucero de batalla?

La capitana Tanya Desjani, una regia veterana endurecida por docenas de batallas estelares, se ruborizó y bajó la cabeza.

—Están... orgullosos. Muy orgullosos. —La expresión de su cara cambió—. Conocen los riesgos que uno corre al ser oficial de la flota. Estoy segura de que han estado esperando la notificación de mi muerte en combate desde que me subí a mi primera nave. Hasta ahora he roto la estadística, y ellos lo han aguantado, pero es posible que ahora crean que estoy muerta, junto con el resto de la flota.

Aquellas palabras provocaron una mueca en Geary.

—¿No será eso lo que le ha contado el gobierno de la Alianza a la población, verdad? No es que la gente no tenga derecho a saberlo, pero los gobiernos tienden a

creer que pueden mentir cuando se trata de malas noticias.

Había examinado una historia oficial de la guerra poco después de asumir el mando de la flota, y había descubierto que contenía interminables datos más que optimistas, además de una supuesta sucesión de victorias de la Alianza. No obstante, tampoco respondía a la pregunta de por qué aquellas victorias no les habían llevado ya a ganar la guerra. Geary se percató de que era preocupantemente similar a los sinsentidos que el mercante síndico les había contado. El mismo gobierno que se ocupaba de escribir la historia parecía no tener la intención de confesar que su flota principal había desaparecido tras las líneas enemigas y que posiblemente había sido destruida.

—Seguramente —admitió Desjani—, pero también lo habría anunciado la propaganda síndica. Envían unidades de emisión automáticas a las fronteras de nuestros sistemas estelares para lanzar tantas mentiras como pueden hasta que nuestros sistemas de defensa las destruyen. —Geary asintió con la cabeza, pensando que seguramente la Alianza hacía lo mismo en sus fronteras con los sistemas estelares síndicos—. Oficialmente —continuó Desjani—, se supone que nadie repite lo que dicen los síndicos, pero ya sabe, la gente habla. Al contrario que ellos, los ciudadanos aliados todavía pueden expresar su opinión y no creerse todo lo que le dicen sus políticos. —Se encogió de hombros, con expresión sombría—. Seguramente mis padres han escuchado afirmar a los síndicos que esta flota se perdió en su espacio. Seguramente no se lo creerán, pero tampoco se conformarán con lo que el gobierno diga para desmentirlo. Deben de estar preocupados.

—Lo lamento. —Una frase tan corta era inadecuada, pero en aquel momento no se le ocurrió nada mejor—. Supongo que, cuando vuelva, tendrán dos motivos para contentos.

Desjani sonrió.

—Sí, claro. —Miró a Geary casi con timidez—. Y cuando mi mundo natal escuche que la nave de su hija llevó al mismísimo *Black Jack* Geary, que comandó la flota desde mi puente de mando y nos llevó a casa contra todo pronóstico, serán las personas más famosas de Kosatka. Estoy segura.

Geary se rió para no mostrar la vergüenza que sentía.

—He pensado en ir a Kosatka cuando volvamos. —Se le vinieron a la cabeza las palabras que una vez le dijo Victoria Rione: «Kosatka no es suficientemente grande para ti, John Geary»—. De visita, quiero decir.

—¿En serio? —Desjani pareció asombrada.

—Ya le dije que había estado allí una vez. Hace mucho. —Geary consiguió no darse un golpecito en la frente fruto de la exasperación. Había pocas cosas en su vida que no se encuadrasen en un «hace mucho»—. No me importaría volver a verlo.

—Seguro que ha cambiado, señor.

—Seguro. Supongo que necesitaría un guía.

Desjani vaciló.

—Podríamos ir, quiero decir, si quiere venir cuando yo... es decir...

—Estaría bien —respondió Geary—. Quizá lo haga.

Tener una cara familiar cerca, alguien conocido, podría estar muy bien. Y ya había empezado a plantearse cómo se sentiría una vez llegase con la flota a casa y la dejase, una vez completada su misión, e incluso más. Lo que en una ocasión había sido un grupo de naves desconocidas y gente anónima se habían vuelto, poco a poco y cada vez más, su flota, llena de gente a la que conocía y, en algunos casos, a la que quería y admiraba. Qué coño, si incluso después de ver a las tripulaciones del *Intrépido*, el *Arrojado* y la *Diamante* mantenerse firmes mientras la puerta hipernética de Sancere colapsaba, Geary había comenzado a sentirse realmente orgulloso del coraje y la dedicación que demostraban aquellas personas. ¿De verdad quería cambiar aquello por un mundo civil desconocido, en el que le sería incluso más difícil escapar de la adoración a *Black Jack Geary*?

¿Debería siquiera hacerse esa pregunta? No podía seguir al mando de la flota una vez que volviese al espacio de la Alianza. No era ya que no se sintiese competente para lo que esa posición requería; temía que Victoria Rione tuviese razón cuando le habló de las tentaciones a las que tendría que enfrentarse. *Black Jack Geary*, el héroe mítico, que había vuelto de entre los muertos para salvar a la Alianza, con la flota bajo su mando. Podría tener todo lo que desease. Le resultaría tan simple como estirarse y cogerlo.

—¿Señor? —preguntó Desjani—. ¿He dicho algo malo?

—¿Cómo? No, lo siento. Estaba pensando en otra cosa. —Geary volvió a sonreír tranquilizadamente—. Vamos al puente a prepararnos para despedirnos de Sendai.

Todos los que estaban en el puente de mando intentaban evitar mirar al visor desde el que se veía el agujero negro, que dominaba el espacio. Al entrar se dio cuenta de que todo el mundo lo observaba del mismo modo, con aquella mezcla de esperanza y confianza. Al igual que Desjani, lo veían como una especie de talismán contra cualquier demonio que acechase desde el interior del agujero.

Una lástima que no tuviese dicho talismán.

Quedaba una hora y media para que la flota llegase al punto de salto. Geary tardó un momento en ordenar sus pensamientos. Después manipuló los controles para hablar con toda la flota. Cuando estuviesen en el espacio de salto, se limitarían bastante las comunicaciones, como mucho unas pocas palabras por cada mensaje entre las naves. Necesitaba decirles algunas cosas mientras estuviesen en el espacio normal, eso siempre y cuando al espacio que rodea un agujero negro se le pueda llamar normal.

—A todas las naves de la Alianza, al habla el capitán Geary —dijo con un tono

deliberadamente tranquilo—. No sabemos lo que nos aguarda en Daiquón. Los síndicos no esperaban que viniésemos a Sendai, pero probablemente ya han descubierto que no hemos ido a ninguno de los demás destinos posibles desde Baldur. Por lo tanto, es posible que sepan con suficiente antelación que nuestro rumbo actual es uno de los posibles objetivos, por lo que podrían posicionar sus fuerzas en poco tiempo gracias a la ventaja de poder usar la hipernet. Quiero que todas las naves estén preparadas para el combate en cuanto abandonemos el espacio de salto en Daiquón. Podríamos tener que enfrentarnos a los síndicos nada más salir, y si así fuese, quiero enviarlos de una patada al sol más cercano, tan rápido, que ni siquiera sepan lo que ha pasado. —Realizó otra pausa, pensando en la mejor manera de terminar la transmisión—. Por el honor de nuestros antepasados.

Ya solo quedaba esperar. Geary pasó el tiempo repasando los informes de la flota. Las auxiliares habían estado produciendo células de combustible y munición a una velocidad vertiginosa, como si los ingenieros quisiesen maquillar los errores que habían propiciado la escasez de elementos traza. No obstante, incluso sin lo que se había producido, las naves de combate de la flota estaban en un estado suficientemente bueno como para enfrentarse a los síndicos que los esperasen en Daiquón. Todas excepto la *Orión*, la *Majestuosa* y la *Guerrera*, claro. La mayoría del daño que había sufrido el crucero de batalla del capitán Tulev se había subsanado, y la *Leviatán*, la *Decidida*, la *Dragón* y la *Valiente* volvían a estar preparadas para el combate.

—Capitán Geary —Desjani interrumpió su flujo de pensamiento—, la flota ha llegado al punto de salto hacia Daiquón.

—Bien. Larguémonos de aquí de una vez. —Volvió a usar los controles de comunicación—. A todas las naves de la flota de la Alianza, salten hacia Daiquón.

En cuanto la flota entró en el punto de salto y dejó atrás el agujero negro llamado Sendai, un sentimiento de liberación inundó al *Intrépido*, tan potente, que Geary podría haber afirmado que la misma nave suspiró de satisfacción.

Quedaban cuatro días y unas cuantas horas para llegar a Daiquón. Victoria Rione consiguió evitarlo durante todo ese tiempo, por lo que empleó su tiempo en hacer más simulaciones, viendo como sus cruceros de batalla explotaban a la vez que se sentía cada vez más frustrado en todos los sentidos de la palabra.

Había síndicos en Daiquón.

Justo enfrente del punto de salto.

Al ver los símbolos de las naves enemigas aparecer en la pantalla del sistema estelar, Geary se centró en los dos acorazados y los dos cruceros de batalla, que aparentemente estaban vigilando la salida.

—¡Están colocando minas! —dijo Desjani.

El camino que la flota de la Alianza iba a seguir pasaba parcialmente por las zonas en las que ya había minas, por lo que Geary pensó en una maniobra para evitarlo.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza, giren inmediatamente a estribor cuarenta grados, dirección ascendente veinte grados. —Se volvió hacia los consultores, y emitió bruscamente otra orden—: ¡Rápido, marquen el trazado por el que las naves síndicas pueden haber dejado minas al avanzar!

Cuatro acorazados mayores. Los ojos de Geary recorrieron a gran velocidad el visor, buscando el resto de la fuerza síndica. Tres cruceros pesados, cinco cruceros ligeros, y una docena de naves de caza asesinas. Seguramente habían sido enviados para colocar las minas enfrente del punto de salto, y después dejarían solo algunas unidades ligeras para informar sobre si la flota de la Alianza había pasado por el sistema. No obstante, los habían pillado colocando el campo de minas. Los acorazados no constituían una amenaza importante para la flota de la Alianza, no al menos si tenían tiempo para preparar el enfrentamiento. Pero la flota estaba ya sobre los acorazados síndicos, con ambas formaciones enzarzadas ya en un combate cuerpo a cuerpo, por lo que no había tiempo para planes elaborados.

—A todas las naves, disparen a las unidades síndicas más cercanas.

Un escuadrón de destructores emergió justo frente a de los acorazados síndicos. Las naves ligeras se apartaron desesperadamente, mientras disparaban su escaso armamento, que hacía poco más que emitir destellos según chocaba con los poderosos escudos de los acorazados enemigos. Estos respondieron. Su potente armamento atravesó las débiles defensas de los destructores, casi como burlándose de ella. El *Kethen* explotó a causa del ataque, y el *Espada* quedó reducida a un montón de escombros.

Lo que salvó al resto de destructores fue la aparición del escuadrón de cruceros ligeros de la Alianza, que salió del espacio de salto justo sobre el armamento de los acorazados síndicos. Estos cambiaron de objetivo y dispararon sobre los recién llegados. El *Glacis* quedó reducido a añicos, más o menos igual que el *Égida* y el *Hauberk*.

Pero en ese momento los cruceros pesados y los cruceros de batalla de la Alianza alcanzaron los acorazados síndicos, pertrechados con unos escudos suficientemente resistentes como para entablar combate, y con un poder ofensivo tan potente como para reducir drásticamente las posibilidades del enemigo.

Seis de las naves asesinas síndicas habían escoltado a los acorazados y, de ellas, cinco saltaron por los aires cuando un enjambre de destructores aliados superaba a gran velocidad a los acorazados y disparaba sobre sus compañeros más ligeros. La última asesina intentó escapar, pero no tuvo tiempo para acelerar lo suficiente antes de ser reducida a cenizas. Dos cruceros ligeros intentaron resguardarse tras los

acorazados, pero fueron interceptados por tres divisiones de cruceros pesados de la Alianza, y después destruidos. El crucero pesado solitario sándico y los acorazados se encontraron frente a frente con la división de cruceros de batalla de Tulev, por lo que explotaron en mil pedazos ante la primera descarga de las naves más poderosas de la flota de la Alianza.

—Primera, Segunda, Tercera y Cuarta División de Acorazados —ordenó Geary—, ignoren a sus homólogos sándicos y ataquen los cruceros de batalla enemigos y a su escolta. —Recorrió la pantalla con la mirada, en busca de alguien a quien poder darle más órdenes—. Segunda, Quinta y Séptima División de Acorazados, alcancen los acorazados sándicos. Que todos los cruceros pesados intenten entablar combate con la escolta sándica superviviente que haya alrededor de los cruceros de batalla enemigos. Que todas las unidades ligeras de la Alianza abran fuego en cuanto tengan oportunidad.

Era un anuncio muy poco táctico; de hecho, era más bien un intento de superar a las fuerzas enemigas lo antes posible. Es ese momento, parecía la mejor opción.

Además, también tenía que ocuparse de los sándicos que intentaban contraatacar desesperadamente.

—Cuarta y Décima División de Acorazados, cubran la división de auxiliares. Asegúrense de que nada llega hasta ellas.

No estaba seguro de que todos los acorazados fuesen a obedecer aquellas órdenes en el fragor de la batalla, pero con que unos pocos lo hiciesen, sería suficiente.

Once cruceros de batalla giraron el arco de su trayectoria y aceleraron en dirección a los cruceros de batalla sándicos, seguidos de una maraña formada por divisiones de cruceros pesados, cruceros ligeros y destructores.

—Aceleren hasta una décima parte de la velocidad de la luz —ordenó la capitana Desjani—. Quince grados dirección ascendente, cero cuatro grados a babor. Que todo el armamento apunte al crucero de batalla sándico más adelantado. Preparados para lanzar los misiles espectro.

Al mismo tiempo, los once acorazados aliados de la Segunda, Quinta y Séptima División cayeron sobre sus naves equivalentes sándicas. Geary vio que los dos acorazados supervivientes de la Cuarta División giraban y se lanzaban contra los enemigos. No obstante, no intentó ordenarles que se detuviesen. La *Vindicta* y la *Venganza* se lo debían por la pérdida de la *Triunfante* en Vidha, y por el tremendo daño que había sufrido la *Guerrera* en esa misma batalla.

Trece acorazados de la Alianza arremetieron contra sus homólogos sándicos, a una distancia demasiado corta como para disparar misiles espectro. En lugar de eso, gran parte de las naves cercanas lanzaron metralla. Las bolas de metal, bien orientadas, chocaron contra los escudos enemigos y se vaporizaron con el impacto. Entonces, todos los acorazados aliados emplearon sus baterías de lanzas infernales

desde tres flancos, por lo que los escudos enemigos de los acorazados, ya bastante debilitados, colapsaron casi al momento. Las lanzas atravesaron las defensas y penetraron hasta las entrañas de las naves síndicas, abriendo agujeros por los que salían ráfagas de aire procedentes de los sistemas de ventilación, al mismo tiempo que se sacudían con cada impacto.

La *Vindicta* y la *Venganza* destrozaron a su paso todo lo que tenían a corta distancia, disparando sus proyectores de campos de anulación. Las brillantes esferas de estos dispositivos chocaron contra los cascos de las naves síndicas, deshaciendo sus campos atómicos. Secciones enteras de los acorazados síndicos, situadas dentro del área de los proyectores, se vaporizaron, lo que produjo grandes daños en las naves.

Los dos cruceros de batalla síndicos pudieron haber intentado escapar mientras los cruceros de batalla aliados se abalanzaban sobre ellos, pero su comandante pareció dudar. Aquella pequeña indecisión selló su fin.

—Misiles espectro —dijo Desjani.

El *Intrépido* lanzó una salva, y casi al instante el resto de cruceros de batalla hicieron lo mismo, por lo que se pudo ver una nube de misiles automatizados avanzar hacia los cruceros de batalla enemigos.

Los síndicos respondieron, y las naves asesinas, los cruceros ligeros y los cruceros pesados se interpusieron entre los cruceros de batalla y la avalancha de misiles aliados. Pese a las maniobras evasivas, la velocidad y el sigilo, muchos de los misiles espectro se iluminaron y murieron cerca de sus objetivos. No obstante, al centrar el fuego en los misiles espectro, las naves enemigas les permitieron a las naves ligeras ponerse dentro de su área de disparo.

Las naves de caza asesinas emitieron un destello y desaparecieron bajo la lluvia de impactos procedente de los destructores y de los cruceros ligeros, mientras que los tres cruceros pesados síndicos fueron reducidos a escombros gracias al fuego procedente de los cruceros pesados que acompañaban a los cruceros de batalla de la Alianza.

Entonces, estos últimos se situaron en el punto necesario para arrojar sus lanzas infernales. El crucero de batalla síndico más adelantado pareció resplandecer mientras sus escudos absorbían impacto tras impacto, pero finalmente colapsaron y las lanzas infernales comenzaron a destrozarse la nave.

Geary contuvo la respiración, intentando ocultar su preocupación al ver a Desjani liderar la carga con el *Intrépido*, el *Arrojado* y el *Victorioso* contra el afligido crucero de batalla síndico, y lanzar campos de anulación al pasar sobre él. *Estaba preocupado por arriesgar más cruceros de batalla, y ahora estoy lanzándolos al centro del combate, liderados por el que no me puedo permitir perder. Si perdemos al Intrépido, perderemos también la llave hipernética que transporta. Tengo que encontrar una*

solución.

El crucero de batalla sándico ya no era una amenaza. Los campos de anulación impactaron sobre el lugar donde ya habían impactado las lanzas, por lo que lo único que dejaron fueron los restos de la nave, de los que salían espasmódicamente cápsulas de salvamento en las que la tripulación superviviente intentaba escapar.

Geary buscó al segundo crucero de batalla sándico. Tensó la mandíbula al ver que su comandante le había dado la vuelta a aquella gran nave y avanzaba en dirección a las auxiliares.

—No tiene la menor oportunidad —dijo Desjani.

Al avanzar a través de la formación aliada, recibió innumerables impactos procedentes de los destructores, de los cruceros ligeros, y de los cruceros pesados. No es que le hiciesen demasiado daño pero, según aceleraba intentando confundir los sistemas de puntería de la flota de la Alianza, su estado se deterioraba. No obstante, no tuvo espacio suficiente como para llegar a su velocidad máxima, y el crucero de batalla recibió más y más impactos. Se metió entre la *Ilustre* y la *Increíble*, y se ralentizó cuando las dos naves abrieron fuego sobre su sección de babor.

Pese a todo, el crucero de batalla sándico seguía con su acometida, cada vez más dañado, salva tras salva.

Cuando llegó ante la Décima División de Acorazados, la nave sándica había recibido tantos impactos que probablemente avanzaba a ciegas, con los sensores inoperativos, y con la munición que le quedaba siendo disparada inútilmente, sin puntería alguna. Solo la zona de popa, con sus sistemas de propulsión principales, se mantenía relativamente intacta, por lo que siguió acelerando hasta una velocidad de algo más cero coma uno c.

La *Amazona* y la *Custodia*, los acorazados más cercanos al rumbo que llevaba el condenado crucero de batalla sándico, lanzaron ráfagas de metralla casi al mismo punto por el que la nave enemiga iba a pasar. El metal impactó sobre el caso enemigo a una velocidad combinada de unos cero coma dos c.

Debido a los impactos, la mitad frontal de la nave se vaporizó, la porción de popa se resquebrajó al pasar a través de los restos de la explosión, y finalmente se deshizo dejando una zona llena de pequeños fragmentos, algunos impactaron sin causar daño alguno en los escudos de la *Amazona* y la *Custodia*.

Desjani suspiró.

—Toda la flota de ese crucero de batalla debe de haber muerto.

Geary asintió con la cabeza.

—Nadie podría sobrevivir a eso.

—Qué mal. —Desjani miró a Geary—. Por primera vez en mi vida, me gustaría conocer a un sándico. Al oficial al mando de esa nave. Fue muy valiente. —Había cambiado con respecto a la oficial que conoció por primera vez, a la que el enemigo

síndico le parecía inhumano y más que despreciable—. Por supuesto, lo mejor es que él o ella haya muerto —aclaró Desjani—. No me gustaría dejar a un síndico como ese con vida.

—¿No le gustaría dejar con vida a un oficial síndico al que respeta? —le preguntó Geary.

Desjani frunció el ceño ligeramente.

—¿Que respeto? No podría respetar a un síndico, señor. ¿Cómo podría alguien hacer eso? Creo que este tuvo una buena muerte. Simplemente me gustaría saber cómo era.

Geary se encogió de hombros.

—Ahora mismo está muerto, destrozado en pedacitos junto con su tripulación y su nave.

—Así es, señor —respondió Desjani mientras sonreía ligeramente.

Quizá no había llegado a ese punto. No obstante, Desjani era la heredera de cien años de guerra, de un siglo de atrocidades cuya respuesta habían sido atrocidades peores. Para ella, el enemigo era un alienígena, del mismo modo que lo eran para Geary aquellos seres inteligentes que acechaban desde más allá del espacio síndico.

—Venga, ordenemos esta flota. A todas la unidades, buen trabajo.

Los ojos de Geary se posaron en el visor. En una esquina aparecían, en letras rojas, las naves de la Alianza perdidas: dos destructores y tres cruceros ligeros. Muchas otras habían recibido daños durante el combate. Cabía la posibilidad de que algunos de los destructores que habían sobrevivido no fuesen reparables, por lo que podrían verse obligados a abandonarlos allí mismo, y al menos uno de los cruceros pesados había recibido daños importantes.

—Formación Delta Uno a menos que sea para recoger cápsulas de salvamento de la Alianza.

Tenía que ver cuáles de los acorazados estaban en tan mal estado como para replegarse con las naves auxiliares para ahorrar esfuerzos, y así unirse a las maltrechas *Orión*, *Majestuosa* y *Guerrera*, en lo que ya se había convertido en la formación de las naves lisiadas.

Geary utilizó su control de mandos para contactar con la División de Inteligencia.

—Intentad encontrar alguna de las cápsulas de escape síndicas con oficiales de alto rango.

Necesitaba saber qué estaba haciendo el enemigo y qué estaba pasando en la frontera con la Alianza. Teniendo en cuenta la obsesión del enemigo por mantener todo en secreto y por tener a sus oficiales bien atados, las posibilidades de que alguno de los supervivientes tuviese respuesta para aquellas preguntas eran bastante remotas. No obstante, cuanto más tiempo pasase sin saber las respuestas, más lo carcomerían por dentro aquellas cuestiones. ¿Durante cuánto tiempo podría evitar a un enemigo

cuyos movimientos, en su mayoría, no podía prever?

Si la flota de la Alianza hubiese llegado a Daiquón medio día después, se habrían adentrado en el campo de minas que había enfrente del punto de salto, y las naves vigías síndicas habrían escapado con la intención de informar a su alto mando sobre el camino que seguía la Alianza.

Cualquier posible euforia, fruto de la victoria, se desvaneció al ver los nombres de las naves perdidas y los informes de daños y de pérdidas en las demás naves. Había sido una corta victoria por la que habían pagado un precio demasiado alto.

Capítulo 5

Si nada cambiaba, atravesar aquel sistema y llegar al punto de salto de Ixion requeriría aproximadamente un día y medio. Los cinco objetos más importantes que orbitaban la estrella Daiquón eran: cuatro rocas casi del tamaño de un planeta, y un supergigante que casi alcanzaba la masa suficiente como para convertirse en estrella por derecho propio. Las pequeñas instalaciones síndicas que una vez habían ocupado algunas de aquellas rocas estaban desiertas, y probablemente habían sido abandonadas hacía ya mucho tiempo.

No había ninguna razón para pararse allí, ni nada que pudiese ralentizar la flota.

No obstante, durante el enfrentamiento, habían causado tanto daño al crucero pesado *Radiante* que Geary se vio obligado a reducir la velocidad de toda la formación mientras se le realizaban las reparaciones de emergencia pertinentes a sus unidades de propulsión principales. La única opción que quedaba era dejarla atrás, y no iba a hacerlo.

Sin embargo, no tuvo oportunidad con los destructores *Rompespadas* y *Machete*. Ambos habían sufrido unos desperfectos tan severos que solo un astillero de cierta importancia podría repararlos. Geary ordenó que recogieran a sus tripulaciones y que se sobrecargasen sus núcleos de energía, por lo que las naves se convirtieron en bolas de escombros que se expandían poco a poco y se unían a los ya presentes en Daiquón, como resultado de la destrucción de las naves de guerra síndicas. Tanto las tripulaciones como los oficiales de aquellos destructores podían formar parte de otras naves, pero, pese a todo, el hecho de tener que abandonarlas minaba su moral.

Un grupo formado por otros destructores, tres cruceros ligeros más, y un crucero pesado se había unido a los tres acorazados en la división provisional de naves gravemente dañadas que acompañaba a las auxiliares. Geary había intentado salvaguardar el orgullo de aquellas naves formando una pequeña fuerza de escolta para estas últimas, pero temía que su descontento por ser enviados a un lugar situado lejos del frente de batalla le trajese más problemas. *Seguro que están disgustados, no obstante, es la única decisión con sentido. Aunque en realidad... ¿qué tiene sentido en una guerra?*

Geary cerró los ojos, en un intento de borrar de su mente las imágenes de los navíos y sus tripulaciones desapareciendo. Su camarote estaba en silencio, y solo los casi imperceptibles sonidos que hacían del *Intrépido* una nave con vida penetraban los mamparos, y le otorgaban una sensación de familiaridad. Los ventiladores del sistema de aire zumbaban al distribuirlo y enfriarlo. Las bombas producían sonido en las tuberías al hacer ir y venir los líquidos. También se escuchaban, casi inaudibles, las voces de la tripulación que pasaba cerca, quizá acompañadas del ruido que hace un carrito de transporte al pasar. ¿Cuánto tiempo llevarían los navegantes escuchando

aquellos sonidos? Antes había sido el crujir de la madera y el temblor de la cordelería de los barcos que usaban velas para transportarlos a través de los océanos planetarios. Las naves nunca estaban completamente en silencio, al menos no mientras tuviesen vida.

—¿Capitán Geary? Al habla el teniente Íger, de Inteligencia.

Pulsó el panel de control para aceptar la llamada.

—Al habla Geary. ¿Qué sucede?

—Hemos analizado las comunicaciones realizadas por las cápsulas de salvamento procedentes de las naves de batalla síndicas que hemos destruido y, por lo que sabemos, todos los oficiales de alto rango han muerto en combate. Ninguna de las personas a bordo de las cápsulas parece reivindicar ningún tipo de autoridad ni coordinar su actividad.

No tenía sentido desviar las naves para recoger a unos prisioneros sin información útil.

—¿Siguen en dirección a las instalaciones abandonadas de este sistema?

—Sí, señor —le confirmó Íger—. No tienen otro sitio adonde ir.

—¿Cuánto tiempo podrían sobrevivir con lo que tienen en las cápsulas y lo que pueda haber en la base?

Hasta ahora, la Alianza siempre había encontrado en las instalaciones síndicas que había examinado raciones de emergencia o, simplemente, comida, congelada en mundos sin aire.

—Las cápsulas contienen provisiones para un par de semanas, suponiendo que vayan llenas. Y siempre pueden estirarlas, claro. Incluso aunque las naves estuviesen aquí para comprobar si aparecíamos, el procedimiento síndico consiste en mandar una nave mensajera para informar de que la misión se ha completado, que en este caso era colocar los campos de minas. Cuando los líderes de los sistemas cercanos vean que no reciben información de las naves de Daiquón, mandarán a alguien para comprobar qué sucede. De hecho, podría haber ya una nave en camino.

—Entiendo. Gracias.

Tampoco tenía mucho sentido la idea de desviar una nave para recoger unas cápsulas que solo tenían tripulantes sin cargo. Podía ordenar que su flota les enviase un mensaje a las autoridades síndicas del planeta habitado del sistema Ixion cuando llegasen, solo para asegurarse de que los síndicos sabían que había personas esperando que las rescatasen.

Geary intentó volver a sus ensoñaciones, pero un instante después sonó la alarma de su escotilla.

—Entre —dijo sin abrir los ojos siquiera.

Después de un momento, escuchó una voz seca.

—Enhorabuena por haber conseguido otra victoria.

Los ojos de Geary se abrieron bruscamente. La persona que estaba en la entrada no era otra que Victoria Rione. Cuando vio que la miraba, entró. La escotilla se cerró tras ella, se acercó y se sentó frente a Geary. Al contrario que Desjani, Rione se acomodó, casi de modo informal, pero de la misma manera en que lo haría un gato para poder salir corriendo en cualquier momento.

—¿Qué le trae por aquí?

—Ya se lo he dicho. Vengo a felicitarlo.

—Y una mierda. —Geary hizo una mueca, enfadado—. Te has pasado semanas evitándome. ¿Por qué has decidido finalmente dejarte ver?

Rione desvió la mirada.

—He tenido mis razones. Hemos perdido una nave de la República Callas en el reciente combate.

—Lo sé, la *Glacis*. Lo lamento. Perdimos a la mitad de su tripulación, pero hemos conseguido rescatar al resto. Los supervivientes han sido distribuidos en otras naves de tu república.

—Gracias. —Rione apretó los dientes—. Tendría que haber estado ahí. Es mi responsabilidad.

—No, es la mía, como comandante de la flota. No obstante, habría agradecido tu ayuda. Además, para ser francos, señora copresidenta, las naves de la República Callas se preguntan por qué has estado tan ausente.

—Tengo mis razones —repitió Rione después de un largo rato en silencio.

—Podrías compartirlas —le sugirió Geary—. ¿No me recomendaste una vez hablar de mis problemas?

—¿Lo hice? ¿Se ha sentido solo? —preguntó Rione bruscamente.

—Te he echado de menos, sí.

—No soy la única mujer de esta nave, capitán Geary.

—Eres la única a la que puedo tocar —respondió Geary, sin apuro—. Y lo sabes. El resto de la flota trabaja bajo mis órdenes.

Ella lo miró, ocultando sus sentimientos, como era habitual.

—¿No tiene a nadie más con quien hablar?

—A veces sí; con la capitana Desjani o con el capitán Duellos.

—¡Ah! —Seguía siendo imposible averiguar qué pensaba Rione—. ¿La capitana Desjani? ¿Habla con ella sobre los modos con los que masacrar a los síndicos?

Aquello casi había sonado como las viejas y mordaces burlas de Rione.

Geary pensó la respuesta, y finalmente decidió ser sincero.

—Hablamos mayormente de asuntos estratégicos, sí. Una vez hablamos de Kosatka. Le dije que me gustaría ir cuando volviésemos.

Rione hizo una mueca, arqueando una ceja.

—¿Por qué no? Es un lugar interesante. Es posible que no pueda quedarme, pero

me gustaría verlo de nuevo.

—Ha cambiado, capitán Geary.

—Eso mismo dijo Desjani. —Geary se encogió de hombros—. A lo mejor quiero comprobar yo mismo cuánto ha cambiado, para ayudarme a interiorizar el hecho de que ha pasado un siglo desde la última vez que estuve allí.

—Seguramente ni siquiera podría pasear en público, ya sabe. —Rione hizo una mueca con la boca—. Acosarían a Black Jack.

—Sí. Desjani se ofreció a mostrarme el lugar. Podría ayudarme a evitar a la gente. Sus padres todavía viven. Nos ayudarían a pasar desapercibidos, supongo.

Victoria Rione se mantuvo en silencio otro rato, con aspecto impasible.

—Así que —dijo finalmente—, Tanya Desjani lo ha invitado a su casa para conocer a sus padres.

No se le había ocurrido que el ofrecimiento de Desjani pudiese verse de ese modo.

—¿Y qué pasa? ¿Estás celosa?

Rione arqueó las cejas.

—Difícilmente.

—Bien, porque lo último que quiero es que alguien piense que estoy interesado en ella, o al revés. —¿Habría Rione escuchado los rumores infundados sobre él y Desjani que Duellos le había comentado? ¿Cómo no iba a hacerlo teniendo en cuenta los espías que tenía informándole sobre todo lo que pasaba en la flota?

Rione sonrió ligeramente.

—Oh, claro que no, John Geary. Piense en las ventajas de tener a una mujer que cree que ha sido enviado por las mismísimas estrellas del firmamento para salvarnos a todos. Muchos hombres desean tener a alguien que los adore. Usted dispone de una, preparada y esperando.

Geary se levantó, cada vez más enfadado.

—No le encuentro la gracia por ninguna parte. Tanya Desjani es una buena oficial. No quiero que nadie piense que podríamos tener una relación más allá de lo profesional. Los enemigos que tengo en la flota ya intentan causarme problemas y fastidiarme afirmando que Desjani y yo compartimos algo más. No me gustan esos rumores. No quiero hacerle daño.

La sonrisa de Rione desapareció, y miró al suelo durante un momento. Cuando volvió a levantar la cabeza, su aspecto era sereno.

—Lo siento, tiene razón.

—Vale, joder. —Geary no fue capaz de callarse, y añadió—: Una mujer que admite que tengo razón. Muchos hombres rezan para que así sea.

—Que yo me esté comportando como una zorra no quiere decir que tú tengas que comportarte como un cabrón.

Entonces fue Geary quien desvió la mirada y asintió.

—Tienes razón.

—Además —continuó Rione—, soy mucho mejor que tú en eso. —Se hundió sobre su asiento, con una expresión que era una mezcla entre cansancio y desdicha.

Geary se inclinó hacia ella.

—¿Qué coño pasa Victoria? Sé que te preocupa algo, y creo que no soy yo. He intentado adivinar por qué has descuidado tus obligaciones con la Alianza y con la República Callas y, francamente, estoy más que asombrado. —Ella seguía sentada, con expresión impasible—. ¿Acaso soy yo? No me has tocado siquiera desde Ilión. Nunca nos comprometimos a nada, pero la verdad es que no entiendo qué ha pasado.

Rione se encogió de hombros, mirando en otra dirección.

—Soy una zorra. Ya lo sabías. De todos modos, solo era algo físico.

—No, no lo era. —Rione seguía sin mirarlo directamente, por lo que continuó—: Ya te lo he dicho antes, y te lo vuelvo a decir: me gusta tenerte cerca.

—Veo que no niegas que soy una zorra.

—Y sigues queriendo cambiar de tema. —Frunció el ceño—. ¿Tiene eso que ver con cómo os comportáis Desjani y tú cada vez que estáis juntas?

Ella se rió con tono burlesco.

—Qué hombre tan observador. Si Desjani y yo fuésemos dos formaciones de guerra síndicas seguro que te habrías dado cuenta hace mucho tiempo.

Geary decidió no entrar en ese juego.

—Os respeto a las dos. Y me gustáis las dos, pero en sentidos distintos. También respeto vuestras formas de pensar. Esa es precisamente la razón por la que me preocupa bastante no saber por qué parece que os odiáis desde Ilión.

Rione desvió la mirada un momento antes de responder.

—La capitana Desjani tiene miedo de que le haga daño al hombre que idealiza.

—No me jodas, Victoria...

—No es broma, John Geary. —Suspiró profundamente y, finalmente, le devolvió la mirada—. ¡Utiliza la cabeza! —dijo Rione con dureza—. ¿Qué conseguimos en Sancere?

—Muchas cosas.

—Entre ellas una larga lista desactualizada de prisioneros de guerra de la Alianza. —Para sorpresa de Geary, Rione parecía temblar un poco mientras hablaba—. Sabes que los síndicos dejaron de compartir con nosotros las listas de prisioneros de guerra desde hace bastante. Sabes que muchos de los que aparecen en esa lista supuestamente estaban muertos. ¡Deberías haberte dado cuenta de que algunos de los nombres que hay en ella podrían pertenecer a personas que se dieron por muertas!

Finalmente lo comprendió.

—Tu marido. ¿Estaba su nombre en la lista?

Rione apretó los puños. Estaba temblando claramente.

—Sí.

—Pero dijiste que sabías que estaba muerto.

—¡Los que consiguieron escapar de la nave dijeron que eso era lo que había ocurrido! —dijo, gritando. Geary supo que no era a él a quien le gritaba. Luego se calmó y respiró profundamente varias veces—. En la lista que conseguimos aparecen nombres y números de identificación. Pone que, cuando lo capturaron, estaba gravemente herido, pero todavía vivo.

Geary esperó un rato, pero Rione no dijo nada más.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo, John Geary. Sé que los síndicos lo capturaron cuando todavía estaba vivo. Sé que estaba gravemente herido. No sé siquiera si llegó a vivir para ver otro día. No sé si sobrevivió, fuese el tratamiento médico que fuese el que le proporcionaron los síndicos. No sé si lo enviaron a un campo de trabajo. No sé si después de todo eso, murió. —Hizo una pausa—. No lo sé.

En ese momento Victoria Rione, que normalmente gozaba de un gran autocontrol, irradiaba dolor. Geary se acercó a ella, la abrazó, y pudo sentir que temblaba en su interior.

—Lo siento, joder. Lo siento.

Su voz sonó apagada.

—No sé si está vivo. No sé si está muerto. Si sobrevivió de algún modo... Si está en un campo de trabajo en alguna parte, las posibilidades de que vuelva a saber de él, de volver a verlo, son pocas, por no decir ninguna. Pero podría seguir vivo. Mi marido, el hombre al que todavía amo.

Entonces Geary lo entendió. Rione se había dado cuenta de ello semanas después de ir a su cama por primera vez. La triste ironía de aquello hacía que se preguntase por qué las estrellas del firmamento podían haberle hecho eso a aquella mujer.

—Vale, no tienes que decir nada más.

—Sí, claro que sí. Después de diez años de mantener viva su memoria me entregué a ti, y luego me enteré de que podía seguir vivo. —Rione apartó a Geary y miró a un lado—. Menudas bromas gasta el destino, ¿eh? Pensé que había hecho lo correcto, John Geary. Pensé que había honrado a mi marido muerto, y que había hecho lo que él habría querido que hiciese. Ahora resulta que puedo haberlo deshonrado. Y a mí también, pero sobre todo a él.

—No —respondió casi sin pensar. Geary se tomó una pausa para ordenar sus ideas—. No has deshonrado a nadie. Dime la verdad: ¿si descubriésemos que está en un campo de trabajo del siguiente sistema estelar que visitemos, te irías con él o te quedarías conmigo?

—Me iría con él —dijo sin vacilar un instante—. Lo siento, John Geary, pero esa

es la verdad, y no va a cambiar. Ya te he dicho dónde estará siempre mi corazón. — Rione volvió a suspirar profundamente, en un intento por controlar sus emociones—. Desjani también lo sabe. Encontró el nombre de mi esposo en la lista y vino a decírmelo obligada por su sentido del deber. Tu capitana Desjani se entrega a sus valores. Me hizo daño, y no la traté precisamente bien. Se sorprendió bastante cuando le dije que ya lo sabía, pero que todavía no te lo había contado. —Rione miró a Geary directamente a los ojos—. Cree que no debería ocultártelo. No quería que sufrieses cuando te enterases.

No había razón para dudar de lo que Rione le decía. Parecía algo propio de Desjani.

—Y cuando te negaste a decírmelo...

—No va a contar mi secreto. Es algo que la noble y honorable Desjani nunca haría. —Rione hizo una mueca y sacudió la cabeza—. No se merecía que la tratase de ese modo. Solo intentaba protegerte. Tanya Desjani goza de honor. Si alguien merece ser tuya, es ella.

—¿Qué? —El tema de la conversación había cambiado de repente—. ¿Que se merece qué? Desjani es una de mis subordinadas. Nunca me ha dado pie a...

—Ni lo hará —le interrumpió Rione—. Ya te lo he dicho, es una mujer honorable. Incluso aunque estuviese dispuesta a comprometer su honor, no haría lo mismo con el tuyo. Yo, al contrario, soy una política. Manipulo a la gente. A ti te he manipulado.

—No nos comprometimos a nada —repitió Geary—. Coño, Victoria, ¿se supone que debería sentirme utilizado? Pero si eres tú la que está destrozada.

Rione perdió el control y volvió a gritar.

—¡Te has expuesto al compartir cama con una mujer cuyo marido podría seguir vivo! ¡He mancillado tu honor y he dejado la puerta abierta para que tus enemigos se aprovechen! ¿Por qué no te enfadas?

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Geary, algo agitado.

—Yo... —Rione extendió la mano airadamente—. Tú, yo y la noble capitana Desjani. Al menos eso seguro. Puede que otros lo hayan visto y estén esperando para hacerte daño. Debes tener en cuenta que podría pasar. Debes tener en mente que tu honor podría verse cuestionado antes o después por mi culpa.

—Creo recordar que una vez me dijiste que podías cuidar de tu honor tú sola. Pues yo puedo hacer lo mismo con el mío.

—¿Seguro? —Rione suspiró larga y profundamente—. Si me estás tomando como ejemplo, no esperes sonar convincente. ¿Por qué ibas a intentar salir en mi defensa?

—Porque ningún hombre que valga algo te culparía por un error honesto como...

—¿Ningún hombre? ¿Vaya, resulta que ahora hablas en nombre de mi marido,

John Geary? —Rione lo miró con los ojos llenos de rabia—. ¿Qué debería decirle, eh? ¿Y a mis antepasados? No he hablado con ellos desde que me enteré de esto. ¿Cómo voy a hacerlo?

Geary la miró durante un rato.

—¿Quieres que sea honesto contigo?

—¿Por qué no? Al menos uno de los dos debería serlo —respondió fríamente.

—Entonces te diré un par de cosas —dijo Geary con firmeza, como si estuviese dando órdenes desde el puente de mando—. En primer lugar, no has mancillado mi honor. Y tampoco el tuyo. Para que fuese así, tendrías que haberlo hecho a sabiendas de que hacías algo deshonesto.

—Pero...

—¡Me da igual cómo lo vean los demás! ¡Hace cien años la gente entendía estas cosas! ¿Es que no son ya suficientemente duras vuestras vidas después de un siglo de guerra, que además tenéis que cargar con valores imposibles? —Rione lo miró fijamente—. No tengo derecho a decirte cómo deberías sentirte, pero sí cómo me siento yo. En segundo lugar —continuó Geary—, no ayudas a nadie flagelándote de ese modo. Sí, quizá en un mundo ideal podrías soportar esos valores imposibles de lealtad, pero no en este.

Ella negó con la cabeza.

—Eso no va a consolar a mi esposo ni a mis antepasados.

—¿Qué habrías querido que pasase si la situación fuese al revés? —le preguntó Geary—. ¿Y si fueses tú la que estuviese gravemente herida, a la que hubiesen dado por muerta, y la que quizá se viese separada de su marido? ¿Qué habrías querido?

Rione pasó un largo rato mirando al suelo sin decir nada. Al final, alzó de nuevo la mirada y dijo con tranquilidad:

—Que fuese feliz.

—¿Incluso aunque eso significase encontrar a alguien al pensar que estás muerta?

—Sí.

—¿Y si después descubriese que podrías seguir viva pero, pese a todo, posiblemente, lo perdieses para siempre? ¿Querías que se culpase por ello?

—No uses a mi marido en mi contra, John Geary —dijo Rione bruscamente—. No tienes derecho a hacerlo.

Él se recostó y asintió con la cabeza, intentando mantener la calma.

—Es verdad. ¿Por qué no hablas con tus antepasados? Podrían mandarte alguna señal de cómo se sienten.

—¿Alguna señal como la palabra «adúltera» marcada en mi frente? —respondió Rione, enfadada.

—Si ya piensas que es así, ¿por qué no? —replicó Geary—. Quizá no te culpen. Son nuestros antepasados, Victoria. También fueron humanos. Tuvieron vidas

imperfectas. Por eso hablamos con ellos, porque pueden recordarlo y entenderlo y, a lo mejor, solo a lo mejor, nos enseñan alguna lección que todavía ignoramos.

Ella negó con la cabeza, mirando en otra dirección.

—No puedo.

—¡Incluso las personas más deshonorosas pueden hablar con sus antepasados! ¡Nadie puede impedírtelo!

—No me refería a eso. —Rione seguía mirando hacia el mamparo opuesto.

Geary estudió su expresión, la forma de su boca, y poco a poco empezó a entenderlo.

—¿Tienes miedo a hablar con ellos? ¿De cómo reaccionarán?

—¿Te sorprende, John Geary? Claro que tengo miedo. He hecho un montón de cosas de las que no me siento orgullosa, pero nunca pensé que pudiese hacer algo que ofendería a mis antepasados.

Geary ponderó la situación durante un momento.

—No tienes que enfrentarte a eso sola. Podrías...

—¡No voy a compartir mi vergüenza con más personas!

—¡Ya se lo has dicho a Desjani, y ahora a mí! —respondió Geary, gritando también.

—Y no se lo diré a nadie más.

Después de decir eso, Rione se quedó en silencio, con aspecto sombrío y obstinado.

—Podría...

—¡No! —Intentó calmarse de nuevo—. Eso sería hacer de marido. No será a ti a quien tenga a mi lado cuando visite a mis antepasados.

Solo quedaba una opción.

—¿Y Desjani? Podrías pedirle que te acompañe.

Rione lo miró, sorprendida.

—Total, ya lo sabe.

—Y me odia.

—Porque no tenías pensado decírmelo. Ahora ya lo has hecho. —Rione pestañeó varias veces—. Y lo has hecho porque has querido. Desjani es una persona honorable. Tus antepasados no tendrían nada que objetar.

Ella sacudió la cabeza, y volvió a evitar la mirada de Geary.

—¿Por qué iba a hacer eso por mí?

—Podría preguntárselo yo, si quieres. —Opción incorrecta. Los ojos de Rione refulgieron—. O tú. ¿Crees que Desjani se negaría si se lo pidieses?

Ella acabó por suspirar.

—No, claro que no. La honorable capitana Desjani no se negaría. Incluso estaría dispuesta a estar al lado de un político si esa persona lo necesitase, ¿no? Sobre todo si

supiese que el gran capitán Geary así lo desea.

—Supongo, pero puedes dejar a ese «gran capitán Geary» a un lado. Intento ayudarte, y la capitana Desjani también lo haría si se lo pidieses. No tienes que seguir en ese plan con nosotros.

Rione se levantó y miró a Geary con expresión pensativa.

—No siempre estarás al mando de esta flota. Algún día volverás a casa. Solo las estrellas del firmamento saben cómo, pero lo harás. Podrías retirarte en este mismo instante si así lo deseases. Nadie en la Alianza te lo negaría. Ese día, cuando ya no pesen sobre ti las responsabilidades del mando, cuando no existan normas y honor que regulen tus relaciones con otros oficiales, ¿te gustaría atarte a alguien como yo, o preferirías gozar de la libertad para adentrarte en el corazón de alguien como Desjani?

—Nunca he...

—No, ni lo harás. Que te jodan. —Rione se dio la vuelta rápidamente y se marchó.

Geary se despertó al abrirse la puerta de su camarote. Luego se cerró. Pulsó los controles de iluminación, y la habitación se vio inundada por una tenue luz nocturna. Entonces pudo ver a Victoria Rione de pie, observándolo en silencio.

—Hola, John Geary. —Avanzó con paso vacilante hacia él, se sentó a los pies de la cama, y lo miró—. ¿No me vas a preguntar nada?

Geary pudo sentir el olor a vino en su aliento incluso a esa distancia.

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo me fue. —Rione levantó la mano en un gesto de grandilocuencia—. Yo, mis antepasados, la capitana Desjani. Seguro que quieres que te lo cuente.

—Victoria...

—No. —Negó con la cabeza, casi temblorosamente, y habló con voz profunda—. Les expliqué lo que había pasado. Les expuse mis remordimientos. Les pedí que me guiasen. Y nada; no sentí nada. No me enviaron nada. Mis antepasados ya no quieren saber nada de mí, John Geary.

El hombre se incorporó.

—No puede ser verdad.

—¡Pregúntaselo a la noble capitana Desjani! Que os jodan, a ti y a ella. —Se acercó a sus pies y comenzó a quitarse la ropa.

Geary se levantó.

—¿Qué estás haciendo?

—Comportarme como lo que soy. —Se quitó la última prenda de ropa y se dejó caer en la cama, mientras lo miraba—. Vamos, adelante.

—Debes de estar loca si crees que me voy a aprovechar de ti ahora.

—¿Sería muy poco honorable? No te engañes. Sé Black Jack por un instante. Haz lo que estás deseando hacer.

La observó durante un instante, intentando buscar las palabras.

Rione volvió a hablar, con la mirada perdida más allá de la figura de Geary.

—Lo mataría si tuviese que hacerlo, ya lo sabes. Si Black Jack intentase hacerle daño a la Alianza, y no hubiese otro modo de pararlo, lo mataría. Ha muerto demasiada gente como para permitir que sus pérdidas sean en vano. A lo mejor fue entonces cuando mi honor se desvaneció, cuando juré hacer todo lo necesario para detener a Black Jack. —No sin dificultad volvió a mirarlo directamente—. Cualquier cosa.

A Geary le resultó fácil, pero tenía que decir lo que se le había venido a la mente.

—¿Es esa la razón por la que empezaste a acostarte conmigo?

Ella respondió con una mueca. Después negó ligeramente con la cabeza.

—No —dijo en voz baja—. Ni siquiera creo que yo fuese capaz.

—¿Ni siquiera tú? Una vez me hablaste de cosas que ni yo haría, y ahora estás siendo igual de dura contigo misma. —Geary se agachó para coger la sábana y tapanla, mientras ella lo miraba—. No voy a hacerte eso, Victoria. Te mereces algo mucho mejor, tanto si lo crees como si no.

Se sentó cerca de ella, con los ojos mirando al campo estelar que brillaba tenuemente en uno de los mamparos.

—Eres una persona firme, con mucho aguante, pero eres tan dura con los demás como lo eres contigo misma. Puede que incluso más. No creo que tus antepasados puedan perdonarte mientras tú te niegues a hacerlo.

Pasó un rato en silencio. Luego volvió la cabeza y vio que Rione había perdido el conocimiento. Incluso entonces, fuera del mundo, su expresión seguía marcada por la angustia.

Cuando despertaron a Geary en el *Intrépido*, estaba demasiado desorientado como para prestar atención a la gente de la flota, a los descendientes de las personas que había conocido, y entre las que había vivido. Después de tomar el mando, se percató con rapidez de lo que había cambiado después de un siglo, y de que los suyos habían soportado una tortuosa guerra. Había creído que estaba entre extraños que ya no pensaban ni sentían del mismo modo que él. Según pasaron las semanas y Geary aprendió más cosas sobre ellos, se dio cuenta de que los había juzgado con demasiada severidad y comenzó a sentir que compartían cosas fundamentales. No obstante, en ese momento volvía a dudar. El honor podía ser una carga, y una espada al mismo tiempo. Y podía hacerse mal con él con facilidad. Parecía que la gente de la Alianza de aquel tiempo, cien años distante del suyo, usaba el honor como un arma contra sí misma, lo cual lo convertía en algo tan inútil y tan ilógico que podía utilizarse tanto contra ellos como contra sus enemigos; de igual modo servía a la integridad y a la

injusticia.

Geary suspiró, se levantó con cuidado para no hacer ruido y se vistió en silencio. Cuando estaba en la puerta, se paró y la miró. *He sufrido tanto al saber que todos los que conocí y amé en el pasado han muerto... Pero ¿cuánta gente de la Alianza está en la misma situación que Victoria, sin saber si sus seres queridos se encuentran vivos o muertos, buscando la forma de vivir con esas almas torturadas por la duda? ¿Cuántos mundos síndicos sentirán lo mismo?* Por primera vez, se dio cuenta de la cruel ventaja que significaba tener la certeza con la que se había tenido que enfrentar. Al menos, él podía estar seguro.

Deambuló por los pasillos y los compartimentos del *Intrépido*, saludando a los miembros de la tripulación que hacían guardia en las oscuras profundidades de la nave, intentando sentirse a gusto con las costumbres que se derivaban de estar al mando.

Al girar una esquina, se encontró con la capitana Desjani, que hacía lo mismo.

—¿Capitán Geary? —No ocultó su sorpresa—. ¿Va todo bien?

—Sí, claro.

Su tono y su expresión evidenciaban lo contrario.

Desjani hizo una mueca.

—He oído que... —Desjani se calló e intentó empezar de nuevo—. He estado enfadada con ella. Ya lo sabe. Pensé que no quería decírselo porque no tenía dignidad. No me di cuenta de que lo que realmente pasaba era que su sentido del honor la estaba destrozando.

—¿Cómo fue? ¿Es verdad que sus antepasados la rechazaron?

Desjani bajó la cabeza y reflexionó durante un instante.

—Yo sentí algo. No sé el qué. Estaban allí, pero creo que ella no va a aceptarlo.

—Esa es mi impresión, sí.

—Rione... eh... —Desjani parecía sentirse incómoda y molesta—. La vi hace un rato. Ha estado bebiendo, y ha dicho algunas cosas.

—Sí, lo sé.

—Señor, espero que nada de lo que yo haya hecho o dicho le haya hecho pensar en modo alguno que yo...

Le cogió la mano para que se callase.

—Siempre ha sido muy profesional. No podría tener a mi mando a una oficial mejor.

Desjani parecía angustiada.

—Incluso aunque no tuviese una gran misión que cumplir, incluso aunque las estrellas del firmamento no nos lo enviasen en el momento que más lo necesitábamos, estaría mal que yo...

—Capitana, por favor. —Geary intentó que su voz no delatase su preocupación

—. Lo entiendo. No hace falta que volvamos a hablar de ello.

—Capitán Geary, hay rumores —dijo Desjani entre dientes— sobre nosotros dos. Me han puesto al tanto.

—Rumores sin fundamento, capitana Desjani. Han sido creados y extendidos por oficiales que carecen de la capacidad para entender lo que es el honor. Haré todo lo que esté en mi mano para actuar del modo más profesional posible cuando me encuentre cerca de usted, y estoy seguro de que usted seguirá haciendo lo mismo.

—Sí, señor. Gracias, señor. Sabía que lo entendería.

Asintió con la cabeza, agradecida. Luego realizó un saludo militar y se marchó. Geary observó como se alejaba, mientras se percataba de que no importaba si volvían a hablar de ello o no; aquello siempre sería una fuente de preocupación.

Al final acabó en su camarote. Rione seguía inconsciente, por lo que Geary se sentó y volvió a las simulaciones. Tres días más atravesando el sistema estelar Daiquón y la flota de la Alianza llegaría al punto de salto de Ixion.

¿Debían mantener ese rumbo? Obviamente, los síndicos se habían dado cuenta de que aquel sistema estelar era un posible destino y habían colocado minas. ¿Qué podría esperarles en Ixion?

No obstante, las opciones alternativas tampoco eran precisamente atractivas. Había sorprendido a los síndicos llegando tan pronto a Daiquón. Si la flota de la Alianza seguía avanzando a más velocidad de la que los síndicos necesitaban para reaccionar, podían despejar Ixion antes de que el enemigo situase una fuerza de bloqueo en el lugar.

O no. Según los últimos informes síndicos que habían conseguido en Sancere, Ixion gozaba de un mundo habitado más que decente, y de un número de colonias espaciales y de instalaciones que podrían estar todavía operativas. No era un sistema estelar vacío ni abandonado.

Tendría que estar preparado, preparado de verdad, para cuando llegasen. Debía asumir que el punto de salto estaría minado, y que los síndicos estarían emboscados. Tenía que asegurarse de que la flota de la Alianza estuviese en condiciones de encararles.

Dicho así, parecía fácil. De hecho, le encantaría saber cómo conseguirlo.

Al final, se quedó dormido en la silla, deseando que Rione saliese de aquel estado de depresión, y volviese a ofrecerle sus consejos.

Cuando se despertó, agarrotado por haber dormido en la silla, vio a Rione tumbada en la cama, despierta mirando hacia arriba. Sin decir nada, se levantó, fue al lavabo, cogió unos analgésicos y un poco de agua, y se los llevó.

Ella aceptó la oferta, pero sin mirarlo directamente.

Rione comenzó a hablar cuando Geary volvió a sentarse.

—No recuerdo todo lo que dije ayer por la noche.

—Seguramente sea lo mejor —dijo Geary con tono neutral.

—Tampoco recuerdo todo lo que hice.

—No hicimos nada, si es a lo que te refieres.

Rione asintió con la cabeza, luego suspiró y esbozó una mueca de dolor aparentemente causada por el movimiento.

—Gracias. Ahora, si me haces el favor de darte la vuelta, cogeré mi ropa y lo que quede de mi dignidad y te ahorraré tener que seguir aguantándome.

—¿Y si no quiero darme la vuelta?

—Guarda tu caballerosidad, John Geary, a menos que quieras deleitarte viéndome desnuda. No tengo derecho a negarte ese pequeño placer. —Parecía y sonaba derrotada.

Geary notó como el enfado que sentía hacia ella iba en aumento. Intentó tranquilizarse y se dio cuenta de que, hasta el momento, la compasión no había dado resultado.

—De acuerdo, señora copresidenta. Quizá no me he expresado con claridad. —Rione frunció el ceño, con expresión severa—. La verdad, no me importa lo que piense de sí misma en estos momentos. Me decepciona el hecho de que una persona con su inteligencia y sus capacidades, se regodee en su autocompasión cuando necesito desesperadamente sus consejos y su ayuda para conseguir que esta flota siga con vida, y yo pueda mantener mi cabeza bien alta. En tres días saltaremos a Ixion, y no tengo ni idea de lo que nos esperará allí. ¿Es que ha decidido que Black Jack ya no necesita su ayuda para tomar las decisiones correctas?

Rione frunció todavía más el ceño. Geary pudo observar en ella un atisbo de miedo. ¿Se estaría preguntando qué dijo la noche anterior? ¿Realmente le había dicho sin tapujos hasta dónde pensaba llegar para proteger la Alianza de Black Jack?

Geary mantuvo el tono severo.

—Ya me había dicho lo importante que es la Alianza para usted. Y necesita esta flota de vuelta. Si lo que pretendo es llevarla de regreso, la preciso a mi lado para seguir siendo honesto. Cada vez me siento más cómodo con el mando, y cada vez me cuesta más evitar hacer cosas solo porque puedo hacerlas. *Black Jack* Geary podría tomar un camino que John Geary no considera sabio ni honorable. ¿Qué es más importante para usted, señora copresidenta? ¿Su propia miseria, o el bienestar de la Alianza en la que dice creer?

Rione se levantó, a la vez que caía la sábana que la tapaba. No pareció percatarse de ello según lo miraba, con los ojos llenos de furia.

—Cuánta compasión muestra el comandante de la flota —dijo bruscamente.

—Si quieres tomar algo contra la depresión, mejor sería que fuese algo más efectivo que el alcohol. —Geary siguió hablando, mientras los ojos de Rione

refulgían llenos de rabia—. Pareces decidida a no perdonarte ni a dejar que los demás lo hagan. No puedo cambiar eso. No obstante, puedo insistir y pedirte que me ofrezcas los mejores consejos y el mejor apoyo que puedas, y que dejes de comportarte de ese modo, con el que puedes dañar tanto a la Alianza como a la República Callas. Espero que te comportes como requiere tu posición de senadora de la Alianza y copresidenta de la República.

Tenía el puño cerrado y parecía preparada para lanzarse sobre la garganta de Geary.

—¿Eso es todo, capitán Geary? —preguntó Rione, casi gruñendo.

—No. —Hizo una pausa al darse cuenta de que Rione estaba sentada medio desnuda, con los ojos inyectados en sangre. Parecía una antigua diosa preparada para lanzar su venganza sobre el ateo. Y pese a eso, pese a lo enfadado que estaba, nunca había sentido que la desease tanto—. Si quieres, la noche de ayer nunca existió. Ni hubo nunca nada entre nosotros. Lo que sea para que vuelvas a poner los pies en el suelo.

Ella se levantó, haciendo ostentación de su cuerpo, pese a rezumar rabia.

—¿Significo tan poco para ti? ¿Es lo que me estás diciendo?

—No. —Él también se levantó, luchando contra el deseo de cogerla y tirarla en la cama a su lado—. Te estoy diciendo que para mí significas todo eso.

Geary, a sabiendas de que quizá no podría seguir conteniéndose durante más tiempo, se dio la vuelta rápidamente y salió del camarote.

Tenía un crucero de batalla entero a su disposición. No, de hecho, tenía una flota entera de cruceros de batalla, y no había ningún lugar en el que pudiese sentarse sin que una audiencia se preguntase por qué parecía haber pasado la noche durmiendo en una silla. Al final se dio cuenta de que la sala de conferencias podría ser el lugar privado que buscaba, y se encaminó hacia allí. Cerró la escotilla al entrar y se dejó caer en el asiento situado en la cabeza de la mesa.

Se sintió extraño estando allí solo, sin nadie en los asientos, con la mesa y la sala en sus dimensiones originales, en lugar de aparentar ser un gran espacio virtual para acomodar a todos los comandantes de la flota. Geary activó el visor estelar, luego el de la formación de la flota, y observó las naves. *Sí, mis naves. Soy responsable de ellas. Y sé que los síndicos tendrán algo esperándonos en Ixion. De hecho, tendrán algo esperándonos en cualquier sistema estelar al que saltemos.*

Odiaba no saber qué hacer con la flota. *¿Cómo voy a hacerlo si no sé lo que nos espera? Estoy acostumbrado a disponer de, como mínimo, un par de horas, y varios días o incluso semanas, como mucho, para observar las fuerzas de mis enemigos y preparar la flota del modo que considere adecuado. No puedo permitirme lanzarme de nuevo a la locura como hice al llegar a Daiquón.*

Era como no saber dónde se hallaba Rione en aquel instante. Podía volver a su camarote y encontrarla allí, o toparse con ella a la vuelta de una esquina. Y entonces... ¿qué? Tenía que suponer lo peor y actuar primero, o Rione podría lanzarse sobre su garganta después de aquella breve conversación que habían mantenido.

Tengo que actuar primero. Joder. Es bastante simple. Estoy demasiado acostumbrado a un combate espacial normal, en el que tienes un montón de tiempo para planearlo. Solo tengo que suponer que los síndicos tienen preparada una gran fuerza, esperándonos. Y un campo de minas enfrente, a la salida del salto. Una emboscada. Lo sé. Y tengo que ir de todos modos. Además, la flota tiene que maniobrar y pelear en cuanto aparezcamos.

¿Por qué no? La vieja flota de los tiempos de Geary no podría haberlo hecho. No es que estuviese más allá de sus capacidades, sino que esto era muy distinto a lo que hacían y esperaban. Todo era más de laboratorio, más elegante. Los combates cuerpo a cuerpo no estaban permitidos. No obstante, esta flota, estos oficiales a los que nada les gustaba más que cargar directamente contra el enemigo, no solo podían hacerlo, sino que lo harían. Solo necesitaba un buen plan para sacar partido de aquella voluntad, que los empujaba a hacer lo que fuese necesario para matar síndicos.

Vale. ¿Cómo va a ser la emboscada de Ixion? Imagina el peor de los casos. Si no fuese tan malo, tendría tiempo para reaccionar. Bien, entonces, en el peor de los casos, minas situadas enfrente de la salida. Y detrás, la fuerza principal síndica, preparada para dispararnos justo después de que las minas exploten. Intentarán hacer lo que les hicimos a ellos en Ilión, con la única diferencia de situarse más cerca del punto de salto de lo que nosotros lo hicimos. Si al final están más lejos, mejor. Será más fácil si me espero lo peor.

A lo mejor, si han observado mi modo de actuar, situarán fuerzas arriba, abajo y a cada uno de los lados para atraparnos en el fuego cruzado según avanzamos. O quizá no. Eso requeriría muchas naves. Tengo que estropearles el plan haciendo algo distinto, algo que esta flota no haga normalmente.

Toqueteó el visor, probando distintas formaciones y movimientos. Al final, satisfecho, se dirigió a su camarote, sin estar seguro de si quería ver a Rione allí.

No obstante, su camarote estaba vacío. Geary se paró justo en la entrada, recordando la cara de Rione cuando se marchó, y preguntándose si la habitación estaría libre de trampas. Solo sus antepasados sabían qué tipo de represalias podía improvisar en caliente alguien como Victoria Rione.

No te pongas paranoico con ella. Ya es suficientemente malo estarlo con los oficiales de la flota. Geary mandó una notificación anunciando una conferencia de oficiales al mando en media hora. Después se preparó a toda prisa para estar presentable. Cuando volvía a la sala de conferencias, se preguntó si los rumores con respecto a su violenta discusión con Rione se habrían extendido ya entre la flota, y si

alguien encontraría la manera de sacar el tema.

La capitana Desjani estaba ya sentada en su sitio, y se levantó respetuosamente cuando llegó.

—¿Es algo urgente, señor?

—Algo así. Tampoco es que haya nada peligroso, que conste, simplemente necesito asegurarme de que todo el mundo tiene en mente algunas cosas antes de saltar a Ixion.

Esperaron, mirando las figuras que comenzaban a aparecer según se aproximaba la hora de inicio. Tanto la mesa como la sala parecían expandirse para acomodar al creciente número de personas.

Cuando llegó la hora señalada, Geary se puso en pie para comenzar a hablar, pero se le adelantó la capitana Midea, de la *Paladín*.

—¿Ha decidido no ir a Ixion? —preguntó—. ¿Vamos a alejarnos del espacio de la Alianza otra vez?

Todos los que estaban sentados alrededor de la mesa parecieron contener la respiración, esperando la respuesta de Geary. Él, por su parte, sintió un ataque de ira al ver que volvían a crearle problemas. Se había roto la cabeza buscando una manera de machacar a los síndicos y mantener vivas las naves de la Alianza, y todo lo que obtenía eran ataques por parte de oficiales veteranos que deberían estar agradecidos por no estar picando piedra en algún campo de trabajos forzados síndico, en algún mundo casi inhabitable. Tampoco ayudaba que la capitana Midea, que había permanecido en silencio durante todas las conferencias hasta ese momento, se le presentase con expresión severa, a juego con un uniforme tan perfecto en todos los sentidos que le recordaba a los directores ejecutivos síndicos que había visto.

Le llevó un rato darse cuenta, mientras escudriñaba con la mirada a la capitana Midea, y gracias a la información que le proporcionó el software de reuniones, de que la *Paladín* formaba parte de la cada vez más infame Tercera División de Acorazados, a la que también pertenecían el capitán Casia, la comandante Yin, y donde seguían arrestados los capitanes Numos y Faresa.

La combinación de su pregunta irrespetuosa, la fatiga que el propio Geary sentía después de una incómoda noche, el encontronazo con Victoria Rione, y la frustración con aquella división del infierno, casi hizo que explotase en aquel instante. Por suerte, recordó por qué había convocado la reunión y se dio cuenta, ya fuese gracias a la suerte o a sus antepasados, de que tenía la respuesta perfecta para la capitana Midea.

Así, en vez de explotar como una nova y carbonizarla, le sonrió ligeramente y dijo:

—Vamos a Ixion, capitana. Vamos a Ixion, y vamos a salir del punto de salto en formación de combate, puesto que espero que los síndicos nos tiendan una

emboscada. He convocado esta reunión para asegurarme de que todos sabemos cómo vamos a enfrentarnos a la batalla.

Aquello la dejó fuera de combate. La capitana había esperado enzarzarse en un debate sobre la prudencia. No obstante, la flota no solo iba a seguir avanzando, sino que esperaba tener que luchar. Ninguno de sus oponentes osarían oponerse a aquello. El capitán Casia, que parecía estar preparado para acudir en ayuda de Midea, se mordió la lengua y se recostó en su asiento.

Geary se inclinó e introdujo varios comandos. Sobre la mesa apareció un visor que mostraba la formación en la que Geary había estado trabajando esa mañana.

—La flota se ordenará en formación Kilo Uno antes de saltar. Es una formación de combate que se caracteriza por estar compuesta de muchas subformaciones, cada una construida alrededor de un crucero de batalla o de una división de acorazados y, a la vez, todas ellas combinadas para proporcionar fuego de apoyo a las subformaciones cercanas.

Giró la imagen para mostrar claramente que consistía en una serie escalonada de bloques de naves, doce en total, ordenados de forma que entre todos representaban aproximadamente la forma de una caja rectangular.

La capitana Desjani estudió la formación, al igual que el resto de los oficiales. Luego tomó la palabra.

—¿Esto es por si nos encontramos de nuevo con algo como lo de Daiquón?

—Exacto. Cada una de las formaciones puede autosustentarse. Ninguna de las unidades ligeras estará lejos del fuego de apoyo pesado, y todas las naves pesadas tendrán unidades ligeras cerca para apoyarlas. Sea lo que sea que nos encontremos, cada uno de los bloques debería ser capaz de defenderse, y el conjunto nos ofrece la posibilidad de atacar a los síndicos desde varios ángulos. No es una formación de ataque perfecta porque tampoco sabemos qué orden van a adoptar los síndicos. No obstante, sea cual sea la formación que adopten, deberíamos ser capaces de dañarlos en cuanto salgamos del punto de salto, y de proteger de manera efectiva nuestras propias naves hasta que tengamos una visión clara del campo de batalla para poder ajustar nuestra formación en concordancia con todo ello.

—¿Entonces espera que entablemos combate en cuanto salgamos? —preguntó el capitán Tulev—. Es algo que pasó en Daiquón de casualidad, pero nunca hemos luchado así.

—Lo haremos ahora. —Geary dirigió una sonrisa hacia Tulev, y luego hacia la mesa—. Saldremos del punto de salto preparados para enfrentarnos a una fuerza enemiga importante, lucharemos, y los machacaremos antes incluso de que se den cuenta de que estamos allí.

Casi podía ver sus caras iluminadas por el entusiasmo. A la flota le encantaba entrar en acción. Gran parte de lo que había hecho desde que asumió el mando había

sido enseñarles a aquellos oficiales, poco a poco, a pensar tanto como a luchar. Y eso solía incluir evitar cargas precipitadas, lo cual había sido algo difícil de aceptar para algunos de los oficiales al mando. Pero en ese instante les estaba ofreciendo algo semejante a cargar de aquel modo contra el enemigo, por lo que se sentían tan felices como se puede sentir alguien que se enfrenta a una posible matanza.

—Todas las unidades comenzarán a colocarse en formación Kilo Uno en tres cero. —Luego añadió—: Se les transmitirán las asignaciones de las naves en la formación en cuanto termine esta reunión. También les llegarán órdenes sobre las maniobras que deberán realizar en cuanto lleguen a Ixion. Saldremos a una velocidad de cero coma cero cinco c. En el momento en que las naves y sus formaciones salgan por el punto de salto, deberán alterar su curso sesenta grados en dirección ascendente.

—¿Posibles minas?

—Exacto. Cambiar nuestro curso en dirección ascendente debería permitirnos librarnos de las que coloquen para cazar las naves que salgan en línea recta. Los síndicos estaban colocando minas en la salida de Daiquón, por lo que debemos suponer que harán lo mismo en los sistemas a los que podamos llegar. Una vez limpiemos los campos de minas, volveremos a cambiar nuestro curso en dirección descendente y aceleraremos tanto como sea necesario para iniciar combate.

—Esas son muchas minas —observó el capitán Duellos—. Deben de estar gastando muchos recursos en ello.

—Y además, interrumpe el comercio con otros sistemas que no tengan hipernet —añadió Geary.

—Cada vez están más desesperados —afirmó la capitana Crésida—. Todo lo que han intentado para frenar esta flota ha sido en vano, y cada vez estamos más cerca de casa.

Aquella afirmación era suficientemente evidente como para que nadie objetase nada, aunque algunas caras fruncieron el ceño, pensativas.

—¿Alguna pregunta? —dijo Geary.

—¿Adónde vamos a ir después de Ixion? —El capitán Casia se había recuperado lo suficiente como para hacer aquella pregunta.

«Relévalo de su cargo y arréstalo», instó Black Jack a Geary. Suspiró profundamente y respondió con voz firme y calma:

—Todavía no lo he decidido. Depende de lo que nos encontremos en Ixion. Desde allí habrá cuatro posibles sistemas estelares como destino, cinco contando a Daiquón, aunque no tengo intención de volver. ¿Alguna otra pregunta?

Entonces fue la capitana Yin quien tomó la palabra.

—¿Por qué la copresidenta Rione ya no asiste a estas reuniones?

Los rumores se habían extendido con la velocidad que Geary había previsto. Se preguntó quién se habría enterado de las entradas y salidas de su camarote y cómo.

—Eso es algo que debería preguntarle a la propia copresidenta Rione. Sabe que su presencia es bienvenida, y estoy seguro de que las naves de la República Callas y de la Federación Rift están al tanto.

Los oficiales asintieron con la cabeza, algunos más vacilantes que otros.

—¿Por qué no ofrece sus opiniones aquí, en las reuniones? —inquirió la capitana Midea—. Sabemos que se las ofrece a usted en privado.

Sus enemigos ya habían intentado causarle problemas quejándose de que la política estaba teniendo demasiado peso en las acciones de la flota. Parecía que iban a seguir por ese camino. En vez de perder la calma, Geary decidió tomárselo con humor.

—Capitana Midea, si conoce un poco a la copresidenta Rione, sabrá que no hay nada ni nadie que pueda evitar que dé su opinión si realmente quiere hacerlo. —Aquel comentario hizo que se dibujasen sonrisas en bastantes caras—. La copresidenta Rione me informa de lo que piensa, y de hecho sus sugerencias han sido inestimables durante varias operaciones.

La capitana Desjani, con una expresión cuidada de serenidad, dijo:

—La copresidenta Rione suele estar en el puente de mando durante las operaciones.

—La copresidenta Rione nos mostró abiertamente sus sugerencias durante las operaciones en tierra realizadas en Baldur. —La coronel Carabali entró en el debate—. Nadie pretende ocultar su implicación.

—¿Entonces por qué no está aquí? —preguntó la comandante Yin, con un tono que daba a entender que se estaba ocultando algo.

—No lo sé —dijo Geary fríamente—. Los miembros del senado no están bajo mi mando. Y ustedes, como ciudadanos de la Alianza, tienen derecho a hablar con ella en cualquier momento, así que ¿por qué no se lo pregunta usted misma?

—Se trata de una política a quien el comandante de la flota escucha constantemente —dijo la capitana del *Resuelto* con cautela—. Seguro que puede entender nuestra preocupación, capitán Geary.

Geary intentó responder con voz suave, aunque no le gustase la dirección que estaba tomando la conversación.

—La copresidenta Rione es una política de la Alianza, no una síndica. Está de nuestro lado.

—Los políticos solo se preocupan de sí mismos —comentó la persona al mando del *Impávido*—. Los militares se sacrifican por la Alianza, mientras los políticos toman las malas decisiones, y se quedan con el dinero.

—Esta discusión atañe también a los diplomáticos —dijo Geary—. No estamos aquí para debatir sobre las virtudes del liderazgo político de la Alianza. Les vuelvo a repetir que la copresidenta Rione ni ha tomado ni tomará decisiones sobre lo que hará

esta flota, pero tiene todo el derecho y la responsabilidad de ponerme al tanto de sus opiniones y de ofrecerme sus recomendaciones. En última instancia trabajamos para ella, puesto que también en última instancia ella trabaja para los ciudadanos de la Alianza.

¿Había sonado aquello demasiado pomposo? No estaba seguro. No se había imaginado que tuviese que recordarles algo tan básico a los oficiales de la Alianza.

Luego hubo un silencio, que se rompió cuando el capitán Duellos tomó la palabra, con tono tranquilo.

—¿Considera entonces que la autoridad del gobierno civil sobre usted es total, capitán Geary?

Era una pregunta de peso, hecha a propósito, y a la que no tendría problemas en responder, aunque tampoco entendía por qué tenía siquiera que aclararlo.

—Correcto. O sigo las órdenes del gobierno, o renuncio a mi cargo. Así funciona esta flota. —No hubo tantos gestos de aprobación como a Geary le hubiera gustado. Además de todo el daño que había causado, la guerra también había afectado gravemente a la relación que había entre los militares y los líderes de la Alianza. Era algo que Geary sabía por experiencia: el capitán Falco le había revelado que algunas partes de la flota creían que los deberes militares podían justificar actuar en contra de la autoridad civil. Quizá la magia de *Black Jack* podría ayudar a desacreditar aquella corrosiva idea antes de que hiciese más daño—. Eso es lo que nos convierte en la Alianza. Respondemos ante el gobierno, y el gobierno ante el pueblo. Si alguno de ustedes tiene alguna duda sobre las virtudes del sistema, le sugiero que estudie el caso de nuestros enemigos. Los Mundos Síndicos son un ejemplo de lo que pasa cuando la gente con poder hace lo que quiere.

Aquello era lo más cercano a una bofetada que Geary podía darle a sus oponentes, y pudo observar como a algunos les había dado de lleno.

—Gracias. Espero tener la siguiente reunión en Ixion.

Las figuras se desvanecieron rápidamente, pero esta vez la imagen del capitán Badaya permaneció en la sala con Geary. Badaya miró a Desjani, que le devolvió una mirada curiosa, y se excusó.

Una vez que la capitana se marchó, el capitán Badaya se giró hacia Geary y comenzó a hablar con tranquilidad.

—Capitán Geary, he formado parte de aquellos que han tenido dudas sobre usted. Como el resto de la flota, me criaron bajo la creencia de que *Black Jack* Geary fue el arquetipo de oficial de la Alianza, el tipo de persona sin igual que la había salvado una vez y que, quizá en el futuro, volvería para salvarnos de nuevo.

Odiaba escuchar aquello.

—Capitán...

Badaya levantó una mano con la palma abierta.

—Déjeme terminar. Cuando la flota lo encontró, no estaba entre los que quería depositar toda la fe y la confianza en usted. No me opuse, pero tampoco lo apoyé. Después de todos estos años de guerra, me resulta difícil creer en salvadores milagrosos.

Geary sonrió de manera casi imperceptible.

—Le aseguro que no soy milagroso, capitán Badaya.

—No —concordó Badaya—. Es bastante humano. Lo cual me ha hecho unirme a los que creen en usted fervientemente. No estoy de acuerdo en creer en usted a ciegas, pero sí lo estoy en que ha demostrado ser un comandante excepcionalmente capaz. Ningún otro oficial que haya conocido podría haber llegado tan lejos, ni haber conseguido las victorias que usted ha logrado. Y es por eso por lo que debo hablarle. Si llegamos al espacio de la Alianza, será porque usted nos llevó hasta allí. Porque hizo algo que nadie más podría hacer.

Geary se dio cuenta de repente de la dirección que aquello podía tomar, y deseó desesperadamente que no fuese así.

—¿No sería muy estúpido que alguien con su talento, alguien que podría llevarnos finalmente a ganar la guerra, se sometiese al consejo y al senado, cuando estos han jugado un papel tan desagradable prolongándola durante tanto tiempo? —preguntó Badaya—. Posee el idealismo del pasado, lo cual nos ha sido muy útil, pero debería ver lo que ha sucedido en la Alianza durante el último siglo. Sí, se supone que los políticos deberían responder ante el pueblo, pero hace tiempo que dejaron de hacer otra cosa que no sea preocuparse de sus intereses. Han jugado con el destino de la Alianza, y con el destino de los militares que la defienden. ¿Cuántos han muerto, tanto civiles como militares, en una guerra que no tiene fin porque los irreflexivos políticos civiles se han inmiscuido en las decisiones que por derecho deberían pertenecer a los que arriesgan sus vidas en el frente de batalla?

Geary negó con la cabeza.

—Capitán Badaya...

—¡Escúcheme, por favor! Usted puede marcar la diferencia. Usted puede rescatar la Alianza de unos políticos en los que ni ella misma confía. Cuando lleguemos al espacio de la Alianza, podría reclamar la autoridad necesaria para tomar las decisiones que nos llevarían a ganar la guerra, a terminar con esta masacre. El pueblo seguiría a *Black Jack* Geary si este se lo pidiese. —Badaya hizo un gesto solemne—. Hay muchos otros comandantes en esta flota que opinan lo mismo. Me pidieron que hablase con usted para asegurarnos de que lo que creemos no se basa solo en la fe depositada en su leyenda. Y sí, es verdad que también hay personas que se opondrán a usted siempre. Podríamos ocuparnos de ellos, por el bien de todos.

Nunca le habían ofrecido tan claramente la posibilidad de convertirse en un dictador. El mero hecho de hacerlo constituía ya una traición y, sin embargo,

necesitaba a oficiales como Badaya para conducir la flota a casa.

—Yo... le agradezco su razonamiento. Me siento... halagado de que me tengan en tan alta estima. No obstante, no puedo considerar tal oferta. Va contra todas mis creencias como oficial de la Alianza.

Badaya volvió a sacudir la cabeza.

—No esperaba que se lanzase ante una oferta como esa. No es tan estúpido como para hacer algo así sin pensarlo cuidadosamente. Solo pretendemos que esté al tanto de lo que puede hacer, del apoyo del que goza, de modo que pueda reflexionar sobre ello durante el tiempo que tardemos en volver al espacio de la Alianza. Cuando vea el desgobierno propiciado por los políticos del consejo y del senado, lo verá de otro modo.

—Capitán Badaya, el capitán Falco ya me mostró opiniones semejantes, aunque en ese caso pensó en sí mismo como el ocupante natural de ese cargo.

Badaya hizo una mueca.

—El capitán Falco siempre está deseoso por mostrar la confianza que tiene en sí mismo. Es algo que nunca me ha gustado. Usted es distinto, tan diferente como la gran victoria que consiguió en Ilión comparada con el desastre que Falco presidió en Vidha.

Dilo. Dilo claramente, sin más. No podía dejar ningún resquicio que diese pie a pensar que podría considerar la oferta.

—Capitán Badaya, puesto que no soy el capitán Falco, no puedo imaginarme situación alguna en la que pudiese asumir el poder propio del gobierno de la Alianza.

Badaya no pareció ofenderse y, simplemente, hizo otra mueca.

—Ya esperábamos que dijese algo así. Después de todo, usted es *Black Jack Geary*, y *Black Jack Geary* es devoto de la Alianza, ¿no? Solo le pedimos que piense en el bien que podría hacer. El pueblo aliado lo necesita, capitán Geary, sálvelo, igual que está haciendo con esta flota. No creía en esto cuando lo rescatamos, pero me ha hecho pensar que es verdad. Y no espere recibir la gratitud de los políticos cuando vuelva a casa con la flota. Lo verán como a un rival, e intentarán destruirlo. No obstante, le aseguro que la mayoría de la flota se rebelará ante una orden de arresto. Gracias por su tiempo, señor.

Geary se dejó caer en su asiento y apoyó la frente entre las manos. *Mierda. «Piense en el bien que podría hacer.» Antepasados, sálvenme de los que me odian y de los que me adulan.*

Cuando descubrí que los ciudadanos síndicos de Baldur estaban descontentos con sus líderes, pensé que era una gran noticia. A lo mejor los síndicos por fin actuaban contra su propio gobierno. Pero ahora he aprendido del modo más evidente posible que gran parte de los oficiales de la Alianza están igual de descontentos con el suyo.

¿No sería irónico que tanto el gobierno síndico como el de la Alianza se derrumbasen debido a lo que su población siente ante esta aparentemente interminable guerra? ¿Y para ser reemplazados por qué? ¿Por pequeñas agrupaciones belicosas formadas por unos cuantos sistemas estelares?

¿Y si en vez de enfrentarme a la posibilidad de ver lo que sucede acepto el tipo de dictadura que Badaya y sus amigos quieren ofrecerme?

Capítulo 6

—Necesito hablar contigo. —A través del intercomunicador, Geary daba la impresión de estar agitado. Lo sabía, pero tampoco pudo hacer nada para evitarlo.

Rione no contestó.

—Joder, señora copresidenta, quiero hablarle sobre la Alianza, sobre Black Jack.

La voz de la respuesta lo desgarró, como lo habría hecho un cuchillo mellado.

—Lo tendré en cuenta. Ahora déjeme sola.

Geary cortó la conexión, mirando al mamparo. Parte de su flota estaba preparada para emprender un motín contra él, otra pretendía apoyarlo si traicionaba a la Alianza, y la otra simplemente lo veía como un comandante decente. Tampoco podía evitar preguntarse qué haría esa primera parte si Geary caía en la tentación de aceptar la oferta de los segundos. ¿Empezaría una guerra a tres bandas dentro de la flota, o sería a dos?

Aquello sería muy distinto si no tuviese conocimiento sobre las puertas hipernéticas, sobre la posibilidad más que real de que el gobierno de la Alianza se enterase de su potencial destructivo y votase por utilizarlo. No era solo una cuestión de salvar la Alianza, sino de salvar a toda la raza humana.

Y no sabía si tendría la fuerza suficiente como para resistirse a ello, sobre todo al ignorar qué decisiones eran las correctas cuando el futuro de la humanidad estaba en juego.

Una orden de arresto. No podía quitárselo de la cabeza. ¿Serían realmente capaces los líderes de la Alianza de emitir una orden de arresto contra él? Además, tanto si lo hacían como si no, el hecho de que un oficial como el capitán Badaya creyese que sí, le decía algo que no le gustaba en absoluto.

Se había planteado llamar a la capitana Desjani y preguntarle su opinión sobre todo aquello. No obstante, existía la posibilidad de que estuviese de acuerdo con lo que Badaya había propuesto, y la verdad es que Geary, simplemente, no quería enfrentarse al hecho de que tuviese tanta fe en él. Desjani nunca había mostrado demasiado aprecio por los políticos, y la copresidenta Rione era un ejemplo más que notable de ello. De puertas hacia fuera, era respetuosa, sí, pero resultaba obvio que no confiaba en los líderes de la Alianza. En aquel momento estaba más que claro que no era la única que pensaba de ese modo.

Antepasados, ¿qué ha sucedido? Pensé que estaba empezando a entender bien a las personas de esta flota, a entender los cambios que un siglo de guerra habían producido, pero ahora veo que hay mucho más, mucho más y peor de lo que había pensado.

Al final se quedó dormido, sin encontrar respuesta para las preguntas que lo afligían.

Geary se despertó sin saber por qué y echó un vistazo a su camarote.

Había alguien sentado cerca de él. Miró con los ojos entornados, intentando atravesar la oscuridad, y divisó una figura conocida.

—¿Señora copresidenta?

—Así es. —Su voz era calmada, lo cual era bastante tranquilizador—. He de decir que me sorprende bastante que no hayas cambiado la configuración de seguridad para impedirme entrar en tu camarote.

Geary se incorporó, intentando sacar de la cabeza lo que quedaba de las ensoñaciones en las que se había sumido al quedarse dormido.

—Se me ocurrió que podría ser una buena idea dejar que siguieses teniendo acceso.

—Recuerdo algunas de las cosas que te dije la noche que estuve borracha, John Geary. Sé lo que te dije.

—Que harías lo necesario para detener a Black Jack, sí.

—Dije más que eso —insistió ella.

—Sí, dijiste que me matarías si tuvieses que hacerlo —afirmó Geary—. Creo que, a lo mejor, es bueno que penda sobre mí esa espada de Damocles.

Entonces Rione pareció irritarse.

—Entonces o eres muy confiado, o muy cándido, o muy estúpido.

—O a lo mejor estoy asustado —sugirió Geary.

—¿De ti mismo? —Rione no esperó a que respondiese—. Me han dicho que te han hecho una oferta.

Geary deseó poder ver su expresión en aquel momento. Se había preguntado si los espías que Rione tenía en la flota habrían descubierto algo al respecto.

—¿Qué más te han dicho?

—Que tu respuesta fue que lo pensarías.

—No. Mi respuesta fue que eso no pasaría. Fue clara e inequívoca.

Ella se echó a reír.

—Oh, John Geary, todavía no te sabes la primera lección que un político ha de aprender. No importa lo que digas, sino lo que la gente quiere escuchar. Quien te ofrezca el control de la Alianza no va a escucharte decir «no». —Rione hizo una pausa—. Necesitabas hablar. Te sientes tentado, ¿verdad?

—Sí —dijo, admitiéndolo—. Por lo de las puertas hipernéticas.

—¿No confías en los políticos, que podrían descubrir que pueden utilizarse como armas? No te culpo. Yo tampoco querría que el gobierno de la Alianza se enterase. Pero tampoco confías en ti, ¿no? Por eso me diste el programa para ampliar la energía que se libera cuando una puerta hipernética colapsa.

—A lo mejor deberías ser tú la dictadora.

—Creo que ya te he mostrado abundantes evidencias de mis fallos como humana, John Geary. —Hizo una pausa, y suspiró—. Me dijiste cosas bastante duras, pero reconozco que eran ciertas. Si quieres, eres libre de hacer otra broma sobre mujeres que admiten que tienes razón.

—No, gracias.

—¡Por mis antepasados! Parece que has aprendido algo sobre mi sexo. ¿Por qué va la flota a Ixion?

Aquel cambio repentino de tema sorprendió a Geary.

—Porque es la menos mala de entre muchas opciones.

—¿Esperas que los síndicos estén allí esperándonos?

—Sí. Espero que nos estén esperando en cualquier sistema estelar al que podamos ir. —Se revolvió para mirarla—. No voy a tener suerte siempre. En Daiquón anduvo cerca. Podríamos haber perdido el mismo número de naves si el campo de minas estuviese terminado y no hubiésemos pillado de esa forma a los buques de batalla síndicos para equilibrar la situación. ¿Qué más te han dicho tus espías? Necesito saber lo que te han contado.

—Casia y Midea no son los líderes del grupo de oficiales que se opone a que estés al mando de la flota. No he podido descubrir quién es, pero responden ante alguien. Pese a estar arrestados y custodiados por infantes de marina, Numos y Faresa han encontrado el modo de comunicarse con los que todavía creen en ellos.

Aquello no debería sorprenderle.

—¿Pero Numos y Faresa tampoco son los líderes de ese grupo?

—No. —La voz de Rione cambió, y se puso tensa—. Y deberías conocer el rumor de que estoy tremendamente celosa de tu relación con Desjani.

Geary, molesto ante aquello, se golpeó el muslo.

—¿Mi relación imaginaria?

Rione tardó en responder.

—La mejor manera de contrarrestar esos rumores es que deje de evitarte y que sea de nuevo agradable con Desjani. Además, tal y como has dicho, he desatendido mis obligaciones. Si lo que dijiste era sincero, mis consejos te fueron útiles. Puedes contar con ellos de nuevo.

—Gracias. —Geary vaciló al no saber cómo hacer la siguiente pregunta, que era demasiado obvia.

—Lo hecho, hecho está —afirmó Rione con tranquilidad—. Lo que te dije sigue siendo cierto: mi corazón siempre pertenecerá a otra persona. Pero en realidad nada ha cambiado. Aunque mi marido siga vivo, personalmente sigue siendo una pérdida, como si ya estuviese muerto, y yo para él. Por tanto, mi deber es para con la Alianza. Sé que me necesitas...

Aquello no le gustó.

—Copresidenta...

—Victoria.

Hacía tiempo que para él no era Victoria.

—Victoria, necesito tus consejos, y valoro mucho tu amistad. No te puedo pedir nada más.

—Mi honor ya está en entredicho, John Geary. Tengo que hacer lo que considere más adecuado desde ahora. Y además, te he echado de menos. No se trata simplemente de deber.

—Me alegro de escuchar eso.

—No pretendía que sonase tan impersonal. ¿Vas a poseerme? No estoy borracha... te necesito.

La observó en la penumbra, bajo la que prácticamente no podía ver ni la forma de su cara. Parecía sincera. Aunque la mayor prioridad de Rione era salvar la Alianza de Black Jack, quería acostarse con él de nuevo. Ella sabía que le habían hecho la oferta tal y como había predicho. Y sabía que se sentía tentado por dicha oferta. ¿Era una coincidencia que volviese a él precisamente la noche del mismo día en que el capitán Badaya le había ofrecido el puesto de dictador, con el apoyo de, según él, la mayoría de la flota?

¿Realmente lo quería, o simplemente quería hacer todo lo posible para entrar en escena si era necesario? ¿O estaba aferrándose a su poder, como una política sin moral que se asegura de ser la consorte del posible futuro soberano de la Alianza?

Victoria se levantó, y la ropa cayó a sus pies. Luego recorrió el corto espacio que los separaba y se pegó a su cuerpo. Cuando sus labios se encontraron, Geary se percató de que, de algún modo, le daba igual la respuesta mientras estuviese en su cama con ella de nuevo. Se dio cuenta, mientras la empujaba para que se tumbase y se sentaba sobre su cintura, de que no le importaba que en aquel preciso instante ella pudiese tener una daga en la mano libre.

—A todas las naves, prepárense para saltar.

En aquel momento, para el ojo desnudo, la estrella Daiquón era poco más que un punto brillante. Hacía días que la flota estaba en formación Kilo Uno, preparada para lo que pudiese suceder al llegar a Ixion. O eso esperaba.

Victoria Rione volvía a estar sentada en el asiento de observador del puente de mando del *Intrépido*, observando lo que sucedía como si nunca hubiese tenido lugar aquel intervalo en el que lo había evitado. Desjani saludó a Rione con educación, pero a Geary le pareció notar una intranquilidad subyacente. A Geary le pareció ver un destello de triunfo en los ojos de Rione al recibir aquella bienvenida. No obstante, no era más que su imaginación, azuzada por el estado de agitación extrema que sentía por lo que le esperaba en Ixion.

—A todas las unidades de la flota; en cuanto lleguemos a Ixion, ejecuten las maniobras que hemos prefijado y entablen combate con cualquier nave enemiga dentro del alcance. Salten inmediatamente.

Quedaban poco menos de cuatro días en el espacio de salto para llegar a Ixion. No debería ser un gran problema, pero Geary se encontraba cada vez más incómodo con los intervalos de salto. Teniendo en cuenta el riesgo que corrían, deseaba que ir a Ixion los acercase al espacio de la Alianza más de lo que realmente lo hacía. En lugar de ofrecerle la oportunidad de descansar y de pensar sin la presión de una amenaza síndica inminente, veía el tiempo en los espacios de salto como una pérdida de tiempo, como horas y días en los que no cambiaba nada alrededor de las naves. No es que alguna vez hubiese cambiado algo en el exterior durante el espacio de salto, claro está, pero en aquel momento lo aburría. No quería estar inactivo. Quería enfrentarse a los síndicos, machacarlos; averiguar la verdad sobre aquellos alienígenas inteligentes de los que tanto él como Rione sospechaban que acechaban desde el otro lado del espacio síndico; y terminar la guerra de una vez por todas.

El hecho de que fuese imposible conseguirlo, incluso en el espacio real, no parecía que le hiciese sentirse menos frustrado. Y se había dado cuenta de que durante el espacio de salto tenía más sueños sobre el pasado, sobre personas a las que había conocido y que hacía mucho que estaban muertas. No era agradable despertarse de un sueño en el que conversas con un viejo amigo, y percartarte de que no volverás a hablar con él nunca más. No al menos en esa vida.

Por lo menos no tenía que malgastar el tiempo que pasaban allí intentando, vergonzosa y esporádicamente, encontrar a Victoria Rione para saber qué estaba haciendo. Iba a su camarote al terminar la tarde y pasaba allí la noche, haciendo el amor con una mezcla de pasión y desesperación a partes iguales. Sin embargo, cuando no estaba en la cama con él, seguía escondiendo su yo más profundo, sin revelar pasión o desesperación por nada.

Geary se entretenía realizando simulaciones, intentando adivinar lo que harían los síndicos, y lo que tendría que hacer la flota. Pese a todo, no eran más que hipótesis, y solo cuando llegasen a Ixion se despejarían sus dudas.

Geary intentó centrarse en el visor según se aproximaba el instante de abandonar el espacio de salto rumbo a Ixion. En aquel momento, lo único que había en la pantalla eran informes síndicos obsoletos que habían conseguido hacía una docena de sistemas estelares. Aquella información, de hace ya varias décadas, mostraba un sistema relativamente próspero con un planeta casi ideal y una más que respetable población y mucha actividad e instalaciones fuera de él. No obstante, al ser

información destinada a naves mercantes, no ofrecían información sobre su capacidad defensiva, salvo algunas instrucciones estándar sobre lo que debían hacer exactamente si las autoridades militares contactaban con ellos.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó la capitana Desjani.

—Solo estaba viendo lo que hay —le confesó Geary—, y preguntándome por qué en un sistema estelar tan próspero como este no hay puerta hipernética.

Victoria Rione respondió desde su puesto de observadora, de nuevo atenta a lo que acontecía en el puente de mando del *Intrépido*.

—Es posible que sea algo político. En la Alianza, hay muchos más planetas que demandan puertas hipernéticas que fondos para construirlas, y llegados a cierto punto, las diferencias prácticas entre mundos son casi inexistentes. Entonces es más una cuestión de qué políticos se imponen.

Desjani, que miraba en dirección opuesta a Rione, pero visible para Geary, puso los ojos en blanco como respuesta a aquel comentario. Este consiguió mantener su expresión seria, asintiendo con la cabeza de modo que Rione pudiese interpretarlo como que estaba de acuerdo pero, a la vez y con un poco de suerte, no así Desjani.

—Saliendo del espacio de salto —anunció un consultor—. Cinco... cuatro... tres... dos... uno... fuera.

El color gris se desvaneció y en su lugar aparecieron estrellas y un fondo negro, silencioso, a la vez que surgían alarmas de los sensores del *Intrépido* al detectar naves de guerra síndicas cercanas. Casi al mismo tiempo, Geary sintió una fuerte presión hacia atrás, cuando el sistema de navegación del crucero de batalla ejecutaba la evasión fijada para superar el campo de minas, trazando un arco ascendente y ejerciendo una presión tan potente que los amortiguadores inerciales no pudieron contrarrestar los efectos en la nave ni en la tripulación.

La próxima vez los síndicos seguramente colocarían minas en la parte superior de la salida. No obstante, por esta vez Geary apretó los dientes y sonrió mientras veía a las naves ascender al mejor ritmo que les permitía la velocidad que llevaba la flota. Los sensores que estaban realizando un análisis de amplio espectro del espacio que los rodeaba señalaron pequeñas anomalías, minas invisibles, y delimitaron un campo que se extendía a lo largo del camino que deberían haber seguido si hubiesen avanzado sin más desde el punto de salto. Geary hizo una estimación rápida y se percató de que si la flota hubiese salido a una velocidad superior, no habrían podido maniobrar a tiempo para evitarlas.

Ignoró el resto del sistema estelar y se concentró en el área situada a pocos minutos luz del punto de salto. Le llevó un instante creer lo que veía: no se parecía siquiera a sus peores expectativas, ni aunque lo intentase. Al otro lado les esperaban las naves síndicas. Cuatro acorazados y seis cruceros de batalla, además de por lo menos ocho cruceros pesados, aunque tan solo una docena escasa de naves de caza

asesinas, formando entre todas un disco cóncavo que apuntaba al centro del punto de salto. Cualquier cosa que saliese del campo de minas se habría encontrado de frente con las naves de batalla, y se vería con los escudos debilitados. Todo eso antes de poder evaluar el daño sufrido, y ya ni hablemos de repararlo. Sin embargo...

—Están estacionados a solo un minuto luz de la salida —dijo Desjani entrecortadamente, asombrada.

—Ya han captado que el capitán Geary se salta las normas —observó sin más Rione.

Desjani la miró, y asintió con la cabeza.

—El alto mando síndico ha visto nuevos modos de luchar, pero no los entiende del todo. Nosotros tampoco lo entenderíamos si los síndicos encontrasen a un comandante que usa estrategias de guerra del pasado. Ahora creen que el modo de derrotarnos es desarrollar estrategias que nos han visto utilizar, pero llevándolas al extremo.

—¿Cree que es lo que está pasando? —preguntó Geary.

—Estoy segura de que es lo que está pasando —afirmó Desjani—. Nosotros habríamos hecho lo mismo. Seguro. Pero se equivocan llegando hasta ese punto. ¡Una cosa es situarse cerca de la salida del punto de salto, de modo que puedas cargar y disparar sobre los enemigos que salgan por él, después de evaluarlos; y otra muy distinta es situarse tan cerca como para no tener tiempo para reaccionar ni para conseguir ganar velocidad para obtener ventaja!

—Sí —convino Geary, contento de que Desjani no solo analizase la estrategia de los síndicos, sino de que también le demostrase estar al tanto de las debilidades de su propio bando—. Nuestra flota goza de la ventaja de la velocidad. No es mucha, pero estando tan cerca de ellos, ninguno de los dos tendrá tiempo para acelerar demasiado antes de entrar en el área de combate.

Los bloques más adelantados de la formación aliada estaban despejando ya la parte superior del campo de minas. Geary vio que los síndicos aceleraban y giraban su formación para centrarse en las naves más adelantadas de su flota, por lo que dio varias órdenes para contrarrestarlo.

—A todas las unidades de la Alianza, aceleren hasta cero coma uno c, y varíen el curso veinte grados en dirección ascendente. Ahora.

La formación de la Alianza se inclinó todavía más, poniéndose casi en vertical con respecto al eje del sistema estelar Ixion. Las naves situadas más lejos del centro de la formación, aquellas que todavía estaban saliendo del espacio de salto y que comenzaban a ejecutar la maniobra, no podrían hacerlo a tiempo y quedarían ligeramente descolocadas, pero no tenía importancia.

El disco síndico comenzó a deformarse cuando los grandes buques de combate situados en el centro de la formación aceleraron a mayor velocidad que las pequeñas

naves situadas en los bordes.

—Deberían haber dispuesto a los acorazados y a los cruceros de batalla en los bordes en lugar de en el centro —comentó Geary.

—Pero esperaban que nos abalanzásemos sobre él —contestó Desjani—. Sus unidades de mayor rango no habrían aceptado roles en la periferia de la formación, ni permitido que las naves más ligeras tuviesen el honor de ser el objetivo de nuestro asalto.

Vale, así que incluso Desjani pensaba todavía de aquel modo en las tácticas, centradas en satisfacer el honor individual de los comandantes en lugar de en ganar la batalla. *Gracias a las estrellas del firmamento que los síndicos se han vuelto tan estúpidos tácticamente como la Alianza.*

Los síndicos, al ver la maniobra de Geary, volvieron a inclinar su formación, se escoraron y apuntaron a la zona en la que se situaría la esquina más baja de la formación aliada. Geary se dio cuenta de que pretendían atacar a las unidades sin apoyo, tal y como la capitana Crésida había hecho con el destacamento especial *Furiosa* en Sancere, pero sin la ventaja de haber alcanzado una velocidad relativa alta, con la que ella sí había contado. Por lo tanto, Desjani tenía razón cuando comentó el hecho de que habían situado las naves muy cerca del punto de salto. Los síndicos intentaban copiar las tácticas de la flota de Geary, pero fallaban en los conceptos básicos. A una velocidad relativa tan baja como aquella, lo que el enemigo estaba haciendo era ponerles en bandeja la situación idónea para destruirlo.

Y tenía toda la intención del mundo de hacerlo. Geary esperó a que las unidades más retrasadas de su formación despejasen la zona superior del campo de minas.

—A todas las unidades, que la formación pivote ciento diez grados en dirección descendente en uno siete. Alteren el curso en ciento diez grados en dirección descendente, y veinte a babor, en uno ocho.

Los síndicos estaban todavía apuntando al lugar en el que se situaría la esquina inferior de la formación aliada cuando llegó uno siete, por lo que las naves de la Alianza se arquearon hacia abajo, enfilando el camino que los síndicos habían planeado trazar. Según aceleraban siguiendo su nuevo curso, el lado más ancho de la caja, con todas sus subformaciones, avanzó hacia el punto en el que deberían situarse los síndicos.

Era posible que el o la oficial al mando de la formación enemiga no destacase por su inteligencia, o quizá sí; el caso es que la situación táctica en la que se encontraba le dejaba pocas salidas, y ninguna de ellas era buena.

—¿Cree que responderá con otra maniobra? —preguntó Desjani en un tono alegre, a la vez que los sistemas de puntería del *Intrépido* se fijaban sobre un crucero de batalla síndico que se acercaba. Después de aquellos cambios en la formación, el bloque de naves que contenía al *Intrépido* en el centro de la caja se encontraba en el

punto por el que pasarían los síndicos, por lo que parecía seguro que la nave participaría de lleno en la matanza.

—Si intenta atravesar nuestra formación, podría confundir nuestros sistemas lo suficiente como para... —Geary se detuvo de repente—. ¿Qué cojones?

La formación síndica volvió a girar sobre su eje, alterando su curso hacia un lado en dirección descendente. No obstante, un crucero de batalla y un crucero pesado no realizaron bien la maniobra y tuvieron que girar para evitar chocar. Al efectuar aquel movimiento desesperado, el crucero obligó a otro crucero de batalla a realizar un giro tremendo en dirección ascendente y hacia un lado, y luego se plantó directamente en el camino de uno de los acorazados síndicos.

Debería haber habido tiempo para que, incluso, el acorazado evitase la colisión, pero sus movimientos de evasión fueron demasiado leves y a destiempo. Chocó lateralmente con el crucero pesado a una velocidad relativa baja, pero, incluso así, era de cientos de kilómetros por segundo, por lo que la más pequeña de ambas naves se convirtió en una bola de vapor y fragmentos. Estos, a su vez, colapsaron los escudos del acorazado, que salieron despedidos tambaleándose con la zona de babor hecha trizas.

Un crucero ligero, al intentar evitar al acorazado descontrolado, chocó contra una nave de caza asesina, y ambas volaron por los aires.

En unos pocos minutos, la formación síndica había perdido ya tres naves, una cuarta parecía inútil, y había degenerado en una masa caótica que seguía acelerando para establecer contacto con la flota de la Alianza.

—¿Qué pasa? ¿Es que no saben pilotar sus naves? —preguntó Geary, sobrecogido al ver al enemigo saltar por los aires de esa manera.

—No —respondió Desjani exultante—. Casi no reciben entrenamiento. Hemos hecho que sufran tantas bajas que han tenido que conseguir nuevas unidades como sea. Enhorabuena, señor.

«Enhorabuena» no parecía ser la palabra más acertada para lo que podía haber sido una batalla fácil y ahora sería una masacre. Las naves síndicas ni siquiera intentaban mantener la formación, sino justo lo contrario. Si hubiesen estado a la suficiente distancia de la flota de la Alianza, si hubiesen alcanzado una velocidad que les diese ventaja, podrían haberlo conseguido.

No obstante, en aquel momento estaban demasiado cerca, y la flota de la Alianza avanzaba al doble de velocidad.

—A todas las naves, inicien combate en cuanto sea posible. Abran fuego en cuanto las tengan dentro del campo de tiro. Conserven tanta munición como puedan.

La caja formada por la Alianza se abalanzó sobre la dispersa masa de naves síndicas. Algunas ráfagas de misiles espectro resplandecieron desde las naves de la Alianza e impactaron sobre sus objetivos síndicos. El crucero de batalla objetivo del

Intrépido intentó acelerar y avanzar a través de la formación enemiga, sin tan siquiera procurar efectuar una maniobra de evasión, por lo que se convirtió en el blanco de los disparos de metralla del *Intrépido*, el *Arrojado* y el *Victorioso*.

El choque de la metralla sobre los escudos del crucero de batalla síndico produjo una serie de chispazos cuando las bolas de metal que daban en el blanco se vaporizaban al impactar. Al final, sus escudos colapsaron después de varias oleadas, lo que permitió a la última ráfaga de metralla procedente del *Victorioso* acertar de lleno sobre el casco de la nave síndica, rodeándolo todavía más de llamaradas, destellos, calor y metal convertido en gas. Las siguientes salvas de misiles espectro disparadas desde los tres cruceros de batalla aliados atravesaron la nave enemiga, que destruyó todos los sistemas y seguramente mató a la mayor parte de la tripulación.

Geary suspiró, y se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Luego maldijo al percatarse de que se había centrado en el combate con el crucero de batalla, en lugar de preocuparse por toda la contienda.

La mayor parte de las naves síndicas habían sido destruidas. Las tres asesinas que quedaban intentaban superar la formación en caja de la Alianza, girando bruscamente para evitar el fuego que les llegaba de todas direcciones. Dos de los acorazados se habían tambaleado por prácticamente toda la caja de la Alianza, con los escudos destrozados y el casco lleno de agujeros. Geary pudo ver como dos misiles espectro impactaron sobre la popa de uno de ellos y perdía la capacidad de propulsión que le quedaba.

No podrían alcanzar al resto de las naves síndicas si mantenía la flota unida. Geary activó uno de los mandos, y se comunicó con las naves síndicas.

—A todas las naves síndicas, ríndanse. Desactiven los escudos y los sistemas de armamento inmediatamente, o serán destruidos. —Luego utilizó otro panel para hablar con sus propias naves—. A todas las naves de la Alianza, excepto las subformaciones Kilo Uno Nueve y Kilo Uno Diez, persigan al enemigo. Rompan la formación y entablen combate a discreción.

A las naves dañadas que, junto con las naves auxiliares, formaban la subformación Kilo Uno Nueve, y a las unidades de la Segunda División de Acorazados que formaban el núcleo de la subformación Kilo Uno Diez no les gustarían aquellas órdenes. Geary era consciente de ello, y casi al momento le llegó una transmisión desde la *Indomable*.

—¿Por qué no se nos permite participar en la persecución?

—Porque los necesito para asegurarnos de que los síndicos no van a intentar un ataque suicida contra las naves dañadas de Kilo Uno Nueve. Están ahí para proteger esas naves, y cuentan con ustedes.

Las auxiliares también contaban con ellos, pero Geary sabía que a los acorazados les resultaría más fácil aceptar el rol de protectores de sus pesados compañeros de

combate.

—La *Orión*, la *Majestuosa* y la *Guerrera* pueden resistir cualquier tentativa de los síndicos que quedan —respondió el capitán de la *Indomable*.

No tenía ganas de discutir, sobre todo teniendo en cuenta que la Segunda División de Acorazados se encontraba a seis segundos luz, por lo que la conversación se veía continuamente interrumpida por el retraso entre mensajes. Quería centrarse en el combate. ¿Cómo podía acallar las quejas?

—Capitán, es más honorable proteger a un camarada herido que buscar la gloria —afirmó Geary—. Creo, francamente, que la *Indomable* y el resto de acorazados de la Segunda División son merecedores de ese honor, y que se puede confiar en ellos para realizar dicha tarea con un coraje inquebrantable.

El acorazado síndico que se había quedado sin propulsión seguía luchando, mientras recibía incesantemente lanzas infernales desde las naves aliadas que lo superaban, por lo que estaba quedando reducido a escombros. El otro acorazado que había cerca expulsó una oleada de cápsulas de escape y justo después explotó.

Geary sintió una sacudida cuando la capitana Desjani hizo que el *Intrépido* realizase un giro brusco para perseguir a uno de los acorazados síndicos que todavía sobrevivían. Y es «brusco», y no otra, la palabra empleada para definir una nave que viaja a una velocidad cercana a cero con uno c, y que traza un arco en el espacio tan acusado, que los amortiguadores inerciales se ven obligados a trabajar al máximo.

Dos de las tres naves de caza asesinas que se daban a la fuga estaban fuera de combate. La tercera se tambaleó al recibir el impacto directo de un misil espectro, y casi al momento empezaron a salir de ellas cápsulas de escape.

Geary apartó la vista del acorazado sobre el que el *Intrépido* se estaba abalanzando para intentar ver qué naves síndicas podían constituir todavía una amenaza. Ya partían de una situación en la que los superaban en número, pero, además, los síndicos habían perdido cualquier opción de escapar o hacer un daño significativo a la Alianza cuando deshicieron su formación. Solamente parecía haber un crucero ligero con opciones de escapar, que aceleraba a tanta velocidad que Geary tuvo que mirar varias veces para creer lo que estaba viendo. *Deben de tener los módulos de propulsión a la máxima potencia de emergencia. ¿Durante cuánto tiempo podrán soportarlos los sistemas de propulsión y de inercia?*

No mucho. En cuanto el *Intrépido* enfiló para sobrepasar al acorazado síndico mientras lanzaba una salva, Geary pudo ver al crucero ligero deshacerse, desintegrándose cuando los amortiguadores inerciales fallaron y el estrés total al que había sido sometida la nave, dada la aceleración, hizo que quedase hecha trizas. No quiso pensar en lo que le habría pasado a la tripulación.

La capitana Desjani, por su parte, estaba concentrada en el acorazado síndico, que acababa de resistir una ráfaga de la *Furiosa* y que en ese instante estaba utilizando el

armamento que le quedaba para rechazar los ataques continuos que le llegaban desde los destructores y los cruceros ligeros que lo sobrepasaban, y que le lanzaban una o dos lanzas infernales en cada pasada.

—Apunten al armamento operativo restante —ordenó Desjani—. Abran fuego en cuanto tengan oportunidad.

En un abrir y cerrar de ojos, el *Intrépido* disparó sobre la nave síndica. Los sistemas automáticos de puntería enviaron las lanzas infernales sobre el armamento del acorazado en el mismo instante en que ambas naves estuvieron a la distancia mínima necesaria. Tan solo una lanza impactó sobre el escudo del *Intrépido*, por lo que fue absorbido sin mayor problema.

La mayoría de los disparos de la nave de la Alianza había dado en el blanco. Al enemigo solamente le quedaba una batería operativa. En cuanto el *Intrépido* sobrepasó al acorazado, la *Paladín* llegó con seguridad y lanzó varias salvas, que silenciaron el armamento enemigo restante y dejaron a la nave sin control de movimiento. Geary le ordenó al oficial al mando de la apaleada nave enemiga que se rindiese, pero aunque comenzaron a salir varias cápsulas de escape, no recibió respuesta alguna.

Pese a que el acorazado síndico estaba fuera de combate, la *Paladín* lanzó un proyector de campos de anulación en cuanto alcanzó la distancia mínima. La esfera, que cada vez se hacía más grande, hizo un profundo agujero en la indefensa nave.

Detrás de la *Paladín* llegó su compañero, el acorazado *Conquistadora*, que también disparó lanzas infernales sobre lo poco que quedaba de la nave, a la vez que salían desesperadamente de él varias cápsulas. Geary sintió como su enfado iba en aumento al ver el castigo infringido sobre un enemigo indefenso. Incluso Desjani pareció encontrar aquel ensañamiento desagradable. Después de lanzar su propio campo de anulación, la *Conquistadora* disparó dos misiles espectro sobre los restos, mientras se alejaba.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—*Conquistadora*, guarde su munición para las naves que constituyan una amenaza —dijo bruscamente.

Ya no quedaban enemigos operativos al alcance de la flota de la Alianza. Era algo de lo que se pudo cerciorar después de examinar la pantalla. Geary amplió el campo de visión, abarcando de nuevo todo el sistema estelar Ixion, y sintió un destello de rabia.

—Ahora ya sabemos por qué con esas naves había tan pocas asesinas.

Desjani echó un vistazo.

—Hay nueve más, en grupos de tres, situadas para utilizar los puntos de salto fuera de Ixion.

Geary comprobó sus posiciones.

—El grupo más cercano está a tres horas luz. Todavía no saben que ya estamos aquí.

—No les va a gustar nada ver lo que ha pasado en cuanto les llegue el resplandor de la batalla —dijo Desjani con una sonrisa.

—No estoy seguro de que a esto se le pueda llamar batalla. Vale, entonces, la amenaza está a menos de tres horas luz. Que la flota recupere la formación. Bueno, eso si consigo que la Tercera División de Acorazados deje de apalear naves moribundas.

—Ordéneles que envíen grupos a destruir lo que queda —sugirió Desjani—. Es una tarea bastante aburrida.

—¿Por qué debería castigar así a las tripulaciones de esas naves? —preguntó Geary. No obstante, alguien tenía que asegurarse de que los restos síndicos no fuesen recuperables—. Haré que Casia y Midea estén ocupados un rato.

Se preparó para dar la orden, pero justo entonces se paró a ver los informes de daños. No habían sido demasiados, puesto que, al romper la formación, todas las naves de apoyo enemigas habían quedado descolgadas y expuestas al fuego de la Alianza, superior en número. Sin embargo...

—Mierda. ¿Cómo han dañado a la *Titánica*? —De todas la naves que podían haber sufrido daño, ¿por qué esa?

—Ha sido debido al impacto de una mina —afirmó Desjani—. No pudo maniobrar lo suficiente como para evitar totalmente el campo de minas.

—La capitana Tyrosian ya me advirtió de que la *Titánica* maniobraba como una vaca cuando tenía los almacenes al máximo. —Geary suspiró y luego intentó mentalizarse antes de leer los detalles—. No ha sido demasiado, pero tendremos que reducir la velocidad de la flota para darle a la *Titánica* el tiempo necesario para reparar el daño sufrido. —Había pasado el tiempo suficiente como para emitir algo parecido a una orden—. A todas las unidades, alto el fuego a menos que les disparen, y adopten la Formación Delta Dos, con el *Intrépido* como buque insignia.

Geary permanecía sentado en el puente del *Intrépido*, viendo a su flota situarse en formación, e intentando averiguar qué era exactamente lo que le preocupaba. No era la presencia síndica que quedaba en Ixion. Aunque las nueve naves de caza asesinas restantes eran molestas, no había nada que pudiese hacer al respecto. Puesto que estaba claro que su misión era vigilar la flota de la Alianza, si las perseguían, seguramente escaparían en lugar de sumergirse en una lucha que no podían ganar. Dos de las naves de caza asesinas estaban tan lejos que ni siquiera se habían dado cuenta de que la flota de la Alianza se hallaba ya en ese sistema estelar. Por otra parte, tampoco había ninguna otra nave por la que preocuparse. El variado tráfico comercial del sistema no constituía una amenaza, y al extenderse la evidencia de que

su flota estaba allí, el tráfico civil se había ido a resguardar en el lugar seguro más cercano.

La flota de la Alianza había entrado en Ixion a seis horas luz de la estrella. A parte de unas cuantas instalaciones mineras e industriales situadas más bien en las afueras del sistema, la presencia síndica se concentraba alrededor del único mundo habitable, localizado a nueve minutos luz de su estrella. Tal y como habían esperado, el sistema se había resentido por no estar en la red hipernética, aunque no tanto como algunos otros lugares que Geary había visto. Seguía pareciendo moderadamente próspero, y si se analizaba la atmósfera y la superficie del planeta, se podía ver que gozaba de una población más que notable y de una gran industria.

Había un complejo orbital alrededor del planeta habitado que los sensores habían señalado como de uso posiblemente militar, pero no constituía peligro alguno para la flota de la Alianza. Ya había mandado un breve mensaje a todos los síndicos del sistema avisándolos de que no intentasen interferir en el avance de la flota de la Alianza, y de que había supervivientes esperando ser rescatados en Daiquón.

¿Cuál era el problema entonces? La principal fuerza síndica que había en el sistema había sido machacada con facilidad. Con extrema facilidad. Era eso.

—La tripulación de esas naves síndicas era muy poco experimentada, y en absoluto preparada para el combate.

La capitana Desjani lo miró y asintió con la cabeza.

—Está claro.

—Y aun así estaban situados como si los síndicos esperasen que nuestra flota fuese a Ixion.

—Sí, señor. —Desjani frunció el ceño—. No tiene sentido, ¿verdad? Si creían que nos traería aquí, ¿por qué dejaron a sus unidades menos experimentadas cubriendo la salida?

—Buena pregunta. Y no es que fuesen tampoco un par de ovejas para sacrificar, sino acorazados y cruceros de batalla. ¿Por qué habrán desperdiciado los síndicos esas naves dejando que se enfrenten a nosotros? —Geary miró hacia la parte trasera del puente de mando—. Señora copresidenta, ¿qué opina?

—Opino que hay algo que deben explicarme —dijo Rione—. Saben que las tripulaciones síndicas tenían poca experiencia por cómo actuaron. Recuerdo algo parecido en Sancere. Algunas de las naves de los Mundos Síndicos casi no fueron capaces de evitar chocar, y esta vez ha sido mucho peor.

—La formación de Sancere estaba compuesta por tripulaciones nuevas con escaso entrenamiento —señaló Desjani—, como la que nos esperaba aquí, aunque supongo que un poco mejor preparada.

—¿Y? —respondió Rione—. ¿Por qué debería importar eso? ¿Cómo influye la tripulación teniendo en cuenta que las maniobras ya están fijadas? ¿No se supone que

los movimientos de las naves están controlados por sistemas automatizados?

Geary asintió con la cabeza al darse cuenta de que era una pregunta con bastante sentido.

—Correcto. A la velocidad que se mueve una nave de combate, casi siempre es una locura intentar maniobrar manualmente.

—¿Entonces por qué importa el entrenamiento o la experiencia de la tripulación?

Desjani respondió como si fuese una instructora, haciendo, aparentemente, caso omiso al tono casi de enfado de Rione.

—Existen tres fases en el entrenamiento y en la experiencia necesaria para dirigir naves. Los que tienen menos experiencia no confían en los sistemas automáticos, puesto que es un hecho que pueden cometer errores. Lo más problemático es que cuando los efectos de la distorsión relativista entran en escena, los instintos del ser humano sirven de poco. Tendemos a pensar que los sistemas están realizando una maniobra errónea porque nuestros sentidos y nuestra experiencia, desarrollados en un medio mucho más lento, no coinciden con lo que vemos cuando nos movemos en fracciones de velocidad luz.

»Las tripulaciones sin experiencia son las que suelen sentir pánico ante esto, por lo que creen que los sistemas cometen un error serio, e intentan dirigir la maniobra manualmente. —Señaló la pantalla con una mano—. Y entonces pasa eso que acaba de ver. Se requiere bastante tiempo para aprender lo necesario y aceptar que los sistemas saben perfectamente lo que hacen, además de entender lo que podría pasar si intenta corregirlos. Esa es la segunda fase, en la que aquellos que duran lo suficiente como para darse cuenta, aprenden que los sistemas pueden cometer errores de cálculo y que raras veces hay que corregirlos. Entonces tiene que saber cuándo y cómo hacerlo, lo cual nos lleva a la tercera fase.

Desjani sonrió mirando a Geary.

—¿Es correcto, señor?

—Lo mismo pasaba en mi época. Hace falta pasar bastante tiempo moviéndose de cero coma uno a cero coma dos de la velocidad de la luz para desarrollar el instinto necesario para adelantarse a los sistemas automáticos. —Señaló la pantalla—. Y digo instinto porque es algo que está antes incluso del nivel de consciencia. No hay tiempo suficiente como para que nuestros cerebros lo procesen, e incluso en ese caso, solo un idiota intentaría corregir los sistemas en medio de una batalla cuando dos formaciones están entablando combate. En cuanto se dé cuenta de que vas a chocar contra algo, ya será parte de una bola de plasma, fruto de la colisión.

—Gracias —respondió Rione con tono neutro—. Entonces la respuesta a su pregunta parece evidente. Se les ocurrió que podría traer aquí la flota, pero no les pareció el lugar más probable. De hecho, deben de haber pensado que era la posibilidad más remota. Situaron algo aquí solo por si acaso, pero no esperaban que

acabasen enfrentándose a nosotros.

Geary miró a Desjani, quien asintió con la cabeza.

—Tiene sentido, pero ¿por qué iban a pensar que esta era la posibilidad más remota?

Rione alzó el brazo de forma grandilocuente y respondió de forma pomposa.

—Porque el gran *Black Jack* Geary ha demostrado que no avanza hacia el espacio de la Alianza en línea recta. Se mueve con cautela, intentando evitar los destinos más obvios, en favor de aquellos que los síndicos tenderían a ver como menos probables.

Aquello seguía teniendo sentido.

—Intentan adelantarse a mí atendiendo a los patrones que hemos seguido hasta ahora, pero esta vez hice algo fuera de lo normal.

—Sí, fuera de lo normal es una expresión adecuada —dijo Rione sarcásticamente.

—Pero ha funcionado —afirmó Desjani en un tono seco, saliendo al momento en defensa de Geary.

—No obstante, no debemos esperar que vuelva a funcionar —respondió Rione con la misma brusquedad—. Como puede ver, la primera nave asesina síndica ya se dirige al punto de salto. Les diré dónde se encuentra la flota y así los síndicos obtendrán un nuevo patrón de movimiento.

—Sí. —Geary tomó la palabra rápidamente para intentar evitar que la discusión subiese de tono—. Ambas tenéis razón. —Aquello no pareció apaciguar a nadie—. Tengo que reflexionar sobre el rumbo que debemos seguir. Gracias por vuestras impresiones, capitana Desjani y señora copresidenta.

Luego se levantó, algo entumecido por llevar sentado desde que habían llegado a Ixion.

Rione también se levantó y acompañó a Geary fuera del puente. Esperó hasta que estuvieron un rato a solas en el corredor antes de volver a hablar con él.

—No volverá a funcionar.

—Le he dicho que reflexionaré al respecto —respondió Geary, con un tono algo más severo del que pretendía.

—No debería llevarte tanto tiempo. Sé que la siguiente estrella más cercana si trazamos la línea más recta posible hacia el espacio de la Alianza es T'negu. Si vamos allí, la flota encontrará una trampa mucho peor que la que nos prepararon esos pobres diablos.

—Puede que tengas razón.

—¡Es que tengo razón! ¡Aunque no sepa casi nada sobre esas maniobras de flota sobre las que tanto os gusta compartir experiencias a la capitana Tanya Desjani y a ti!

Geary se paró y la miró.

—¿Qué tiene que ver eso con lo de la experiencia? Tú preguntaste y nosotros respondimos. ¡Se supone que debes intentar acallar los rumores y, en realidad, estás

celosa de la capitana Desjani!

—¿Celosa? —Rione negó con la cabeza y sonrió, aunque aquella actitud no llegó a sus ojos—. En absoluto. Solo quiero que recuerdes que la capitana Desjani besa el suelo por el que pisas. Eso influye en sus consejos. No cree que puedas equivocarte.

—Pero... —Geary se tranquilizó—. Vale. Admito que es algo que debo tener en mente. No lo he olvidado. Y ahora, te lo repito, todavía no he decidido adónde ir. Espera a que tome una decisión antes de decirme si me he equivocado.

—Estaré encantada de esperar hasta ese momento. —Rione suspiró y pasó la mano por el pelo de Geary—. No pretendo comportarme como una zorra de nuevo. Estoy preocupada. Esta carrera hacia el espacio de la Alianza ha ido mucho mejor de lo que ninguno de nosotros habría esperado. A ti también te sorprende, ¿o no? Gracias por admitirlo. La línea que separa la confianza necesaria para comandar la flota de forma efectiva del exceso de confianza que la condenaría es muy fina.

Geary no pudo observar ni rastro de burla o de enfado en aquellas palabras, por lo que respondió con el mismo tono.

—Lo entiendo. Sé que necesito a alguien en quien confiar que se adelante a lo que pueda pensar.

—Alguien que sepa que eres humano —resaltó Rione.

—Sé que no soy lo que la gente cree que es Black Jack.

—Me he dado cuenta, pero... —Rione frunció el ceño—. ¿Estás celoso?

Aquello lo cogió por sorpresa.

—¿Cómo?

—Que si estás celoso de Black Jack. El gran héroe que puede salir victorioso de cualquier batalla. ¿Quieres demostrar que puedes ser tan bueno como él?

—¡No! ¡Eso es ridículo!

—¿Seguro? —Rione miró a Geary durante unos segundos—. Muchos de tus seguidores más devotos, incluso algunos capitanes, idolatran a Black Jack, pero no a ti. Cualquier humano podría encontrarlo frustrante.

—Algunos capitanes saben quién soy. —Geary no podía dejar de preguntarse cuáles. Se enfadaba cuando salía el tema de Black Jack, como si el mito fuese un rival para el hombre real—. No creo estar intentando demostrar nada.

—Gracias por matizar esa afirmación. Lo único que te pido es que tengas en cuenta que sentir envidia de Black Jack podría nublar tu juicio. —Rione sacudió la cabeza—. Todavía creo que esta carrera hacia el espacio de la Alianza es un paso muy peligroso. Hasta ahora ha funcionado, pero nos ha llevado hasta Ixion y ahora los síndicos vuelven a tener las cartas sobre la mesa. Además, me pregunto si lo has hecho porque es lo que Black Jack habría hecho.

Puede que fuese cierto. Después de todo, los capitanes de la flota habían estado agitados, deseando ver progresos en el camino a casa, buscando acciones no

necesariamente prudentes, pero sí valientes.

—Tampoco puedo ignorar las inclinaciones de los oficiales de la flota, y lo sabes.

—Sí, lo sé. Pero lo que necesitan es al sensato y al prudente capitán Geary, no al Black Jack arrojado. —Dio un paso atrás—. Piensa en lo que te he dicho. Ahora tengo que comprobar qué tal les va a las naves de la República Callas. Te veré esta noche si todo sigue en calma.

—Vale.

Se quedó mirándolo mientras se alejaba. Luego se dirigió a su camarote. *¿He estado intentando superar o igualar a Black Jack? No. Aunque es bastante molesto lidiar con la leyenda, también me ha animado a llegar tan lejos. No es que intente superarlo. Lo que he hecho es intentar anticiparme a los síndicos desde que me puse al mando de la flota, pero ahora me han calado lo suficiente como para pretender anticiparse a mí. ¿Cómo puedo anticiparme a mí mismo y a los síndicos a la vez?*

Tengo que hablar con alguien más pero... ¿con quién? Duellos, Tulev, Crésida... Todos tienen buenos consejos, pero serían consejos de oficiales entrenados para hacerlo según unos patrones a los que los síndicos ya están acostumbrados. Rione es una política realmente aguda, pero en lo que se refiere a decisiones sobre la flota... tiene algunas limitaciones. Desjani... Rione tiene razón, Tanya Desjani no cree que pueda equivocarme.

¿Quién me queda? No puedo preguntárselo a los que están en mi contra, y tampoco es que me entusiasme la ayuda de gente como Midea, Casia, Numos o Faresa.

O Falco.

Falco.

Rione pondría el grito en el cielo.

Pero me pregunto qué me recomendaría. Ese tipo es un estúpido y un insensato, pero... si busco una opinión totalmente opuesta a lo que haríamos normalmente...

Capítulo 7

—¿Cómo va el capitán Falco? —preguntó Geary en tono enérgico y profesional, que al mismo tiempo denotaba una preocupación subyacente por el estado de un compañero oficial. No quería que nadie dijese que se burlaba de él.

El médico de la flota que se encontraba en la pantalla frunció ligeramente el ceño.

—Está contento.

Aquello solo podía significar que seguía con sus delirios. Si descubriese que en realidad estaba arrestado en lugar de al mando de la flota, se pondría hecho una furia.

—¿Lo mantienen bajo tratamiento?

—Lo mantenemos estable —respondió el médico—. Son las órdenes y el procedimiento que hay que seguir cuando no existe un pariente cercano con el que contactar para tomar una decisión sobre un tratamiento a largo plazo. Lo que hacemos es mantenerlo sin que empeore, y nos aseguramos de que no se vuelva violento ni se autolesione. Pasa la mayoría del tiempo elaborando planes de campaña y observando las necesidades de la flota virtual a la que tiene acceso.

—La última vez que comprobé su estado, los facultativos de la flota estaban realizándole pruebas y evaluándolo. ¿Podría decirme si tiene cura? —preguntó Geary, sin estar seguro de si realmente quería saberlo.

—Espere un momento mientras reviso su historial.

La imagen del médico desapareció, y en su lugar apareció una pantalla de espera con varios médicos de la flota trabajando. Geary intentó no sentirse molesto con la actitud del médico y reconocía las mismas clases de comportamiento hacia la gente que no era experta en la materia que los médicos habían usado en su época, desde hacía ya incluso un siglo, y que seguramente llevarían teniendo desde hacía milenios.

Al final volvió la imagen del doctor.

—Es posible. Diría que probable, al menos en parte —rectificó—. Podríamos reducir los delirios notablemente, pero, por lo que puedo deducir después de ver el historial y los datos del capitán Falco, ya sufría esa enfermedad desde hace tiempo, antes de estar bajo mi cuidado. Seguramente sea una situación que se ha vuelto habitual para él, por lo que corregir sus problemas físicos y evitar situaciones de estrés no va a cambiar un patrón de pensamiento tan consolidado.

—¿Desde hace tiempo? ¿Quiere decir que es algo que el capitán Falco desarrolló mientras era prisionero de los síndicos?

—No, no. —El médico respondió con un tono casi de enfado con el que los de su profesión tratan a los humanos ignorantes que intentan captar alguno de los secretos de su disciplina—. Desde hace más tiempo. Es evidente que el capitán Falco sufría, desde antes de ser capturado por los Mundos Síndicos, una afección por la que cree ser el único capaz de comandar la flota de la Alianza y ganar la guerra. Es algo más

común de lo que piensa —dijo el facultativo, que parecía haberse olvidado de que estaba hablando con la persona al mando de la flota.

—¿En serio?

—Sí, claro. Es una afección tan común que fue bautizada hace ya bastantes décadas.

—¿Bautizada?

—¡Sí! Se le llama Complejo de Geary. —Hizo una pausa, frunció el ceño, y miró a Geary fijamente—. Ese es usted, ¿no?

—Así era al menos la última vez que lo comprobé —respondió, a la vez que se preguntaba cuántos oficiales de la flota habrían sufrido durante el último siglo aquel complejo.

El médico asintió con la cabeza, pensativo, mirando a Geary como si esperase que explotase en cualquier momento.

—Bueno, entonces sabrá exactamente a qué me refiero.

Geary se echó a reír, pero luego dudó. Se podía imaginar lo que Rione diría si estuviese allí, y tendría parte de razón. Se consideraba la mejor opción para comandar la flota, pero lo hacía porque su leyenda podía usarse para mantener la flota unida, y porque el entrenamiento que había traído consigo del pasado podía llevarlos a la victoria. No se basaba en exageraciones sobre sus habilidades, ni en la creencia de que solo él podía conducirlos al triunfo. Tampoco se trataba de intentar igualar la leyenda de Black Jack.

No me parezco a Falco en absoluto, y tampoco quiero hacerlo. Lo que nos diferencia es precisamente la razón por la que quiero hablar con él.

Acabó encogiéndose de hombros.

—Quizá, doctor. Pero en realidad no quiero estar al mando de la flota. No he tenido opción. Soy el oficial de rango más alto y tengo un deber que cumplir.

El médico asintió con la cabeza como si le siguiese la corriente a un paciente.

—Naturalmente. Siempre es algo de ese tipo. El deber. Tienen la responsabilidad de salvar la Alianza, y todo eso.

Geary suspiró. No estaba disfrutando de aquella conversación tan próxima.

—Tengo la responsabilidad de salvar vidas, y si mira la información sobre los rangos de la flota en la base de datos, verá que poseo el más alto por un margen bastante amplio. —Lo habían ascendido a capitán hacía un siglo, póstumamente, puesto que creían que había muerto en Grendel, y era un hecho que las normas de la flota no tenían en cuenta. Por lo tanto, cuando descubrieron que seguía vivo, siguió gozando de dicho rango—. ¿Puedo decidir sobre el tratamiento del capitán Falco? ¿Sobre devolverlo al mundo real?

—Sí, si es la persona al mando de la flota. Pese a todo, su decisión será revisada por las autoridades de la Alianza.

Debería ser fácil tomar una decisión. ¿Por qué abandonar a alguien en sus delirios? No obstante, Falco estaba arrestado, y se enfrentaba a varios delitos que, según las normas de la flota y las leyes de la Alianza, acarreaban la pena de muerte. Si lo curaban, tendría que enfrentarse a una realidad bastante menos agradable que los delirios de los que gozaba. Sin embargo, ¿quién tenía realmente derecho a decidir sobre si obrar el bien o no cuando tenía la posibilidad de hacerlo?

—No es una decisión fácil —dijo finalmente con tono severo.

—Yo le diría que no lo haga —dijo el doctor—. Teniendo en cuenta las circunstancias del capitán Falco, podría adquirir una actitud abatida y con tendencias suicidas si lo forzamos a enfrentarse a la realidad. Estaría mucho mejor si estuviese en una instalación médica dedicada y con personal atendiéndolo cuando se enfrente a ello.

Eso era lo que Geary estaba esperando. No tenía que tomar la decisión en solitario.

—No veo razón alguna para ir en contra de sus consejos, doctor. Por favor, asegúrese de informarme si cambia de opinión, o si el estado del capitán Falco varía o se deteriora de forma significativa.

—Supongo que podría hacerlo. Sí, usted es el comandante de la flota, por lo que está autorizado para tener esa información.

—Gracias. Me gustaría visitarlo, en modo virtual.

—¿Visitarlo? —El hombre pareció sorprenderse.

—¿Nunca recibe ninguna visita?

—El capitán Falco está arrestado, lo sabe ¿no?

—Sí —dijo Geary pacientemente—. Soy yo quien ordenó que lo arrestasen.

—Ah, claro. ¿Y quiere verlo?

—Verlo y hablar con él.

El facultativo frunció el ceño de nuevo, pensativo. Luego asintió con la cabeza.

—No es algo contraindicado para alguien en su estado, y puesto que no estará físicamente presente, ninguno de los dos correrá ningún riesgo. Le recomiendo que no lo fuerce a enfrentarse con su situación real.

—No tengo intención alguna de hacer eso. Supongo que el software de la sala de conferencias de la flota puede organizar una visita virtual con el camarote de Falco. Deme los datos de conexión y los códigos de acceso.

Aquello generó más ceños fruncidos y avisos sobre procedimientos médicos y de privacidad, pero finalmente el médico accedió a darle a Geary la información que necesitaba. Cuando cerró la conexión se sintió aliviado. Luego se dirigió a la sala de conferencias, mientras intentaba aplacar un sentimiento de tristeza.

No le gustaba ver lo que le había pasado a Falco. Una parte de él quería odiarlo por propiciar aquellas pérdidas de naves y de tripulaciones. Otra parte sentía lástima

por él. Y otra tenía miedo del daño que le podría causar traerlo de vuelta a la realidad, sobre todo desde aquella realidad en la que había permanecido durante tanto tiempo.

Geary se aseguró de cerrar correctamente la escotilla de la sala de conferencias con sus propios códigos de acceso. Luego activó el software con el nivel de seguridad más alto, e introdujo los datos de acceso de Falco.

Después de un momento apareció ante él la imagen del capitán, impecablemente ataviado en su uniforme, con expresión de estar ocupado con algo importante. Falco miró a su alrededor, y luego se fijó en Geary.

—¿Sí?

Después de un instante, su expresión cambió del enfado a una práctica y automatizada sonrisa de camaradería. Era tal y como Geary lo recordaba.

—Capitán Falco, me preguntaba si tendría tiempo para hablar sobre un par de temas —dijo Geary con cautela.

—¿Tiempo? Un comandante como yo tiene responsabilidades que atender, ya sabe —le sermoneó Falco. Luego volvió a sonreír—. Pero siempre tengo tiempo para atender a un oficial colega. Les he ordenado a los infantes de marina que hay fuera custodiando mi camarote que dejen pasar a los oficiales que quieran verme.

Tal y como dijo el médico, Falco creía que seguía al mando de la flota, e incluso racionalizaba la presencia de marines en el exterior convirtiéndolos en guardias a su servicio. ¿Reconocía al menos a Geary?

—Es sobre las operaciones, sobre los movimientos de la flota.

—Sí, claro. He estado revisando la situación. Todavía no he decidido adónde ir desde aquí.

Aquellas palabras se parecían tanto a las que le había dicho a Rione que casi se estremeció.

—¿Me permite? —preguntó, y luego activó el visor estelar, de modo que podían ver los alrededores de la región. Falco lo miró con tranquilidad, como si fuese algo familiar para él—. La flota se encuentra en Ixion.

—Claro. La última ofensiva progresa adecuadamente —afirmó Falco.

—Eh... sí. Pero ahora nos dirigimos de vuelta al espacio de la Alianza.

—Mm... —Falco observó detalladamente el visor, y durante un instante pareció un poco confuso—. Hipernet. La hipernet de los síndicos.

—Podríamos usarla —dijo Geary—, pero el enemigo intentará destruir las puertas antes de que podamos hacerlo.

—Sí, naturalmente —dijo Falco—. La ruta más directa hacia territorio de la Alianza es T'negu, pero no es ahí adonde vamos.

Geary esperaba que Falco dijese que T'negu era la única opción razonable.

—¿No?

—Pues claro que no. —La amigable sonrisa de Falco casi pareció brillar—. ¡Es

una trampa! ¿No ve que es evidente? —Geary asintió con la cabeza, sin verlo en absoluto—. Minas. El sistema estará lleno de ellas. —La expresión de Falco volvió a cambiar.

—Minas. —Geary se preguntó si estaría recordando el daño que causaron en Vidha.

No había pensado en la posibilidad de que los síndicos situasen un número astronómico de minas en T'negu, pero tenía bastante sentido. El camino hacia casa se estrechaba. Si querían seguir esa dirección, era la única opción. Un sistema sin mundos habitables, y la única presencia síndica estaba compuesta por unas pocas ciudades situadas bajo tierra en un planeta sin demasiada atmósfera y al que tampoco llegaba demasiado calor estelar.

En cada uno de los puntos de salto podía haber ya no un campo de minas, o incluso un laberinto de explosivos cuyo único límite era el inventario del que disponían los síndicos.

Falco seguía mirando el visor estelar sin decir nada.

—¿Entonces, dónde deberíamos ir? —preguntó Geary.

—¿Dónde? —Falco parpadeó, miró a Geary y luego volvió a observar el visor—. A Lakota.

—¿A Lakota? Allí hay una puerta hipernética. Les resultaría demasiado fácil reforzar ese sistema.

—¡Exacto! ¡Saben que lo sabemos! ¡Eso significa que no necesitan reforzarlo, puesto que creen que no nos atreveremos a ir! —En la cara de Falco se dibujó una sonrisa triunfante—. Los sorprenderemos.

Geary trató de entender su razonamiento. De hecho, tenía cierto sentido, y desde luego era algo que a Geary no se le habría ocurrido nunca. ¿Estaba Falco en lo cierto? Sin duda los síndicos habían notado los efectos de las pérdidas que la flota de la Alianza había causado entre los suyos durante los últimos meses. Habían perdido muchas naves. ¿Se atreverían a dejar Lakota con pocas defensas al creer que la flota de la Alianza no iría allí?

Falco no sabía nada sobre la destrucción de la puerta hipernética de Sancere, ni que los síndicos ya habían demostrado estar dispuestos a destruirlas con tal de que la Alianza no las utilizase. Sin embargo, estos últimos sabían que la flota de la Alianza estaba al tanto.

—Habrá una fuerza de defensa defendiendo la puerta —comentó Geary—, pero no se pueden permitir tener una flotilla decente en el sistema.

—Exacto —dijo Falco con aire condescendiente—. No será algo de lo que no nos podamos ocupar. Podemos deshacernos de los defensores, bombardear el mundo habitado e irnos adonde queramos.

Era posible, aunque Geary no tenía intención de bombardear objetivos civiles. El

material de Baldur que el teniente Íger le había mostrado había confirmado su opinión de que la estrategia de la Alianza de combate total era contraproducente. La mayoría de los Mundos Síndicos temía a la Alianza, tenía miedo de que destruyesen sus casas, por lo que se entregaban para derrotarlos. No obstante, ¿era correcto el resto del razonamiento de Falco? ¿Estaba totalmente loco o se mostraba a la vez astuto como un zorro?

Geary analizó el visor. Si usaban los dispositivos de salto, Lakota les daba acceso a tres sistemas estelares cercanos a Ixion.

Podía funcionar.

—Gracias, capitán Falco. Disculpe las molestias. —Este volvió a sonreír, y Geary sintió como si un puñal se le clavase en el corazón ante el hecho de verse engañando a un hombre enfermo—. ¿Qué tal está?

Falco frunció ligeramente el ceño.

—¿Que qué tal estoy? Bien, por supuesto. Un poco estresado por estar al mando. Ya sabe a qué me refiero. Sin embargo, es un honor poder servir a la Alianza tanto como pueda. Es mi deber. —Volvió a sonreír.

—¿Necesita algo?

—Deberíamos tener una reunión de la flota en breve. Organízela, capitán...

—Geary.

—¿En serio? ¿Guarda alguna relación con el mítico héroe?

Geary asintió con la cabeza.

—Alguna, sí.

—Increíble. Y ahora, si me disculpa, el deber me llama. —Falco se levantó y miró a su alrededor algo confundido.

Geary cortó la conexión, y la imagen de Falco desapareció. *Joder, joder, joder.*

—¿A Lakota? —dijo Victoria Rione casi gritando—. ¿De dónde has sacado esa idea? —Su cara se iluminó, horrorizada al darse cuenta—. Esta tarde hablaste con el capitán Falco. ¿Es cosa suya? ¿Cómo lo has escuchado siquiera?

—Yo... —Geary la miró durante un instante—. ¿Sabes que hablé con Falco? Configuré esa conversación con el nivel de seguridad más alto.

—No sé de qué hablasteis, si te hace sentirte mejor. —Rione se dio la vuelta, negando con la cabeza—. Por favor, dime que no le pediste consejo.

—No con esas palabras. —Geary se puso a la defensiva y supo que Rione tenía toda la razón del mundo para mostrar incredulidad—. Quería saber qué es lo que él haría.

—¡Algo estúpido! ¡Yo misma te lo podía haber dicho!

—No quiere que vayamos a T'negu.

Rione se giró para estar frente a frente con él, luego lo miró con los ojos

entreabiertos.

—Falco cree que en T'negu habrá una trampa.

Rione levantó los brazos.

—Resulta que ahora estoy de acuerdo con el capitán Falco en algo. Nunca pensé que fuese posible.

Geary se aseguró de que la escotilla de su camarote estuviese perfectamente cerrada. No quería que nadie escuchase aquella discusión.

—Mira, yo no iría a Lakota.

—Pues no lo hagas.

—Los síndicos probablemente saben que no iría —dijo Geary con tanta paciencia como pudo—. Saben cuáles son los lugares a los que seguramente iría, a alguno de los sistemas cercanos a Ixion. También tienen clara la ruta que la flota debería seguir si escogiese la más directa hacia casa. Lakota no cuadra con ninguno de esos razonamientos.

—¡Porque ir allí es estúpido!

—¡Los síndicos saben que ir allí sería estúpido, y nosotros también, por lo que es posible que sea lo que menos se esperan!

Rione se quedó mirándolo.

—¿Lo dices en serio?

—¡Sí! —Geary avanzó unos pasos, encendió el visor estelar de su camarote y lo centró en Ixion—. T'negu es un objetivo demasiado claro. No podemos ir sin esperar que todos los puntos de salto estén repletos de muchas más minas de las que nos encontramos aquí. Volver a Daiquón valdría para poco más que para minar la moral de la flota y quizá para dejarnos en una posición franca para la fuerza síndica que pueda estar persiguiéndonos por los sistemas por los que hemos pasado. Vosta nos hace retroceder, y desde ahí solo hay dos sistemas estelares accesibles mediante salto. Kopara ni nos aleja ni nos retrasa, ni avanzamos ni retrocedemos en nuestro camino hacia el espacio de la Alianza y, además, desde allí solo hay acceso a una estrella. Dansik, según Inteligencia, y los datos que hemos conseguido: se trata de una central regional militar, por lo que estará fuertemente defendida. Solo nos queda Lakota.

Rione miró al visor y luego a Geary, impasible. Luego volvió a mirar la pantalla.

—¿Qué haría el capitán Geary?

—Vosta. —Frunció el ceño mientras miraba el visor—. Para despistar a nuestros posibles perseguidores.

—Pero los síndicos ya te han visto retroceder de ese modo otras veces.

—Sí.

—¿No pensarán que vas a Kopara?

—Lo dudo. Les bastaría con situar una fuerza importante en cada uno de los sistemas estelares para atraparnos. Sería maravilloso que pensasen que soy imbécil,

pero no puedo contar con ello.

La expresión de Rione se endureció.

—Has conseguido traernos a Ixion, y ahora ninguna de las opciones te gusta.

Le dieron ganas de responder con un rugido, pero se dio cuenta de que tenía razón.

—La verdad es que no creía que pudiésemos llegar a Ixion. Pensé que los síndicos reaccionarían más rápido, y que en Daiquón nos desviaríamos de nuestra ruta hacia la Alianza.

—Así que ¿ahora basas tus planes en la esperanza de que los síndicos no crean que eres estúpido? ¡Por favor, escucha lo que estás diciendo! ¡Le has pedido consejo a Falco! Siempre ha sido un idiota, pero ahora es un idiota loco. —Rione paseó alrededor del visor estelar, con la cabeza entre las manos—. John, no lo hagas. No llesves la flota a Lakota.

Nunca antes lo había llamado solamente por el nombre.

—Las otras opciones no son mejores. Si funciona...

—¿Si funciona? ¿Y si no lo hace? ¿Qué haremos entonces?

—Podemos evitar entrar en combate, avanzar a través del sistema, y saltar a otro objetivo.

Rione bajó la cabeza.

—¿Crees realmente que la flota te permitirá evitar el combate? Sí, te lo permitieron después de las bajas sufridas en el sistema nativo síndico, cuando todo el mundo estaba tan conmocionado que dejó a un lado sus impulsos suicidas. No obstante, si intentas evitar el combate en Lakota, algunas de tus naves te desobedecerán para abalanzarse sobre el enemigo, ¿qué harás entonces?

No había considerado aquella posibilidad. Geary miró a través de la figura que le hablaba, pensativo.

—¿Crees realmente que algunos serían capaces de hacer eso? Los que están en mi contra, gente como Casia, no parecen el tipo de persona que se aventura a cargar heroicamente sin demasiadas posibilidades.

—¡No son esos quienes deben preocuparte! ¿Qué es lo que las estrellas del firmamento te han dado en lugar de cerebro, John Geary? —Se acercó a él y lo cogió por los brazos—. ¡Los más peligrosos son los que creen en ti lo suficiente como para ofrecerte el puesto de dictador pero, sin embargo, no creen lo suficiente como para cambiar su forma de pensar! Pregúntaselo a los oficiales en los que más confías, como Duellos. Él podrá decírtelo. Incluso Desjani te lo diría. ¡Prueba si no me crees!

Aquello tenía bastante sentido.

—Supongo que a veces es bueno pensar como un político.

—Gracias, creo. —Se separó de él y señaló de nuevo el visor—. No te ven capaz de ir a Kopara...

—¡No! ¡Si nos atrapan ahí, no habrá salida! Con Lakota tenemos otras opciones.
—Observó durante un instante la pantalla, y luego miró a Rione—. ¿Por qué no lo has dicho?

Ella le devolvió la mirada.

—¿El qué?

—Amenazarme con decir a las naves de la República Callas y de la Federación Rift que no sigan mis órdenes. ¿Por qué no me has dicho que estarías dispuesta a hacerlo?

—Porque no lanzo amenazas que no puedo mantener —respondió Rione enfadada—. Por favor, no esperes que me crea que no sabes que la lealtad de mis comandantes está dividida. No importa lo que diga; muchos de ellos te seguirán de todos modos.

—¿En serio? —Pareció mostrarse sorprendido—. Nunca he intentado que su lealtad...

—¡Venga ya! —gritó Rione, furiosa. Volvió a ponerse a su lado, y le dio un puñetazo en el pecho—. ¿Te crees que voy a creerme que eres tan estúpido? ¡Tienen fe en ti, John Geary! ¡Porque has llegado hasta aquí, hasta tan lejos, y porque has conseguido victorias increíbles por el camino! ¡Creen que eres Black Jack y que salvarás a la Alianza! No te ven como un político, y en eso tienen razón. Pero te has ganado su confianza. —Apoyó el dedo índice con fuerza sobre el visor—. ¡No recompenses su fe llevándolos a Lakota!

—Joder. —Geary se dejó caer en un asiento cercano, al sentirse de repente cansado—. ¿Es que te crees que hago otra cosa que no sea buscar lo mejor para las personas que han depositado su confianza en mí?

La ira de Rione se desvaneció, y lo observó con impotencia.

—¿Qué vas a hacer?

—Organizar una reunión y ver cómo reaccionan ante lo de Lakota.

—Les encantará. El típico golpe genial de *Black Jack* Geary. —Rione se dejó caer también en un asiento.

Después de un minuto en silencio, Geary la miró fijamente.

—Señora copresidenta, ¿alguna vez había escuchado hablar sobre algo llamado Complejo de Geary?

Rione levantó la cabeza y arqueó una ceja.

—Sí, la primera vez que lo escuché fue hace años, mientras un compañero senador me hablaba del capitán Falco. ¿Al final te has enterado?

—Me resulta curioso que nunca me hayas acusado de sufrirlo.

—Difícilmente se te podría acusar de imaginar que eres el capitán John Geary.

—Creo que hay por lo menos un médico en la flota que lo sospecha —dijo secamente—. No lo entiendo. Ahora te comportas de forma distinta.

—Bueno, gracias. —A Rione le costó decirlo—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Entre otras cosas, que ya no me sermoneas sobre los peligros que representa Black Jack, sobre lo que podría pasar si empiezo a creerme que soy él de verdad.

Rione se encogió de hombros.

—Ya te he dicho esas cosas muchas veces, y parece que es algo que tienes bastante en cuenta. Repetírtelo seguramente sería exagerado.

—Hasta ahora eso nunca te había detenido.

—A lo mejor es el momento de que te llame la atención sobre ese sentido del humor que tienes —dijo Rione con un tono de voz casi peligroso—. ¿Intentas decirme algo?

—Sí. —Geary la analizó antes de seguir—. Estás bastante en contra de la idea de llevar la flota a Lakota. Crees que estoy equivocado, que quiero estar a la altura de Black Jack. Pero no te has puesto como una loca, ni has hecho saltar el camarote por los aires, ni siquiera me has dicho nada sobre lo que podría pasarme a mí personalmente si empiezo a comportarme como Black Jack. ¿Por qué no lo has hecho?

Se encogió de hombros, y miró en otra dirección.

—A lo mejor quiero ser imprevisible. Sabes que lo haría, y sé que lo sabes, por eso hago algo distinto esta vez. Aunque en este caso no es algo estúpido.

—Mira quién fue a hablar de sentido del humor. —Geary eliminó cualquier rastro de burla o fingimiento—. En serio. ¿Qué pasa?

Rione tardó un rato en responder. Luego volvió para mirarlo directamente.

—Te seré sincera. Hasta ahora he lanzado muchas advertencias funestas con relación a tus planes. Siempre he estado segura de tener la razón, y siempre ha resultado que estaba equivocada, y el que tenía razón eras tú. Sancere es solo el mejor ejemplo de mis errores. No hay manera de saber dónde estaría esta flota si me hubieses hecho caso, pero dudo mucho de que estuviese en mejor estado que ahora o que nuestros enemigos sufriesen tantas bajas.

—¿Confías en mí? —Su sorpresa casi se hizo patente.

Rione sonrió sardónicamente.

—Me temo que sí. Creo que ir a Lakota es un error. Ya te lo he dicho, y te he expuesto mis razones. Tú me has escuchado. Sí, me he dado cuenta de que lo has hecho. Ahora bien, teniendo en cuenta nuestros historiales, no creo que tenga derecho a ir de nuevo en contra de tu instinto. Has estado en lo cierto demasiadas veces como para hacerlo. —Hizo una pausa, buscando algo con los ojos—. Sí, ya sé que ahora la preocupación de esos instintos recae sobre mí. No estás seguro de por qué he vuelto a tu lado, de por qué me metí en tu cama por primera vez y de por qué ahora he vuelto a hacerlo.

Él asintió con la cabeza.

—Es cierto.

—Y tampoco me lo vas a preguntar porque no sabes si creerías lo que te diga. No lo niegues. Siento tus dudas, y me lo merezco.

—No he dicho que...

—No tienes que hacerlo. —Rione extendió los brazos con las manos abiertas—. ¿Quieres que te diga que te quiero? No voy a hacerlo. Ya sabes a quién pertenece mi corazón.

—Entonces —dijo Geary—, ¿por qué pasas la noche conmigo?

—Eres irresistible para las mujeres, ¿no lo sabías? —Rione se echó a reír—. Deberías ver la cara que has puesto.

Él le devolvió la sonrisa, y se dio cuenta de que Rione nunca respondería claramente, de que solo pronunciaría más palabras, y de que nunca podría saber si eran sinceras.

—Reflexionaré algo más sobre el tema.

—¿Sobre Lakota? ¿En serio? —Rione dejó de reírse, y luego asintió con la cabeza—. Quizá esa sea la razón por la que vuelvo a estar a tu lado, John Geary. Quizá por eso volveré a pasar la noche contigo.

—¿Y cuando volvamos al espacio de la Alianza? Supongamos que llegamos. ¿Saldrás de esta nave conmigo del brazo? ¿Seguirás pasando las noches conmigo?

Ella lo miró en silencio durante un rato largo.

—¿Le estás preguntando a una política lo que hará en el futuro? Sí. ¿Me crees?

—No lo sé.

—Bien. Todavía me quedan algunas cosas que enseñarte sobre política. Las necesitarás cuando vuelvas a casa. —Se levantó y extendió el brazo hacia él—. Venga, vamos a comer algo. Hagamos propaganda. Juntos. Que la flota sepa que su héroe está contento.

Geary se levantó también, pero todavía se sentía cansado.

—Supongo que puedo aparentar estar contento durante un par de horas.

—Lo harás bien. —Volvió a sonreír, aunque esta vez de modo distinto—. Y cuando volvamos aquí, nos ocuparemos de estar todavía más contentos.

Pese a lo excitante de aquellas palabras, Geary habría deseado saber lo que pensaba realmente.

—No ha sido fácil decidir cuál será el curso de nuestras acciones —les dijo Geary a las imágenes de los capitanes de la flota que se encontraban en la sala de conferencias. La tensión reinante era como la que tenía lugar antes de un combate. Los oponentes más claros, como el capitán Casia, la capitana Midea o la comandante Yin estaban preparados para intervenir si Geary sugería algo que no fuese

suficientemente agresivo.

Los que estaban de su parte, como el capitán Duellos, Tulev o Crésida, estaban claramente preocupados por si Geary proponía algo para tranquilizar a la flota, lo cual podía ser también peligroso. Había hablado con todos, uno a uno, antes de la reunión, intentando asegurarse de que supiesen que lo había pensado con detenimiento. Esperaba haberlos convencido.

A su lado, físicamente, estaba la capitana Desjani, con su atención centrada en los enemigos de Geary, como si fuese su guardaespaldas. Al fondo de la mesa, donde estaban situados los comandantes de las naves de la República Callas, estaba también virtualmente la copresidenta Rione. Había preferido aquello a ir en persona para asegurarse de que las naves de la república supiesen que todavía seguía con ellos. Geary se preguntaba cuánto se habría guardado en la discusión que habían mantenido, y si lo apoyaría, se quedaría en silencio o sacaría algo contundente en contra de su plan en cuanto el debate comenzase.

Entonces apareció el visor estelar.

—Estoy seguro de que ya están al tanto de nuestras opciones. T'negu, aunque parece atractiva, es una trampa segura.

—Hemos llegado fácilmente hasta aquí avanzando en línea recta hacia el espacio de la Alianza —le interrumpió el capitán Casia.

—Y por eso los síndicos podrían ver incluso con los ojos cerrados cuál es nuestro patrón de avance —respondió Duellos—. T'negu es el lugar perfecto para llenarlo de minas.

—Eso mismo pienso yo —concordó Geary, a la vez que clavaba sus ojos en Casia antes de volver a hablar—. Las demás estrellas presentan otros problemas, con varios niveles de peligro. Después de pensarlo mucho y de consultarlo con los demás, he llegado a la conclusión de que el mejor objetivo es Lakota.

La capitana Midea iba a empezar a hablar, pero se quedó cortada, como si las palabras de Geary la dejasen muda.

—¿Lakota? —dijo finalmente.

—Sí. —Aunque al final no sorprendiese a los síndicos, no se podía decir lo mismo de Midea. Aquello era reconfortante, puesto que quería decir que los espías de sus oponentes en la flota no habían descubierto sus planes—. Habrá una flotilla síndica para proteger la puerta hipernética del sistema. No obstante, seguramente pensarán que las posibilidades de que vayamos allí son tan remotas que será demasiado débil como para hacernos frente.

—¿Usaremos la puerta? —preguntó alguien, vacilante.

—Sí, si es posible —respondió con voz tranquila. No podía permitirse falsas esperanzas en lo concerniente a aquello—. Sin embargo, sabemos que los síndicos están dispuestos a destruir sus puertas para evitar que las usemos, y la flotilla que

pueda haber en Lakota seguro que ha recibido esas órdenes. Si tenemos suerte, podríamos cogerla mal situada, y ser capaces de llegar a la puerta antes de que lo hagan ellos. Pero es bastante complicado, la verdad. Si los síndicos la atacan primero... —Dejó la frase sin acabar para que cada oficial hiciese memoria sobre lo que había pasado con la puerta hipernética de Sancere.

—Podríamos cargar directamente hacia la puerta. Intentar detenerlos —dijo la comandante Yin.

—Personalmente —comentó el capitán del *Arrojado*—, prefiero no volver a estar cerca de una puerta hipernética cuando explote.

—Yo tampoco —dijo el capitán del *Diamante*—. Si la *Orión* quiere encargarse, yo encantado.

La comandante Yin lanzó una mirada fulminante a ambos oficiales, pero aparentemente tuvo suficiente cabeza como para darse cuenta de que seguir discutiendo con ellos podría dejarla todavía más en ridículo.

—¿Cuántos síndicos podría haber en Lakota? —preguntó el capitán del *Vengativo*—. Les hemos hecho bastante daño en los últimos combates, y hemos destrozado las naves que estaban construyendo en Sancere, además de los astilleros. Si tenemos en cuenta la situación del grupo que nos estaba esperando en Ixion, deben de estar bastante desesperados.

El capitán Tulev respondió con voz sombría.

—Recuerde las bajas que sufrimos en el sistema nativo síndico. Lo único que hemos hecho destrozando sus naves desde esa vez es equilibrar lo que perdimos en aquella emboscada.

Se hizo un silencio sepulcral en la mesa. Nadie negó lo que Tulev acababa de decir.

—Pero las naves de combate síndicas que acabamos de destruir estaban compuestas por tripulaciones extremadamente inexpertas —afirmó el comandante Neeson, al mando de la *Implacable*—. Ni siquiera deberían haberles encargado una misión de combate.

—Eso es verdad. —El capitán Duellos se mostró de acuerdo—. El capitán Geary y yo hemos hablado sobre el tema, y creemos que los síndicos pensaron que era improbable que fuésemos a Ixion, por lo que enviaron sus naves más preparadas a otros sistemas estelares.

—Entonces quiere decir que andan escasos de naves —respondió Neeson.

—Andan escasos porque tienen que mantener su superioridad numérica en más de un lugar, ya que no saben adónde vamos a ir exactamente —comentó Duellos—. Y está claro que cada vez les cuesta más.

—Y con suerte —añadió Geary— eso afectará al número de enemigos que nos encontremos en Lakota.

—¿Ha hablado de esto con la senadora Rione? —preguntó la capitana Midea.

Geary la miró con indiferencia, mientras pensaba que cada vez se parecía más a un líder síndico.

—Capitana Midea, el tratamiento adecuado es copresidenta de la República Callas, aunque también sea miembro del senado de la Alianza. Y sí, lo he hablado con ella.

—¿Entonces lo de ir a Lakota es decisión suya?

Gran parte de los oficiales que había en la mesa se enderezó al escuchar aquello. Sabía que, en algún momento de la reunión, Rione le pondría pegas al plan, y ahora tenía la ocasión perfecta para hacerlo.

—Como ya he dicho en otras ocasiones, la copresidenta Rione no toma decisiones sobre los movimientos de la flota —afirmó Geary con tranquilidad.

Rione tomó la palabra, con tono neutral.

—Como miembro del senado de la Alianza, no tengo autoridad sobre el mando de esta flota, capitana Midea. ¿Está al tanto de eso?

La capitana Midea se puso roja.

—Si al final la «copresidenta» Rione tiene una gran influencia sobre las decisiones que toma la persona al mando de la flota, es lo mismo.

Rione sonrió ligeramente.

—Le puedo jurar por el honor de mis antepasados que el capitán Geary rara vez sigue mis consejos relacionados con los movimientos de la flota.

—El honor de una política... —masculló alguien.

Algunos de los oficiales al mando de las naves de la República Callas, aunque no todos, fruncieron el ceño. Otros reaccionaron ante aquella falta de respeto con leves sonrisas. La mayoría mantuvo una expresión impasible.

Geary era consciente de que en ese instante era bastante fácil averiguar lo que sentía.

—¿Sirve mi honor para satisfacer a los que ponen en duda lo que ha dicho la copresidenta Rione? —dijo, amenazante. Rione no había utilizado la situación para expresar abiertamente sus dudas sobre la decisión de Geary, lo cual hizo que se sintiese liberado y agradecido.

La única respuesta que obtuvo fue el silencio, hasta que el capitán Mosko tomó la palabra y dijo, con cierta torpeza:

—Teniendo en cuenta las circunstancias de su relación, esperábamos que saliese en su defensa, capitán Geary. Es algo que todo oficial honorable debería hacer.

—La copresidenta Rione no le da órdenes, y si lo hiciese, él no haría caso —dijo la capitana Desjani en tono claro y neutral—. Es lo que he podido observar directamente desde el puente del *Intrépido*. Lo juro por mi honor, y confío en que nadie crea que la copresidenta y yo tenemos una relación que me obligue a

defenderla.

—Lógicamente, se siente obligada a apoyar al capitán Geary —dijo Midea, con un tono que dejaba entrever claramente que las obligaciones que Desjani tenía con Geary iban más allá de lo profesional.

Desjani miró con severidad a su colega.

—Capitana Midea, defenderé a cualquier oficial que pueda derrotar a nuestros enemigos, sobre todo si es tan eficiente como el capitán Geary. Es él quien está al mando de la flota, y es una persona honorable. Mis enemigos son los síndicos, y cualquiera que los ayude.

Durante el silencio que sucedió a aquellas palabras casi se podía tocar la tensión reinante. Fue el capitán Casia quien lo rompió, aunque aparentemente algo reacio a apoyar las inadecuadas palabras de Midea.

—La discusión y el debate entre oficiales al mando siempre han sido aceptados en la flota. No hay razón para acusar a nadie de traición.

—¿Acaso lo he hecho? —preguntó Desjani.

Geary tomó la palabra durante aquel incómodo silencio.

—Se aceptan tanto el debate abierto como las discusiones, pese a que el curso de las acciones nunca se ha supeditado a ello. Sé que algunos oficiales de esta flota hablan cosas en privado que no están dispuestos a repetir en público. Ya lo he dicho anteriormente, y lo vuelvo a repetir: les animo a que hagan sugerencias y comentarios constructivos, pero también les repito que, como comandante de la flota, soy yo quien tiene el deber y la responsabilidad de decidir y emitir las órdenes.

El capitán Badaya asintió con la cabeza.

—Eso es lo que hemos aprendido a esperar de usted —dijo mientras miraba desdeñosamente a Casia—. Si no tenemos oportunidad de usar la puerta de Lakota, ¿cuál será nuestro siguiente objetivo?

Geary se sintió agradecido por tener de la oportunidad de volver al tema de la operación, en lugar de hablar de relaciones, ya fuesen reales o imaginarias. Señaló el visor.

—Hay un par de opciones interesantes. El rumbo que tomemos dependerá en parte de lo que nos encontremos en Lakota y de los combates que se puedan derivar de ello. —Recorrió la mesa virtual hasta llegar a la capitana Tyrosian y a los demás comandantes de las demás naves auxiliares—. Gracias al extraordinario esfuerzo realizado por la división de naves auxiliares, hemos podido volver a un nivel aceptable de células de combustible y munición, de hecho casi estamos al cien por cien en general. Sin embargo, para conseguirlo hemos usado la mayor parte de las materias primas que conseguimos hasta la fecha. Por lo tanto, tendremos que reabastecer los almacenes de las naves auxiliares. La urgencia dependerá de cuánto combustible y munición tengamos que gastar en Lakota.

—Parece que tenemos que pasarnos el tiempo o bien escoltando o bien reabasteciendo a las auxiliares —refunfuñó el oficial al mando de la *Atrevida*.

—Si no lo hiciésemos —dijo el capitán Duellos con voz jocosa—, estaría en un campo de trabajo síndico ahora mismo, puesto que es difícil luchar sin combustible ni armamento.

El comandante de la *Brazal* asintió con la cabeza.

—Mi nave sufrió un daño considerable en Daiquón. Los ingenieros han trabajado lo indecible para ayudarnos a repararla. Tanto a mí como a mi tripulación nos complace continuar escoltando las naves auxiliares mientras sigamos mejorando hasta estar totalmente operativos.

Varios oficiales miraron a la comandante Yin, y a los oficiales al mando de la *Majestuosa* y la *Guerrera*. Las tres estaban siendo reparadas para subsanar el daño sufrido, y ninguno de sus oficiales había dicho nada en favor de las auxiliares.

—Nosotros también les estamos agradecidos —dijo rápidamente Suram, al mando de la *Guerrera*—. Quizá estemos preparados para Lakota.

El capitán de la *Vengativa* sonrió.

—La Cuarta División no ha sido lo mismo sin ti. —Dejó de sonreír—. Todavía les debemos una a los síndicos por lo de la *Triunfante*. Nos encantaría tener a la *Guerrera* a nuestro lado cuando les obliguemos a pagar por ello con intereses.

Daños. Geary miró a la mesa con el ceño fruncido, intentando recordar los detalles sobre las naves más dañadas. La *Titánica* se había recuperado ya de los problemas que le habían causado las minas, y los trabajos en la *Guerrera* avanzaban a buen ritmo, pero la *Orión* y la *Majestuosa* seguían en mal estado, y algunas de las unidades ligeras estaban trabajando duro para volver a estar en forma. Ojalá dispusiese de dos meses sin síndicos al acecho, y de un sistema estelar rico en recursos... con un astillero accesible... un gran astillero... *por pedir, también podría tener una puerta síndica sin nadie protegiéndola, pero no creo que suceda.*

—La flota reajustará su curso para ir al punto de salto de Lakota. Entraremos en él a una velocidad inferior a la que utilizamos aquí, y esta vez ejecutaremos un giro prefijado a babor en cuanto salgamos, con el fin de evitar los posibles campos de minas síndicos. Debemos estar preparados para otro combate a la salida, aunque espero que no nos encontremos una fuerza de bloqueo como la que nos esperaba aquí.

—En cuanto las autoridades síndicas de este sistema informen sobre lo fácil que nos ha resultado eliminar a los defensores del punto de salto de Daiquón, no creo que el alto mando enemigo repita la misma táctica —observó Tulev.

—Si tenemos suerte, lo harán —respondió Geary. Se dibujaron varias sonrisas—. ¿Alguna pregunta? Bien. Los veré en Lakota.

Esta vez, después de que la mayoría de las siluetas de los oficiales desapareciesen con rapidez, quedaron cuatro, además de Geary. Una era la capitana Desjani,

obviamente, pero además estaban el capitán Badaya, Duellos y Tyrosian.

Tyrosian miró sorprendida a Badaya y a Duellos. Luego habló con rapidez.

—Tan solo quería agradecerle, capitán Geary, que aprecie el papel que asumimos. Hemos trabajado para algunos comandantes que solo veían los problemas que las naves auxiliares ocasionan. Es bueno saber que trabajas para alguien que cree que somos importantes.

—Yo me alegro de tener a la *Hechicera*, a la *Titánica*, a la *Genio* y a la *Trasgo* en la flota —afirmó Geary—. Su labor es inestimable, y el esfuerzo que han puesto en su trabajo ha sido extraordinario. Por favor, comuníquese a las demás naves.

La capitana Tyrosian asintió con la cabeza, se despidió con un saludo militar, y luego desapareció.

El capitán Badaya frunció el ceño al mirar a la capitana Desjani.

—No debería entrar en discusiones sin sentido con alguien como Midea. Hace tres años casi la juzgan ante un consejo de guerra por comportamiento inadecuado con su oficial jefe, y hace un rato insinuó que ha actuado incorrectamente.

Desjani hizo una mueca.

—No me preocupan las palabras de alguien como ella.

—La flota estaría mejor si fuese relevada de su puesto —dijo Badaya—. Cuando no se contiene, tiende a realizar acciones impulsivas sin pararse a pensarlo demasiado. No habría demasiadas objeciones si decidiese relevarla, capitán Geary. No goza de una buena reputación. Aunque tampoco Casia.

—Ni Numos —comentó Duellos—. No obstante, muchos escuchan lo que dice.

—Es cierto —admitió Badaya—, pero el número de los que lo hacen no aumenta precisamente. No soy yo quien está al mando de la flota, ni presumo de decirle lo que hay que hacer, pero quiero informarle de que no tiene por qué aguantar las tonterías de Midea. También me gustaría añadir que lamento el asunto de la capitana Desjani, aunque supongo que hay cosas peores que ser la elección del capitán Geary.

La capitana Desjani se sonrojó. Se vio claramente que aquel comentario no le había agradado en absoluto, aunque Badaya pareció no percatarse.

—Gracias, capitán Badaya —dijo en un tono en absoluto cálido.

Badaya sonrió, se despidió rápidamente, y luego desapareció.

Desjani asintió con la cabeza, y dijo apesadumbradamente:

—Supongo que no debería quedarme sola con usted, señor —le dijo a Geary enfadado—, por lo que me marché antes de que lo haga el capitán Duellos.

Duelos dio un paso al frente.

—Tanya, la gente que te conoce no hace caso de esos rumores.

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias, pero los que me preocupan son precisamente los que no me conocen. —Se despidió y salió de la habitación sin dilación.

Geary la miró mientras se iba, con cara de pocos amigos.

—No se lo merece.

—No —coincidió Duellos—. No obstante, al contrario de lo que cree el capitán Badaya, sacar de en medio a la capitana Midea no va a mejorar las cosas. De hecho, creo que hacer algo parecido extendería el rumor de que intenta silenciarla.

—Seguramente tenga razón. Sobre eso que dijo Badaya de que convendría atarla en corto, ¿qué opina?

Duelos asintió con la cabeza.

—Es irónico, ¿no cree? El capitán Numos, que tan poca reputación como capitán tiene entre los oficiales, ha conseguido manipular a Midea de tal modo que ni siquiera hubo rastro de su temeridad mientras estuvo al mando de la división de acorazados.

—Es irónico, sí. Nunca pensé que tendría evidencias para pensar que Numos puede tener dotes de líder —dijo Geary apesadumbrado, mirando el lugar en el que se había sentado Desjani—. ¿Cómo puedo acallar esos rumores? La mejor y única opción que se me ocurre para ayudarla es seguir tratándola como una oficial colega y nada más.

—Opino lo mismo, aunque tampoco creo que hayan ayudado precisamente las torpes palabras de Badaya con las que prácticamente insinuaba que es su compañera. Aunque no lo dijo abiertamente, tener a una política a su lado no es algo que le guste a demasiada gente.

—¡A quien tenga a mi lado es solo asunto mío! Mientras siga comportándome de forma honorable y no viole ninguna norma, claro está —añadió.

—No lo pongo en duda, pero no es un simple oficial al mando. Además, nadie confía en los políticos, ni siquiera en aquellos de los que se dice que son honrados, como la copresidenta Rione. Los que piensan como Badaya creen que lo mejor que podría hacer es dejarla por Desjani. Dos oficiales de la flota al mando de la Alianza. —Duelos hizo una pausa antes de seguir hablando—. ¿Qué le parece?

—¿El qué? —Geary miró fijamente a Duellos—. ¿Cómo puede siquiera hacerme esa pregunta? Ya he dicho que nunca le haría a Desjani nada por el estilo.

Duelos mostró una mueca burlona, sonriendo levemente.

—Lo siento. Me ha quedado claro lo de Desjani. Yo me refería a la oferta que recientemente le ha hecho el capitán Badaya.

—Ah. —Geary se calmó, y sacudió la cabeza—. No. Ni he aceptado la oferta ni lo haré, ya se lo dije. ¿Cuánta gente más lo sabe?

—Seguramente todos y cada uno de los oficiales de la flota. —Duelos lo miró fijamente a los ojos—. Me alegro de ver que lo tiene tan claro. Yo mismo siento desencanto y frustración con nuestros líderes políticos, pero me tomo en serio mi deber con la Alianza. No podría apoyarlo si aceptase. Me vería obligado a oponerme.

Geary asintió con la cabeza. Por supuesto, Duellos le sería fiel al gobierno.

—¿Es cierto lo que dice Badaya? ¿Me seguiría la flota si hiciese algo como eso? Espero que diga que no.

—Siento desilusionarlo. Posiblemente dos tercios de la flota lo aceptarían como dictador, aunque las razones precisas de cada uno podrían variar. —Duellos miró en otra dirección durante un momento—. Además, las tripulaciones depondrían a los que no lo apoyasen, o al menos a una parte de ellos, para poner a alguien de su bando en ese lugar.

Geary se frotó la frente, intentando pensar.

—Ni siquiera se lo he comentado a la coronel Carabali por miedo a que crea que intento tantearla.

—¿Se refiere a los infantes de marina? —Duellos frunció el ceño, reflexivo—. Sería una jugada arriesgada. Le son realmente fieles, de eso no hay duda, pero su lealtad hacia la Alianza es legendaria. —Se encogió de hombros—. Sin embargo, tampoco es que importe demasiado. Si las tripulaciones lo apoyan, no habrá suficientes infantes para controlarlas.

—No me puedo creer que esté hablando de esto. —Geary agitó la cabeza, caminó lentamente hasta una esquina de la sala, y luego se dio la vuelta. Tenía que mantenerse firme, tanto de puertas para afuera como para adentro—. No voy a aceptar la oferta.

Duellos sonrió.

—Bien. Conste que no es que creyese que lo haría, pero hay tanto en juego que es agradable escucharle decir eso. No me gustaría estar en el bando opuesto.

—Pues ya somos dos —respondió Geary con otra sonrisa—. Creo que siempre estaremos en el mismo lado.

—Tanya Desjani lo seguiría. Se sentiría destrozada, pero le sería fiel.

—¿Por qué me dice eso?

—Porque no creo que le pida nunca que rompa su juramento, y seguramente no lo haría bajo ninguna otra circunstancia, pero me gustaría que supiese que lo haría si usted se lo pidiese.

—Gracias. —No estaba seguro de por qué Duellos quería que supiese aquello—. ¿Qué le parece lo de ir a Lakota? ¿Sigue preocupado?

Duellos volvió a sonreír ligeramente.

—¿Usted no? Es un riesgo. De hecho, vayamos donde vayamos, correremos riesgos. Pero creo que merece la pena. Antes o después, no importa lo bien que lo planeemos, se nos acabará la suerte, y tendremos problemas serios. Mejor morir luchando como guerreros en el firmamento, que como ratones escondidos en las sombras.

—Aunque la flota se encuentre con muchos síndicos en Lakota, no tiene por qué desaparecer.

—Espero que no, pero si así fuese, nos ha hecho llegar lejos contra todo pronóstico después del desastre en el sistema nativo síndico. Si nos llevamos con nosotros a los suficientes síndicos, la Alianza todavía tendría una oportunidad. —Duelos se despidió—: Hasta Lakota.

—Tenemos compañía, señor.

Geary se despertó bruscamente en su oscuro camarote al oír el sonido de la voz de Desjani. Acto seguido golpeó el panel de mandos para aceptar el mensaje.

—¿Cuántos?

—Han llegado ocho buques capitales a Ixion procedentes del punto de salto de Dansik. Cuatro acorazados y cuatro cruceros de batalla, acompañados de seis cruceros pesados y el aglomerado habitual de cruceros ligeros y naves de caza asesinas. Están a unas dos horas luz, manteniendo la distancia con nuestra línea de estribor, mientras se mueven a una velocidad de cero coma uno velocidad luz desde hace dos horas.

—Seguramente se volverán hacia nosotros.

—Así es, señor. Ahora mismo estamos viendo que empiezan a hacerlo, pero no creo que intenten interceptarnos. Estamos a cuatro horas y diez minutos del punto de salto hacia Lakota.

—No lo creo, no —Geary estaba de acuerdo. A una velocidad luz de cero coma uno les llevaría unas veinte horas recorrer una distancia de dos horas luz. Teniendo en cuenta que además no avanzaban hacia la flota de la Alianza en línea recta, la distancia sería incluso mayor—. Nos seguirán hasta ver qué salida tomamos y luego vendrán detrás. —Habían avistado al enemigo, pero no podían hacer nada. Dar la vuelta para interceptarlos sería incluso peor que no hacer nada, puesto que la flota enemiga simplemente evitaría entrar en combate a la espera de más refuerzos—. Gracias por la información. Sigán el rumbo marcado hacia el punto de salto de Lakota.

—Sí, señor —dijo Desjani.

Volvió a acostarse, sintiéndose culpable. Desjani estaba en el puente, controlando la situación y vigilando al enemigo, mientras él estaba en la cama de su camarote. Tampoco es que tuviese algo que hacer allí, pero no por ello dejaba de sentirse mal.

Una de las manos de Rione se deslizó lentamente sobre su pecho.

—¿Van a seguirnos hasta Lakota? —le dijo, susurrándole al oído.

—Sí. Perdona que te haya despertado.

—No pasa nada. Seguramente te costará volver a quedarte dormido. —Su mano se deslizó hacia abajo—. Ambos estamos despiertos, y no merece la pena desaprovechar la ocasión, ¿verdad?

Las noticias de que estaban llegando naves síndicas al sistema estelar en el que se

encontraban no parecieron preocupar a Rione. O quizá intentaba distraerlo. También era posible que estuviese realmente preocupada por lo que podría pasar en Lakota y no quería desaprovechar el tiempo que compartían.

Después de un rato, dejaron de interesarle las motivaciones de Rione.

Geary se sentó en el puente del *Intrépido* y miró al visor que mostraba la flota. Había ordenado que se dispusiesen según una antigua formación llamada Eco Cinco, que consistía en cinco subformaciones, parecidas a monedas, orientadas hacia adelante con un poco de punta. Liderando la formación iba Eco Cinco Uno, construida con los restos de la Quinta División de Cruceros de Batalla de la capitana Crésida, más la mermada Séptima División de Cruceros de Batalla. En total, cinco naves juntando dos divisiones. El mero hecho de pensarlo era deprimente. No obstante, con los cruceros pesados, los cruceros ligeros, y los destructores, la vanguardia tenía una potencia de combate decente.

A cada lado de la formación estaban Eco Cinco Dos y Eco Cinco Tres. La Dos estaba formada por ocho cruceros de batalla de la Primera y Segunda División, además de un montón de unidades más ligeras. Por su parte, la Tres había sido construida alrededor de los ocho acorazados de la Segunda y la Quinta División, además de otras naves de apoyo más ligeras. En la retaguardia estaba situada la Eco Cinco Cinco, que contenía a las naves auxiliares y a las naves dañadas, entre las que se incluían la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa*, además de la *Infatigable*, la *Atrevida* y la *Audaz*, de la Séptima División de Acorazados.

Los cinco cruceros de batalla restantes, entre los que se incluía el *Intrépido*, los otros trece acorazados, y las dos naves de reconocimiento, formaban el núcleo del cuerpo principal de Zorro Cinco Cuatro, con el resto de los cruceros pesados, los cruceros ligeros y los destructores escoltándolos. En conjunto, la flota de la Alianza debía ser capaz de enfrentarse a lo que pudiesen encontrarse al salir por el punto de salto de Lakota.

—Todas las unidades han reducido su velocidad hasta cero coma cero cuatro velocidad luz —le informó la capitana Desjani—. Todas las unidades han informado de que ya están preparadas.

Geary asintió lentamente con la cabeza, deseando no estar cometiendo finalmente el error que tanto había temido desde que asumió el mando de la flota.

—A todas las unidades, prepárense para luchar en cuanto salgamos en Lakota. Salten de inmediato.

Capítulo 8

Cinco días y medio para llegar a Lakota. Otros cinco días y medio mirando la nada gris e infinita del espacio de salto.

—¿Estás bien? —le preguntó Rione.

—Estoy preocupado —respondió Geary, con los ojos fijos en el visor.

Ella se sentó a su lado, y también posó los ojos en la pantalla.

—Cuéntame, ¿cómo era estar en las luces del espacio de salto?

—Muy divertido.

—Te lo estoy preguntando en serio. —Rione suspiró profundamente—.

¿Recuerdas algo?

La miró.

—¿Te refieres a lo que soñé durante la hibernación?

—Sí. Fueron cien años. No hay mucha gente que haya estado en suspensión tanto tiempo y haya sobrevivido. De hecho, yo solo conozco a una persona.

—¡Qué suerte tengo! —Geary se paró a pensar en lo que le había preguntado—. La verdad es que no lo sé. A veces creo que me vienen a la mente sueños, pero realmente podrían ser recuerdos de sueños de antes de la batalla de Grendel. Me lancé a la cápsula de escape cuando mi nave iba a saltar por los aires, sin tiempo para pensar en la batalla o en lo que había pasado, y cuando los médicos de la flota me despertaron, fue como si solo hubiese estado dormido durante un instante. La verdad es que al principio no me lo creía. Pensé que era algún truco de los sindicatos. No me podía creer que todas las personas que había conocido estuviesen muertas, que todo lo que había conocido se había perdido cien años en el pasado.

—Y entonces te encontraste con que te habías convertido en Black Jack, el héroe mítico de la Alianza —dijo Rione con tranquilidad.

—Sí. Lo único que me salvó fue asumir el mando de la flota. Me obligó a salir de mi madriguera. —Recordó el frío que lo invadió al principio, y que había intentado erigir un muro helado entre él y el mundo que lo rodeaba—. Si no fuese por eso... —Geary sacudió la cabeza.

—Tuvimos suerte, tanto tú como nosotros —dijo Rione.

—¿Y tú, tuviste suerte? —le preguntó Geary.

—¿Yo? —Rione suspiró—. Me pregunto si mi marido es una de esas luces. Me pregunto qué es lo que mis antepasados piensan de mí. Y me pregunto qué nos esperará en Lakota, y qué le deparará el futuro a la Alianza. ¿Crees que es una suerte vivir en estos tiempos y enfrentarse a estas situaciones?

—No es suerte de la buena, desde luego.

—No, la verdad es que no.

Al menos siempre había papeleo del que ocuparse y con el que pasar el tiempo. Así se distraía y se olvidaba de sus preocupaciones sobre lo que les esperaba en Lakota, aunque se imprimía tan poco en papel que se preguntaba por qué le llamarían de aquel modo. Geary frunció el ceño al ver un mensaje procedente de la *Furiosa*. No deberían mandarle informes rutinarios de transferencias de personal administrativo ni siquiera a modo de copia informativa. Si eso pasase, se vería enterrado en un montón de papeleo.

Luego vio el nombre del transferido y llamó a la capitana Desjani.

—Me ha llegado una orden de transferencia de la *Furiosa* y...

—Sí, señor. Ahora mismo bajo para hablar del tema, señor.

Geary esperó, preguntándose qué pasaría, hasta que, finalmente, llegó la capitana Desjani. Le invitó a sentarse, y ella lo hizo, firme, tal y como siempre solía hacer. Desde que había escuchado los rumores que afirmaban que podía haber una relación entre ellos, Geary había dejado de pedirle que se relajase. Se preguntó si la orden tendría algo que ver con aquello.

—Es una orden para transferir al teniente Casell Riva de la *Furiosa* a la *Avanbrazo*.

La expresión de Desjani no cambió mientras asentía con la cabeza.

—Quizá encaje más en un crucero pesado, pero las necesidades de la flota están por encima.

—Ya veo. —*No, no veo nada de nada*—. ¿Estaba al tanto de esto?

—La capitana Crésida me informó de que tenía intención de transferir al teniente Riva, señor.

—¿Y le parece bien?

—Señor, no puedo preocuparme por el destino de los oficiales de bajo rango de otras naves.

Geary intentó que no se notase su sorpresa.

—Por lo general, eso sería verdad. A mí tampoco debería preocuparme, pero por lo que he oído, tenía esperanzas de volver con el teniente Riva.

¿Cuánto hacía que no hablaba del tema con Desjani? No estaba seguro. Había pasado demasiado tiempo dedicado a su relación con Rione y a las discusiones que habían derivado de ello, sin contar los rumores sobre su relación con la capitana. Estaba claro que había pasado demasiado desde la última vez que se interesó por la vida personal de Desjani.

Ella se encogió de hombros.

—La copresidenta Rione y yo tenemos algunas cosas en común, señor.

Ella debió de leer su expresión, porque añadió cuidadosamente:

—Fantasmas de nuestro pasado, que nos traen viejas emociones y que alborotan nuestras ruinas personales con su vuelta.

—No lo entiendo. Pensé que usted y el teniente Riva...

Desjani negó con la cabeza.

—El teniente Riva está muy interesado en una oficial compañera de la *Furiosa*, y ha decidido actuar en consecuencia.

—Pero...

—Sí, señor. La capitana Crésida ha tenido que tomar medidas contra él por violar el buen orden y las reglas de disciplina. Al menos eso he oído. El teniente Riva no se dignó siquiera a informarme sobre sus nuevos intereses.

Obviamente, para Desjani el teniente Casell Riva ya no era «Casell», y tampoco es que Geary pudiese culparla. *Mierda, fui yo quien le sugirió a Desjani que enviase a Riva a una nave como la Furiosa.*

—Lo siento.

Ella respondió como si le diese igual.

—Él se lo pierde, señor.

—Está claro.

—Aunque es extraño —continuó Desjani, mirando a través de Geary—. A veces pensaba que era como si el teniente Riva hubiese pasado en hibernación el tiempo que estuvo prisionero. Seguía igual, con su vida y su carrera estancadas, en el mismo lugar en que las había dejado cuando lo capturaron, como si también las encarcelasen en el campo de trabajos forzados sándico. Todo, excepto su edad, es tal como lo recordaba. —Hizo una pausa, pensativa—. Cuando superó la conmoción de verse rescatado, de encontrarse vivo, creo que empezó a desagradarle que yo sí hubiese cambiado. Ya no era el teniente que había visto hacía tanto tiempo, el que recordaba mientras estaba cautivo.

—Si pasó tanto tiempo pensando en ti en aquel campo, me sorprende que no te fuese fiel cuando salió.

En la cara de Desjani se dibujó una sonrisa, pero no era de alegría.

—No he dicho que le fuese fiel a mi memoria, señor. Había muchas mujeres en el campo de trabajo. El teniente Riva estuvo abierto a relaciones temporales. Él mismo lo admitió, y tampoco lo culpo. Aunque debería haberme preguntado el porqué de las relaciones temporales.

—¿Cree que estaba celoso —preguntó Geary— porque es capitana y tiene su propia nave?

—Eso me pareció. El teniente Riva se sentía frustrado al ver a oficiales menores que él con rangos mayores. Le dije que probablemente ascendería rápido, pero parece que creía que debería ser ya, que tenía que pasar todo de repente, como si quisiese alcanzar en un instante a aquel mundo que tanto había cambiado sin él. —Hizo una mueca—. La persona con la que empezó la relación en la *Furiosa* era una alférez casi la mitad de joven que él.

—Eso no suele ser un buen camino para alguien que intenta subir su ego —dijo Geary—. En cualquier caso, lo siento.

Desjani sonrió ligeramente, esta vez de verdad.

—Creo que merezco a alguien mejor, señor.

—De eso no hay duda. Gracias, Tanya. Siento haberle dado la lata con esto.

—Le agradezco que se preocupe, señor. —La expresión de Desjani se volvió lúgubre—. Debería ser más consciente de que no hay sitio en mi vida para relaciones. Ya tengo una a jornada completa con un caballero llamado *Intrépido*, que requiere toda mi atención.

—Conozco ese sentimiento —dijo Geary—. La persona al mando de la flota tampoco tiene demasiado espacio para la vida personal. Es una buena capitana.

—Gracias, señor. —Desjani se levantó y se dio la vuelta para marcharse. Luego volvió a girarse—. Señor, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

—Se ha ganado el derecho a hacerlo —respondió Geary—. Hemos estado hablando de su vida. ¿De qué se trata?

—¿Cómo le va a usted y a la copresidenta Rione?

Geary no supo muy bien qué expresión era la más adecuada. Al final acabó sonriendo y frunciendo el ceño ligeramente.

—Bien, creo.

—Yo... estoy sorprendida, señor. No esperaba que volviese con usted.

Él negó con la cabeza.

—Yo tampoco.

Desjani vaciló.

—¿Le importa, señor?

—Creo que sí. —Geary se rió durante un instante—. Mierda, en realidad no lo sé, pero creo que sí.

—Y usted, ¿le importa a ella?

—No estoy seguro. —Si había alguien con quien pudiese sincerarse con respecto a aquello, sin duda era Desjani—. No lo sé. No me da muchas pistas sobre lo que siente.

—Lo hizo una vez, señor —dijo en voz baja—. No puedo decirle lo que la copresidenta siente ahora mismo, pero no creo que le afectase tanto descubrir que su marido podría estar vivo si no sintiese nada por usted. Bueno, esa es mi opinión, claro.

Geary no se había parado a pensar en ese detalle.

—Gracias por decírmelo. No siempre puedo... bueno...

—¿No siempre puede saber si lo que dice es verdad? —se adelantó Desjani, sonriendo tímidamente.

Geary le devolvió la sonrisa.

—Exacto. Rione es una política, pero me enteré cuando ya estaba dentro.

—Unos políticos son peores que otros, por lo tanto algunos son mejores. Y aunque sean malos, los hay más indeseables.

—¿En serio? Bueno, sí, los abogados, por ejemplo.

—Sí, señor —dijo Desjani—. O los agentes literarios. Yo podía haber sido una de ellos.

—¿Lo dice en serio? —Geary la miró fijamente, intentando imaginarse a la capitana del *Intrépido* sentada en una oficina en algún lugar, en algún planeta, leyendo y vendiendo relatos de aventuras en lugar de vivirlas.

—Mi tío me ofreció un trabajo en su agencia antes unirme a la flota —comenzó a explicarle Desjani—, pero dejando a un lado lo demás, aceptar aquel trabajo habría significado tener que trabajar con escritores, y ya sabe cómo son.

—Algo me han dicho, sí. —Geary no pudo evitar sonreír—. ¿Es verdad eso que me acaba de decir?

—A lo mejor, señor.

Desjani se marchó, pero Geary se quedó mirando la escotilla cerrada durante un momento. Estaba bien poder relajarse un rato con Desjani. Intercambiaba experiencias con él, algunas de ellas fruto de carreras distintas en la flota que, pese a estar separadas por cien años, compartían los elementos a los que todo oficial y navegante se tenía que enfrentar desde el mismo comienzo de la raza humana. Otros pasaban el tiempo en la nave juntos, lidiando con la presión derivada de estar al mando, o se peleaban. Geary se dio cuenta de que era fácil hablar con Desjani.

Me pregunto qué habría pasado si no tuviese a Desjani como subordinada, pero siguiese estando en esta nave. Si no estuviésemos sometidos al honor y al deber...

No sigas por ahí. Ni se te ocurra pensarlo siquiera. Eso no es lo que pasó, ni lo que va a pasar.

Se despertó y supo que pasaba bastante de medianoche según los horarios de la nave. Si todo salía bien, la flota llegaría a Lakota a una hora razonable, cuando todo el mundo hubiese gozado de una buena noche para descansar y de un desayuno tranquilo. Bueno, eso suponiendo que alguien pudiese tener una buena noche justo antes de llegar a un sistema enemigo con un número indeterminado de naves síndicas; o estómago para desayunar cuando estás de los nervios porque sabes que seguramente tendrás que enfrentarte a un combate inminente. Pese a todo, tener la oportunidad de hacer todo aquello debería reconfortarlos de algún modo.

Aunque la humanidad había descubierto cómo romper algunas de las leyes del universo en determinadas circunstancias y usar dispositivos de salto para viajar entre estrellas a más velocidad que la luz, hacerlo tenía sus propias normas. Moverse por el espacio de salto desde Ixion a Lakota llevaba un tiempo determinado, ni más ni

menos. La flota de la Alianza saldría de nuevo al espacio normal en el punto de salto de Lakota en cero cuatrocientos de la mañana, según el calendario que seguían las naves para mantener los biorritmos humanos contentos.

Cuatro horas eran demasiadas como para quedarse tumbado y despierto al lado de Victoria Rione, que parecía seguir durmiendo. Era algo bastante inusual, por lo que no la despertó. Fuesen cuales fuesen sus pensamientos o sus sentimientos, de noche habían producido una agitación más que notable en quien compartía cama con ella.

Se levantó con cuidado, se vistió en silencio y se marchó. Justo cuando estaba en la entrada, se paró para mirar durante un instante a Rione antes de que la escotilla se cerrase. Fue entonces cuando la escuchó hablar, totalmente despierta:

—Nos vemos en el puente.

—Vale.

Perfecto. Ni siquiera sabía cuándo estaba realmente dormida, ni por qué había simulado no estar despierta hasta que se marchó, y había dejado que se diese cuenta en el último momento de que lo había engañado.

La capitana Desjani estaba ya totalmente despejada, sentada en su puesto de mando en el puente, comprobando los preparativos para el combate. De repente se giró hacia él, con una mirada de confianza.

—Llega pronto, señor.

—Me cuesta un poco dormir. —Se pasó un rato observando los informes que había estudiado durante días, y luego se volvió a poner de pie—. Voy a dar una vuelta.

Tal y como había supuesto, casi toda la tripulación parecía estar ya despierta, como él. Incluso los que habían terminado las guardias de medianoche seguían sin ir a dormir, pasando el tiempo, nerviosos, entre toda la gente que había en los comedores o en las zonas de servicio. Geary intentó aparentar tranquilidad y confianza mientras caminaba entre ellos, intercambiando saludos y hablando brevemente con algunos sobre sus hogares y sobre como, con toda seguridad, derrotarían de nuevo a los síndicos en el sistema Lakota. Cuando la conversación tocaba el tema de la fecha de regreso a casa, Geary intentaba ser sincero. No sabía cuándo volverían definitivamente al espacio de la Alianza, pero hacía todo lo que podía para conseguirlo.

Y confiaban en él. Creían lo que les decía. Ponían sus vidas en sus manos. Tenían fe en que salvaría la Alianza, aunque aquella expresión no siempre significase lo mismo, pues dependía de quién lo dijese.

Prestó más atención a lo que la tripulación del *Intrépido* contaba sobre sus hogares, sobre la Alianza, para intentar ver si expresaban de algún modo su frustración con los políticos, si mostraban aquellos sentimientos de culpabilidad relacionados con el devenir de la guerra. Es posible que estuviese especialmente

sensible con respecto a aquello, pero a Geary le pareció escuchar más comentarios que antes. *Tal y como me dijo Rione, no importa tanto lo que digas como lo que la gente cree oír. Antes no escuchaba tantas habladurías.*

No me extraña que estén tan contentos con el «milagroso» retorno de Black Jack Geary. Lo que ellos querían no era un líder militar, sin más, sino alguien que liderase a toda la Alianza. Que mis antepasados me ayuden.

Volvió al puente de mando cuando quedaba aproximadamente una hora para llegar a Lakota, y se encontró a Rione en el asiento destinado a los observadores, hablando con Desjani con aparente tranquilidad.

Lo único que podía hacer para matar el tiempo era ejecutar el visor estelar y encontrar un objetivo si finalmente la flota no podía utilizar la puerta hipernética síndica que había en Lakota, que era lo más probable. Como de costumbre, la falta de presencia humana en los sistemas estelares cercanos era molesta, cuando no exasperante. Branwyn parecía relativamente segura, pero sus pequeños asentamientos y sus instalaciones mineras habían sido abandonados hacía décadas según los últimos informes que Geary tenía en su poder. También era posible que hubiese síndicos para evitar que consiguiesen más materiales para las naves auxiliares. Por otra parte, ir hacia Branwyn implicaba seguir avanzando hacia el espacio de la Alianza. ¿Habrían minado ya sus puntos de salto? ¿Estarían ya las fuerzas de bloqueo síndicas tomando posiciones?

De entre las demás opciones, T'negu era tan accesible desde Lakota como lo había sido desde Ixion. ¿Estaría el punto de salto del sistema minado? Al fin y al cabo se supone que la Alianza no entraría desde allí. Seruta parecía un sistema normal, sin hipernet, con un planeta riguroso, pero habitado por varias decenas de millones de personas y con varias instalaciones exteriores dispersas. No presentaba ninguna amenaza especial, pero dirigirse allí implicaba ir de nuevo en dirección contraria al espacio de la Alianza. Y por último, obviamente, estaba Ixion, de donde venían.

No le gustaba ninguna de las opciones, pero eran mejores que cualquier otro lugar al que podía haber llevado la flota.

—Cinco minutos para salir del espacio de salto —anunció un consultor, hecho que arrancó a Geary de sus reflexiones.

La capitana Desjani activó su intercomunicador.

—Que todos se preparen para luchar en cuanto salgamos. Recuerden que el capitán Geary nos observa.

Intentó no mostrar su nerviosismo, pero algo lo obligó a volverse para ver la reacción de Rione. Ella le devolvió la mirada con una expresión inescrutable, pero sus ojos delataban también nerviosismo.

—Un minuto para salir.

Geary trató de calmar su respiración concentrándose en el visor que mostraba la

descripción del sistema estelar Lakota, y que ofrecía información anticuada sobre aquella estrella y la presencia síndica que allí había. En poco tiempo la pantalla comenzaría a actualizarse frenéticamente según volviesen al espacio normal y los sensores de la flota comenzasen a detectar todo lo que no estaba en los informes.

—Preparados. Dentro.

El paisaje gris se volvió negro, y Geary se sintió empujado hacia uno de los lados de la nave en cuanto el *Intrépido* comenzó a ejecutar el giro brusco prefijado en los sistemas de navegación. Alrededor de él, el resto de la flota que formaba el cuerpo principal realizó acompasadamente el mismo movimiento. Más adelante, la vanguardia también maniobraba según lo previsto, y lo mismo sucedía en los flancos del cuerpo principal. Momentos después, la parte más retrasada apareció también, y comenzaron a ejecutar la misma operación.

—¿Dónde están las minas? —preguntó Desjani. Luego sonrió con mala cara al ver que los visores se llenaban de puntos de alerta. Por supuesto, había un denso campo de minas siguiendo un camino recto desde el punto de salto. La flota de la Alianza ya había virado, de modo que las formaciones con forma de moneda se movían en dirección a uno de sus planos, como si cinco discos se deslizaran sobre el borde de una superficie lisa. A estribor de la formación de la Alianza quedaba el campo de minas, que los observaba impotente.

La atenta mirada de Geary abandonó la amenaza más inmediata y comenzó a buscar naves síndicas. No había ninguna al lado del punto de salto. Tampoco cerca. Sus ojos recorrieron el visor sin resultado, casi sin creerse aquella falta de enemigos, hasta llegar a la puerta hipernética.

Allí estaba la flotilla síndica, patrullando pesadamente alrededor de la puerta en lo seguramente era un curso prefijado.

—Flotilla síndica Alfa formada por seis acorazados, cuatro cruceros de batalla, nueve cruceros pesados, trece cruceros ligeros, y veinte naves de caza asesinas — anunció el consultor de vigilancia a la vez que las pantallas mostraban la misma información.

—Son nuestros —dijo Desjani, exultante—. Podemos ganarles con facilidad.

Miró a Geary con una fiera sonrisa dibujada en su boca, el tipo de sonrisa que tiene un compañero de equipo cuando el otro bando comete un error fatal y la victoria parece segura.

Geary intentó tranquilizarse, buscando en la pantalla más naves de combate síndicas en el sistema. No obstante, quitando un par de asesinas que pasaban cerca del planeta habitado, situadas a cinco horas luz de la posición que la flota de la Alianza ocupaba en aquel momento, todas parecían estar con la flotilla que se movía cerca de la puerta hipernética, con su amenazante presencia.

—Esa flotilla debería tener suficiente potencia de artillería como para destruir la

puerta antes de que lleguemos —dijo Rione.

—Sí —respondió Geary. Pero no deberían desaprovechar aquella oportunidad. No podían desaprovecharla. Seguramente Desjani no era la única oficial de la flota convencida de que aquellos síndicos eran presa fácil—. Si cargamos de frente, seguramente la destruirán. Tenemos que atraerlos para sacarlos de su posición, y luego llegar a la puerta antes de que puedan volver.

—Si los destruimos... —comenzó a decir Desjani.

—Ya, pero nuestra prioridad es alcanzar la puerta intacta.

Desjani asintió con la cabeza, contrariada.

—¿Cómo vamos a atraerlos? —preguntó Rione.

—¿Qué sugieres? —respondió Geary.

Rione se paró a pensarlo durante un instante.

—Ofrezcámosles algo, algo irresistible.

—Sí. —Desjani estaba de acuerdo—. Hagamos que crean que no estamos interesados en la puerta y pongámosles en las narices un objetivo sobre el que abalanzarse.

Por desgracia, solo había un objetivo aliado que cumpliera aquellos requisitos.

—La formación Eco Cinco Cinco. Las naves auxiliares y las naves en mal estado.

Eran como animales enfermos situados en la retaguardia de la manada. Pese a todo, no quería perder ninguna de aquellas naves. Las auxiliares seguían siendo cruciales para la supervivencia de la flota, y las naves que las acompañaban no solo eran importantes para mantener su potencia de combate, sino que su presencia constituía un mensaje para todos: Geary no abandonaría ninguna nave ni a su tripulación. Usarlos como cebo era algo que no tenía cabida en aquella idea.

Volvió a analizar la situación con detenimiento durante un rato. El sistema estelar Lakota parecía próspero en comparación con las estrellas escasamente pobladas por las que la flota de la Alianza había pasado recientemente. El principal planeta habitado, situado en aquel momento a nueve horas luz en el otro extremo del sistema, tenía toda la pinta de ser un mundo dinámico y en expansión. Existían algunas otras colonias notables en un par de planetas, y había bastantes instalaciones de varios tipos en estrellas, lunas y complejos orbitales. Además, entre todo aquello seguía habiendo un tráfico civil destacable. Varias naves mercantes cruzaban el sistema y se dirigían al exterior, o llegaban a él, y grandes naves de transporte portaban recursos minerales extraídos en minas situadas en ricos pero inhabitados planetas exteriores y en asteroides. Algunas localizaciones extraplanetarias estaban rodeadas de defensas, pero Geary no les prestó atención. Tanto las antedichas defensas, como las instalaciones militares que orbitaban el mundo principal, eran poco más que patos preparados para ser cazados si la flota decidía ejecutar bombardeos de largo alcance.

Capturar la carga de las naves que transportaban recursos para abastecer a las

auxiliares podría ser una buena idea.

Los sistemas de navegación no tuvieron ningún problema en ejecutar las acciones que Geary tenía en mente.

—Segundo y Séptimo Escuadrón de Destruyores, van a separarse de la formación y a interceptar las naves síndicas que transportan minerales que hemos localizado cerca del gigante gaseoso situado a una con dos horas luz de la zona de estribor de la formación. Háganse con ellas y escóltelas de vuelta a la flota para que podamos trasladar la carga a las auxiliares.

Se paró un momento a pensar si aquellas eran todas las órdenes que tenía que dar hasta el momento, y luego decidió acabar con algunos de los problemas que había en el sistema. Geary le comunicó a los sistemas de combate del *Intrépido* lo que quería destruir, señalando los objetivos, y cómo hacerlo eligiendo las armas pertinentes. Después de unas décimas de segundo, el sistema le ofreció una respuesta. Geary estudió el plan durante unos instantes, y luego se lo envió a la *Represalia*.

—Octavo escuadrón de acorazados, realicen un bombardeo cinético sobre las instalaciones síndicas, tal y como se detalla en el plan de acción que les acabo de enviar.

En cuanto Geary se dispuso a seguir pensando el plan de acción, los cuatro acorazados dispararon sus mazacotes de metal sólido, que adquirieron una energía cinética tremenda antes de impactar sobre sus objetivos. Teniendo en cuenta la velocidad que habrían alcanzado aquellos proyectiles metálicos cuando acertasen en el blanco, no serían los únicos en vaporizarse, sino que a una parte importante de las instalaciones circundantes les pasaría lo mismo. Para las naves era fácil ver a los proyectiles cinéticos acercarse y alterar ligeramente su curso para esquivar unos cuerpos que avanzaban desde millones de kilómetros de distancia. No obstante, las instalaciones orbitales fijas seguían cursos previsibles, por lo que eran objetivos fáciles desde que la humanidad había conseguido armarse en el espacio.

—A todas las unidades —comenzó a ordenar Geary—, viren setenta y dos grados a estribor, tres grados en dirección descendente, en uno seis.

Aquella orden haría que todas las naves pivotasen, y que la formación se alinease de la misma manera, pero apuntando en otra dirección, de modo que los cantos de las monedas volverían a mirar hacia adelante.

A Desjani le llevó solo un instante entenderlo.

—¿Intenta ponernos en medio de los puntos de salto a Branwyn y T'negu?

—Quiero que los síndicos se pregunten cuál es nuestro objetivo —dijo mientras se ponía de pie—. ¿Preparada para otra reunión?

—Si usted puede hacerlo, yo también —respondió Desjani.

Desjani siguió a Geary mientras salían del puente, pero cuando este pasó al lado de Rione, ella también se levantó y se puso justo detrás, interponiéndose entre él y la

capitana.

—¿Va a estar físicamente en la reunión? —le preguntó Geary, al que había sorprendido mientras pensaba en las alternativas.

—Es posible —respondió Rione con cierta frialdad—. Me gustaría saber de antemano lo que se va a decidir, a menos que sea secreto.

—Me parece bien.

Rione caminó a su lado mientras se dirigían a la sala de conferencias, seguidos por Desjani, que avanzaba en silencio.

—Voy a decirles que pretendo atraer a los síndicos que hay en la puerta hipernética para que pierdan su posición. El rumbo que seguimos ahora hará que se pregunten cuál es nuestro objetivo, pero también les hará pensar que simplemente estamos atravesando el sistema para abandonarlo lo más rápido posible.

—¿Y es lo que pretende? —inquirió Rione.

—Bueno, sí, aunque si hacemos que la flotilla síndica abandone lo suficiente su posición, podríamos lanzarnos sobre la puerta hipernética. Sería una opción.

—¿De verdad cree que se van a arriesgar a abandonar la puerta? —Rione no intentó ocultar en absoluto su escepticismo.

—Es una posibilidad. Si no, nos vamos a Branwyn.

El software de conferencias ya había extendido la sala, y la mayoría de los oficiales estaban ya en sus sitios. Justo antes de que Geary se sentase a la cabeza de la mesa, apareció un pequeño aviso ante él, recordándole que, dado que la flota se encontraba dispersa, habría un retraso notable en los tiempos de respuesta de las naves situadas a cierta distancia.

—Bienvenidos a Lakota —dijo Geary, a la vez que se percataba de que tenía que encontrar otro modo de empezar las reuniones—. Parece que nos hemos vuelto a adelantar a los síndicos.

—¿Por qué no nos dirigimos a la puerta hipernética? —preguntó el capitán Casia.

Geary se sintió tremendamente cansado de que Casia lo interrumpiese continuamente, por lo que simplemente se quedó quieto mirándolo un rato largo, hasta que el capitán comenzó a ponerse nervioso.

—Me gustaría que, en el futuro —comenzó a decir Geary en una voz tan neutral como pudo—, espere a que exponga mi plan antes de criticarlo. ¿Ha quedado claro, capitán Casia?

—Yo solo...

—¿Ha quedado claro, capitán Casia? ¿Entiende lo que le he dicho? —Sí, estaba claro que Black Jack podía hacer aquello. Cómo le gustaba. Simplemente tenía que preocuparse de no ir más allá de lo que John Geary consideraba aceptable.

—Lo entiendo. —Geary puso una expresión todavía más severa, y Casia añadió finalmente—: Señor.

—Gracias. —Volvió a mirar hacia la mesa e intentó recuperar la conversación en el punto en el que la había dejado—. En el sistema hay solo una pequeña flota, pero es suficientemente grande como para destruir la puerta si intentamos acercarnos mientras ellos mantienen su posición. Con ellos allí, no tendremos la más mínima oportunidad de utilizarla.

Señaló el visor, en el que había aparecido una representación de la formación de la flota de la Alianza y una larga línea arqueada que atravesaba Lakota y se dirigía a un punto a medio camino entre los dos puntos de salto situados en el otro lado del sistema.

—Si al final no conseguimos que se alejen de la puerta, tendremos que utilizar de nuevo un punto de salto. En ese caso, nos dirigiremos a Branwyn. —En las bocas de los oficiales se dibujaron algunas sonrisas, puesto que aquel destino implicaba seguir avanzando hacia el espacio de la Alianza—. Pero al mismo tiempo conseguiremos que tengan dudas sobre si nos dirigimos allí o, por el contrario, vamos a T'negu.

—No van a alejarse de la puerta —dijo el capitán Tulev—. Seguramente tienen órdenes de asegurarse de que no la usemos.

—Seguramente —concordó Geary—, pero existe una posibilidad si están convencidos de que nos dirigimos a un punto de salto y ven una oportunidad suficientemente atractiva. Entonces podrían arriesgarse.

Al fondo de la mesa, la capitana Tyrosian se estremeció. La última vez que Geary había necesitado un cebo, había sido una de las naves auxiliares. Su estado tampoco mejoraría de saber que lo que tramaba era precisamente utilizar las cuatro.

Geary manipuló la configuración del visor que flotaba sobre la mesa e hizo zum sobre la representación de la formación de la Alianza.

—Los síndicos saben que las naves de las Eco Cinco Cinco son las cuatro auxiliares y las naves más dañadas. Nuestras posiciones ya están dispuestas de modo que esta va a la cola de la formación. Según avancemos a través del sistema, la Cinco Cinco estará cada vez más rezagada, como si no pudiese seguir el ritmo.

—¿A cuánta distancia? —preguntó la capitana Midea.

Geary se percató de que en aquella ocasión su actitud era distinta. Si no se enfrentase a una amenaza inminente, habría sido bastante más mordaz. No obstante, con los síndicos rondando, parecía comportarse de un modo más profesional, como si estuviese más concentrada en encargarse del enemigo que en molestar a Geary.

—Permanecerá a la distancia necesaria para recibir el apoyo del resto de la flota —respondió Geary.

—Si es así, los síndicos no morderán el anzuelo —comentó Midea—. Tendremos que estar bastante más lejos del resto de la flota para que parezca que ya no se nos puede prestar ayuda.

Duellos la miraba analíticamente. Mientras tanto, Casia fruncía el ceño y la

capitana Crésida asentía con la cabeza.

—Tiene razón, señor.

Geary negó con un gesto.

—No puedo arriesgarme a...

—La *Paladín* está en condiciones de luchar —insistió Midea—. Sitúela junto a la *Orión*, la *Majestuosa* y la *Guerrera*. Añada las naves de la Séptima División de Acorazados, y tendremos siete del mismo tipo en la formación. Será suficiente como para enfrentarse a las unidades de la flotilla síndica.

La comandante Yin, de la *Orión*, miraba a Midea sin poder ocultar el pavor que sentía. La persona al mando de la *Majestuosa* sacudió la cabeza, lamentándose.

—Nosotros no estamos preparados para volver al frente de batalla, y tampoco la *Guerrera*.

—La *Guerrera* sí que está lista para el combate —dijo el comandante Suram rápidamente y con firmeza.

Geary lo miró con detenimiento, sorprendido ante su actitud, y dejando que el mismo Suram se percatase.

—¿Desde cuándo necesita la flota de la Alianza estar en superioridad numérica para enfrentarse al enemigo? —preguntó Midea—. La *Guerrera* está preparada, por lo que aunque dejase fuera a la *Majestuosa* y a la *Orión*, todavía dispondríamos de la mitad de las naves importantes con las que cuentan los síndicos. —Se volvió para mirar acusadoramente a Geary—. *Black Jack* Geary pudo con ellos cuando los superaban en diez a uno.

¿En serio lo superaban diez a uno en Grendel? Qué curioso que no pudiese recordar datos generales como ese, pero sí detalles del combate.

Geary se dio cuenta de repente de que Midea podía ser una piedra en el zapato de cualquier comandante de la flota, no solo de él. Cuando no se enfrentaba a una amenaza exterior, mostraba una actitud desafiante y difícil de llevar, y cuando se encontraba con el enemigo solo pensaba en cargar directamente. No estaba mal demostrar coraje, pero ser imprudente en todas y cada una de las situaciones no era una buena característica para una oficial. Se preguntó cómo habría conseguido Numos mantenerla bajo control.

¿Merecía la pena arriesgarse a perder una o incluso más naves auxiliares con tal de tener una oportunidad de acercarse a la puerta hipernética? Después de todo, si la flota conseguía volver a casa rápidamente a través de ella, no volverían a necesitar las naves auxiliares para reabastecerse.

Si realmente pensaba que sacrificar naves de aquel modo era una buena idea, ¿por qué molestarse en añadir a la formación los tres acorazados buenos de la Séptima División? ¿Por qué no enviaba simplemente las auxiliares y las naves destrozadas, solas, para que las hiciesen añicos mientras Geary llevaba la flota a casa?

Finalmente negó con la cabeza.

—Quiero tenderles una trampa, pero no puedo exponer a las auxiliares o a las naves dañadas de la Eco Cinco Cinco a que sean destruidas. Tenemos que asegurarnos de que gozan de la protección necesaria.

—La tripulación de la Alianza está preparada para morir por su mundo —insistió la capitana Midea, lo cual hizo que apareciesen varias miradas atestiguando que no todas las tripulaciones tenían tantas ganas de morir, aunque estuviesen preparadas para hacerlo.

—Mi objetivo —dijo Geary—, es asegurarme de que cualquier síndico dispuesto a morir vea cumplido su deseo. —Aquellas palabras hicieron brotar algunas sonrisas y miradas de alivio. Se preguntó qué es lo que estaba haciendo, de qué forma actuaba, para que aquellos oficiales, ya aliviados, creyesen que sacrificaría naves de aquel modo—. Ejecutaré algunas simulaciones para comprobar las posibles opciones, pero por ahora quiero que la formación Eco Cinco Cinco se quede atrás algo más de tres minutos luz con respecto al resto de la flota, ¿entendido?

—¿Podría la *Paladín* unirse a la formación? —preguntó Midea—. Dos de las naves de mi división ya pertenecen a ella.

Geary miró al capitán Casia.

—Usted está al mando de la división de la *Paladín*. ¿Qué opina?

Casia le dirigió a Midea una mirada sombría.

—Me parece bien. La *Paladín* puede unirse a la *Orión* y a la *Majestuosa* si así lo desea.

—¿Capitán Mosko? —preguntó Geary—. Es usted quien está al mando de la Eco Cinco Cinco. ¿Necesitan la *Paladín*?

Mosko se encogió de hombros.

—¿Si la necesitamos? No, pero la *Infatigable*, la *Audaz* y la *Atrevida* estarán siempre encantadas de dar la bienvenida a una nave hermana, bajo mi mando. —Pronunció esas tres últimas palabras de forma ligeramente marcada, por lo que Midea lo miró con los ojos entreabiertos. Pese a todo, no dijo nada.

—¿Y qué pasa con la *Conquistadora*? —preguntó inocentemente el capitán Duellos—. Si se une también a la Eco Cinco Cinco, la Tercera División de Acorazados volverá a estar reunida de nuevo, luchando como uno solo.

Si las miradas matasen, Casia lo habría fulminado.

—La *Conquistadora* debería permanecer en su sitio... para coordinarse con el comandante de la flota.

Geary lo observó, preguntándose si reunir de nuevo a tantas manzanas podridas de la Tercera División de Acorazados en una sola formación no sería andar buscando problemas. No obstante, Duellos tenía parte de razón. Enviar a la *Paladín* a la Eco Cinco Cinco y mantener a la *Conquistadora* en la Eco Cinco Cuatro no tenía mucho

sentido.

No. Si mando a Casia allí también, tendré que estar pendiente de ellos constantemente. No puedo permitirme una distracción como esa.

Mosko frunció ligeramente el ceño.

—Si el capitán Casia se une también a la formación, podría haber confusión sobre las jerarquías de mando de la Cinco Cinco.

Geary asintió con la cabeza, convencido, a la vez que agradecido por disponer de otra razón para ignorar la desafortunada sugerencia de Duellos.

—Eso es cierto. Y tampoco podemos reforzar tanto a la Cinco Cinco, o los síndicos no se sentirán atraídos. La *Paladín* bastará para asegurarse de que la formación no se vea superada en número por un margen demasiado amplio. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Qué pasa con los síndicos que dejamos atrás en Ixion? —dijo Neeson, comandante de la *Implacable*, sin segundas intenciones—. Eran cuatro acorazados y otros cuatro cruceros de batalla. Todavía no han aparecido, pero lo harán.

—Están esperando —afirmó el capitán Tulev. Todos se volvieron para mirarlo, evidentemente sorprendidos ante aquella afirmación tan tajante. Este hizo una mueca y continuó con la explicación, con aspecto impasible—. Lakota no era nuestro destino más probable, ¿verdad? Por eso piensan que quizá este rumbo es un farol, y que lo que pretendemos es saltar aquí para luego saltar de vuelta y confundirlos.

Duelos asintió con la cabeza.

—Por eso están esperando.

—Exacto —dijo convencido Tulev—. Se tardan cinco días y medio en llegar aquí, y otros cinco días y medio en volver. Supongamos que aguardan durante doce días. Si no volvemos a Ixion, saltarán para seguir persiguiéndonos.

—Podemos dejar Lakota antes de que lleguen —dijo la capitana Crésida.

—¿Y? Hay una flotilla síndica en la puerta hipernética, instalaciones y un mundo habitado. Si simplemente atravesamos el sistema y saltamos a otra parte, lo sabrán, y si nos quedamos más tiempo para darles problemas, acabarán por atraparnos.

—También podrían estar esperando refuerzos con los que reunirse en Ixion —observó el capitán Badaya.

Tulev frunció el ceño y luego asintió.

—Cierto. En cualquier caso, acabarán llegando, pero no justo detrás de nosotros.

—Es un análisis bastante interesante —dijo Geary—. No podemos olvidarnos de esa fuerza síndica, pero tampoco sabemos cuándo va a aparecer. Aun así, debemos estar lejos del punto de salida desde Ixion cuando lo hagan. ¿Algo más?

La capitana Tyrosian tomó la palabra con cierta desgana, como si no quisiese atraer la atención sobre ella o sobre el estado de las naves auxiliares.

—Las existencias de materias primas están cada vez más bajas, pero disponemos

de munición y células de combustible preparadas para ser transferidas a las naves.

—¿Podemos permitirnos transferir suministros con los síndicos tan cerca? —preguntó Tulev.

Geary manipuló algunos controles para volver a comprobar el estado de las naves de combate. No era para echar cohetes, pero estaba bien.

—Adelante. Transfieran su parte de células de combustible y munición nueva a las naves de la Eco Cinco Cinco —le dijo a Tyrosian—. Esa operación hará más creíble el hecho de que se queden rezagadas con respecto al resto de la flota, y quizá parezca que son un poco más vulnerables. Capitana Tyrosian, hay a un par de destructores capturando unos cargueros con minerales síndicos no muy lejos del curso que seguimos. Con suerte, conseguiremos interceptarlos y podrá transportar algunos de los materiales de esas naves a los almacenes de las auxiliares.

Geary pensó que ya había terminado, pero Midea volvió a hablar.

—Capitán Geary, si quiere ofrecer a los síndicos un objetivo succulento, cambie de nave, transfírase a una de las de la formación de retaguardia de forma que los síndicos sepan que lo ha hecho. La oportunidad de acabar con *Black Jack* Geary será una gran tentación.

Lo que acababa de decir era cierto, sobre todo teniendo en cuenta que le estaba pidiendo a los demás tripulantes que arriesgasen sus propias vidas sirviendo como cebo. *Pero el Intrépido tiene la llave hipernética a bordo. Muchos todavía no lo saben, pero yo sí. Debo quedarme.* ¿Se alegraba de que el hecho de tener la llave le ofreciese una salida? No es que el *Intrépido* fuese necesariamente más seguro que una nave situada en retaguardia, pero aquel crucero de batalla y su tripulación le resultaban familiares, para él lo único familiar que quedaba en el universo después de que le arrebatasen todo después de un siglo. Seguramente era una debilidad, pero no quería pasar por el trance emocional de tener que volver a acostumbrarse a otro ambiente, no con un combate inminente y con tantos otros asuntos por resolver. Dos grandes razones por las que quedarse, pero sobre las que no quería discutir ni allí ni en aquel momento.

—Gracias por la sugerencia, capitana Midea, pero creo que lo mejor es que continúe al mando de la flota desde el *Intrépido*, desde el cuerpo principal de la formación.

Para sorpresa de Geary, Midea puso cara de satisfacción, como si acabase de hacer lo que esperaba. Lo que dijo a continuación explicó el motivo.

—¿Es que lo mejor para la flota es tener al mando a alguien que toma decisiones por razones inadecuadas?

Desjani dirigió una mirada asesina hacia Midea.

Geary sacudió la cabeza.

—Explíquese, capitana Midea.

Esta se encogió ligeramente de hombros, y dijo:

—Sabemos que tiene razones poderosas para no querer abandonar el *Intrépido* — afirmó, pronunciando de forma especial el nombre de la nave, dando a entender que aquellas palabras escondían algo más.

En aquel momento Desjani casi se revolvía de ira, por lo que Geary entendió de qué se trataba. Para responder a aquella astuta insinuación, o Geary o Desjani tendrían que hablar explícitamente de los rumores que había sobre una posible relación entre ellos.

El tono de voz de Desjani era tan iracundo como su expresión.

—No voy...

Victoria Rione, con un tono de voz inverso al de Desjani, cortó la sala de conferencias como un sable de hielo.

—Capitana Midea, ¿sabe algo que yo desconozco? ¿O es que se refiere a mí?

Es posible que Midea pareciera un alto mando síndico con su actitud y su perfecto uniforme, pero la copresidenta Rione poseía la autoridad fría y la actitud distante que Geary recordaba de las primeras veces que se había topado con ella. Ni siquiera la palabra «intimidante» llegaba para definir a Rione en ese momento.

La capitana Midea sintió lo mismo, e intentó claramente evitar entrar abiertamente en el tema que antes había insinuado. Casia la miraba como el superior que observa a un subordinado que acaba de meter la pata hasta el fondo. A Geary le molestó que sus oficiales aliados más cercanos, como Duellos, Tulev o Crésida, se mantuviesen en silencio, observando aquella incómoda situación para Midea, y mostrando casi sin disimulo su satisfacción, sin intentar cambiar de tema, aunque hacerlo implicase crear más descontento.

Por suerte, el capitán Badaya entró en escena, hablando como un maestro que imparte clase sobre un tema que sus alumnos ya deberían conocer.

—Seguro que todo oficial de esta flota sabe que el capitán Geary ha desarrollado una buena relación de trabajo con el oficial al mando de su buque insignia. Y eso es algo importante y beneficioso para todos. Por lo tanto, no resulta difícil entender las razones por las que al capitán Geary no le gustaría romper esa situación y tener que forjar una nueva mecánica similar con otro oficial al mando de otro buque insignia, todo eso mientras estamos en un sistema estelar enemigo ante un combate inminente.

La afirmación de Badaya tenía la virtud de ser totalmente cierta, por lo que nadie osó ponerlo en duda. Además, le ofrecía a Midea una salida, que no dudó en aprovechar.

—Por supuesto. Simplemente quería mostrar mi impresión de que el comandante podría salir beneficiado si modificase la distribución de los mandos de la flota, pero como usted ha dicho, no es el mejor momento.

La sala al completo pareció relajarse. Geary vio a Rione dirigirle una mirada

gélida a Midea. Consiguió que Rione lo viese, y le mostró en silencio su deseo de que dejase correr el asunto. Ella le respondió con una mirada que lo dejó helado, y después se tranquilizó.

—Eso es todo —dijo Geary con rapidez—. Quedan siete días para llegar al punto de salto de Branwyn si los síndicos no muerden antes el cebo que les vamos a ofrecer. Tenemos que ver cómo avanza la situación y estar preparados para reaccionar. Muchas gracias.

Unos momentos después, casi todos se habían desvanecido, aunque Badaya había tardado lo suficiente como para hacerle un guiño sutil a Geary, que deseó que Desjani no se percatase del detalle. Luego se giró hacia ella en cuanto Badaya se marchó.

—Lo siento, capitana Desjani.

—No es culpa suya, señor —dijo con firmeza—. Si me permite, tengo que volver al puente.

Se apresuró a salir, manteniendo una posición firme mientras pasaba al lado de Rione.

Ya solo quedaban Victoria Rione y la presencia virtual del capitán Duellos, además de Geary. Duellos se inclinó hacia Rione en un gesto de respeto, y luego se volvió hacia Geary.

—Lo siento. Mis gracias han hecho que la situación le resulte más complicada.

—Sí, me he dado cuenta. Pero recuerde que si yo muero, y usted me sucede al mando de la flota, mi espíritu lo vigilará y se reirá cuando intente lidiar con esta gente.

Duelos sonrió ligeramente.

—Lo tendré en cuenta. Me tranquilizará saber que su espíritu me vigila, aunque solo sea para divertirse. —Su mirada adoptó un tono de preocupación—. ¿No le parece que todo está demasiado tranquilo?

—Ahora que lo menciona, sí —asintió Geary—. Me pregunto si será porque nos esperábamos demasiados problemas y al final no se han materializado.

—No lo han hecho todavía —le advirtió Duellos—. Tengo el presentimiento de que nuestros problemas en este sistema estelar no se van a limitar a las reuniones.

—Deberíamos ser capaces de enfrentarnos a cualquier eventualidad —dijo Geary—. Aunque, también estoy un poco preocupado. Y hablando de problemas, ¿tiene alguna idea sobre cómo cerrarle la boca a la capitana Midea?

—Es algo en lo que he estado pensando —admitió Duellos—. Midea era la oficial ejecutiva de Numos antes de que la ascendiesen a capitana y la pusiesen al mando de la *Paladín*. Como ya comentamos en Ixion, sabía cómo controlarla. Podría preguntárselo.

—No, gracias. No creo que creyese nada de lo que me diga. Joder, incluso podría estar pasándole mensajes.

—Es posible. —Duelos se paró a reflexionar durante un momento—. De hecho, Numos podría estar incitándola a actuar de ese modo. Por suerte no la está empujando a llegar más allá de las palabras.

—Sí. La verdad es que es algo preocupante, pero lo cierto es que no sé qué hacer. —Geary miró a Duellos mostrando su malestar—. Y hablando de incitar a otros oficiales, en la siguiente reunión, por favor, absténgase de provocar a nuestros oponentes, ¿vale?

Duelos sonrió, se despidió con un saludo y se desvaneció.

Rione seguía sentada en su sitio. Miró a Geary, aparentemente calmada.

—Deberías dejar que me encargue de gente como esa Midea. No soy una oficial de la flota, y no puedo discutir sobre los movimientos de las naves en estas reuniones, pero ella está entrando en política, y en ese campo la supero con creces.

Se paró a reflexionar sobre lo que le acababa de decir, y luego asintió con la cabeza.

—Vale.

—Y deberías tener cuidado con enviar la nave de esa mujer tan lejos de tu control —añadió Rione—. Tal y como dijo el capitán Duellos, o está olvidando el hábito de obedecer a Numos, o la están provocando para que haga estupideces. Se está mostrando cada vez más agresiva y beligerante en cada reunión desde que este permanece arrestado.

—¿Crees que actuará del mismo modo con su nave?

—Estoy segura. No deberías dejar que cambie de formación. Hará algo en contra de las órdenes. Estoy convencida. Y cuando lo haga, podría arrastrar a otras naves con ella.

Aquella afirmación había llevado el asunto del campo de lo problemático al de la mayor de las preocupaciones.

—Joder. Puede que tengas razón. Ojalá... —Consiguió no pronunciar las siguientes palabras.

No obstante, Rione sabía cuáles serían.

—¿Habrías deseado que no me callase durante la reunión? ¿Esa misma en la que me hiciste un gesto claro de que me sentase y cerrase la boca?

—¡Eh, no te pedí que te sentases y cerrases la boca!

—Dejaste claro que debía callarme —afirmó Rione con tono frío—. No te culpo. Te habría puesto entre un agujero negro y una supernova.

—¿Por qué? —preguntó Geary, suponiendo que Rione sería la supernova.

—Porque si hubiese discutido la idea de cambiar la nave de Midea de formación, de estar tú de acuerdo, habría parecido la confirmación de que yo, la inefable política, ejerzo demasiada influencia sobre ti. —Rione hizo un gesto de rabia—. Sin embargo, por otra parte, si no digo nada, te quedarás sin una perspectiva que podría resultarte

valiosa. No puedes actuar según opiniones que no te doy.

Geary se sentó, pensativo.

—¿Es eso lo que quieren mis oponentes de la flota, no? Separarme de la gente que me apoya y me da los consejos que necesito. Tú eres un claro ejemplo. El ejemplo más claro, de hecho. —Rione hizo un gesto de burla desde su sitio—. Además están esos rumores, que interfieren en el trabajo que Desjani y yo realizamos juntos. ¿Qué debo hacer?

—¿Con respecto a la capitana Desjani o a mí? —preguntó Rione de nuevo con tono frío.

—¡Con respecto a ambas! Ella es la capitana de mi buque insignia y tú eres mi consejera y mi... eh...

—Tu amante. Ese es el término adecuado. Si alguna vez te refieres a mí como tu querida, te prometo que lo lamentarás.

—Tomo nota. ¿Qué sugieres, entonces?

—Asegúrate de que tu comportamiento en lo que respecta a la capitana Desjani es tan impecable que nadie en su sano juicio se creería un rumor derivado de eso. Supongo que quedan algunos oficiales racionales entre tus subordinados, ¿no? Con respecto a mí, sigue mostrando independencia en público. Te aseguro que no fui la única en darme cuenta de tu gesto de autoridad para que me callase.

—Pero yo no...

—Y te garantizo que la mayoría de los que se percataron, lo leyó del modo que te acabo de decir. —Rione hizo una mueca—. Dejar claro que tú eres la parte dominante te ayudará a calmar a aquellos preocupados por el control que ejerzo sobre ti.

—¿Dominante? —Geary no pudo evitar reírse—. Es algo que, francamente, no se me habría ocurrido.

Rione arqueó una ceja.

—No eres de las que se dejan dominar —dijo Geary.

—Por lo menos has aprendido algo —dijo ella sin más.

—He tenido un buen maestro. —Geary volvió a ponerse de pie—. Creo que voy a ir al puente de mando a revisar de nuevo los informes sobre el estado de la flota, y a lo mejor a estudiar unas simulaciones.

—¿Y por qué vas al puente? Todo eso puedes hacerlo en tu camarote.

—Es verdad. —Frunció ligeramente el ceño, preguntándose por qué lo habría mencionado—. ¿Vas a ir?

Rione sacudió la cabeza.

—Luego. Primero tengo que ocuparme de unos asuntos.

—Si la capitana Midea aparece con un cuchillo clavado en el pecho, seguramente tendré que comparar los restos encontrados en él con tus huellas dactilares y tu ADN —comentó Geary, intentando calmar una renovada sensación de tensión que no

terminaba de comprender.

Ella respondió con una sonrisa, y dijo con un tono medio en serio, medio en broma:

—No habría restos de huellas ni de ADN, John Geary. No al menos si fuese cosa mía.

Capítulo 9

Habían pasado más de tres días, y los síndicos no se habían movido. Según la flota avanzaba a través del sistema estelar Lakota, la distancia que la separaba de la puerta hipernética situada a un lado disminuía gradualmente. Dentro de un par de horas, la flota de la Alianza llegaría al punto más cercano por el que pasarían, aunque «cercano» sea un término bastante relativo cuando se habla de una distancia de tres horas y media luz. Después, volvería a aumentar el espacio que los separaba, según se aproximasen al punto de salto.

Geary había estado pendiente tanto de los síndicos como de la formación Eco Cinco Cinco. Pese a todo, desde que había llegado a ella, la *Paladín* se había comportado de forma adecuada, y mantenía su posición cerca de la *Orión* y la *Majestuosa*.

Lo único excitante que había hecho fue ver el bombardeo cinético que realizaron varios acorazados de la Alianza situados en diversos lugares distantes del sistema estelar Lakota; observar los proyectiles que se dirigían al blanco y acertaban sobre las órbitas de algunas lunas, planetas e instalaciones. Cada vez que una oleada llegaba a su objetivo, los sensores del *Intrépido* ofrecían una visión clara y nítida del impacto, que hacía saltar por los aires las instalaciones de defensa síndicas y los sistemas de armamento fijos, y los convertía en una fuente de plasma y escombros.

—Por lo menos hemos hecho algo en este sistema —dijo Desjani refunfuñando después de ver como un impacto dejaba un cráter rodeado de basura donde antes había una instalación síndica. Luego miró a Geary, avergonzada—. No pretendía...

—Lo entiendo, yo también me siento frustrado.

A uno de los lados, los cargueros síndicos seguían su lento camino para unirse a la formación de la Alianza, con dos escuadrones de destructores escoltándolos como perros pastores. Con el fin de que los interceptasen, las pesadas naves mercantes síndicas estaban gastando casi todas las células de combustible que les quedaban para poder mantener la aceleración, aunque, puesto que no iban a ir ninguna parte después de que la Alianza las utilizase, tampoco es que importase demasiado.

—Quedan siete horas para que la Eco Cinco Cinco entre en contacto con los cargueros —comentó Desjani.

—Sí. ¿Por qué no hacen nada los síndicos? Nunca se han mostrado tan pasivos cuando entramos en uno de sus sistemas.

Por desgracia, la sección de Inteligencia tampoco había podido darle respuesta alguna, aunque el teniente Íger le había sugerido que si se acercaba lo suficiente a un mundo habitado, podría aumentar el tráfico de mensajes, y sería posible sacar algo en limpio. No obstante, Geary no quería gastar más células desviando la flota de su ruta para aproximarse a uno de esos planetas, y puesto que tampoco quería poner en

peligro las naves por arrimarlas demasiado a los sistemas de defensa síndicos, finalmente decidió ignorar la sugerencia.

Había pasado una hora desde que la flota de la Alianza pasó por el punto más cercano a la puerta hipernética, y Geary estaba planteándose seriamente tomar medidas para hacer de las naves auxiliares un objetivo más apetitoso para la flotilla síndica al cargo de la vigilancia de la puerta. Entonces sucedió algo. Lamentablemente no era algo bueno.

—Capitán Geary, una flotilla síndica está saliendo por el punto de salto de T'negu.

Cuando Geary llegó al puente de mando del *Intrépido*, los sensores de la flota ya habían terminado de analizar el tamaño de la nueva fuerza enemiga. La capitana Desjani señaló la pantalla.

—La hemos analizado, y parece ser la fuerza de bloqueo situada en T'negu adonde esperaban que nos dirigiésemos. Una de las naves de caza asesinas que nos vigilaba en Ixion seguramente saltó a T'negu en cuanto nosotros lo hicimos a Lakota. Si la información de la que disponemos sobre el tiempo de tránsito necesario para ir de Ixion a T'negu y de T'negu a aquí es cierta, la asesina habrá tenido justo el tiempo necesario para alcanzar el destino al que esperaban que llegásemos, informar a los síndicos sobre nuestro rumbo final, y saltar aquí de nuevo.

—Teníamos que haberlo supuesto —dijo Geary, enfadado consigo mismo. A lo largo de su travesía de escape a través del espacio síndico, la flota de la Alianza nunca se había encontrado con una situación en la que se diese aquel tipo de geometría espacial. Pese a todo, no era excusa para no haberlo tenido en cuenta.

—Los síndicos no suelen reaccionar tan rápido —comentó Desjani—. Deberían haber tardado más en conseguir el permiso para abandonar T'negu y venir aquí.

Geary no lo puso en duda. Miró abatido el tamaño de la nueva flotilla enemiga.

—Dieciocho acorazados, catorce cruceros de batalla, veintitrés cruceros pesados... —además de un montón de cruceros ligeros y naves de caza asesinas. Aquella flota, combinada con la que vigilaba la puerta hipernética, igualaba prácticamente al tamaño de la de la Alianza—. Al final se han equilibrado los bandos en este sistema.

—Por separado seguimos teniendo ventaja —respondió Desjani.

—Sí, eso si conseguimos forzar a alguna de las dos a actuar en solitario. No obstante, esa nueva flotilla es suficientemente poderosa como para constituir por sí misma un problema. —Pensó en lo que habría pasado si la flota de la nave hubiese llegado a T'negu y se hubiese encontrado de lleno con un campo de minas y con aquel enemigo. Estaba claro que podría ser peor. Volvió a mirar el visor—. Seguramente nos han visto en cuanto entraron en el sistema. ¿Por qué no intentan interceptarnos?

Desjani se encogió de hombros.

—No lo sé, señor. Otras fuerzas enemigas de menor tamaño se han mostrado más agresivas cuando nos hemos topado con ellas. —Se volvió para mirarlo directamente—. A lo mejor le tienen miedo.

Casi se echa a reír, pero Desjani parecía decirlo totalmente en serio.

—Sería fantástico que fuese verdad —dijo finalmente—, pero...

—¡Enemigo realizando maniobra de viraje! —anunció un consultor—. Flotilla síndica Bravo reajustando rumbo y velocidad.

Los ojos de Geary volvieron a posarse sobre el visor. La fuerza síndica estaba a algo más de tres horas luz de distancia. Habían detectado la flota de la Alianza unas tres horas antes de que su flota se enterase de que habían llegado. Eso era tiempo más que suficiente para planear algo o recibir órdenes de las autoridades síndicas de ese sistema estelar. No obstante, aparentemente, habían esperado hasta ese momento para reaccionar ante la presencia de la flota de la Alianza.

—Ya han superado el límite para poder interceptarnos —dijo Desjani, sorprendida—. ¿Adónde van? —Desafortunadamente, la respuesta a esa pregunta se aclaró al momento—: Se dirigen al punto de salto de Branwyn —anunció con mala cara.

—Lógicamente, no con la intención de realizar un salto en esa dirección —añadió Geary. Las fuerzas síndicas que se habían encontrado anteriormente habían tendido a mostrarse agresivas incluso cuando no tenía sentido. Sin embargo, esa flotilla no actuaba del mismo modo—. ¿Se van a situar simplemente en el punto de salto, como la que vigila la puerta hipernética? ¿Es esa la nueva táctica síndica, esperar a que hagamos alguna estupidez?

Desjani frunció el ceño.

—Habrán estado minando T'negu, supongo, ¿no?

—Sí. —Entonces se dio cuenta de lo que aquello podía implicar—. Van a minar el punto de salto a Branwyn, ¿verdad?

—Eso creo, señor. Teniendo en cuenta que estamos intentando abandonar este sistema estelar, pueden bloquear completamente el punto de salto para que no podamos alcanzarlo sin pasar, al menos parcialmente, por un campo de minas.

—Lo que nos obligaría a disminuir mucho la velocidad para evitar perder demasiadas naves, por lo que seríamos vulnerables a ataques a gran velocidad desde la flotilla. —El número de opciones variables se reducía cada vez más—. ¿Cree que conseguiríamos que se alejen del punto de salto a Branwyn si cambiamos nuestro rumbo y nos dirigimos a la puerta hipernética?

Desjani se paró a pensar, se mordió el labio inferior, y después asintió.

—No pueden permitir que lleguemos a la puerta en superioridad numérica, y la persona al mando de la nueva flotilla seguramente se metería en problemas si la

primera flota enemiga se ve forzada a destruir la puerta por no habernos seguido. Pese a todo, la flotilla de la puerta bastaría para hacerlo si fuese necesario, y amenazar ahora la puerta significaría huir de la nueva fuerza enemiga. No parece lo más adecuado.

—Lo que quiero es sacar de su posición al nuevo grupo, para poder atacarlo —aclaró Geary.

—Eso es cierto —dijo Desjani sin demasiada convicción.

—No van a atacar sin más —dijo Rione.

Geary se volvió para mirarla. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que estaba allí.

—¿Por qué no?

—Porque incluso los síndicos acaban aprendiendo cuando les haces suficiente daño. —Rione miró directamente a Geary—. ¿Cuántas naves de guerra síndicas ha destruido esta flota bajo su mando? ¿Cuántos combates ha ganado? Y no solo ganado, sino haberlo hecho de un modo aplastante nunca antes visto. Lo ha hecho una y otra vez. —Señaló hacia la representación de la flotilla síndica Bravo que había en el visor—. Los síndicos han evolucionado. Sin duda tienen órdenes de entrar en combate solo en condiciones favorables, cuando lo hayan forzado a estar en una mala posición. Ellos pueden esperarnos, pero nosotros no disponemos de ese lujo.

—Tienen miedo del capitán Geary —dijo Desjani, triunfante—, pero lo único que pueden hacer para evitar que esta flota use el punto de salto a Branwyn es plantear una batalla total.

Geary estudió la situación. En aquel momento todos los elementos importantes estaban, mayormente, en el plano del sistema estelar, ni muy arriba ni muy abajo. La flota de la Alianza, siguiendo un arco a través del espacio, había recorrido más de la mitad del camino hacia el nuevo punto de salto y se dirigía en dirección al extremo del sistema estelar Lakota, con la proa de sus naves apuntando al espacio profundo. La puerta hipernética y la flotilla enemiga que la vigilaba estaban a algo más de tres horas luz en dirección a popa, en la línea de babor de la flota de la Alianza. El planeta habitado orbitaba parcialmente el otro lado de la estrella Lakota, a aproximadamente una hora luz de distancia. Además, no constituía en absoluto una amenaza para la Alianza en aquel momento. La nueva flotilla síndica había entrado en el sistema a través de la salida de T'negu a unas tres horas luz, a estribor del curso de la flota de la Alianza, y había modificado su curso de forma que lo atravesaría lentamente. Si ninguna de las dos variaba su velocidad, la flotilla síndica atravesaría el curso de la Alianza a una distancia de media hora luz, siguiendo su rumbo hacia el punto de salto de Branwyn. La flota de la Alianza tenía que cambiar su trayectoria. No podía seguir avanzando hacia el espacio vacío. La pregunta era: ¿cómo cambiarla y con qué objetivo?

¿Y si se acercasen al planeta habitado para comprobar si los síndicos los siguen con el fin de evitar que la flota de la Alianza lo bombardee? No, ya habían visto en otros sistemas estelares que los líderes síndicos no iban a molestarse en preocuparse por el destino de unos cuantos civiles, ni siquiera por el de un planeta industrializado. De hecho, el alto mando ya los había provocado en más de una ocasión para que hiciesen ese tipo de cosas, seguramente para asegurarse de que su pueblo siguiese temiendo a la Alianza.

¿Y si viraban en dirección a la puerta hipernética esperando que la nueva flotilla enemiga los siguiese? Tal y como Desjani había dicho, no había garantías de que los síndicos fuesen a responder de ese modo. También podían continuar hacia el punto de salto a Branwyn, a sabiendas de que el enemigo estaría colocando minas y se disponía a lanzarse sobre ellos en cuanto Geary intentase utilizar el dispositivo para salir de Lakota.

Ni siquiera necesitaba mirar a Desjani para saber que esperaba que cargase contra la flota enemiga de mayor tamaño, y casi todos los demás comandantes mostrarían la misma actitud. Si se desviaba, puede que algunos siguiesen avanzando hacia el punto de salto, decididos a iniciar combate.

Geary miró los informes de la situación de la flota, en particular los que daban datos sobre el estado de las células de combustible de cada nave. *No tengo células suficientes como para cargar aquí y allí a lo largo del sistema. Los síndicos no tienen por qué reaccionar a menos que me acerque a la puerta hipernética, y entonces la destruirían y dejarían la flota en una mala posición para alcanzar cualquiera de los puntos de salto afuera de Lakota. Además, si la puerta colapsa y libera una de las descargas potenciales de más capacidad, todo el sistema y lo que hay en él quedaría destruido. Todo, incluida esta flota.*

No te compliques. Intenta evitar gastar demasiadas células de combustible, así las tendrás disponibles para cuando realmente las necesites. Tampoco es que tenga elección.

—Capitana Desjani, vamos a interceptar la flotilla que se dirige al punto de salto de Branwyn. —Ella sonrió, al igual que los consultores presentes en el puente—. ¿Puede ofrecerme un rumbo adecuado?

—Trece grados a estribor, cero cuatro grados en dirección ascendente —respondió al momento—. Eso si aumentamos nuestra velocidad hasta siete centésimas de la velocidad de la luz para interceptarlos en cuanto alcancen el punto de salto de Branwyn. El tiempo requerido serían cuarenta y una horas con doce minutos.

—Gracias, capitana. —Naturalmente, ya había realizado los cálculos de la maniobra para interceptarlos. Aunque todas las naves estaban orientadas del mismo modo, de forma que virarían a su izquierda, o babor, las órdenes de la flota

concernientes a las maniobras utilizaban como punto de referencia el sistema estelar externo. Si no fuese así, en el espacio, donde cada nave podía estar orientada hacia cualquier dirección, ninguna podría estar segura de a qué se refería con izquierda, derecha, ascendente o descendente. Por lo tanto, la norma en un sistema estelar era que babor estaba situado en dirección opuesta a la estrella principal, y estribor hacia ella, mientras que ascendente o descendente tomaban como referencia el plano del sistema. Por lo tanto, puesto que el rumbo que debían seguir para interceptar al enemigo requería que la flota de la Alianza virase ligeramente hacia el sol de Lakota, significaba que el giro era a estribor.

Rione tenía una mano apoyada en la frente, con una expresión de resignación por lo que podía verse de su cara.

—¿Nos dirigimos a la batalla, capitán Geary? —preguntó.

—Ya veremos. —Se acomodó en su asiento y contactó con toda la flota—. A todas las naves, giren trece grados a estribor, cero cuatro grados en dirección ascendente, y aumenten la velocidad hasta cero con cero siete velocidad luz en tres dos. Nuestro objetivo es interceptar la nueva flotilla síndica. Prepárense para luchar en tres días. —Odiaba tener que dar la siguiente orden, pero no se le ocurría ninguna alternativa dada la llegada del nuevo enemigo, por lo que volvió a tomar la palabra—: Segundo y Séptimo Escuadrón de destructores, configuren los núcleos de energía de los cargueros síndicos para que se autodestruyan y regresen a la formación de la Alianza a la máxima velocidad. Asegúrense de que los prisioneros síndicos de los transportes son expulsados en cápsulas de escape. No quiero tener que preocuparme de ellos durante el combate.

¿Qué más? Ah, sí, claro, el cebo, que había resultado totalmente infructuoso.

—Capitana Tyrosian, asegúrese de completar el reabastecimiento y de que todos los transbordadores vuelvan tan pronto como sea posible, en un tiempo límite de veinticuatro horas a partir de ahora mismo. Capitán Mosko, incremente la velocidad de la Eco Cinco Cinco tanto como sea preciso para devolver su formación a su posición con el resto de la flota.

—Y ahora tres días más esperando a que nos acerquemos a los síndicos. —Desjani hizo una mueca, deseando fervientemente estar ya a distancia de combate—. Odio esta parte.

—¿Planeas hacer que la flota salte fuera de este sistema, o pretendes luchar con las naves síndicas? —preguntó Rione. Se había mantenido en silencio mientras caminaba hacia el camarote de Geary, pero en el momento en que la escotilla se cerró, le planteó la pregunta.

—Depende. —Geary se dejó caer en un asiento y activó un visor que mostraba la situación en el sistema estelar Lakota—. ¿Qué hacen los síndicos? ¿Cómo van a

reaccionar? No puedo seguirlos con esta flota. No tenemos células de combustible suficientes.

—Hay más células en las naves auxiliares, si...

—¡No hay suficientes! —Hizo una mueca—. Lo siento. No era mi intención interrumpirte de ese modo. —Rione, cuyos ojos ardían ya, se relajó ligeramente—. Si hago que se distribuyan por toda la flota todas las células de combustible que han podido fabricar las naves auxiliares hasta ahora, cuando llegemos al punto de salto de Branwyn tendremos las reservas aproximadamente al sesenta por ciento, eso si no realizamos más maniobras. Ya no es margen suficiente para una operación de combate rutinaria; para una flota atrapada entre líneas enemigas, es una locura.

—Pensé que habías dicho que la flota tendría que reducir su velocidad para atravesar las minas que los síndicos coloquen en el punto de salto. Eso implicaría gastar más reservas de combustible, ¿no?

—Eso dije, y así es. Veo que entiendes las dificultades que presenta la situación.

Rione observó a Geary durante un rato, y luego dijo:

—Te he vuelto a subestimar.

—¿En serio?

—Sí, capitán John Geary. —Se echó a reír—. El combustible es limitado, por lo que no puedes andar echando carreras por el sistema, y además hay subordinados que te causarían problemas si vieses que estamos escapando del enemigo. Por lo tanto, pretendes avanzar hacia el combate siguiendo el rumbo más directo hacia el punto de salto que vamos a usar, sabiendo que los síndicos se retirarán y te dejarán salir de este sistema. ¡Bien hecho! Incluso podrías ser ya político.

Él respondió con una media sonrisa.

—Me temo que yo no lo tengo tan claro. De hecho, creo que los síndicos sí van a plantar cara a la salida de Branwyn. Saben que tenemos que usarla, no quieren que abandonemos indemnes este sistema.

Rione, que ya no sonreía, examinó los ojos de Geary.

—Entonces, ¿qué es lo que pretendes?

—Como ya he dicho, depende. ¿Van a intentar forzar un combate total, para tratar de golpearnos con toda su fuerza o intentarán evitar una lucha de ese tipo y en su lugar se centrarán en nuestros puntos débiles? Si eso es lo que quieren, les basta con seguirnos a través de punto de salto y aparecer justo a nuestra retaguardia en Branwyn.

Rione se paró a pensar sobre lo que acababa de escuchar, sentada y con la cabeza gacha. Después de varios minutos, levantó la cabeza de nuevo y miró a Geary.

—¿Seguro que quieres ir a Branwyn?

—¿Qué otras opciones tengo? No es que T'negu sea mejor opción, precisamente.

—Te estás metiendo en una situación en la que vas a tener que enfrentarte a la

fuerza síndica.

—Lo sé. —Geary se incorporó ligeramente y ejecutó algo en el visor que había sobre la mesa y que casi nunca consultaba—.  Sabes qué es esto?

Rione lo mir  con expresión sombría.

—El sistema nativo síndico. No creo que vaya a olvidarlo nunca.

—La Alianza sufrió muchas bajas en esa emboscada. —Señaló una larga lista con nombres de naves que brillaba en color rojo—. Las unidades más adelantadas fueron aniquiladas, y al resto las machacaron mientras luchaba por escapar.

— No hace falta que me lo recuerdes! —Rione miró en otra dirección, con la cara pálida—. Tenerlo en mente es suficientemente desagradable.

Geary asintió con la cabeza.

—Lo siento, pero tal y como comentaste en el puente de mando, hemos conseguido varias victorias aplastantes. Ninguna de ellas se acercó siquiera a lo que nos hicieron los síndicos en su sistema natal, si contamos todas las bajas posteriores, hemos sufrido muchas pérdidas.

Rione clav  sus ojos atentamente en el visor, estudiándolo.

—Y si destruyes a la fuerza síndica del mismo modo, estarás cerca de equilibrarlas,  no?  Se trata de eso?  De venganza? Te tenía en mayor estima, John Geary, aunque admito que la idea de desquitarse con los síndicos es agradable.

—No es solo venganza. Joder, no se trata de eso en absoluto. Hemos tenido que escapar como ratas porque después de la emboscada en el sistema nativo síndico consiguieron una superioridad numérica importante sobre la Alianza.

Rione volvió a cambiar de expresión.

—Y estás reduciendo esa ventaja.

—Exacto. Es lo que hemos estado haciendo, por eso los síndicos tuvieron que utilizar tripulaciones casi sin entrenamiento y naves nuevas en Ixion. Si borramos del mapa a la flotilla que acaba de aparecer en este sistema estelar, su capacidad para enfrentarse a nosotros en igualdad de condiciones en el siguiente sistema se verá afectada de forma importante. Tendrán que repartir las fuerzas que les queden, por lo que gozaremos de ventaja numérica en cada sistema estelar al que vayamos, lo que debería darnos el tiempo suficiente como para proveer de materiales a las naves auxiliares de nuevo y que así puedan abastecer las naves con células de combustible, misiles espectro y metralla.

Rione reflexionó durante un rato, y luego miró a Geary inquisitivamente.

— Y si quedamos tan tocados como la fuerza síndica?

—Entonces tendremos un problema.

—Es muy arriesgado.

—S , pero ya estamos en una mala situación. De hecho, lo estamos desde que la flota quedó destrozada en el sistema nativo síndico y acabó atrapada en el espacio

profundo enemigo. Es arriesgado, pero también es verdad que la recompensa potencial merece la pena. Las cosas pueden salir mal con facilidad si voy a lo seguro, no voy a ganar el premio gordo si no juego.

En gravedad cero un dado nunca deja de rodar, y durante el siguiente día Geary se sintió como si estuviese viendo un par de dados que rodaban incesantemente sin mostrar nunca un resultado. Después llegó otro día. Habló, con los nervios al límite, con malas formas a Rione, y ella no se quedó atrás. Pasaron media hora discutiendo tan acaloradamente que Geary llegó a preguntarse por qué los mamparos del camarote no se habían derretido todavía. Al final salió a deambular por los corredores del *Intrépido*, intentando aparentar confianza según la tripulación y los oficiales de menor grado lo saludaban con un orgullo casi posesivo. Puede que fuese el comandante de la flota, pero aquel era el buque insignia de *Black Jack* Geary y creían que eso los hacía, a ellos y a su nave, especiales.

Al final acabó en la sala de conferencias otra vez. Taciturno, volvió a reflexionar sobre la estrategia de combate que podría llevar a cabo en el punto de salto de Branwyn contra la flotilla síndica Bravo. No obstante, ignoraba demasiados detalles, como, por ejemplo, qué iban a hacer los síndicos, por lo que ejecutar simulaciones tenía poco sentido.

Finalmente volvió a su camarote, decidido a no dejarse exiliar de sus propios dominios ni siquiera por Victoria Rione. Ella lo estaba esperando, y lo lanzó a la cama sin mediar palabra.

Aquello lo ayudó a pasar el tiempo, pero también lo dejó perplejo.

Tercer día. Geary estaba sentado en el puente del *Intrépido* mirando la pantalla. Los síndicos seguían actuando como si la flota de la Alianza no estuviese allí. Al final acabó preguntándole a la capitana Desjani.

—¿Alguna sugerencia sobre lo que podemos hacer para que los síndicos reaccionen?

Ella le respondió con una mirada de disculpa.

—No, señor. —Desjani hizo un gesto hacia el planeta habitado—. Seguramente todas y cada una de las unidades militares síndicas ha recibido órdenes del alto mando síndico de este sistema estelar, y el enemigo obedece a rajatabla —dijo con desdén.

Aquello era una gran diferencia entre la flota de la Alianza actual y la flota síndica. Geary había pasado un tiempo importante desde que había asumido el mando intentando convencer a sus comandantes, con distintos resultados, de que seguir las órdenes incluso podía ser algo adecuado. Y la gracia del asunto era que, dado el

estado de la guerra, tanto el rígido control síndico como la alocada actitud para el combate que mostraba la Alianza habían producido los mismos resultados, luchas sangrientas que se habían decidido por desgaste.

—Me temo que la copresidenta Rione tenía razón —dijo Geary—. Esta vez solo entrarán en combate cuando consideren que han logrado una buena posición y estén preparados.

—Eso parece —concordó Desjani, con una expresión de desdén hacia aquel tipo de planteamiento estratégico fruto de su experiencia con la flota, hasta que recordó que era Geary quien le estaba enseñando a la Alianza a actuar de aquel modo—. Están aprendiendo o empezando a usar la cabeza, ¿no?

—Eso me temo. O puede que estén perdiendo su peligroso nivel de autoconfianza.

Fuese lo que fuese, no era algo bueno para su flota.

—Tendrán que entablar combate en el punto de salto a Branwyn.

El tiempo restante para interceptar a la bautizada como flotilla síndica Bravo era de doce horas, si nadie realizaba ninguna maniobra hasta aquel momento. La flotilla enemiga había adoptado la formación de una caja rectangular desde que había llegado, y no parecía tener intención de cambiarla. No obstante, todavía quedaban doce horas para establecer contacto, por lo que era demasiado pronto para decidir la mejor opción para la formación de la Alianza.

Revisó de nuevo los informes del estado de las existencias de la flota, y ejecutó una previsión del número de células de combustible que podrían fabricar las naves auxiliares utilizando los materiales que tenían a mano. Luego simuló su distribución entre toda la flota. Era insuficiente.

El nivel de minas era bajo, y el de misiles espectro de las naves de combate iba desde bajo a moderado, pero al menos el de metralla era alto. Tampoco resultaba sorprendente, puesto que las bolas de metal eran fáciles de fabricar.

Las existencias de comida eran adecuadas, pero también podían llegar a ser un problema si no encontraban más. Ya no quedaba de la que habían traído del espacio de la Alianza, por lo que la flota subsistía, sobre todo, gracias a las raciones conseguidas en las instalaciones abandonadas o en los almacenes de Sancere. La que habían encontrado allí tampoco estaba mal, para ser comida síndica, pero cuando se acabase, lo único que quedaría sería la comida que los síndicos ni siquiera consideraron digna de rescatar de las instalaciones abandonadas. Había tomado algo de aquella comida, e incluso para una persona acostumbrada a la naturaleza de las raciones militares era difícil de digerir. Podía mantener a alguien con vida, pero poco más.

—Estén preparados para entrar en combate en doce horas. Por favor, asegúrense de que su tripulación esté descansada —dijo Geary a todas las naves. Luego se

marchó también para descansar.

Cinco horas para interceptarlos.

—Están acelerando, señor —anunció Desjani, desalentada—, con la intención de llegar al punto de salto de Branwyn antes que nosotros. Han empezado hará una hora, pero acabamos de verlo ahora mismo. Podríamos hacer que algunos cruceros de batalla se adelanten para intentar interceptarlos a tiempo antes de que lleguen, pero la flota al completo no tiene la capacidad para mantener ese ritmo.

¿Lanzar cruceros de batalla sin apoyo contra la formación síndica? Él podía añadir algunos cruceros ligeros y destructores, pero seguirían estando en inferioridad de condiciones.

—No, no podemos exponer a tanto riesgo a los cruceros de batalla.

Desjani se enderezó, como si hubiese sufrido una afrenta.

—Señor, los cruceros de batalla están orgullosos del rol que desempeñan como fuerza de ataque rápida. Podemos atacar continuamente con ráfagas a gran velocidad mientras esperamos a que nos alcance el resto de la flota.

«Podemos», claro. El *Intrépido* también era un crucero de batalla.

—Agradezco su sugerencia, capitana Desjani, pero tendríamos que desviar a la flotilla síndica de su curso para que tuviese sentido separar los cruceros del resto de la flota. Nuestros cruceros de batalla no tienen artillería suficiente como para conseguirlo. —Se inclinó hacia ella para seguir hablando en voz baja—. Sabe que no puedo enviar al *Intrépido* en una misión como esa. Es el buque insignia, y transporta algo terriblemente importante.

Se refería a la llave hipernética síndica, algo que podía tener un peso crítico en el desarrollo de la guerra si conseguía volver con ella al territorio de la Alianza. Todas las naves de la flota eran importantes, pero unas lo eran más que otras. Teniendo en cuenta lo de la llave, el *Intrépido* era con bastante diferencia el rey de las importantes.

Desjani era consciente de aquello, así que no discutió, y aunque todavía parecía contrariada, asintió con la cabeza.

Lo único que Geary podía hacer era sentarse y ver a la flotilla síndica llegar al punto de salto antes que ellos. Habían calculado perfectamente el movimiento, sin dejar tiempo a la flota de la Alianza para reaccionar. No obstante, cuando estuviesen a distancia de combate, les daría una lección sobre cómo maniobrar para incomodar al otro bando.

A cero con uno c, la flotilla enemiga avanzaba a treinta mil kilómetros por segundo. Si lo comparas con superficies planetarias, es una velocidad inconmensurable. Sin embargo, si lo haces con el tamaño de un sistema estelar estándar como Lakota, donde el diámetro orbital del planeta oficialmente más alejado es de unas diez horas luz, o lo que es lo mismo, unos once mil millones de

kilómetros, las naves parecían arrastrarse a través de un manto oscuro adornado de estrellas. A veces Geary se preguntaba cómo la gente lo había podido soportar en los comienzos de los viajes espaciales, cuando las naves no podían alcanzar siquiera velocidades cercanas a un décimo de la velocidad de la luz, y les llevaba semanas, meses o incluso años llegar a otros planetas o lunas dentro del mismo sistema estelar. Pero entonces pensaba en las personas que vivían en los planetas y a los que seguramente les había costado semanas, meses o incluso años viajar entre masas continentales.

—No importa lo rápido que vayamos, nunca es suficiente —dijo Geary entre dientes.

Para su sorpresa, Desjani pareció inquietarse ante aquel comentario.

—Señor, si la flota pudiese hacer más...

—Lo siento. No me refería a la flota, que ya lo hace de maravilla, como siempre. Estaba pensando en la gente.

—Ah, entiendo, señor. —Obviamente, no lo entendía, pero puesto que no estaba en juego el honor de su nave ni el de la flota, y había enemigos que vigilar, Desjani lo dejó pasar.

Lo mismo hizo Geary, mientras veía a los síndicos llegar al punto de salto de Branwyn, esperando que no hiciesen lo que estaba pensando en cuanto llegasen.

Pero lo hicieron.

—Están girando hacia nosotros —anunció Desjani—. Frenaron bastante cuando cruzaron por delante del punto de salto, y ahora aceleran en nuestra dirección.

Geary suspiró, deseando que algo empezase a ir bien, en parte liberado por no tener que preocuparse más de lo que los síndicos harían finalmente, pero a la vez nervioso por ver lo que habían hecho.

—Necesito confirmación en cuanto sea posible. ¿Depositaron minas al pasar por delante del punto?

Parecía la única explicación para aquella maniobra de frenada: reducir la velocidad de las naves para poder dejar las minas unas cerca de otras, aunque también podía ser un farol.

—Así es, señor —confirmó un consultor—. Nuestros sensores todavía están intentando determinar la densidad y los límites del campo de minas, pero estamos detectando bastantes anomalías visuales. Parece que han dejado una cantidad elevada a la salida.

Desjani frunció el ceño.

—¿Tan cerca? Mire, señor. Las minas están tan pegadas al punto de salto que deberían ser desplazadas bastante pronto.

—¿Cuándo es bastante pronto? —preguntó Geary, con una llama de esperanza.

—Unas cuantas semanas, quizá —dijo Desjani—. La física de un área tan cercana a un punto de salto es un poco extraña, pero podríamos realizar un análisis para tener estimaciones más exactas.

—A menos que esa estimación diga que va a ser en mucho menos tiempo que varias semanas, no es algo de lo que debamos preocuparnos.

Volvió a observar como los sensores de la flota encontraban incesantemente pequeñas anomalías visuales que revelaban incluso las minas más ocultas, lo que creaba una representación del lugar que ocupaban. Justo encima de la salida, como Desjani había comentado.

El punto de salto las desplazaría en unas cuantas semanas, pero hasta entonces no podrían evitarlas, a menos que la flota de la Alianza redujese la velocidad casi totalmente para poder realizar maniobras más que precisas. Y si lo hacían, su flota sería como un pato durmiendo, dispuesto a ser cazado por la flotilla síndica Bravo y sus ráfagas a gran velocidad.

—Me gustaba más cuando los síndicos nos subestimaban —le comentó Geary a Desjani en voz baja.

—Cuando hayamos destruido la flotilla síndica, podemos maniobrar a través de las minas con seguridad. También podemos esperar en el sistema hasta que las minas se desplacen y queden fuera del camino —sugirió Desjani.

—Es una posibilidad.

¿Esperar unas cuantas semanas en Lakota? No parecía una buena idea. Cuanto más tiempo esperasen allí, peor se pondrían las cosas seguramente.

—Flotilla síndica Bravo fijando rumbo para interceptarnos —anunció un consultor—. Acelerando a cero con cero cinco c.

—Llegarán hasta una décima de la velocidad de la luz para iniciar combate —comentó Desjani—. Es lo normal para ellos.

—Y para la Alianza —le recordó Geary—, pero no daré la orden de que la flota alcance esa velocidad por ahora.

—Si los síndicos alcanzan esa velocidad y la mantienen —dijo Desjani mientras ejecutaba algunas simulaciones—, y nosotros nos mantenemos en cero con cero siete c, estableceremos contacto en una hora y media aproximadamente.

—Vale. —Geary se paró a pensar durante un rato, y luego contactó con todas las naves—. A todas las unidades de la Alianza, entraremos en combate en una hora aproximadamente. Mantengan la formación, y les prometo que les enseñaremos a esos síndicos la misma lección que a los que nos hemos encontrado hasta ahora.

No esperaba que nadie respondiese, pero alguien desde la retaguardia rompió sus expectativas.

—Comunique el momento en el que debemos acelerar hasta la velocidad estándar de combate cero coma uno c.

Geary comprobó el origen del mensaje y confirmó sus sospechas. Había sonado como algo propio de la capitana Midea, de la *Paladín*, y así era.

—Aceleraremos antes de establecer contacto con los síndicos. Daré esa orden así como otros cambios en la formación en el momento adecuado.

—Va a preguntarle cuándo será el momento adecuado —murmuró Desjani.

—Al habla la *Paladín*. —Llegó otro mensaje, tal y como Desjani había predicho—. Aclare lo del tiempo adecuado.

Geary respondió, malhumorado.

—El tiempo adecuado será cuando yo emita la orden, *Paladín*. —Sacudió la cabeza, dirigiéndose de nuevo a Desjani—. Midea no es tan estúpida, ¿no?

—No creo —respondió condescendentemente.

—Entonces sabrá que tengo que basar mis acciones en las del enemigo. No sabré qué hacer hasta que nos aproximemos y vea su formación, la velocidad con la que se aproximan, y las maniobras de última hora que puedan realizar.

—Es cierto, señor, pero yo lo sé solo porque me lo ha enseñado —dijo Desjani—. Nuestras tácticas eran mucho más simples antes de que usted asumiese el mando.

Aquello tenía sentido. Considerando que los oficiales experimentados y bien entrenados habían ido diezmándose progresivamente debido a batallas cada vez más sanguinarias, el conocimiento sobre cómo maniobrar eficazmente, teniendo en cuenta las distancias y los tiempos, había muerto con ellos. Después de un siglo, Geary se había encontrado con tácticas que consistían en cargar de frente contra el enemigo una y otra vez hasta que alguno de los dos bandos quedaba machacado y se retiraba, o era destruido.

—Espero que no sea usted la única que ha aprendido —le dijo a Desjani.

—Por supuesto que no, señor.

Geary volvió a mirar el visor, donde la flotilla síndica Bravo seguía acelerando hacia la flota de la Alianza. Con un poco de suerte, no habrían aprendido demasiado viendo las batallas que Geary había librado.

Según pasaba el tiempo se hizo evidente que aunque los síndicos habían aprendido algo, no era suficiente. Se estaban acercando a la flota de la Alianza en la misma formación de caja rectangular que habían mantenido desde que llegaron a Lakota, con uno de los lados anchos orientado hacia la Alianza, como si la caja se deslizase de lado y en dirección descendente hacia la flota enemiga.

Geary asintió con la cabeza, y vio a Desjani y a los consultores que tenía a la vista sonreír al verlo. Fue entonces cuando se percató de que él también sonreía.

—Mantendremos esta formación. No, haré un cambio.

La flota de la Alianza mantenía las cinco subformaciones con forma de moneda con las que había entrado en Lakota. En aquel momento, las cinco monedas estaban orientadas hacia adelante, hacia la formación síndica, del mismo modo que los

síndicos apuntaban hacia ellos. La Eco Cinco Cinco, con las naves dañadas y las naves auxiliares, estaba situada detrás del cuerpo principal Eco Cinco Cuatro. Geary realizó varias operaciones con el sistema de navegación para que le diese las órdenes correctas, y luego se las transmitió a los demás.

—A todas las unidades de la Eco Cinco Cinco, aumenten su velocidad para unirse a la formación Eco Cinco Cuatro y ocupar posiciones tal y como les detallo.

Desjani, intrigada, comprobó las órdenes por sí misma.

—Está ordenando que la antigua Cinco Cinco maniobre para situarse en el extremo posterior de la Cinco Cuatro, ¿no?

—Exacto.

—¿Con la Séptima División de Acorazados situada justo pegada al borde de la antigua Cinco Cuatro? —Volvió a sonreír—. Estoy deseando verlo.

Quedaba algo más de una hora para establecer contacto, y las flotas estaban separadas por unos diez minutos luz. Geary vio a las naves de la Eco Cinco Cinco alcanzar con lentitud a sus compañeros y ocupar su nueva posición. Sabía que los síndicos verían aquella maniobra en unos diez minutos y que probablemente no les preocuparía, puesto que la parte principal de la flota de la Alianza y la formación en caja síndica seguían su curso hacia el punto de colisión.

Cuando quedaba media hora para el contacto, Geary emitió otra orden:

—Formaciones Eco Cinco Dos y Eco Cinco Tres (las dos monedas situadas a los lados del cuerpo principal), que sus formaciones pivoten sobre su eje vertical noventa grados en cinco cero. A la vez, giren horizontalmente cuarenta y cinco grados, de forma que sus bordes se inclinen hacia Eco Cinco Cuatro.

No podría haber dado aquellas órdenes si un ser humano tuviese que ejecutarlas. Le habría resultado demasiado complejo tener tantas naves maniobrando hacia sus nuevas posiciones en el eje horizontal y vertical a la vez, incluso aunque los sistemas de navegación les mostrasen un gráfico exacto de lo que Geary quería.

—Formaciones Eco Cinco Uno y Eco Cinco Cuatro —continuó Geary—, que sus formaciones pivoten noventa grados en dirección frontal sobre su eje horizontal en cinco cero.

Las maniobras se realizaron como un número de danza en tres dimensiones, increíblemente complicado, mientras las monedas de la formación de la Alianza se movían de manera que los planos de la vanguardia y del cuerpo principal apuntaban hacia la formación síndica que se acercaba en dirección contraria. Al mismo tiempo las formaciones de los flancos se escoraban hacia sus lados, con los bordes de los planos orientados también hacia delante, pero inclinados con respecto al cuerpo principal. Era extrañamente bello ver a cientos de naves participar en un baile tan difícil.

Las maniobras se completaron cuando quedaban quince minutos para el contacto.

—Los síndicos van a vernos modificar la formación —comentó Desjani.

—Sí.

Geary permaneció sentado, observando el visor, calculando adecuadamente el siguiente movimiento. Los síndicos veían lo que hacía cada vez con menor retardo, por lo que tenía que calcular sus movimientos de modo que el enemigo reaccionase en el momento indicado pero de la forma equivocada. Habían visto sus primeros movimientos, sin considerar necesario alterar su curso ni su formación, pero eso iba a cambiar.

En aquel instante los síndicos estaban a solo dos minutos luz de distancia, a poco más de doce minutos de establecer contacto, a una velocidad de encuentro combinada de cero con diecisiete c.

—A todas las unidades, aumenten su velocidad hasta una décima de la velocidad de la luz en uno cinco.

La flota de la Alianza aceleró y pivotó, inclinándose en dirección ascendente. Desjani sonrió casi con fiereza.

—¡Ya lo entiendo! Pero su comandante lo verá a tiempo para reaccionar.

—Cuento con ello. —Geary hizo una pausa, contando los segundos, dependiendo del instinto para calcular su próxima maniobra, observando la posición relativa de los síndicos con respecto a sus naves—. A todas las formaciones, alteren el curso diez grados en dirección ascendente, cero un grados a estribor en uno nueve.

Un minuto después comprobó que los síndicos reaccionaban ante las primeras maniobras, haciendo pivotar la caja en dirección ascendente para volver a encarar el cuerpo principal de la Alianza, con los dos grupos de naves sobrepasándose formando un ligero ángulo, a una velocidad combinada de poco menos de cero con dos c. Si fuesen más rápido, la distorsión relativista complicaría enormemente la tarea de localizar las naves enemigas, pero si se mantenían por debajo de cero con dos, los sistemas de combate deberían ser capaces de compensar unas velocidades que cambiaban literalmente la apariencia del universo exterior.

Desafortunadamente para los síndicos, la segunda maniobra que Geary había realizado en dirección ascendente cambió otra vez el ángulo de encuentro, y esta vez demasiado cerca del límite de tiempo de contacto, de modo que la persona al mando de la flotilla síndica no pudo verlo y reaccionar a tiempo.

—A todas las unidades, entablen combate en escuadrones y divisiones con metralla y lanzas infernales cuando estén dentro su campo de tiro. Abran fuego en cuanto los tengan a tiro.

Aquella orden debería valer para asegurarse de que cada escuadrón o división de la Alianza tuviese como objetivo una sola nave enemiga, lo cual incrementaba las posibilidades de impactar más veces durante el instante en el que ambas flotas estuvieron a suficiente distancia como para dispararse.

—Misiles enemigos y metralla pasando bajo la flota de la Alianza —informó el consultor del sistema de combate con regocijo según las salvas síndicas se dirigían hacia el lugar donde se supone que debería estar la flota de la Alianza.

El momento de contacto llegó, y pasó. Si el ojo y el sistema nervioso humano fuesen capaces de reaccionar lo suficientemente rápido, habrían visto las caras planas de la vanguardia de la Alianza y las monedas del cuerpo principal desplazarse sobre el borde superior de la formación en caja de los síndicos, concentrando sus disparos sobre las, relativamente poco numerosas, naves situadas cerca de este, mientras que el enemigo solo podía responder con aquellas pocas naves mientras las unidades aliadas pasaban incesantemente sobre ellos. Las monedas de los flancos se deslizaron sobre las esquinas superiores de la caja, concentrando sus disparos más todavía.

Geary pestañeó, preguntándose si los destellos que había visto eran realmente el fuego del armamento y los disparos ejecutados durante aquella fracción de segundo, cuando los sistemas de puntería habían disparado más rápido de lo que los humanos podrían siquiera imaginar. En cuanto las naves síndicas y las de la Alianza se separaron, los consultores comenzaron a informar sobre los daños causados en las naves enemigas y los recibidos en las propias.

—Les hemos hecho daño —dijo Desjani.

En la pantalla se veían los restos de dos cruceros de batalla síndicos que se separaban del resto de la flotilla, junto con los de un acorazado, cinco cruceros pesados, y numerosos cruceros y naves de caza asesinas destrozados. Las fuerzas de apoyo del borde superior de la formación síndica habían sido prácticamente aniquiladas. También habían recibido impactos otras naves enemigas, pero ninguno había sido crítico.

Con respecto a la flota de la Alianza, los escudos habían llegado casi al límite, y algunas unidades ligeras habían sufrido daños. Por suerte, todas podían seguir todavía al resto de la flota.

Geary asintió con la cabeza y dio más órdenes, previamente calculadas.

—A todas las formaciones, alteren su curso base veinte grados en dirección ascendente en dos cuatro.

Menos de un minuto después, la formaciones de la Alianza se elevaron, curvándose en una media «C» e invirtiendo su orientación anterior.

Tal y como Geary esperaba, los síndicos efectuaron una maniobra de oscilación para volver a establecer contacto, elevándose también, imitando el movimiento de la Alianza. Puesto que ambas formaciones estaban realizando la maniobra a la vez, el resultado volvió a ser que la Alianza se hallaba otra vez sobre uno de los bordes de la caja síndica, esta vez el de abajo. Desafortunadamente para las naves síndicas, que antes habían estado en el borde superior y que habían sufrido el fuego enemigo, su situación en aquel momento era el borde inferior, en tanto que su formación también

se había invertido al ejecutar el movimiento.

Una vez más, las formaciones de la Alianza avanzaron sobre el borde y las esquinas de la formación síndica, y de nuevo la superioridad de la Alianza causó en los síndicos mucho más daño del que estos pudieron devolverle a la Alianza.

—¡Dos acorazados síndicos menos! —dijo Desjani, exultante—. ¡Y hemos destruido otro crucero de batalla!

—También hemos sufrido más daños.

Dos destructores, la *Azagaya* y la *Estocada*, perdieron sus sistemas de armamento, aunque seguían pudiendo maniobrar. Varios cruceros ligeros y cruceros pesados recibieron bastantes impactos, y algunos disparos alcanzaron a algunos cruceros de batalla. Incluso mientras daba la siguiente orden, los ojos de Geary observaban uno de aquellos cruceros.

—A todas las unidades, viren noventa grados en dirección descendente en tres cuatro.

La flota de la Alianza comenzó a curvarse hasta formar una «S» a la vez que los síndicos volvían a virar en su dirección.

No obstante, uno de los cruceros de la Alianza no siguió la maniobra, sino que se deslizó lentamente y dando vueltas fuera de la formación, en dirección al rumbo que seguían los síndicos.

—¿Qué le pasa a la *Afamada*? —preguntó Geary.

Uno de los consultores ejecutó rápidamente una recreación de la última ráfaga a cámara lenta, de forma que el ojo humano pudiese apreciarla. Esa vez los síndicos sabían perfectamente por dónde pasaría la flota de la Alianza y dispararon con precisión. La *Afamada*, situada muy cerca del enemigo en uno de los flancos de la formación, recibió varios impactos, que hicieron que sus escudos delanteros colapsasen. Al desviar automáticamente el sistema de combate, la energía procedente de los escudos de popa hacia proa, los misiles síndicos viraron para impactar sobre esa zona. Los tres primeros agotaron los escudos de popa hacia proa, y los tres siguientes destruyeron los sistemas principales de propulsión.

Debido a lo anterior, la *Afamada* se escoró hacia atrás y hacia un lado, puesto que ya no podía maniobrar para seguir con la flota principal.

En aquel momento era un crucero de batalla sin la capacidad para actuar con velocidad, que se supone que era lo que compensaba su escasa defensa y sus débiles escudos, y además estaba fuera de la formación, sin la protección de sus compañeros.

—Según los informes de la *Afamada*, el tiempo estimado necesario para la recuperación de forma limitada de los sistemas principales de propulsión es de treinta minutos —informó un consultor.

Nadie necesitaba las estimaciones del sistema de navegación para saber que la *Afamada* no dispondría de ese tiempo. La formación síndica la alcanzaría en unos

diez minutos.

Geary suspiró profundamente. Podía intentar dar la vuelta, hacer que las naves virasen para llegar hasta el crucero de batalla antes que los síndicos. Seguramente no serían capaces. La física no lo permitiría.

—Pero ¿qué está haciendo la *Paladín*? —se preguntó Desjani en voz alta.

Geary se giró súbitamente para verlo. En la parte posterior del cuerpo principal, la *Paladín* había visto a la *Afamada* recibir los impactos, y tuvo tiempo para reaccionar. En aquel momento el acorazado estaba trazando una curva tan acusada que los compensadores inerciales tenían que estar gritando de cansancio.

No podía hacer que toda la flota imitase tal maniobra. Teniendo en cuenta que sería un giro pivotando sobre los ejes centrales de la formación, las unidades situadas en los extremos tendrían que atravesar mucho más espacio que las situadas en el centro. La única manera de alcanzar la *Paladín* era deshacer la formación, lo cual implicaba tomar el camino hacia el desastre, dado que los síndicos sí mantenían la suya.

—*Paladín* —comenzó a decir Geary con tono severo—, vuelva a su posición en la formación inmediatamente. —Él mismo tenía que ajustar el curso de la flota curvándolo en dirección descendente para responder ante una maniobra de deslizamiento lateral realizada por los síndicos—. A todas las formaciones, viren a la derecha veinte grados, en cuatro uno.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Rione desde la parte trasera del puente, más suplicando que preguntando.

Era evidente que se refería a la *Afamada*.

—Nada —respondió Geary con una voz poco más alta que un susurro—. Si deajo que la formación se deshaga, seguramente no lleguemos a tiempo con las suficientes naves como para salvarla, y al final sufriríamos muchas más bajas.

—La *Afamada* informa de que le ha ordenado a todo el personal no esencial que abandone la nave en cápsulas de escape —informó un consultor de combate del *Intrépido*.

Geary asintió con la cabeza, sin atreverse a decir nada. Él había dado la misma orden hace un siglo, para él hace unos meses, en Grendel.

Desjani lo miró angustiada, pero no llegó a abrir la boca.

La *Paladín* siguió virando cada vez más claramente hacia la *Afamada* mientras la flota de la Alianza ejecutaba su propia curva hacia abajo, virando como un solo elemento en contraposición a las otras dos naves.

—¡*Paladín*! —gritó Geary, sin preocuparse por evidenciar su enfado durante una operación de combate—. ¡Vuelva a su posición inmediatamente! ¡La capitana Midea queda relevada del mando! ¡Oficial ejecutivo, asuma el mando y vuelva a su posición ahora mismo!

Probablemente era demasiado tarde. No, seguro que era demasiado tarde. A la velocidad que se estaban moviendo, la *Paladín* había virado ya excesivamente y estaba muy lejos del resto de la flota de la Alianza, y los síndicos estaban maniobrando para pasar bajo el cuerpo principal de la flota, directamente hacia las dos naves extraviadas.

La *Afamada* lanzó varias ráfagas de cápsulas de escape y todos los misiles espectro que le quedaban al ver el borde más adelantado de la formación síndica aproximarse. Luego dispararon metralla, que produjo destellos al impactar sobre los escudos enemigos, y se vaporizó. Primero una nave asesina, y después otra, quedaron destrozadas ante el fuego de la *Afamada*. Un crucero ligero salió despedido dando vueltas. Los escudos de un crucero de batalla centellearon y colapsaron por varios puntos, lo que permitió que algunas de las lanzas infernales procedentes de la nave aliada impactasen directamente sobre el casco.

No obstante, al mismo tiempo, la *Afamada* se vio inmersa en un mar de disparos. Sus propios escudos colapsaron, miles de proyectiles atravesaron sus débiles defensas por innumerables puntos y sus baterías de lanzas infernales quedaron silenciadas, mientras el crucero de batalla se sacudía y temblaba ante la lluvia de impactos enemigos.

—No se detecta actividad en la *Afamada* —anunció un consultor con tono calmado pero tembloroso—. Su baliza de emergencia acaba de apagarse. Tripulación superviviente abandonando la nave.

Geary había estado en esa misma situación, deseando encontrar una cápsula de escape que todavía funcionase, corriendo por unos pasillos que hasta entonces le resultaban familiares, pero que cada vez le eran más ajenos debido a los daños sufridos, mientras el armamento enemigo seguía haciendo añicos la ya moribunda nave.

—Sobrecarga del núcleo activada. Contacto perdido.

En el visor podía contemplarse la maltrecha mole, que minutos antes había sido un crucero de batalla de la Alianza, alejarse dando vueltas, configurada para explotar y así impedir al enemigo sacar provecho de los restos, y de las cápsulas de escape, que contenían a la tripulación, mezcladas con las cápsulas de las naves síndicas destruidas.

No había tenido tiempo suficiente para salvar a la *Afamada*, por lo que la *Paladín* pasó a gran velocidad por debajo del crucero de batalla destrozado. Ejecutaron varias ráfagas de lanzas infernales, que impactaron en varias naves asesinas que intentaban escapar en aquel momento. Dos de ellas explotaron, y otra se desintegró ante la lluvia de proyectiles procedentes de la *Paladín*. Entonces, el acorazado de la Alianza se vio rodeado de cruceros ligeros síndicos, pero sus potentes baterías de lanzas infernales atravesaron los escudos de dos de ellas. Uno saltó por los aires, y el otro quedó

destrozado.

Un segundo más tarde los escudos de la nave de la Alianza brillaban ante la lluvia de impactos procedentes de la flota enemiga, y se vio frente a frente con los cruceros pesados síndicos. El armamento de la *Paladín* partió por la mitad a uno de ellos mientras avanzaba directamente hacia una división de acorazados síndicos.

—La capitana Midea está mal de la cabeza, pero va a tener una buena muerte —dijo Desjani con voz sombría.

—¿Y tenía que arrastrar con ella a su nave y a su tripulación? —susurró Geary. Había tardado demasiado. Había tardado demasiado en relevar a Midea. Había tardado demasiado en descubrir cómo controlar a una oficial temeraria con el destino de una nave en sus manos.

—Escudos de la *Paladín* colapsando —anunció un consultor.

No era algo que no pudiese ver él mismo en su propio visor. Aquel combate solitario de la *Paladín* estaba teniendo lugar lo suficientemente lejos de la flota principal como para que la luz tardase unos cuantos segundos en alcanzar al *Intrépido*. En ese tiempo podían pasar muchas cosas.

La *Paladín* necesitó menos que ese tiempo para cargar directamente contra la división de acorazados síndicos contra la que se dirigía mientras se sacudía ante la lluvia de impactos procedentes de todas direcciones. Pese a todo, la nave aliada concentró sus disparos en un solo acorazado, al mismo tiempo que sus baterías de lanzas infernales desaparecían bajo las ráfagas enemigas. Cuando la *Paladín* y el acorazado síndico se sobrepasaron, la primera lanzó su proyector de campos de anulación contra los debilitados escudos de la nave enemiga, que colapsaron, por lo que el proyector penetró en la proa síndica y dejó un inmenso cráter.

Mientras la nave enemiga salía despedida de su formación, hecha trizas, la *Paladín* disparó sobre el resto del grupo mientras avanzaba bajo un alud de impactos. Uno tras otro, sus sistemas dejaron de funcionar y varias partes de su casco saltaron por los aires debido a los incesantes impactos de lanzas infernales, metralla y misiles enemigos.

Mientras la flota de Geary completaba su maniobra y enderezaba su curso para realizar otra pasada contra la flota síndica, los restos de la *Paladín* se desplazaban dando vueltas a través de la formación síndica. Sus únicos signos de vida eran las cápsulas de escape que todavía salían de ella.

—Las vengaremos —afirmó firmemente Geary mientras la flota de la Alianza avanzaba sobre la parte superior de la formación síndica. No obstante, en esa ocasión sus cálculos no fueron exactos, quizá debido a lo que había pasado con la *Afamada* y la *Paladín*, y los dos grupos se cruzaron en un campo de tiro de lanzas infernales más que extremo, sin que ninguno de los bandos consiguiese infligir un daño sensible a su oponente.

—Los machacaremos en la siguiente pasada —dijo Desjani con expresión sombría.

—Sí. —Geary suspiró profundamente y luego dio su siguiente orden—. A todas las formaciones, viren ciento diez grados en dirección ascendente, cero un grados a babor en cinco siete.

Con aquella maniobra de viraje, las formaciones volverían a invertirse, ya que ambas dieron la vuelta en dirección a su oponente formando una «S» continua. El comandante síndico debió de advertir que no obtendría una posición de disparo adecuada a menos que modificase el patrón de movimientos, pero los síndicos no iban a perder el contacto mientras creyesen que tenían una oportunidad de dañar seriamente la flota de la Alianza. Pero en realidad nunca la habían tenido. Tan solo luchaban por cabezonería, demostrando un erróneo sentido de la valentía y determinación. En esa batalla los síndicos habían sufrido más que la Alianza, incluso si se tenían en cuenta las pérdidas de la *Afamada* y la *Paladín*. Cuando finalmente decidiesen escapar, estarían en tan mal estado que las naves capitales no tendrían ninguna oportunidad.

—¡Señor, detectada actividad en la puerta hipernética!

Aparecieron varios avisos en el visor de Geary. Sus ojos se desplazaron hasta la puerta al mismo tiempo que el consultor pronunciaba con voz temblorosa aquel anuncio.

—Detectando naves enemigas saliendo por la puerta hipernética. Veinte naves de caza asesinas y subiendo. Veintiocho naves de caza asesinas y doce cruceros ligeros, y subiendo. Cuarenta y dos naves de caza asesinas, veintiséis cruceros ligeros y ocho cruceros pesados, y subiendo. Sesenta y nueve naves de caza asesinas, treinta y un cruceros ligeros y diecinueve cruceros pesados.

Geary vio aquella locura de símbolos multiplicarse en la pantalla que mostraba la puerta hipernética mientras intentaba ocultar su consternación.

—Es un número notable de naves de apoyo —dijo Desjani en un tono de voz que a Geary le pareció demasiado tranquilo.

Aquello implicaba que aparecerían muchas naves de alto rango.

El visor y un consultor lo confirmaron poco después.

—Dieciséis cruceros de batalla, y subiendo. Veinte cruceros de batalla y doce acorazados, y subiendo. Veintitrés acorazados.

Geary se dio cuenta de que había dejado de respirar y cogió aire. Por lo menos el número de alertas en el visor había dejado de aumentar. Le llevó un buen rato leer la lista final de naves que conformaban la nueva fuerza síndica. Veintitrés acorazados, veinte cruceros de batalla, diecinueve cruceros pesados, treinta y un cruceros ligeros y ciento doce cazas de naves asesinas.

Su situación en aquel sistema había cambiado de complicada a más que difícil. A

la flota de la Alianza solo le quedaban cuarenta y dos naves capitales: veinticinco acorazados y diecisiete cruceros de batalla. La batalla que estaban librando se había cobrado tres acorazados y cuatro cruceros de batalla síndicos, pero incluso contando aquello, el número total de naves capitales enemigas en el sistema Lakota había subido hasta cuarenta y cuatro acorazados y treinta y cuatro cruceros de batalla, la mayoría de ellos frescos y seguramente con las reservas de munición al máximo. Por su parte, las naves de la Alianza habían gastado gran parte de los misiles y de la metralla que les quedaba. Además, se veía superada en una proporción de casi dos a uno, y no importaba lo que los demás pudiesen pensar, porque Geary no creía que el espíritu combativo superior de la Alianza pudiese compensar aquella diferencia en la capacidad de disparo.

Capítulo 10

—Debe de ser la flota síndica principal —dijo Desjani, en tensión—. Su fuerza de ataque más importante. Es imposible que los síndicos de este sistema hayan pedido refuerzos y hayan aparecido tan pronto, por lo que seguramente ya se dirigían aquí por alguna otra razón.

—Qué suerte —dijo Geary entre dientes. La puerta hipernética estaba en aquel momento a casi cinco horas luz de distancia, por lo que la flotilla que acababan de ver llegar había aparecido hacía cinco horas. No obstante, el enemigo había visto la flota de la Alianza en cuanto llegaron, por lo que habían gozado ya de ese tiempo para analizar la situación y trazar un plan—. Tenemos que acabar con la flotilla con la que estamos luchando. Después podremos...

—Naves enemigas alejándose —anunció un consultor, contrariado.

—¡Qué hijos de puta! —Estaba claro, la flotilla síndica con la que estaban peleando, en lugar de maniobrar para enfrentarse en una nueva pasada, avanzaba en dirección contraria, acelerando a más de una décima de velocidad luz para ampliar distancias con la flota de la Alianza lo más rápido posible—. En lugar de acercarse, se distancia de nosotros. Están rompiendo el contacto.

Además de la luz, desde la puerta hipernética habían llegado nuevas órdenes para los síndicos con los que se estaban enfrentando. Cuanto más veía alejarse la flotilla enemiga, más seguro estaba de ello.

—Cobardes —gruñó Desjani. Luego sacudió la cabeza—. Les han ordenado que esperen hasta que la flotilla grande se acerque lo suficiente a nosotros.

—Sí. —Geary analizó la flota de la Alianza, y a las síndicas, y luego su nivel de combustible—. No tenemos suficientes células como para alcanzarlos sin quedarnos en niveles críticos.

—¡Salta a Branwyn! —dijo de repente Rione casi gritando, como si no entendiese por qué nadie lo había dicho todavía—. ¡Sigamos adelante, hacia el punto de salto, y vayamos a Branwyn! ¡Les hemos hecho más daño del que ellos nos han hecho a nosotros, así que ya no es deshonroso abandonar el campo de batalla!

Desjani sacudió la cabeza.

Geary miró a Rione.

—No podemos. La flotilla que se está alejando de nosotros se mantendrá a la suficiente distancia como para cargar si avanzamos hacia el punto de salto. Si lo hacemos, tendremos que disminuir la velocidad para atravesar el campo de minas que han dejado a la entrada. Entonces esperarán a que reduzcamos al máximo para rodearnos, y nos pulverizarán.

—Seríamos blancos fáciles —añadió Desjani con voz tensa.

—¿No podemos hacer nada para evitarlos? —preguntó Rione.

Entonces fue Geary quien negó con la cabeza.

—Ellos no tienen naves auxiliares que entorpezcan su paso, y pueden dejar las naves dañadas atrás cuando carguen contra nosotros, por lo que no podemos enfrentarnos a ellos. Incluso aunque no tuviésemos que preocuparnos por las auxiliares, tendríamos que seguir teniendo en cuenta las naves dañadas. —Señaló a la pantalla—. Los síndicos con los que hemos estado luchando intentarán evitar que usemos el punto de salto a Branwyn, o en todo caso nos harán bastante daño si lo intentamos. Mientras tanto, la nueva flotilla que acaba de llegar avanzará hacia nosotros, sabiendo que no podremos escapar a través del punto más cercano sin sufrir pérdidas importantes. En cuanto la nueva flotilla esté suficientemente cerca, nos atacarán las dos a la vez.

Desjani asintió con la cabeza, con una expresión desalentadora.

—¿Me está diciendo entonces que lo que va a hacer es quedarse quieto, esperando? —preguntó Rione, incrédula.

—No si puedo evitarlo. —Se acomodó en el asiento, intentando pensar. Una cosa estaba clara: tenía que establecer un nuevo rumbo—. A todas las unidades, alteren su curso veinte grados en dirección ascendente, diez grados a estribor en cuatro tres.

Y ahora, ¿qué? Los superaban en número por bastante, y la situación no iba a mejorar. Había una posibilidad, una pequeñísima posibilidad, si se le ocurría algo brillante para salir de la situación. Era imposible hacerlo sin perder la mayor parte de las naves. Las que sobreviviesen a aquello no tendrían ninguna oportunidad de alcanzar el espacio de la Alianza y al final también se perderían. Una victoria en aquel momento requería el sacrificio de la flota, y al final lo único que conseguirían es detener otra vez la guerra durante un tiempo. Tanto la Alianza como los síndicos se verían obligados a detener la ofensiva mientras reconstruyesen sus flotas, y después volverían de nuevo, seguirían con aquella guerra aparentemente interminable. Por lo menos hasta que los gobiernos de los Mundos Síndicos y de la Alianza colapsasen y los asentamientos humanos se viesan abocados a la anarquía militar.

Incluso aunque consiguiese salir victorioso de aquí, lo cual es más que improbable puesto que el enemigo nos supera en número por bastante, lo único que conseguiría sería postergar lo inevitable y ver a los síndicos destruir la flota mientras se recomponen para atacar finalmente a las fuerzas debilitadas de la Alianza que defienden nuestro espacio.

Desjani se estaba mordiendo el labio inferior, con expresión decidida. Haría lo que Geary ordenase, segura de que fuese lo que fuese, los llevaría a la victoria. Este echó un vistazo al resto de las personas que había en el puente del *Intrépido*, y lo que vio fueron variantes del mismo miedo en cada uno de los consultores, acompañado de la valentía que permitiría a aquella tripulación cargar hacia el enemigo sin importar el temor que sintiesen. Avanzarían hacia la muerte si Geary se lo pedía, de eso no había

duda, dando el máximo para conseguir la victoria, por muy difícil que fuese conseguirlo.

Sin embargo, ya había visto a lo que ese tipo de actitudes podían conducir. La *Paladín* había mostrado los mismos deseos de lucha hasta la muerte, y ese precisamente había sido el resultado. No podía pedirles que se sacrificasen solo porque estuviesen dispuestos a obedecerle con todas las consecuencias. Tenía que asegurarse de que habría alguna posibilidad razonable de que su sacrificio sirviese de algo.

Vale, ¿qué opciones hay? Acabar con la formación síndica con la que habían estado luchando antes de que llegase la nueva, y luego escapar a Branwyn. No funcionaría a menos que la persona al mando de aquella fuerza síndica fuese un idiota redomado, y no parecía ser el caso. Además, les habían ordenado claramente que no entablasen combate con Geary a menos que la flota de la Alianza intentase escapar antes de que la nueva flotilla síndica llegase.

¿Enfrentarse a la nueva fuerza enemiga? ¿Cargar contra ellos y esperar que una estrategia mejor compensase la superioridad numérica enemiga? Aquello era hilar fino, sobre todo teniendo en cuenta que la flotilla a la que se habían enfrentado ya se abalanzaría sobre ellos, y tal y como le había dicho a Rione, podía alcanzar más velocidad que la Alianza. Al final acabaría enfrentándose a los dos a la vez, y teniendo enfrente a dos formaciones como aquellas, seguramente serían capaces de eliminar las naves auxiliares aunque Geary consiguiese evitar que destruyesen al resto de la flota.

¿Y si escapaba como alma que lleva el diablo? ¿Hacia dónde? Incluso si obviaba el hecho de que gran parte de sus oficiales se opondrían a huir del enemigo en aquellas circunstancias, el no poder alcanzar más velocidad que los síndicos era un problema, y, además, salir por el punto de salto de T'negu los metería de lleno en un laberinto de minas, con las fuerzas enemigas justo detrás de ellos. Era posible que avanzando hacia el espacio profundo evitase a los síndicos, pero también significaría suicidarse poco a poco puesto que se quedarían sin células de combustible y sin ninguna estrella cercana.

Siempre quedaba la opción de volver al punto de salto de Ixion, aunque la fuerza que habían dejado atrás seguramente aparecería por allí en cualquier momento y...

Vale. Tenemos una opción. Quizá no sea la opción que Black Jack elegiría, pero yo tampoco soy Black Jack.

Por lo tanto, el plan era correr hacia la salida, probablemente más segura, fuera del sistema estelar, sin que pareciese que estaba escapando. Por suerte, y por una vez, el hecho de esperar refuerzos enemigos le ofrecía la posibilidad de sacar provecho y ocultar sus verdaderas intenciones, no solo a sus enemigos, sino también a su propia flota.

—Necesitamos más tiempo, y necesitamos enfrentarnos a esas flotillas por separado —dijo Geary a la vez que se daba cuenta de que todo el mundo estaba esperando que hablase—. La única forma de conseguirlo es engañarlos para que nos sigan. Podemos hacerlo si nos enfrentamos a los refuerzos síndicos que van a llegar a este sistema.

Señaló el visor.

—Volvemos a... avanzar hacia el punto de salto de Ixion. Esperaremos a que en cualquier momento aparezca por el punto de salto la fuerza síndica que dejamos atrás. Si estamos lo suficientemente cerca cuando aparezcan, los machacaremos. —Esta solo estaba formada por cuatro acorazados y cuatro cruceros de batalla—. La flotilla enemiga con la que hemos estado luchando intentará rescatar a la recién llegada, lo cual nos permitirá destrozarlas a los dos.

—Pero todavía quedaría la flotilla grande —dijo Rione.

—Sí, en efecto. Tenemos que ver cómo reacciona y atacarla en cuanto tengamos oportunidad. —No les mientas. Allana el terreno para una huida de este sistema estelar—. No podemos enfrentarnos a todas a la vez. Tenemos que hacerlo una a una.

La capitana Desjani estudió el visor durante un rato, y luego sonrió.

—No vamos a retirarnos.

—No, capitana —respondió Geary sonando lo más convincente que pudo—. Solo cambiamos de objetivo.

Repitió la frase en la reunión de oficiales de la flota, preparada unos diez minutos después de que la Alianza alterase su curso hacia el punto de salto de Ixion.

—Estamos cambiando nuestro objetivo.

La respuesta fue un largo silencio, en parte porque los oficiales al mando tenían que entender el nuevo plan, y en parte porque la señal necesitaba tomarse su tiempo para viajar hasta los diferentes puntos de la formación.

—No sabemos si la otra fuerza síndica va a salir por ese punto de salto —afirmó la capitana Crésida. Aunque le era leal, quería luchar contra los síndicos.

—Espero que lo hagan, y creo que tenemos buenas razones para pensar que será así (razones posibles, al menos). Tenemos que forzar a la flotilla síndica Bravo a establecer voluntariamente combate, puesto que nosotros no podemos perseguirlos dado el estado de nuestras reservas de células de combustible. —Varios oficiales se giraron para mirar a los de las auxiliares, como si fuese culpa suya—. Si luchamos contra la flotilla síndica de Ixion, se verán superados por bastante, por lo que la Bravo acudirá en su ayuda. Si no es así, la destruiremos.

Geary se esforzó por mostrar confianza, y sonrió.

—Por supuesto, pretendemos eliminar la flotilla que viene de Ixion y luego encargarnos de la Bravo en cuanto intente salvar a sus compañeros.

Tulev asintió con la cabeza, con más determinación incluso de la normal.

—Tenemos que eliminar las flotillas enemigas poco a poco, una a una. Si se unen o se acercan lo suficiente como para coordinar sus ataques, estaremos en una situación bastante comprometida.

—No es momento de mostrarse tímidos —objetó el capitán Casia—. Si viramos y perseguimos a la flotilla con la que ya hemos estado peleando, podemos acabar con ellos y centrarnos en los demás.

—Nos dejarían sin combustible, y luego iríamos a la deriva hasta que nos hiciesen añicos —dijo Duellos visiblemente enfadado—. Se llama física. Puede hacer una simulación usted mismo si quiere. Acaba de perder un acorazado de su división porque una oficial pensó que ser atrevida era lo mismo que ser inteligente. ¿Es que no ha aprendido nada de la pérdida de la *Paladín*?

—¡La flota de la Alianza lucha! —insistieron otros oficiales—. ¡No huiremos!

—¡Modificar la táctica no es lo mismo que huir! —afirmó la comandante Gaes—. ¡Estamos en Lakota! Hemos atacado un sistema estelar potente. ¿Le llaman a eso huir?

—Debemos replantear el ataque —dijo la comandante Yin de repente.

Geary la miró inquisitivamente, sorprendido de que volviese a atraer la atención después de pasar relativamente tranquila las últimas reuniones. También era cierto que la capitana Midea había ejercido de líder del bando de oficiales problemáticos las últimas veces, al mismo tiempo que perdía el control cada vez más. Ojalá se hubiese dado cuenta de lo que Midea estaba haciendo, de la falta, cada vez mayor, de discreción. Ojalá hubiese encontrado una razón para relevarla antes del último combate. Pero tampoco podía haberlo hecho porque todo el mundo lo vería como un intento por silenciar a cualquiera que dijese algo que no quería escuchar. Así pues, respondió de forma calmada y firme.

—Explíquese, por favor.

Yin miró en varias direcciones bastante rápido, nerviosa.

—Es evidente que los movimientos de la flota se ven condicionados por algunas de las naves. Algunas no son tan rápidas como otras, y eso nos limita a la hora de luchar. —Aquello era verdad, pero Geary esperó, sin dejarse llevar por la tensión que observaba en la comandante Yin—. Algunas de las naves, las auxiliares, son más lentas por el mero hecho de su diseño. Otras lo son temporalmente debido a los daños sufridos, como mi propia nave, la *Orión*.

Gran parte de los oficiales la escuchaban mirándola con los ojos entreabiertos, como preguntándose adónde quería llegar. Yin tragó saliva, y continuó:

—Es evidente. Envíe las naves más lentas a un lugar seguro de modo que el resto de la flota pueda pelear sin obstáculos.

—¿Un lugar seguro? —preguntó Duellos.

—Ixion. Ya estamos yendo hacia allí de todos modos. Acerquémonos al punto de salto, que una formación con las naves dañadas y las auxiliares salten hacia Ixion, y el resto de la flota podrá maniobrar y luchar con mayor libertad.

La respiración de la comandante Yin se había acelerado, mientras miraba sus nerviosas manos jugar sobre la mesa.

No era una sugerencia totalmente ilógica, si es que alguien confiaba en la comandante Yin. Su comportamiento delataba que incluso ella misma estaba preocupada sobre cómo reaccionarían los demás oficiales. Después de un largo e incómodo periodo de silencio, Duellos volvió a tomar la palabra con un tono engañosamente apacible.

—Interesante. Podría decirse incluso que el propio capitán Numos habla por su boca. La voz de la comandante Yin, pero en apariencia las palabras de Numos. Qué extraño, ¿verdad?

Yin se revolvió en su asiento.

—El capitán Numos es un oficial veterano curtido en mil batallas.

—A las que sobrevivió gracias a escapar —dijo bruscamente la capitana Crésida—. ¡Exactamente lo mismo que pretendía en el sistema nativo síndico! ¡La flota a cambio de su cuello!

Entonces se formó un tumulto. Algunos gritaban contra Yin, otros contra Crésida. Geary buscó los controles y pulsó todos los botones, lo cual hizo que la sala entera quedase en silencio. La posibilidad de hacer que todos se callasen, tal y como había hecho ese mismo instante, era de las pocas cosas que le gustaban de estar al mando.

—Escúchenme todos. Este tipo de discusiones no conducen a ninguna parte. Nuestros enemigos son los síndicos. Capitana Crésida, es verdad que se ha acusado al capitán Numos de abandonar sus responsabilidades mientras la flota se enfrentaba al enemigo, pero todavía no ha sido condenado.

Crésida pareció contrariada, pero asintió con la cabeza.

—Lamento haber hecho ese comentario sobre un compañero oficial, señor.

—Gracias. En estos momentos, comandante Yin, se supone que el capitán Numos tiene solo el contacto humano necesario como para continuar con su tratamiento. Por lo tanto no debería dar consejos sobre cómo debe actuar su nave o esta flota. ¿Es que ha realizado alguna consulta con él sobre estos temas?

Yin miró en todas direcciones excepto en la que se encontraba Geary.

—No. No, señor.

Deseaba llevarla abajo, a la sala de interrogatorios de la sección de Inteligencia del *Intrépido*, para comprobar lo que los sensores decían de afirmaciones como esa. Estaba seguro de que mentía. Duellos tenía razón: aquellas palabras y aquella sugerencia sonaban demasiado al capitán Numos. Este lo habría recitado con tono casi despectivo en lugar de aquella ansiedad que había mostrado la comandante Yin,

pero también era cierto que Geary sospechaba que Numos tenía mucha más experiencia en aquello de mentir para sacar provecho.

Si Geary necesitase la confirmación de que Numos seguía operando en su contra, pese a ser relevado del cargo de la *Orión* y de estar arrestado, la tenía.

Duellos volvió a hablar con tono profesional y distante.

—Yo recomendaría que no siguiésemos la sugerencia que la comandante Yin acaba de darnos. ¿Cómo podemos estar seguros de que vamos a poder reunirnos con las naves dañadas y las auxiliares? Esa fuerza estará en una situación bastante cómoda, con toda la capacidad de reabastecimiento para ella, con la que incluso podrían llegar al espacio de la Alianza. Claro que esto es solo una hipótesis, puesto que sé que la comandante Yin nunca consideraría la opción de abandonar al resto de la flota. Aunque claro, el resto estaría aquí luchando a muerte, y seguramente no habría muchas unidades síndicas preparadas para salir tras ellos al momento para perseguirlos en cuanto marchasen hacia Ixion. Ahora, claro está, como ya he dicho, esto es solo una teoría que seguramente no se le pasaría por la cabeza a ninguno de los oficiales de la flota.

Yin miraba a Duellos, pálida como un cadáver. Había pronunciado su nombre de forma que dejaba clara la idea de que algún otro oficial de la flota podría intentar abandonarlos. Numos estaba arrestado en la *Orión*, pero si esta se separaba del resto de la flota, ¿seguiría estándolo?

A pesar de obligar a Crésida a que se disculpase, Geary sabía de sobra que Numos escaparía como una rata si asumía el mando de esa formación y de las naves auxiliares, con sus suministros incluidos.

Nadie dijo nada. Rione miró a Geary impaciente, y luego movió la cabeza como queriendo recordarle que la reunión seguía adelante.

Este, por su parte, estudió las expresiones de los oficiales que había en torno a la mesa. Se sintió liberado al ver que aparentemente casi nadie apoyaba la sugerencia de la comandante Yin.

—Gracias, comandante —dijo, sin más—, pero no creo que sea adecuado seguir su sugerencia. Esta flota se mantendrá unida, y volverá unida al espacio de la Alianza. —Por las caras que habían puesto sus oficiales, se dio cuenta de que había dicho lo correcto—. Sé que todos están excitados y enfadados por los sacrificios de la *Afamada* y la *Paladín*. Destruyamos más naves síndicas en el nombre de esas aguerridas naves. —Se sintió como un hipócrita alabando a la *Paladín*, aunque su tripulación había muerto con coraje. No debía tenerla en baja estima solo porque su capitana les hubiese fallado—. Pero aprendamos al mismo tiempo de su ejemplo. Juntos, si nos mantenemos unidos, podremos destruir a los síndicos, pero si no lo hacemos, serán ellos quienes nos destruyan a nosotros.

Parecía que nadie estaba preparado para discutir aquello, todavía con la imagen

de la *Paladín* en sus retinas, pero Armus, oficial al mando del acorazado *Coloso*, frunció el ceño mientras miraba el visor, dubitativo.

—Capitán Geary, la nueva fuerza síndica, la que nos supera en número, podría interceptarnos antes de que lleguemos al punto de salto de Ixion.

—Es verdad, al menos si mantenemos el mismo rumbo y la misma velocidad. Lo que vamos a hacer es intentar despistar a los síndicos para que no intenten interceptarnos. —Señaló hacia el visor—. Están a cinco horas luz de nosotros, por lo que no sabrán que nos dirigimos al punto de salto hasta dentro de otras cinco horas. Haremos algunas modificaciones en el camino que seguiremos hasta allí, lo suficiente como para confundirlos cuando intenten interceptarnos con horas de retraso.

Armus asintió a regañadientes.

—¿Y qué vamos a hacer si la nueva flotilla consigue alcanzarnos? Sobre todo si la flotilla síndica Bravo sigue intacta y preparada para abalanzarse sobre nosotros al mismo tiempo.

Todo el mundo miró a Geary, esperando su respuesta ante la peor situación posible. En realidad no podía ofrecer un plan detallado, no al menos sin saber cómo se posicionaría el enemigo, cuáles serían sus formaciones y un sinfín de detalles de los que dependía. Lo único que se le ocurrió decir fue:

—¿Que qué vamos a hacer? Luchar al máximo, y hacer que se arrepientan de habernos alcanzado.

Nadie dijo nada más, por lo que Geary asintió con la cabeza, educadamente.

—Eso es todo. Capitán Casia, capitán Duellos, quédense un momento, por favor.

Las imágenes de los demás oficiales se desvanecieron rápidamente, mientras Casia y Duellos se miraban con aspecto desafiante. Desjani también se quedó, pero se mantuvo fuera del alcance del software de conferencias para que Geary mantuviese la privacidad con el resto de oficiales. Rione se quedó sentada, observando.

—Capitán Casia —dijo Geary con tono serio—, mis condolencias por la pérdida de la nave *Paladín*, ya que formaba parte de su división. —Casia, que parecía desear acusarlo de ser el responsable de lo que le había sucedido a la nave, asintió bruscamente—. Eso es todo.

Duelos suspiró después de que Casia se hubiese marchado.

—Seguramente se están preguntando si deshacerse de una bala perdida como Midea vale una nave como la *Paladín*.

—Es lo más seguro. Lamento la pérdida de la *Afamada*.

—Gracias —Duelos sacudió la cabeza—. A veces todo depende de la suerte, buena o mala, ¿no? Me gustaba la *Afamada*, me gustaba su oficial al mando, y su tripulación. Pasará bastante tiempo antes de que deje de contemplar el visor esperando verlos en mi formación. —Suspiró—. Aunque la mayoría de la tripulación consiguió escapar, que ya es bastante. —Se despidió con un saludo militar—.

Esperemos que las cosas no empeoren.

—Es por lo que estoy rezando ahora mismo.

Geary respondió con otro saludo militar, y Duellos desapareció.

Desjani volvió a acercarse a Geary en cuanto se desvaneció el oficial, y miró a Rione, que permanecía sentada, observando, con gesto de disculpa.

—Señor, me gustaría decir que... que sé lo duro que debió de ser para usted ver lo que le pasó a la *Afamada*. Después de lo de Grendel, quiero decir.

Geary asintió con la cabeza. Desjani se había percatado, claro.

—Sí. Me ha traído a la mente malos recuerdos. —Hizo una pausa, mientras estos volvían vívidamente a su cabeza. Para él, aquella batalla había tenido lugar hacía solo unos meses, aunque para Desjani, Rione y los demás hubiese sucedido hacía un siglo—. Tuve que dar esa misma orden; que el personal no esencial fuese evacuado en cápsulas de escape. Fue difícil hacerlo. Mi oficial ejecutivo no se marchó. Dijo que ella era esencial.

Podía verla todavía con facilidad, puesto que aquellos recuerdos, para él, eran recientes. Capitana de corbeta Decala. Era una buena oficial, que se negó a abandonar su puesto, manteniéndose firme con ojos llenos de determinación y tormento.

—Le dije que se marchase. Se lo ordené directamente, personalmente. Pero no lo hizo. —Suspiró profundamente al recordar, al volver a sentirlo—. Le dije que la Alianza la necesitaría, que necesitaría buenos oficiales para defenderse de los síndicos, para devolverles aquel ataque sorpresa. Le dije que su deber le obligaba a abandonar la nave. Al final lo hizo.

Desjani asintió con la cabeza, con expresión solemne.

—¿Sabe qué fue de ella?

—Sí. Hace un mes me decidí finalmente a buscar su nombre en el informe oficial de bajas. —Le costó un mundo. Casi no quería ni pensar en lo que habría sido de la capitana de corbeta Decala y del resto de su vieja tripulación que había sobrevivido—. Murió cinco años después de lo de Grendel, cuando su nave fue destruida durante un asalto de la Alianza a un sistema estelar síndico.

Hacía noventa y cinco años de eso. Mientras sucedía, Geary hibernaba a la deriva. Desjani inclinó la cabeza.

—Mis condolencias, señor. Seguro que ahora descansa honorablemente con sus ancestros.

—Eso quiero pensar. —Geary se recompuso—. Gracias por preguntar, Tanya. Esta es una de esas cosas a las que antes o después tendré que enfrentarme.

Ella asintió con la cabeza de nuevo, se despidió y se marchó.

Entonces, Rione se levantó y caminó hasta Geary. Su expresión era inusualmente apagada.

—Hay cosas que nunca podré entender de verdad —dijo en voz baja.

—Hay recuerdos que nadie debería tener —respondió Geary—, pero así es la guerra.

Rione cerró los ojos durante un rato.

—Ahora tengo más recuerdos de ese tipo, así que sé a qué te refieres. Dime la verdad, John Geary, ¿crees todavía que la flota puede salir de este sistema estelar?

—No lo sé. Por mi honor que no lo sé, Victoria, pero tendremos que intentarlo.

Habían pasado siete días desde que habían llegado por el punto de salto a Lakota, hasta llegar a los alrededores del de Branwyn. En ese momento la flota de la Alianza estaba dando la vuelta, avanzando de nuevo a través de aquel sistema estelar. Geary los había orientado deliberadamente hacia el punto de salto de Seruta, y mantuvo esa velocidad durante una hora con la esperanza de que la nueva y grande flotilla síndica siguiese ese mismo rumbo. Luego volvió a dar la vuelta en dirección a las proximidades del punto de salto a Ixion.

Tal y como había temido, la formación síndica Bravo se había posicionado a veinte minutos luz de la zona de popa de la flota de la Alianza. Suficientemente cerca como para vigilarlos y abalanzarse si era necesario, y a la vez suficientemente lejos como para dar la vuelta y acelerar en dirección opuesta si las naves aliadas intentaban entablar combate.

Lo único bueno de la situación era que, por lo menos, estaba recuperando cierta potencia de artillería en lugar de tener que ir a poca velocidad sin mayor recompensa. Por fin habían reparado lo suficiente la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa* como para tener una capacidad de combate adecuada para proteger las naves auxiliares si fuese necesario. Poner el destino de unas naves tan valiosas como las naves auxiliares en manos de acorazados con aquellos historiales suponía un acto de fe, pero la moral de sus tripulaciones necesitaba tanta o más atención que sus naves.

Al final del primer día estaba claro que la flotilla síndica Delta, la nueva y enorme fuerza de combate enemiga que había llegado a través de la puerta hipernética, iba tras la flota de la Alianza tan rápido como podía.

—Cero con quince velocidad luz —destacó Desjani—, y subiendo hasta casi cero con dos.

Normalmente aquello habría sido una buena noticia. A esa velocidad, la distorsión relativista provocaría con facilidad errores en los sensores que se encargan de analizar el exterior de las naves. Teniendo en cuenta la distancia que la flotilla Delta tenía que recorrer, un error mínimo podía marcar una gran diferencia. Desafortunadamente, en aquella ocasión la flotilla Bravo se mantenía detrás de la zona de popa de la flota de la Alianza, y a su misma velocidad, cero con uno c, de forma que podía informar con precisión a la flotilla Delta.

—Al final está claro que nos alcanzarán antes de que lleguemos al punto de salto

de Ixion —dijo Desjani—. Es un trayecto bastante largo, pero van al máximo, y gozan del apoyo de la flotilla Bravo, que los informan a larga distancia sobre nuestra estrategia.

—Nos alcanzarán justo un par de horas antes de que lleguemos —comentó Geary. No tuvo que mencionar lo que ya sabían, que serían unas dos horas muy largas.

—Eso si todos seguimos al mismo ritmo, sin variación. En cuanto establezcamos combate con los síndicos que salgan del punto de salto de Ixion, estas predicciones valdrán para poco. —Se inclinó hacia atrás, y cerró los ojos durante un rato—. Señor, no es conveniente enfrentarnos a la flotilla Delta, aunque tampoco es que tengamos muchas otras opciones.

Eso era noticia, Desjani aconsejaba actuar con cautela.

—¿Eso cree? —dijo Geary, preguntándose cuál sería su razonamiento.

—No estamos en la mejor situación para enfrentarnos a una fuerza de ese tamaño —comenzó a explicarse Desjani—. Estoy segura de que usted ya se ha dado cuenta, pero a mí me ha costado. Si pudiésemos deshacernos de la flotilla Bravo antes de que la Delta nos intercepte, sería bastante distinto, pero a menos que la flotilla de Ixion aparezca en breve, no creo que podamos hacerlo.

—Pienso lo mismo.

—Lo sabía. —Desjani asintió con determinación, abrió los ojos, y lo miró—. Tenemos que enfrentarnos a esos síndicos imponiendo nuestras condiciones. Usted mismo lo ha dicho muchas veces. Ver lo que le sucedió a la *Paladín* hace un día... bueno, fue como si de repente viese más y más unidades de la flota de la Alianza hacer lo mismo, década tras década, abalanzándose con sus naves y sus tripulaciones hasta desaparecer. Quiero decir, es algo honorable y valeroso, pero no es que haya servido para demasiado, ¿verdad?

—No. —Geary hizo una mueca—. A veces lo más valeroso es evitar el combate.

—¿Aunque lo acusen de cobarde? —La expresión de Desjani se endureció—. Sí. Aunque últimamente me han acusado de otras cosas. Vamos a saltar a Ixion en cuanto podamos, ¿verdad, señor?

—Sí, si consigo llegar sin enfrentarme a la flotilla Delta, lo haré.

—Bien. —Después de sorprenderlo al mostrar aquel nuevo criterio de combate, Desjani sonrió—. Mataremos más síndicos en cuanto los tengamos en el lugar y en el momento adecuado.

Teniendo en cuenta cómo iban las cosas, las palabras que acababa de pronunciar tenían la virtud de ser ciertas además de simples.

—Exacto.

—¿Y qué pasa con Seruta? —preguntó Rione mientras miraba el sistema estelar en el camarote de Geary—. Si los esquivamos por ahí...

Geary negó con la cabeza, y ella dejó de hablar.

—El mayor problema de eso es que ese punto de salto está cerca de la flotilla síndica Delta. Nos interceptarían antes, y tendríamos que luchar durante más tiempo para llegar al punto de salto. —Observó la estrella—. Otro problema menor, pero también importante, es que no sabemos lo que los síndicos pueden tener allí. Por lo que dicen las guías estelares que conseguimos sobre Seruta, es un sistema bastante pobre y antiguo. No hay ningún planeta, solo nubes de asteroides orbitando alrededor de una enana roja moribunda, y tampoco hay metales interesantes en los asteroides. Lo único que los síndicos han tenido allí es una estación de emergencia, que abandonaron hace mucho tiempo. Podríamos encontrarnos alguna sorpresa desagradable, y sabemos que fuera de eso no vamos a toparnos con nada útil.

Rione se recostó frunciendo el ceño.

—¿Entonces vamos a seguir avanzando hacia el punto de salto de Ixion? ¿Incluso sabiendo que los síndicos nos alcanzarán antes de que lleguemos?

—Intentaré hacer algunas maniobras para que no nos alcancen tan rápido.

—¿Intentaré? —Rione sacudió la cabeza—. Qué poco esperanzador, John Geary. ¿Cómo hemos llegado a esta situación?

—Hemos tenido muy mala suerte. Si no hubiese aparecido la flotilla Delta, habría terminado con la Bravo, por lo que ya no sería una amenaza, y luego habríamos ido a Branwyn. —Geary observó las profundidades del visor estelar—. Y malas decisiones. Malas decisiones que yo he tomado. Fue cosa mía venir a Lakota, y al final ha sido una gran equivocación.

—¿Por qué?, ¿porque no sabías que ibas a tener muy mala suerte? —Rione se acomodó al lado de Geary y apoyó la cabeza sobre su hombro—. No debes culparte por ello. Y ya sabes que yo soy experta en eso de culparse.

—Se me hace raro que no estés machacándome por haber metido la pata y ser demasiado agresivo —dijo Geary.

—Ya te dije que no me gusta ser previsible.

Se incorporó y lanzó un gemido de exasperación.

—A lo mejor es que nuestro destino no es volver a casa. Quizá lo que hemos aprendido es demasiado peligroso.

—No voy a aceptarlo sin más.

—Bien. —Se puso en pie—. Tengo que hacer las paces con alguien, si es que soy capaz. Puede que no disponga de muchos más días para hacerlo.

¿Con Desjani?

—¿Con quién?

—Con mis antepasados. Nos vemos luego.

—¿Te importa si te acompaño?

Rione volvió a fruncir el ceño.

—No eres mi marido. No tienes derecho a estar allí conmigo.

—Lo sé. No me refería a acompañarte tan lejos. Yo también quiero hablar con mis antepasados.

Rione se relajó.

—A lo mejor tienen algún buen consejo.

—Y si no lo tienen, siempre te tengo a ti.

Ella puso los ojos en blanco durante un instante.

—Consejos me sobran. Ahora, que sean buenos ya es otra cosa.

—Me dijiste que venir a Lakota era una estupidez y una locura —comentó Geary—, y parece que tenías razón.

Aquello pareció sorprender un poco a Rione.

—Creo que lo que dije fue que tú eras un estúpido, y que Falco estaba loco. Venga, vamos. Que la tripulación vea a su héroe y a su amante obrando del modo correcto y piadoso. Luego, si mis antepasados no me han pulverizado, podemos volver y comparar lo que nos han dicho, ya sea en forma de aviso o de inspiración.

Geary se levantó, mientras reía ligeramente.

—Menuda gracia lo de basar operaciones militares en eso, ¿eh? Signos y augurios. Como si fuésemos ancestros esculcando las estrellas, preguntándonos dónde estamos.

Rione, que ya caminaba hacia la escotilla, se paró y lo miró con expresión severa.

—Nuestros antepasados creían que las estrellas eran dioses, John Geary. Nosotros hacemos lo mismo, aunque a nuestra manera. En realidad no somos tan distintos. Ellos vivieron hace un instante si lo comparamos con la edad del universo, y pasaron sus vidas intentando entender dónde estaban y qué debían hacer con el regalo que eran sus vidas. Es algo que intento no olvidar nunca.

Él asintió, a la vez que se preguntaba sobre la mujer que había dentro de Victoria Rione.

Estaban ya a medio camino del punto de salto de Ixion, y la flotilla síndica Bravo continuaba tras ellos como una vieja espada preparada para caer sobre sus cabezas. Por su parte, la flotilla Delta, que avanzaba trazando un arco a través del sistema estelar Lakota, se cruzaría con el curso que seguía la flota de la Alianza a unas dos horas del punto de salto. La flotilla síndica Alfa patrullaba la puerta hipernética, esperando como un centinela la embestida cada vez más desesperada de la flota de la Alianza. Por otra parte, no había ni rastro de la flotilla síndica que supuestamente debería llegar desde Ixion.

Puesto que no había recibido ningún presagio ni ninguna inspiración de sus antepasados, Geary permanecía sentado, observando la lenta marcha de las formaciones a través del sistema estelar Lakota. Todos los ejemplos que había podido

encontrar de flotas en una situación parecida a la suya habían terminado del mismo modo, y no era un buen final precisamente.

Intentó ignorar el dolor de cabeza incipiente causado por el estrés. ¿Cómo habían llegado a aquello? Si al menos no lo hubiesen cogido por sorpresa continuamente, si no lo hubiesen forzado a cambiar de plan cada vez que se presentaba una flota nueva... En lugar de llevar la iniciativa, parecía que lo único que había podido hacer era reaccionar ante los movimientos constantes del enemigo.

Reaccionar a los movimientos del enemigo.

Los síndicos eran más rápidos. Tanto la flotilla Bravo como la Delta podían superar a la flota de Geary en velocidad. Era una ventaja clara, pero las naves lentas podían girar con más precisión, aunque precisión tampoco implicaba exactamente virar con un radio diminuto a cero con cero cinco c. Lo habían cogido desprevenido varias veces. A lo mejor, si hallaba un modo de desconcertar a ambas flotillas síndicas...

No era un gran plan, pero al menos era algo.

La cara del comandante Suram, oficial al mando de la *Guerrera*, se volvió para mirarlo con cierto recelo, indudablemente a la espera de malas noticias. Suram había sido el oficial ejecutivo del antiguo capitán Kerestes, pero ¿cómo era en realidad? Nadie lo sabía. Sin embargo, era el momento de darle una oportunidad.

—Comandante Suram. Las *Guerrera* ha hecho un trabajo extraordinario para reparar el daño sufrido durante el combate. Sus escudos están totalmente operativos, al igual que la mitad de sus baterías de lanzas infernales.

Suram asintió.

—Así es, señor. Aunque no hemos podido reparar todavía todas nuestras defensas, y nuestro sistema de propulsión está todavía al setenta y cinco por cierto de su capacidad.

—Es más que suficiente como para tener que mantenerse todavía con las naves auxiliares. Comandante Suram, deseo encomendarle una misión especial a la *Guerrera*. Además, lo voy a poner al cargo de la *Orión* y de la *Majestuosa*.

Aquello sorprendió al oficial.

—¿Disculpe, señor?

—Necesito que alguien proteja las naves auxiliares, comandante —dijo Geary con una expresión adusta y severa—. Si las perdemos, la flota no tendrá nada que hacer, ya lo sabe. En cuanto volvamos a enzarzarnos con los síndicos, sus dos flotillas nos atacarán desde varios puntos, y me resultará muy difícil asegurarme de que la *Titán*, la *Hechicera*, la *Genio* y la *Trasgo* no sufran daños, o de evitar que sean destruidas. Quiero que la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa* se peguen a las auxiliares como si estuviesen atadas a ellas. Quiero que bloqueen físicamente

cualquier intento síndico de dañarlas, si fuese necesario, y quiero que destruyan cualquier nave síndica que intente acerc rseles.  Podr  hacerlo, comandante Suram?

Suram se enderezó, serio.

—S , señor.

—Supongo que entiende que le estoy confiando la tarea más importante de la flota. Para esta tarea no puedo permitirme prescindir de ninguna nave capital, ni de ninguna nave menor. Necesito saber que har  todo lo necesario para mantenerse pegado a las naves auxiliares.

—La *Guerrera* quedará reducida a escombros antes de que las auxiliares reciban el menor daño —afirmó Suram—. S  que tenemos algo que demostrar —dijo con tono severo—, tanto yo como la tripulación de mi nave. Perdimos a la *Polaris* y a la *Vanguardia* en Vidha. No nos separaremos de ellas mientras tengamos la capacidad de hacerlo. Lo juro por el honor de mis antepasados.

Geary era consciente de que todos le dirían que confiar en la *Guerrera* era una locura, y eso sin contar con la *Orión* y la *Majestuosa*, pero su instinto le aseguraba que ninguna otra nave tenía tanto que demostrar. Ahora bien, tampoco significaba que fuese a confiarle la misión a la comandante Yin, de la *Orión*, claro estaba. Eso sí que habría sido una locura.

—Si no lo considerase capaz de ello, no le habría asignado esta misión. D gasele a su tripulación, comandante. Estoy seguro de que la *Guerrera* llevará a cabo la tarea, o morir  en el intento.

Suram asintió de nuevo, y luego hizo un saludo militar.

—Gracias, señor. Recobramos nuestro honor o moriremos intentándolo.

Geary sonrió.

—Hágase un favor a usted, y de paso a nosotros, y recobre su honor sin morir en el intento. Deseo que su nave vuelva al frente de batalla.  Se lleva bien con los oficiales al mando de la *Orión* y de la *Majestuosa*?  Cree que seguirán sus  rdenes?

—Todos y cada uno de los oficiales y de las tripulaciones de la *Orión* y de la *Majestuosa* sabrán cuál es su misión, y sabrán que les ha dado una oportunidad, señor —afirmó el comandante Suram—. Gracias de nuevo, señor. Nuestras naves justificarán la confianza que ha depositado en ellas.

Un día para llegar al punto de salto. Pasó horas y horas mirando el simulador, en el que había una representación de la situación de aquel momento, con la flotilla Delta dispuesta según lo que parecía la usual formación de caja síndica, aunque en este caso bastante plana. La parte delantera apuntaba hacia la flota de la Alianza, como un fino muro que abarcaba todos los lados de la formación de la Alianza.

La otra formación síndica también había modificado su disposición, aplan ndose y orientándose para copiar el muro que formaba Delta, aunque al ser mucho menor en

número, dicho muro era bastante más reducido. Pese al daño que le había infligido la flota de la Alianza cerca del punto de salto, la Bravo todavía contaba con quince acorazados y diez cruceros de batalla. Había perdido bastantes naves de pequeño tamaño, pero aun así solo parecía una flotilla pequeña si se comparaba con los veintitrés acorazados y los veinte cruceros de batalla de la formación Delta.

A Geary le sorprendió que la Bravo no hubiese cargado contra la flota de la Alianza, aunque solo fuese para agitar a la tripulación de esta última y, quizá, hacer que perdiese más terreno al tener que esquivar las embestidas. *Vuelven a confiarse, ¿verdad? Creen que estamos atrapados, y que nuestro destino es inevitable.*

Ya lo veremos.

Una hora para que la formación síndica Delta alcance la flota de la Alianza. Geary se sentó en el puente del *Intrépido* y asintió con la cabeza como respuesta al saludo de Desjani. Rione se sentó en la parte posterior. En su expresión tan solo sus ojos delataban nerviosismo.

—Flotilla síndica Bravo acelerando —informó el consultor de navegación.

—Pretenden alcanzarnos al mismo tiempo que la flotilla Delta —dijo Desjani, como si estuviese comentando una simulación en lugar de la táctica real de una fuerza síndica abrumadora.

—No hay duda. —Geary estuvo de acuerdo—. Vamos a intentar fastidiarles los planes. —Manipuló los controles de comunicación—. A todas las unidades de la flota de la Alianza, dispónganse en formación Ómicron inmediatamente en cuanto reciban este mensaje. En este preciso instante les estamos enviando los detalles.

—¿Formación Ómicron? —preguntó Desjani. Posó sus ojos sobre el visor sabiendo que, al ser el buque insignia, el *Intrépido* serviría como punto de guía para el resto de naves, por lo que ellos no ejecutarían por el momento ninguna maniobra—. ¿Un cilindro, señor?

—Sí, así es. —Entendió de dónde procedía su sorpresa—. Tenemos dos ventajas sobre ellos. La primera es que al ser una fuerza menor, podemos conseguir que les resulte realmente complicado utilizar contra nosotros toda su superioridad numérica a la vez. Esas formaciones de caja que utilizan no pueden reajustarse suficientemente rápido como para contrarrestarlo. —*Espero*—. Y puesto que también somos más lentos, podemos virar con mayor precisión.

Las naves de la Alianza se entremezclaron hasta conformar la formación Ómicron. En lugar de generar un número de subformaciones separadas, la nueva disposición mantenía a todas las naves de la flota en un solo cuerpo. Además, no las dispersaba, haciendo que unas estuviesen lejos de otras, sino que las disponía con poca separación entre ellas, minimizando las distancias. El cilindro era pequeño solo si lo comparábamos con las grandes formaciones síndicas, por lo que la mayor parte

del muro compuesto por la flotilla Delta no sería capaz de entablar combate con la flota de la Alianza ni aunque ambas fuerzas se enzarzaran en un combate total.

Geary también había abandonado la práctica de situar la escolta ligera entre las naves capitales y el enemigo. Es lo que hacían normalmente, pero en este caso no pretendía entablar un combate normal. La parte exterior del cilindro Ómicron estaba formado por acorazados situados en la parte anterior y posterior, con los cruceros de batalla dispuestos a lo largo de la formación, en un cinturón situado en el centro, entre los primeros. Dentro del cilindro estaban los destructores y los cruceros ligeros. Los cruceros pesados se encargaban de cerrar ambos extremos del cilindro. Uno de ellos, además, estaba reforzado por las dos naves de reconocimiento. Finalmente, también situadas justo en el centro, tan protegidas como fuese posible, estaban las naves dañadas y las auxiliares, con la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa* a muy poca distancia.

—Treinta minutos para establecer contacto con la flotilla síndica Delta —anunció un consultor—. Veintiocho minutos para establecer contacto con la flotilla síndica Bravo.

Por fin la última nave de la Alianza se situó en su lugar en la formación. El cilindro estaba orientado a lo largo del camino hacia punto de salto de Ixion.

—El comandante de la formación Delta va a dejar que la Bravo nos alcance y entable combate primero para recibir nuestra primera oleada; luego entrará él para rematarnos y atribuirse el mérito —comentó Desjani—. Odio a los comandantes que hacen ese tipo de cosas.

—Este se va a quedar con las ganas. —*Espero*. Geary permaneció sentado, esperando, analizando la situación hasta que llegase el momento justo—. A todas las unidades, reduzcan la velocidad a cero con cero siete c.

Las naves síndicas estaban lo suficientemente cerca como para ver a la formación de la Alianza cambiar de disposición con solo unos minutos de retraso, pero se habían visto obligados a esperar a que se conformase antes de decidir la mejor manera de modificar la suya propia en consecuencia. Geary pudo presenciar que la formación síndica Delta se comprimía, haciendo el muro más bajo y más delgado, de modo que pudiesen atacar con más naves desde cualquier punto. No obstante, la orden de Geary de reducir la velocidad había hecho que estableciesen contacto antes de lo previsto.

—Diez minutos para establecer contacto con la Bravo. Doce minutos para establecer contacto con la Delta.

Ya estaban suficientemente cerca. La Bravo se aproximaba desde popa, reduciendo la velocidad, mientras la Delta avanzaba rápidamente desde uno de los flancos, todavía a cero con dos c. *Va a tener que frenar dentro de poco*.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza, que toda la formación pivote en dirección descendente noventa grados y vire a estribor setenta grados en tres uno.

Entonces empezaron a ejecutar otra compleja maniobra, con todas las naves moviéndose simultáneamente de manera que el cilindro acabase apuntando en dirección descendente, marcando un nuevo curso.

—La Delta está frenando —anunció Desjani justo después de que Geary diese la orden y el *Intrépido* se inclinase para apuntar en la misma dirección que el cilindro.

Teniendo en cuenta su velocidad, a la flotilla Delta le costaría ver bien la flota de la Alianza. Además, estaban realizando una maniobra de frenado bastante acusada, por lo que tampoco podían hacer mucho más por remediarlo.

La formación Bravo, que se acercaba desde detrás de la flota de la Alianza, intentó maniobrar para compensar el movimiento de los segundos, pero viró demasiado, y perdió terreno.

Una nube de misiles y de metralla salió disparada desde la formación Delta, y atravesó el espacio vacío en el que habían previsto que estuviese situada la flota de la Alianza.

La fina formación de caja de la flotilla Delta acabó sobrepasando el punto en el que debería haber estado la Alianza, mientras que el cilindro de esta se balanceaba hacia un lado, a una distancia extrema del alcance de lanzas infernales.

—Bien —dijo Desjani con un gesto de aprobación. No obstante, sus ojos permanecieron fijos en el visor al saber que aquello no había sido más que el primer movimiento.

Geary tenía la mirada estancada en el mismo punto. Le tocaba a los síndicos. *La Bravo se mantendrá cerca, preparada para abalanzarse sobre nosotros en cuanto nos estabilicemos. Por su parte, la flotilla Delta realizará una maniobra en dirección ascendente o descendente, creo, con objeto de simplificar la tarea de coordinarse para realizar un nuevo acercamiento. Por lo tanto, debo hacer que la flota se dirija hacia... allí.*

—A todas las unidades, viren a estribor ciento noventa grados en cuatro cuatro.

La flotilla Delta estaba realizando un viraje en dirección ascendente mientras la Bravo volvía a fallar al intentar corregir su posición para contrarrestar la maniobra de la Alianza, por lo que perdió todavía más terreno.

—A todas las unidades, alteren el curso veinte grados abajo en cuatro nueve. Que la formación pivote en dirección ascendente setenta grados en cinco dos.

Esta vez el cilindro de la Alianza acabó situado en una posición más horizontal con respecto al plano del sistema y avanzó por debajo de la formación Delta. Mientras, la Bravo comenzaba a frenar bruscamente para reducir su velocidad lo suficiente como para virar en el mismo radio que las lentas naves aliadas. Geary esperó hasta ver el modo en que Delta ejecutaba su maniobra de frenada.

—A todas las unidades, viren a estribor noventa y cinco grados y aceleren hasta cero con uno velocidad luz en cero dos.

Ambas formaciones síndicas redujeron su velocidad y viraron la una hacia la otra, la flotilla Delta desde arriba, y la Bravo desde un lado, para intentar enderezarse de nuevo hacia la flota de la Alianza, cuyas naves avanzaban en dirección al punto de salto de Ixion.

—Esta es la operación militar más extraña en la que he participado —dijo Desjani, extrañada.

—Todavía no se ha terminado —respondió Geary—. Volverán a reorganizarse, acelerarán y vendrán hacia nosotros.

—Va a ser una persecución bastante apretada. —Desjani ejecutó una simulación de la maniobra—. Acabarán alcanzándonos antes de que llegemos al punto de salto.

—Sí.

—¿Cree que volverá a funcionar? —preguntó Rione.

—¿Esquivarlos? —Geary sacudió la cabeza—. A veces, en los viejos tiempos, hacíamos este tipo de cosas para divertirnos, y nos justificábamos afirmando que nos valía para aprender a anticiparnos a los movimientos de las demás formaciones. Y a lo mejor, en realidad, fue así, pero no va a funcionar otra vez. Los síndicos esperan que esquivemos, y tienen suficientes naves como para extender sus formaciones lo necesario para obligarnos a establecer contacto la próxima vez.

Rione parecía un poco desalentada, pero Desjani se dio cuenta y sonrió con la misma expresión de un viejo zorro.

—Si extienden sus formaciones, su potencia de artillería se repartirá en varios puntos.

—Exacto, y nosotros vamos a por uno de esos puntos. —Geary señaló el visor, en el que se podía ver a los síndicos todavía acelerando—. Parece que pretenden unirse en una sola formación. Necesito saber el lugar aproximado en el que va a estar el buque insignia.

—Debería estar en el centro —dijo Desjani.

Geary asintió con la cabeza. Claro, el lugar de honor. El sitio más propenso a recibir el grueso de un ataque enemigo teniendo en cuenta las tácticas comunes de aquella época. No era la forma más inteligente de plantearlo pero, al igual que los síndicos, se veía obligado a actuar así por la costumbre, puesto que todas y cada una de las naves de la flota se horrorizaría si el buque insignia no estuviese situado en el centro del ataque.

Mientras, en la estela de la flota de la Alianza, la inmensa formación síndica, ya combinada, se expandía, con menos grosor pero también más desplegada, de forma que el muro se extendía en todas las direcciones alrededor del rumbo de la flota de la Alianza, por lo que realizar otra maniobra de evasión era imposible. *¿Queréis atraparnos? Perfecto. Preparaos para ver lo que pasa cuando intentas coger una avispa con la mano.*

Capítulo 11

La precisión a la hora de elegir el momento adecuado volvía a ser crítica. Geary esperó, mientras veía a los síndicos perseguir la flota de la Alianza a una velocidad que en aquel momento alcanzaba las catorce centésimas de la velocidad de la luz y sacándole cada vez más terreno. El punto de salto a Ixion estaba a solo una hora de distancia, pero el enemigo alcanzaría el campo de combate mucho antes. *¿Cuándo lanzarán los proyectiles? Espera un poco. Casi estamos en su rango extremo de misiles. Aguarda hasta reducir el margen de error en caso de que intentemos acelerar de repente en el último momento. Aguanta, aguanta... ahora.*

—A todas las unidades, cambien la orientación de la formación ciento ochenta grados, catorce grados en dirección ascendente, y deceleren hasta cinco centésimas velocidad luz en cuatro siete. Abran fuego en cuanto el enemigo entre en el campo de tiro.

Las naves de la Alianza viraron para apuntar hacia el enemigo y desactivaron momentáneamente los sistemas de propulsión para aminorar rápidamente, por lo que la velocidad a la que se aproximaban los síndicos aumentó al mismo ritmo. Entonces las unidades de la Alianza se movieron hacia atrás a cero con cero cinco c, mientras los síndicos se abalanzaban sobre ellos a gran velocidad. En vez de interceptarlos a una velocidad relativa de cero con cero cuatro c, su ventaja aumentó hasta casi cero con uno c, y ambas fuerzas avanzaron contra la Alianza al unísono.

Los síndicos, cogidos de nuevo por sorpresa y con tiempo escaso para reaccionar, lanzaron sus misiles y su metralla, pero solo los disparos procedentes de las naves enemigas más cercanas al lugar al que apuntaba la flota de la Alianza tuvieron posibilidades reales de impactar. El borde más avanzado del cilindro se iluminó y centelleó en cuanto los disparos enemigos alcanzaron los escudos.

Las naves de guerra de la Alianza también dispararon, apuntando a una zona relativamente reducida del gran muro síndico. Los escudos de las naves de combate enemigas se iluminaron, formando un círculo de luz en el punto hacia el que estaba orientado el cilindro de la Alianza. No muy lejos de esa zona se encontraba el buque insignia síndico. A una velocidad relativa de poco menos que treinta mil kilómetros por segundo, en un instante parecía que la formación enemiga estaba todavía lejos, y al siguiente el cilindro de la Alianza había atravesado ya el muro síndico igual que una bala atraviesa un tablero.

El momento de choque llegó, y casi al mismo tiempo pasó. Geary respiró en cuanto se percató de que estaba manteniendo el aliento, mientras el *Intrépido* se sacudía ante los impactos de los síndicos que habían dado en el blanco durante la fracción de segundo en la que ambas formaciones estuvieron dentro del campo de tiro.

—Escudos levemente dañados; algunos errores; impactos de poca importancia en popa; sin pérdidas en los sistemas —anunció rápidamente uno de los consultores del *Intrépido*.

—A todas las unidades de la Alianza, que la formación cambie su orientación ciento ochenta grados, aceleren hasta una décima de la velocidad de la luz en cinco nueve.

—¿Vamos a volver a cargar contra ellos? —preguntó Rione, aparentemente conmovida.

—Esa es la idea. Si frenan para igualar nuestra velocidad, tendremos problemas, pero con suerte, asumirán que vamos a alejarnos y acelerarán también hacia nosotros.

La mirada de Geary permanecía atenta a la pantalla, observando los informes de daño de ambas flotas al mismo tiempo que los sensores analizaban los resultados del instante de contacto.

—Dos acorazados —anunció Desjani, satisfecha—. También hemos dejado fuera de combate tres cruceros de batalla, uno de los cuales seguramente era el buque insignia.

—Esperemos que sí.

Unas diez o doce pasadas tan fructíferas como aquella y equilibrarían las posibilidades de victoria para ambos bandos en aquel sistema. El panorama tampoco es que fuese como para envalentonarse.

—No hemos sufrido demasiado daño, pero la próxima vez será peor.

Las naves de la Alianza volvieron a dar la vuelta completamente, y se orientaron de nuevo hacia el punto de salto y hacia la formación síndica. Geary observó los movimientos del enemigo, esperando que realizasen la maniobra más natural y, por lo tanto, diesen también la vuelta para perseguirlos de nuevo.

Y fue lo que hicieron, aunque no lo con la suficiente rapidez.

—Vuelven a dirigirse hacia nosotros, pero vamos a atravesarlos a una velocidad relativa de solo veinte centésimas de la velocidad de la luz —le informó Desjani.

Eso quería decir que pasarían más tiempo dentro del área de disparo enemigo y que serían un blanco fácil para los misiles y la metralla que los síndicos todavía conservaban en cantidades abundantes, al contrario que la Alianza.

No tenía ganas de mirar el estado de las células de combustible después de las maniobras, aunque tampoco es que importase. Era necesario aprovecharlas al máximo, puesto que si no lo hacía, la flota no sobreviviría el tiempo suficiente como para tener que preocuparse por ello.

La formación síndica comenzó a reagruparse, intentando reforzar el punto por el que pasaría la flota de la Alianza. Por suerte, no dispuso del tiempo suficiente para conseguirlo.

Una vez más, el muro síndico se acercó y se alejó, y los escudos del *Intrépido* se

pusieron incandescentes ante la lluvia de impactos enemigos.

—Se han detectado fallos en los escudos de proa y en los de los flancos. Daños menores por impactos de metralla. Impactos de varias lanzas en el centro de la nave. Baterías de lanzas infernales 3A y 5B no disponibles. Tiempo necesario para la reparación, desconocido. Bajas sufridas, desconocidas.

Los ojos de Geary se posaron sobre los informes del estado de la flota. El *Intrépido* había salido casi indemne en comparación con los demás cruceros de batalla. La *Osada*, de Duellos, había resultado bastante dañada, y el *Arrojado* había perdido la mitad de su armamento. Los sistemas de propulsión de la *Leviatán* y la *Dragón* estaban en mal estado, aunque todavía podían mantenerse a duras penas con el resto de la formación. A la *Formidable* y la *Increíble* les habían destrozado la parte central de la nave. Incluso los acorazados habían sufrido daños, aunque no tantos como los cruceros de batalla. La nave de reconocimiento *Ejemplar* había recibido bastantes impactos, pero por suerte no era nada serio. Además, habían perdido a los cruceros pesados *Bacinete* y *Sallet*. El primero explotó bajo una ráfaga de fuego síndico, y el segundo se alejaba de la formación dando vueltas, hecho trizas e indefenso, expulsando todavía cápsulas de escape.

Los cruceros ligeros *Espuela*, *Damasquina* y *Centinela* habían sido destruidos o reducidos a pedazos, y de los destructores *Martillón*, *Prasa*, *Talwar* y *Xiphos* quedaban poco más que añicos, pese a estar situados en una posición protegida del cilindro.

La *Titánica* había vuelto a sufrir daños. Parecía atraer a la munición síndica igual que un imán atrae el hierro. Por suerte, no era grave. Pese al dolor que le producían las pérdidas, Geary se sintió satisfecho al ver el estado de la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa*. El estado lamentable en el que se encontraban sus escudos y el daño que habían recibido directamente ponían de manifiesto que habían hecho todo lo posible por proteger las naves auxiliares.

Los síndicos tampoco habían salido indemnes de aquella pasada, gracias a la superioridad de poderío ofensivo del que gozaba la Alianza en aquella situación. Otro de sus acorazados había quedado fuera de combate, y otros tres cruceros de batalla habían saltado por los aires o estaban destrozados. Por lo menos una docena de cruceros pesados había quedado inutilizada o había sido destruida, y numerosos restos de varios cruceros ligeros y naves de caza asesinas cubrían gran parte del espacio en aquella zona.

—¿Vamos a realizar otra pasada? —preguntó Desjani con un tono de voz algo apagado después de ver el daño que había sufrido su nave.

—No. Tendríamos que atravesarlos dos veces más, y nos harían pedazos. Estamos a menos de una hora del punto de salto, y es adonde vamos a ir.

La formación con la figura de un muro de los síndicos, deformada y curvada

debido a las maniobras y a los dos ataques de la Alianza, giraba para dirigirse de nuevo hacia la flota enemiga, acelerando para seguir su estela.

¿Debía intentar atacar de nuevo? ¿Intentar despistarlos otra vez? Geary comprobó el estado de los escudos de la flota, observó la poca cantidad de misiles espectro y de metralla que le quedaba, y el daño que sus naves habían sufrido, y supo que lo que le había dicho a Desjani era totalmente cierto. Aventurarse a atravesar un par de veces más la formación síndica era un suicidio. No disponían ni de la ventaja de la velocidad ni de la distancia necesaria para intentar golpear con fuerza los flancos de la formación síndica, que por entonces era más fina y más ancha que alta, pero todavía suficientemente grande como para cubrir el espacio que había tras la formación de la Alianza.

Quedaban cuarenta y cinco minutos para llegar al punto de salto. La flota de la Alianza tendría que frenar para poder superar el campo de minas que había enfrente del punto.

Los síndicos estaban demasiado cerca, y seguían recortando terreno a gran velocidad. No sería suficiente. Nada de lo que pudiese intentar sería suficiente.

Geary observó que los sistemas de navegación predecían el resultado de la persecución a esas velocidades y según esos vectores direccionales, y pudo ver a los síndicos alcanzar la retaguardia de su formación. Tenía dos opciones, ambas bastante desagradables: o bien abandonar a las naves de la retaguardia, o bien reducir la velocidad de toda la flota para unirse a ella y condenar el resto de las naves en el proceso. ¿Debía perder un tercio de las naves, por lo menos, o todas y cada una de ellas, sin excepción? Por si fuese poco, sabía que aunque escapase abandonando sus naves de retaguardia a su funesto destino, las supervivientes no estarían a salvo, puesto que el enemigo seguiría tras ellos.

—Capitán Geary. —De repente apareció una ventana con la imagen del capitán Mosko, aparentemente calmado, casi como paralizado—. Mi división está situada en el extremo de la retaguardia de la Alianza, en el punto más cercano a los síndicos.

—Así es.

La Séptima División de Acorazados había sufrido los impactos de los misiles y la metralla síndica la primera vez que atravesaron la formación enemiga, y había evitado la misma situación en la segunda al liderar la carga de las naves situadas en la parte frontal del cilindro. Sin embargo, volverían a quedar en el punto de mira en cuanto los síndicos interceptasen la flota de la Alianza. Pese a todo, no había nada que Geary pudiese hacer al respecto.

—Tenemos que evitar que los síndicos alcancen el resto de la flota antes de que lleguen al punto de salto —continuó Mosko—. Con «tenemos» me refiero a... a mi división. Ojalá pudiese encargarse solo la *Atrevida*, pero en solitario nos resultaría imposible. Ahora bien, unida a la *Infatigable* y a la *Audaz*, podremos contenerlos.

Entonces se dio cuenta de lo que Mosko le estaba diciendo.

—No puedo ordenarles que hagan eso.

—Sí, sí que puede —respondió Mosko—, aunque sé lo difícil que le resultaría, y pese a ello tampoco es que sea algo nuevo para usted. Todos nosotros hemos crecido escuchando las historias sobre Grendel, orgullosos de poder hacer lo mismo si se presentase la ocasión. Esta es una de las tareas que se supone que los acorazados deben cumplir, capitán Geary. —Su tono sonó entonces casi como una disculpa—. Cuando es necesario, empleamos nuestra capacidad de ataque y nuestras defensas para proteger a las demás naves. Ya sabe, una leve esperanza. Nos ofrecemos voluntariamente, tanto mis naves como mis tripulaciones, ya que se supone que este es nuestro trabajo. Es lo que tenemos que hacer cuando llega el momento. No tiene que dar la orden, señor. Lo hacemos voluntariamente, con el espíritu *Black Jack Geary*, siguiendo su ejemplo.

Geary sabía lo que significaba la expresión «leve esperanza» porque la había leído en los textos que describían su defensa desesperada en Grendel, hace un siglo. La retaguardia sabía que no iba a sobrevivir, sabía que iba a sacrificarse por el resto de la flota, y lo hacían para honrar su ejemplo.

Lo peor de todo es que eso mismo lo había hecho él en el pasado. Había tomado la misma decisión que Mosko estaba tomando en aquel instante, por lo que no iba a impedirselo. Necesitaba que los tres acorazados retrasasen la flota síndica, que le impidiesen abalanzarse sobre el resto de la flota de la Alianza y la hiciesen pedazos allí mismo, en Lakota.

De repente acudieron a su mente unas palabras, unas frases de aliento que había escuchado alguna vez, no demasiadas, en el pasado.

—Capitán Mosko, que las estrellas del firmamento los reciban a usted y a sus tripulaciones, y que resplandezcan tanto como su valor; que sus antepasados vean su gesta y los reciban con cariño; que sus nombres y sus acciones sean recordados y brillen en las mentes de las generaciones futuras. No caerán en el olvido, sino que serán recordados entre los más honorables y valerosos.

Mosko permaneció firme mientras Geary recitaba aquella antigua bendición en los prolegómenos de una batalla aparentemente imposible de ganar.

—Ojalá nuestras acciones sean dignas de nuestros antepasados —respondió Mosko—. Capitán Geary, cuando acabe con los síndicos, y por las estrellas del firmamento que sé que lo hará, asegúrese de que los supervivientes de estas naves sean liberados y se les trate como merecen. Lo veré algún día al otro lado. ¿Tiene algún mensaje?

—Sí. Si ve al espíritu del capitán Michael Geary, dígame que estoy haciéndolo lo mejor que puedo.

Su resobrino, que seguramente había muerto junto a su nave *Resistente* en el

sistema natal síndico.

—Claro. Por favor, informe a mi familia de lo que me ha pasado cuando llegue con la flota a casa. —Realizó un saludo militar—. Por el honor de nuestros antepasados.

La ventana desapareció, y con ella la imagen de Mosko.

—¿Capitán? —Desjani lo observaba ignorando qué había sucedido.

Geary sacudió la cabeza, suspiró profundamente y señaló al visor, en el que se podía ver a la *Atrevida*, la *Infatigable* y la *Audaz* pivotar para dar la vuelta, y reducir velocidad.

—La Séptima División de Acorazados va a quedarse atrás para servir como retaguardia de contención —consiguió decir, finalmente—. Se han ofrecido voluntariamente.

Ella asintió con la cabeza, con cara de circunstancias.

—Claro.

En ese momento Geary supo que si el *Intrépido* se viese en la misma situación, Desjani no dudaría en hacer lo mismo. No lo haría gustosa, no se lanzaría a los brazos de la muerte como si fuese el camino hacia la salvación heroica. Lo haría porque sabía que los demás contaban con ella. En realidad, todo se limitaba a eso. Haz lo que tengas que hacer por aquellos que cuentan contigo o, por el contrario, defráudalos.

—Supongo —prosiguió Desjani—, que el capitán Mosko dejará que sus naves se queden atrás unos tres minutos luz con respecto al resto de la flota, y luego mantendrá allí la posición.

—Tres minutos luz —repitió Geary.

Rione se acercó y se puso a su lado. Luego se inclinó para hacerle una pregunta en voz baja.

—¿Es necesario?

—Sí.

Lo miró fijamente, y por primera vez pudo ver sin ningún tipo de obstáculos cuánto lamentaba Geary tener que tomar una decisión como aquella.

—¿Servirá para algo?

—Si hay algo que pueda salvarnos es su sacrificio.

Por sí solo, un acorazado poseía un increíble poder de ataque, además de poderosos escudos y defensas. Tres acorazados situados unos cerca de otros, formando un equipo, constituían una fuerza a tener en cuenta incluso para una flotilla tan numerosa como la síndica, que avanzaba a toda velocidad tras la estela de la flota de la Alianza.

El capitán Mosko retrasó a la *Infatigable*, la *Audaz* y la *Atrevida* y las orientó hacia la avalancha enemiga. Las tres naves se dispusieron en un triángulo vertical con la *Atrevida* en la punta superior, lo bastante cerca unas de otras como para protegerse

mutuamente y atacar de forma combinada. Una vez que estuvieron suficientemente lejos, aceleraron de nuevo, intentando alcanzar la velocidad que llevaban los síndicos para obligarlos a entablar combate a una velocidad relativa baja y así, de paso, hacer que fuesen blancos más fáciles.

Claro que tampoco había forma de evitar que, del mismo modo, los tres acorazados de la Alianza fuesen objetivos fáciles para los síndicos.

En cuanto la primera oleada enemiga de cruceros ligeros y naves de caza asesinas entró en el área de disparo, los tres acorazados lanzaron todo el arsenal de misiles espectro y metralla que les quedaba. Muchas naves síndicas esquivaron el ataque virando hacia los lados, o hacia arriba o abajo, con el fin de evitar los impactos, y perdieron demasiado terreno como para poder alcanzar a la flota de la Alianza.

Unas veinte naves de caza asesinas y media docena de cruceros ligeros intentaron pasar a través de la Séptima División de Acorazados. En cuanto las primeras entraron en el área de disparo, las baterías de infernales llenaron el espacio de lanzas de partículas cargadas, que impactaron en las naves asesinas desde varios ángulos.

El espacio se iluminó mientras los disparos acertaban de lleno sobre los escudos y los hacían colapsar, para, posteriormente, destrozarse las naves y a sus tripulantes. Algunas de las naves de caza asesinas y de los cruceros ligeros explotaron, dejando tras de sí una nube de gas y fragmentos de bolas; otras se convirtieron en trozos de naves que se esparcieron por el espacio caóticamente; y otras, simplemente, avanzaron en silencio, errantes, con los sistemas destrozados, como moles muertas dando vueltas por la potencia de los impactos.

Ninguna de las unidades ligeras síndicas consiguió pasar, pero justo detrás de estas estaban los cruceros pesados y los cruceros de batalla. Ninguno de los dos tipos de nave, por separado, constituía un problema para un acorazado, pero en superioridad numérica la cosa cambiaba.

Geary apretó los puños con rabia al ver, sin poder hacer nada, que el cuerpo principal síndico cargaba contra las naves de Mosko.

—Misiles espectro —dijo Desjani con voz clara.

Tenía razón. Podía hacer algo. Los sistemas de combate le confirmaron que la división de acorazados estaba todavía dentro del alcance de disparo, por lo que podía utilizar los misiles espectro que le quedaban a la flota.

—A todas las unidades, disparen todos los espectro contra las naves de combate síndicas situadas cerca de la *Audaz*, la *Atrevida* y la *Infatigable*. Repito, todos los misiles espectro.

Los misiles comenzaron a salir, atravesando el espacio en busca de sus objetivos. Luego aceleraron hacia el lugar donde luchaban los acorazados de la Alianza y las naves síndicas, e impactaron sobre ellas. Eran muy pocos misiles espectro como para hacerles daño, pero al menos conseguirían distraer a los perseguidores enemigos y

aligerar la presión sobre los acorazados aliados, por poco que fuese. Un crucero pesado recibió suficientes impactos como para quedar fuera de combate, y algunos otros disparos llegaron a hacer blanco sobre varios cruceros de combate cuyos escudos habían sido debilitados previamente por las lanzas infernales arrojadas desde las tres naves de la Alianza. No obstante, todavía quedaban muchos otros cruceros pesados y cruceros de batalla enemigos, además de acorazados, que en aquel preciso instante estaban entrando en su campo de tiro.

La *Atrevida* se llevó la peor parte. Sus escudos brillaron ante la lluvia de impactos enemigos. Mientras, la *Audaz* eliminó otro crucero pesado, y luego disparó más ráfagas de misiles espectro contra otro crucero de batalla síndico. La *Infatigable* se tambaleaba bajo el fuego de una división completa de cruceros de batalla enemigos, pero incluso así pudo responder y alcanzar con un campo de anulación una de las naves cuando intentó sobrepasarla demasiado cerca.

Casi dolía físicamente ver que cada vez más naves síndicas machacaban sin descanso a los acorazados de la Alianza. Pero estaban cumpliendo con su misión. La parte delantera de la formación enemiga se había visto obligada a reducir la velocidad o a esquivar los ataques. Mientras tanto, la flota de la Alianza casi había llegado al punto de salto. Habían conseguido el tiempo que necesitaban a cambio de tres acorazados y de sus tripulaciones.

La formación de la Alianza llegó al punto de salto ligeramente escorada a un lado, y elevada sobre el eje, para poder superar el campo de minas síndico.

—A todas las unidades, reduzcan la velocidad hasta cero punto cuatro velocidad luz y sigan los movimientos del *Intrépido* —ordenó Geary.

Cada segundo era crítico, por lo que no quiso dar las órdenes precisas del curso que había que tomar, o tener que preocuparse de que todas las unidades mantuviesen su posición exacta en la formación.

El *Intrépido* pivotó, con la proa orientada hacia el enemigo y las unidades de propulsión principales trabajando al máximo para reducir la velocidad. A su alrededor, el resto de las naves de la flota hicieron lo mismo en mayor o menor tiempo, dependiendo del estado de sus sistemas.

Al mismo tiempo, los visores se actualizaron para mostrar a los síndicos avanzando hacia ellos, sobrepasando los restos de la Séptima División de Acorazados y acercándose cada vez más rápido mientras las naves de combate de la Alianza se veían forzadas a reducir su velocidad.

Desjani miraba con intensidad el visor, mientras su nave avanzaba sobre lo que supuestamente era la parte superior del campo de minas síndico, hacia uno de los laterales del punto de salto.

—Alteren el curso ciento ochenta grados en dirección descendente, cero cinco grados a babor, ahora —ordenó.

El *Intrépido* viró en la dirección indicada, como si se zambulliese hacia el punto de salto. El resto de naves de la Alianza imitaron el movimiento, como una ola.

La fuerza síndica que habían dejado atrás, en Ixion, construida alrededor de cuatro acorazados y cuatro cruceros de batalla, eligió aquel preciso instante para aparecer y realizar una maniobra prefijada en dirección ascendente, por lo que ambas fuerzas se encontraron una justo sobre la otra.

Lo único que evitó que aquello no terminase en desastre fue el hecho de que los síndicos no esperaban encontrarse con la fuerza enemiga literalmente encima en cuanto llegasen a Lakota. A sus tripulaciones les llevó solo unos segundos darse cuenta de lo que estaba pasando. Acto seguido, activaron su armamento y dieron orden de abrir fuego, mientras las naves de la Alianza que los rodeaban descargaron una tormenta de disparos que destrozó las unidades más ligeras, y partió por la mitad a tres de los cuatro cruceros de batalla.

No obstante, los cuatro acorazados aguantaron la embestida, aunque sus escudos se debilitaron bajo la lluvia de impactos de la Alianza, y consiguieron responder desesperadamente mientras las naves pesadas de su formación se abalanzaban directamente sobre las naves auxiliares. Habían pasado muy pocos segundos desde que establecieron contacto, por lo que a la *Titán*, la *Hechicera*, la *Genio* y la *Trasgo* no les dio tiempo a evitarlos.

Pese a ello, la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa* seguían allí, tan cerca de las auxiliares como les era posible. La *Orión* pareció acobardarse un instante después de avistar al enemigo, y la *Majestuosa* estaba ligeramente escorada, pero la *Guerrera* estaba situada justo entre los acorazados síndicos y las naves auxiliares. Mantuvo la posición, arrojando contra las naves enemigas las lanzas infernales que le quedaban desde las baterías que todavía estaban operativas, mientras estas respondían contra un único objetivo.

Si el combate hubiese durado más que unos segundos, la *Guerrera* hubiera estado perdida, pero los acorazados enemigos viraron, presas del pánico, intentando escapar. Dos de ellos fueron seriamente dañados por el fuego de la flota de la Alianza, y quedaron prácticamente inoperativos. La nave aliada, acribillada de nuevo por el fuego síndico, se mantuvo firme mientras las auxiliares escapaban en dirección al punto de salto con el resto de la flota.

En escasos momentos, la formación de la Alianza se había encontrado de frente con la nueva fuerza síndica, la había mermado, y avanzaba en dirección a la salida. Había sufrido todavía más daños, pero al mismo tiempo dejaba atrás a unos más que sorprendidos supervivientes síndicos.

Ya no quedaba mucho de la Séptima División de Acorazados. Las naves enemigas los habían alcanzado, y disparaban metódicamente contra la *Audaz*, la *Atrevida* y la *Infatigable*. A esta última solo le quedaba una batería de lanzas

infernales, que seguía disparando. La *Audaz* se había convertido en una bola de escombros silenciosa que se alejaba lateralmente. La *Atrevida* recibió varias andanadas casi a la vez, y quedó hecha añicos cuando se produjeron dos grandes explosiones en la parte central y en la popa.

—¡Capitán Geary! ¡La flota ha alcanzado el punto de salto!

Los últimos momentos de la *Atrevida* lo desgarraron por dentro. Intentó no fijarse en los restos del combate que parecían cubrir todo el espacio; en los misiles síndicos que alcanzaban a las últimas unidades de la formación de la Alianza; en las naves afectadas que intentaban seguir a sus compañeros de flota; o en los restos de los enemigos que habían liderado el ataque contra la flota de la Alianza a la salida del punto de salto y que se alejaban, estremeciéndose.

—A todas las unidades, salten.

Las estrellas se desvanecieron. El espacio negro que había entre ellas desapareció. Los últimos gritos de agonía de la *Audaz*, la *Atrevida* y la *Infatigable* también se apagaron. Y lo mismo sucedió con los restos de la *Paladín* y con los escombros que habían quedado de la *Afamada*, más o menos a la misma distancia. La puerta hipernética dejó de estar a la vista, y las flotillas síndicas con ella. Un momento antes habían estado rodeados de los restos de un combate desesperado, pero en ese instante solo los envolvía la nada gris e infinita, el silencio, y las errantes luces del espacio de salto.

Nunca había saltado escapando de una batalla. Nunca se había imaginado luchando literalmente en la entrada de un punto de salto. Geary notó que le latía el corazón, y que su aliento se escuchaba alto y claro sobre el silencio que reinaba en el puente del *Intrépido*. Todo el mundo permanecía sentado, conmocionado por la brusquedad de aquella transición desde el combate encarnizado a la quietud absoluta. Cerró los ojos, intentando lidiar con la realidad, con lo que había sucedido. Había perdido tres acorazados más. Cuatro acorazados y un crucero de batalla en total. Dos cruceros pesados. Varios cruceros ligeros y destructores. Docenas de naves habían sufrido un daño considerable. La mayoría de la flota síndica que quedaba le pisaba los talones, y además superaban por mucho en número a los supervivientes de la Alianza. Los síndicos tardarían un poco en reorganizarse y acabar finalmente con la *Atrevida*, la *Audaz* y la *Infatigable*. Pero no podían tocar la flota de la Alianza en el espacio de salto. Ni siquiera podían verla, puesto que en aquel lugar era como si cada grupo de naves ocupase su propia realidad gris.

Pese a todo, la flota de la Alianza acabaría saliendo por el punto de Ixion, con los síndicos tras ella.

Geary se levantó y se sintió de repente como si hubiese pasado un número incontable de días sentado en aquel asiento de comandante. Miró a la capitana Desjani, que le devolvió la mirada con expresión sombría. Tenía que decir algo.

—Gracias, capitana. El *Intrépido* ha hecho un gran trabajo. Por favor, compruebe el estado de la nave y de su tripulación.

Miró a su alrededor y vio a los consultores observándolo como si fuesen a ahogarse y él fuese una especie de salvavidas.

—Bien hecho.

Iba a irse, pero un joven teniente tomó la palabra, desesperado.

—¿Qué vamos a hacer, señor? En Ixion, me refiero.

Ojalá lo supiese.

—Veré cuáles son las opciones. —Intentó con todas sus fuerzas parecer convencido—. Todavía no nos han derrotado.

Técnicamente, era cierto.

Asintieron con la cabeza y parecieron reconfortados mientras Geary abandonaba el puente de mando, con Rione siguiendo sus pasos, en silencio.

El gris ceniza del espacio de salto parecía haberse adueñado de su alma. Geary se sentó en su camarote y se recostó en un asiento, recreando en su interior las imágenes de las naves muriendo.

—Ha sido un día bastante completo —dijo Rione con tono severo. Se había sentado cerca de él. En aquel momento tenía una cara distinta, como si después de aquello hubiese envejecido una década, o incluso dos—. Vamos, tienes que superarlo. Tenemos que prepararnos para lo que nos espera en Ixion.

—¿Ixion? —A Geary no le importó en absoluto echarse a reír en aquel momento—. ¿Qué se supone que debo hacer en Ixion?

—No lo sé, no soy el comandante de la flota, pero si no haces nada, tú tampoco lo serás durante mucho más tiempo.

—Si con eso te refieres al hecho de que la destrucción de la flota en este sistema parece inevitable...

—¡No! —Se llevó las manos al pecho—. Claro que no me refiero a eso. Estamos inmersos en graves problemas, pero yo no puedo ayudarte porque no sé cómo comandar una flota. Sin embargo tu preocupación no deberían ser solamente los síndicos —afirmó Rione—. Tu destino, tu posición, está unida a la suerte y al estado de esta flota, y ahora mismo está malherida, por lo que tú también lo estás. ¿Qué le sucede al ciervo herido, John Geary?

La visión que le traía a la mente no era nada agradable, pero aquellas palabras eran ciertas.

—Que se vuelve un objetivo atractivo para los lobos, que lo acecharán, lo atacarán y acabarán matándolo.

—Conoces a algunos de los lobos de esta flota, pero no a todos. Han fijado sus ojos en ti desde que llegaste, buscando tu punto débil, intentando ponerte la

zancadilla. Pero tú seguiste cosechando victorias, teniendo razón, por lo que no pudieron conseguir suficientes seguidores. No obstante, ahora hay sangre en el agua, y en cuanto tengan una oportunidad, lo lanzarán sobre ti.

—Estás mezclando presas con depredadores metafóricos —dijo Geary con acritud.

—El resultado es el mismo, sea cual sea la naturaleza del depredador. Tus enemigos obrarán contra ti a la primera oportunidad que tengan después de llegar a Ixion, y a la vista de lo sucedido en Lakota, no obtendrás demasiado apoyo de los desilusionados y los asustados.

Consiguió recomponerse lo suficiente como para mirarla a la cara.

—Si pretendes inspirarme y animarme con este discursito, déjame que te diga que tus habilidades de motivación no están dando demasiado resultado.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Crees que vas a ser el único blanco? Saben que soy tu aliada y tu amante. Tus oponentes, por lo menos algunos, saben que mi marido sigue vivo, capturado. Sí, estoy segura de que lo saben. Han estado guardándoselo para utilizarlo cuando más daño puedan hacerte, y lo utilizarán en Ixion, cuando tu amante esté expuesta, como una zorra oportunista sin honor, y tú tendrás que compartir la deshonra conmigo. Te verás obligado a defenderme, o a rechazarme y abandonarme. No todos los disparos que utilizarán para herirte irán dirigidos a tu persona.

No se le ocurrió nada que responder, y al final lo único que pudo decir fue:

—Lo siento.

—¿Y debería estar agradecida de que lo sientas? —Le espetó Rione. Luego se levantó, dio la vuelta y echó a caminar, enfadada—. No necesito que me defiendas. Fui yo quien decidió venir a ti. La deshonra es solo mía.

—Saldré en tu defensa.

—¡Ahórrate la caballerosidad! —Lo señaló con uno de sus dedos, iracunda—. ¡Defiende a tu flota! ¡Te necesita! Yo no puedo salvarla. Puedo decirle a todo hombre y a toda mujer de la tripulación cuánto te admiro y respeto. Puedo decirles lo honorable que es para la Alianza su servicio y su sacrificio. ¡Pero no puedo comandarlos! No sé cómo hacerlo. Y tampoco tus aliados. Sé que esperas que el capitán Duellos asuma el mando, pero estará en una posición mucho peor que la tuya, y acabará por caer.

La ira de Geary iba también en aumento.

—¿Es que soy indispensable? ¿Es lo que me estás diciendo? ¿Qué pasa, que soy el único que puede comandar la flota? ¡Desde el primer momento en que intercambiamos palabras, me has dicho que ni siquiera debería pasármeme por la cabeza pensar eso! Que si lo hago, estaría condenando la flota, a mí mismo, y a la Alianza. Y lo creas o no, Victoria Rione, escucho lo que me dices y lo tengo muy en

consideración. Yo no soy Black Jack.

—Sí, sí que lo eres. —Rione se acercó y le cogió la cabeza entre las manos, para poder mirarlo directamente a los ojos—. Tú eres Black Jack, el mismo. No el mito, sino la persona que puede salvar a la flota y a la Alianza; la única que puede hacerlo. Durante mucho tiempo no lo creí así. No creí en el mito. Quizá no lo seas, pero tu leyenda te permite inspirar a los demás y ejercer de líder. Hasta ahora no te has aprovechado de ello. Y lo que es casi tan importante, has traído contigo conocimientos del pasado sobre cómo luchar, con los que has conseguido salvar la flota en muchas ocasiones y dejar a los síndicos malheridos. Y puedes volver a hacerlo, porque muchos creen que eres Black Jack, porque has hecho muchas cosas que solo él podría hacer.

—Yo no puedo...

—¡Debes hacerlo! —Dio un paso hacia atrás—. No nos entendemos. Hemos compartido cama, nuestras pieles han estado una sobre la otra, pero nuestras almas siguen separadas. Necesitas que te lo diga alguien a quien creas, alguien que pueda hablarte en términos que te resulten familiares como oficial de la flota.

La ira desapareció, y en su lugar apareció el hastío.

—Unas palabras no van a cambiar la situación, y no importa quién las pronuncie. —Las palabras no iban a mudar el estado de la flota, ni a mitigar las pérdidas, ni el daño sufrido en Lakota, ni tampoco iba a cambiar el tamaño de la fuerza síndica que los perseguía.

—Ya veremos.

Rione se marchó, y tan solo el mecanismo de cierre automático de la compuerta evitó que se fuese dando un portazo.

Algún tiempo después sonó la alarma de la escotilla, lo cual significaba que no era Rione que regresaba dispuesta a sermonearlo de nuevo, puesto que podría haber accedido sin más.

—Entre.

—¿Capitán Geary, señor? —La capitana Desjani se quedó en la entrada, evidenciando su incertidumbre ante la situación.

Geary se enderezó un poco sobre su asiento y se arregló ligeramente el uniforme.

—Disculpe, capitana Desjani. —Debía decir algo más—. ¿Qué la trae por aquí?

—¿Puedo... puedo sentarme, señor?

Nunca antes le había preguntado aquello. No era una visita de rutina. Bueno, debería haberlo sabido.

—Claro, relájese. —*Pregúntale sobre la nave, estúpido*—. ¿Cómo está el *Intrépido*?

Desjani tomó asiento pero, obviamente, no se relajó.

—Volvemos a tener operativas todas las lanzas infernales; tenemos solo para otra

ráfaga de metralla parcial en los almacenes, y no nos quedan misiles espectro. Además, no habremos arreglado los daños sufridos en el casco para cuando lleguemos a Ixion, pero haremos lo suficiente como para poder luchar. —Hizo una pausa—. Hemos perdido diecisiete personas de servicio, y además tenemos veintiséis heridos, por lo que estarán de baja una temporada.

Diecisiete muertos. Se preguntó a cuántos de ellos podría haber reconocido. Seguramente a la mayoría.

—Estaré presente en los oficios. Avíseme cuando se celebren.

Los funerales no podrían realizarse hasta que llegasen a Ixion, puesto que los restos no podían consignarse en el espacio de salto.

—Por supuesto, señor. —Desjani apartó la mirada de Geary un momento, y luego habló con rapidez—: Señor, la copresidenta Rione me ha pedido que hable con usted. Dice que las pérdidas en Lakota le han afectado mucho y que podría hablarlo conmigo.

Perfecto. Como si quisiese que Desjani lo viese así de deprimido. ¿Por qué no dejaba Rione las cosas como estaban? O mejor dicho, ¿por qué no lo dejaba a él tranquilo con su depresión?

—Gracias, pero no creo que sea necesario.

Desjani volvió a mirarlo, recorriendo con velocidad su cara y su uniforme. Luego bajó la cabeza ligeramente.

—Señor, con todos los respetos, no es la impresión que da.

Podía haberse enfadado con ella, pero habría sido injusto, y seguramente demasiado problemático.

—Sí, tiene razón.

Desjani esperó sin decir nada, como asegurándose de que Geary había accedido a hablar con ella sobre el tema. Luego, de repente, tomó la palabra, nerviosa.

—Sé que ha sentido mucho las pérdidas, señor. Así es usted. Es una de las cosas que lo hacen un buen comandante. Pero también es de los que entiende la necesidad de seguir luchando. Lo he visto muchas veces. En realidad no necesita que ni yo ni otros se lo digan. Lo superará, encontrará un modo de actuar, y machacaremos a los sindicatos de nuevo.

Tenía que decirlo.

—No lo hemos hecho esta vez.

Desjani frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Eso no es verdad, señor. Querían atraparnos y destruirnos, y no lo han conseguido. Queríamos salir de Lakota, y lo hemos hecho.

Aquellas palabras hicieron que Geary frunciase también el ceño. Tenía razón. Visto de ese modo, los sindicatos habían salido derrotados, y la flota de la Alianza, al sobrevivir y escapar, había salido airosa. No obstante...

—Gracias, pero... Tanya, hemos perdido muchas naves. Un crucero de batalla, cuatro acorazados...

—Lo sé, señor —lo interrumpió mientras hablaba—. Ojalá la victoria hubiese sido como las otras, casi sin pérdidas, pero no todos los combates pueden ser así, señor, sobre todo cuando nos enfrentamos a una situación como esta.

No debería necesitar que se lo dijese. Geary dejó que, por un momento, sus verdaderos sentimientos, el dolor y la angustia, aflorasen, y vio la reacción de Desjani.

—Confiaron en mí para llevarlos a casa, y ahora nunca llegarán.

—Señor. —Desjani se inclinó hacia adelante. Su cara brillaba con la misma intensidad que sus sentimientos—. No todos pueden volver de las batallas. Es algo que todos aprendimos hace tiempo. Muchos de nosotros perdimos amigos y camaradas en combate, igual que nuestros padres y madres, y sus padres y madres antes que ellos. Pero usted fue enviado para salvarnos. Lo sé, igual que la mayoría de los oficiales y las tripulaciones de esta flota. Las estrellas del firmamento le han asignado la misión de llevarnos a casa, y de salvar la Alianza, y eso significa que no puede fallar. Todos somos conscientes de ello. Pronto lo recordará, y hallará el modo de seguir adelante.

Aquellas creencias casi lo aterrorizaban, puesto que sabía lo falible que era, y no creía en absoluto que alguien como él estuviese cumpliendo una misión de un poder superior.

—Soy tan humano como tú, Tanya.

—¡Claro que lo es! ¡Las mismas estrellas del firmamento y nuestros antepasados lo fueron! ¡Es algo que todo el mundo sabe!

—Esta flota no me necesita, y la Alianza tampoco. Yo no...

—¡No es cierto señor! ¡Sí que lo necesitamos! —Desjani hablaba casi suplicando—. No sé lo que haría... lo que haría la flota si no estuviese aquí, ni qué sería de la Alianza sin usted. Volvió a nosotros en ese preciso instante por algo, porque si no hubiese estado en el sistema nativo síndico, esta flota habría sido totalmente destruida, y la Alianza estaría perdida. Lo seguimos porque creímos en usted, y nos ha demostrado una y otra vez, tanto por sus actos como por sus palabras, que es digno de nuestra confianza.

Geary iba a abrir la boca de nuevo para poner objeciones, pero entonces lo entendió, como si sus antepasados se lo susurrasen al oído. Le había fallado a las tripulaciones de las naves perdidas en Lakota. Era algo terrible. Pero sería todavía peor fallarle también a las tripulaciones de las naves supervivientes, echar por tierra la fe y las creencias que había depositado en él, cuando era precisamente eso lo que hacía que siguiesen adelante. Contaban con él, era consciente de ello, del mismo modo que las tripulaciones de la *Audaz*, la *Atrevida* y la *Infatigable* eran conscientes

de que el resto de la flota contaba con ellas. Debía superarlo, y tanto Desjani como Rione tenían razón en que debía ser él.

La fe que los demás depositaban en él lo convertía en el único con posibilidades reales de mantener la flota unida, aunque evitar que la destruyesen fuese una tarea más que complicada. Pero tenía que hacerlo, y eso implicaba averiguar cuál era la mejor opción para continuar.

Se enderezó ligeramente en su asiento, asintió con la cabeza, y respondió con tono firme.

—Tengo una responsabilidad. —*Me guste o no, y la verdad es que no me gusta nada de nada*—. Gracias por recordármelo.

Ella se reclinó ligeramente, y sonrió, liberada.

—No me necesitaba, señor.

—Sí, está claro que sí. —Comenzó a forzar una sonrisa en su boca, pero al final acabó saliendo sola—. Gracias. Me alegro mucho de estar en su nave.

Desjani le respondió con una sonrisa, luego tragó saliva y pareció algo desconcertada. Luego se levantó de repente.

—Gracias, señor. Debo volver al puente de mando.

—Claro. Si ve a la copresidenta Rione, dígame que estoy bien.

—Así lo haré, señor.

Se despidió con un saludo militar y salió de la estancia sin dilación.

Geary permaneció sentado durante un buen rato, reflexionando. Luego se acercó al panel de control del visor. Un instante después apareció la imagen del sistema estelar Ixion, con la flota de la Alianza desordenada, tal y como había entrado en el punto de salto de Lakota, y tal y como saldría por el de Ixion. *Tiene que ocurrírseme algo, pero ¿qué?*

Capítulo 12

—Señor, le habla el teniente Íger, de Inteligencia. Tenemos algo importante que nos gustaría mostrarle.

Geary, que volvía a notar que la depresión se adueñaba de él al no ver ningún curso de acción adecuado para Ixion, se tomó un momento para pensar si responder o no. Tenía una responsabilidad sobre sus hombros, y no se libraría de ella hasta que no contestase al mensaje.

—¿A qué se refiere con algo importante?

—Eh..., es algo difícil de explicar, señor, algo que no esperábamos en absoluto, y tampoco sabemos qué significa realmente, pero podría ser más que importante.

A la sección de Inteligencia le encantaban expresiones como «podría ser», pero era extraño que admitiese claramente que no sabían lo que significaba.

—Tenemos todo preparado para mostrárselo aquí, pero si lo prefiere puedo subir y presentarle un resumen, señor —continuó Íger—. Como quiera.

Geary miró en todas direcciones. Encontrarse con la tripulación del *Intrépido* de nuevo, después de la huida desesperada de Lakota, todavía le resultaba bastante incómodo. No obstante, cada vez se sentía más agobiado en su camarote, como si fuese una prisión en la que él mismo se hubiese confinado. Pasó algún tiempo hasta que se decidió a salir y volver a ser el comandante de la flota.

—Bajo yo ahora mismo, ¿le parece?

—Sí, señor. Lo estaré esperando, señor.

Geary se levantó y comprobó su aspecto. Hizo una mueca y luego pasó un rato arreglándose y poniéndose un uniforme limpio. No importaba lo que hubiese sucedido en Lakota. No podía aparentar ser un comandante derrotado.

Los miembros de la tripulación del *Intrépido* con los que se encontró se mostraban preocupados, aunque sus caras se iluminaban, llenas de esperanza, cuando lo veían pasar. Geary intentó aparentar confianza pese a la tristeza que lo invadía, y pareció convencer a la mayoría, sino a todos. En su época de oficial de bajo rango había aprendido que si aparentabas saber lo que estabas haciendo, los demás asumirían que realmente sabías lo que hacías.

—¿Señor, cuál será nuestro plan de acción en Ixion? —le preguntó impaciente un tripulante.

—Todavía estoy considerando las opciones que tenemos —respondió Geary, como si tuviese un montón donde elegir y todas fuesen buenas. El tripulante sonrió, se tranquilizó y se despidió enérgicamente.

Mientras llegaba a la sección de Inteligencia, sellada tras múltiples escotillas de alta seguridad, Geary reflexionó sobre el hecho de que hubiese sido un oficial de dicha sección el que había sido capaz de convencerlo para salir de su camarote, algo

que ni la oficial de combate Desjani ni la política Rione habían conseguido. Aquello debía de estar bastante alto en la escala de ironías de la vida.

Al llegar, vio al teniente Íger esperándolo. Este lo observó, nervioso, mientras el comandante tomaba asiento y esperaba lo que tuviese que decirle.

—Señor, hemos analizado los mensajes que se pasaron las naves de la flotilla síndica que llegó a través de la puerta hipernética mientras estábamos en el sistema estelar Lakota.

—¿Cuánto han podido captar y descifrar? —preguntó Geary.

—No mucho, pero siempre se escapan algunas señales residuales, y si nos mantenemos en el sistema el tiempo suficiente como para alcanzarlas, podemos almacenarlas para intentar romper la encriptación —comenzó a explicarle Íger—. No es, ni remotamente, una fuente de inteligencia en tiempo real, aunque si consiguiésemos descifrar a tiempo un mensaje relevante para un combate, le informaríamos al respecto durante el mismo.

—Supongo que me dejaría decidir si realmente es relevante, ¿no? —preguntó Geary, sabiendo que seguramente era algo que ya habrían decidido ellos mismos.

—Eh, sí, señor —respondió el teniente Íger, quien sin duda estaba ya planeando algo para que fuese lo que pasase en el futuro.

—Me dijo que habían encontrado algo importante entre las señales que captaron en Lakota.

—Sí, señor —repitió Íger—. Es algo inusual, muy inusual. —Hizo una pausa, se mordió ligeramente el labio, y luego habló con rapidez—. Señor, según las conclusiones a las que hemos llegado, los síndicos estaban tan sorprendidos de haber llegado a Lakota como nosotros.

Geary se preguntó si realmente había escuchado lo que creía haber escuchado.

—¿Quiere decir que los síndicos que ya estaban en el sistema estelar Lakota se sorprendieron ante la llegada de refuerzos? —¿Por qué le importaría algo como eso a un oficial de Inteligencia?

—No, señor. La única interpretación que encaja con los mensajes que hemos podido descifrar es que las naves síndicas que llegaron a través de la puerta hipernética estaban más que sorprendidas de haber llegado a Lakota. Ellos pensaban que iban al sistema estelar Andvari.

A Geary le llevó un momento darse cuenta de que seguía mirando al teniente.

—¿Con qué frecuencia suceden estas cosas durante los viajes hipernéticos? —Nunca nadie le había dicho nada sobre naves que se perdían en la hipernet.

—Con ninguna, señor —afirmó el teniente Íger—. El uso de la llave es tremendamente simple. En el panel de control lo único que tiene que hacer es seleccionar el sistema estelar al que quiere ir. Durante el tiempo que pasa entre puertas, la llave sigue mostrando el rumbo. Fallar requeriría una demostración de

estupidez extrema, o negarse a saber cuál es el destino. Según nuestros archivos, y son bastante detallados, ninguna nave que haya usado la puerta hipernética ha ido a otro sistema que no fuese el deseado. El proceso es tan sencillo que ni siquiera un idiota podría hacerlo mal.

—No subestime a los idiotas, teniente. ¿Es posible que hubiese algún problema con su llave hipernética?

Íger hizo una mueca, frustrado.

—Le repito, señor, que, por lo que sabemos, cualquier error capaz de producir un fallo de ese tipo dejaría el dispositivo inoperante.

Geary se recostó, pensativo, mientras el teniente Íger esperaba, incómodo. *Seguramente esperaba que me ensañase con él y con su análisis, por lo que no me lo haría saber si no estuviese seguro de que está en lo cierto.*

—Supongamos que su análisis es correcto —comenzó a decir Geary, lo cual hizo brotar en la cara de Íger una expresión de alivio—. ¿Cómo puede ser que el destino de las naves fuese distinto del de la llave?

Íger negó con la cabeza.

—Según nuestros expertos, no es posible.

—¿Ha hablado con la capitana Crésida?

Íger pareció sorprenderse de que Geary supiese que Crésida era una de las expertas de la flota en sistemas hipernéticos.

—No, señor, no podemos mandar un mensaje tan largo y tan complejo a su nave mientras estemos en el espacio de salto. No obstante, hemos realizado una simulación de conocimientos basada en las investigaciones de muchos de los mayores expertos de la Alianza en el tema, y les preguntamos si era posible. Todos los avatares de la simulación coincidieron en que no era posible.

—¿No hay ningún modo de cambiar el destino durante el viaje por la hipernet? ¿Ninguno en absoluto?

—No, señor —afirmó Íger, seguro de lo que decía—. Y solo hay otra posibilidad para explicar lo que ha sucedido: que los síndicos intentasen engañarnos y emitiesen deliberadamente muchos mensajes para desorientarnos, sabiendo que al final decodificaríamos algunos de los que fuésemos capaces de captar.

—¿Y por qué no cree que ha sido eso lo que ha pasado?

—Fundamentalmente por la navaja de Occam, señor. En una situación como esta, un engaño de ese tipo sería algo demasiado complejo e incierto. La explicación más simple, la de que los mensajes son reales, es la mejor. Además es que lo parecen. Nada de lo que pone en ellos nos lleva a pensar que sean mentira. Su contenido coincide con la experiencia que tenemos de las comunicaciones síndicas, y tampoco se nos ocurre ninguna explicación de por qué los síndicos iban a intentar engañarnos de ese modo.

—Quizá para evitar que usemos su hipernet, para sembrar la duda de que eso es posible.

—Pero no pueden saber qué señales vamos a captar, señor. Algunas de ellas fueron emitidas en cuanto llegaron a Lakota, antes incluso de tener noticias de que nuestra flota estaba allí.

Geary asintió.

—¿Cómo está tan seguro de su explicación de que Lakota no era el destino de la flota síndica que finalmente llegó allí?

—Porque es lo único que cuadra con el tráfico de mensajes que captamos, señor —afirmó Íger abatido—. Hemos buscado otras explicaciones, pero ninguna tiene sentido.

—Está bien. —Geary se levantó—. Buen trabajo, tanto por el análisis como por ofrecermela la explicación que considera más adecuada. No obstante, ha ignorado un detalle.

El teniente pareció sentirse todavía más inquieto.

—¿A qué se refiere, señor?

—Me acaba de decir que no hay forma de modificar el destino de las naves en medio de un viaje hipernético. Si los datos que ha conseguido son reales, y no tengo razones para ponerlo en duda, tiene que haber un modo de hacerlo. Simplemente no sabemos cuál es.

Íger se sorprendió ante aquello. Luego asintió. Parecía desconcertado.

—Pero si los síndicos saben cómo hacer eso, ¿por qué estaban sorprendidos de haber llegado a un sistema estelar distinto del esperado?

—A lo mejor no son los síndicos los que saben hacerlo, teniente. —Geary hizo una pausa para darle tiempo a percatarse de las implicaciones de aquello—. ¿Tiene usted acceso a algún tipo de información de la que yo no dispongo? ¿Algún tipo de información demasiado secreta como para que yo esté al tanto?

—No, señor —contestó al instante—. Como comandante de la flota, tiene acceso a todo. No podría afirmar lo que respecta a los archivos de las demás naves, pero tiene acceso a todo lo que hay en esta, sin importar su clasificación o sus restricciones.

Había un visor estelar flotando cerca del mamparo. Geary se acercó a él y lo observó con atención.

—Teniente, ¿está al tanto de las informaciones que afirman que existe otra especie inteligente en el extremo del territorio síndico opuesto al de la Alianza?

Se dio la vuelta para ver a Íger, que lo miraba.

—No, señor —dijo, sorprendido—, nunca he escuchado nada al respecto.

Geary volvió a asentir con la cabeza.

—Hágame un favor, teniente. Reúna toda la información concerniente a los

extremos del espacio síndico. Investigue aquellos que guarden relación con sistemas estelares, tanto ocupados como abandonados, y con la situación de puertas hipernéticas. Luego dígame qué le parece.

En aquel momento era Íger el que estaba mirando el visor.

—¿Usted ya lo ha hecho, señor?

—Sí, y quiero ver si llega a la misma conclusión que yo.

Cuando Geary volvió a su camarote, se encontró allí a Rione. Esta se levantó y lo miró inquisitivamente.

—Este camarote no parece el mismo sin ti derrumbado sobre una silla, irradiando tristeza. ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí.

—Así que la capitana Desjani ha sido capaz de darte algo que yo no pude.

—Eso no es... me ayudó. Ambas me ayudasteis.

—Ya, ya. —Rione se acomodó en su asiento. Parecía cansada—. Da igual, está bien, fuese quien fuese. Me dieron ganas de arrearte unas cuantas bofetadas para que te movieses.

—Imagínate que al final empieza a gustarme —respondió Geary.

—¿Estás de broma? ¿Has pasado de la desesperación a las bromas?

—No, en realidad no. —Se sentó cerca de Rione y se encogió de hombros—. La verdad es que no sé cómo pudo funcionar, pero las responsabilidades pueden hundirte u obligarte a despertar. A veces ambas cosas a la vez. ¿Qué te parece, le ves sentido?

—Sí, claro —dijo Rione, con un tono de voz inusualmente amable—. ¿Dónde has estado?

—Vengo de las instalaciones de Inteligencia. —Geary ejecutó un visor estelar y le explicó lo que el teniente Íger le había dicho. Rione escuchó con atención, pero sin dar una sola pista sobre lo que pensaba.

—¿Cómo crees que ha sido capaz de llegar por la hipernet la flotilla grande a Lakota, justo a tiempo para machacarnos? —preguntó al final de la exposición.

Rione permaneció en silencio durante unos segundos, con los ojos clavados en el visor.

—Así que no fue mala suerte. Parece que los alienígenas misteriosos se han puesto del lado de los síndicos. Ya te dije que no te dejarían hacerte con la victoria.

—¡Pero si estoy bastante lejos de ganar nada! Sigo concentrándome en sobrevivir, y no sé durante cuánto más tiempo podré seguir haciéndolo.

—¿Has tenido en cuenta todo lo que eso implica?

—¡Pues claro! —La miró, y luego se paró a pensar—. ¿Qué implica?

Rione señaló el visor estelar.

—¿Cómo han sabido nuestros, cada vez menos hipotéticos, alienígenas que la

flota se dirigía a Lakota para así desviar a los síndicos allí?

Geary notó que se le aceleraba un poco el pulso.

—O disponen de algún medio para detectar nuestros movimientos casi en tiempo real y a distancias interestelares, o tienen un espía en la flota. ¿Crees que pueden parecerse lo suficiente a los humanos como para pasar desapercibidos?

—Eso si no son humanos. También puede ser que hayan contratado a alguien para espiarnos. O a lo mejor ni siquiera se trata de una criatura viviente, sino de un gusano alojado en nuestros sistemas para informar de nuestras actividades.

Geary asintió.

—No son más que hipótesis, pero la verdad es que me parecen más factibles que eso de poder observarnos a años luz de distancia sin retraso. Si esos... lo que sean, pueden hacer algo así, la tecnología humana está bastante atrasada en comparación con la suya. Y aunque no sea muy agradable, prefiero creer que tienen algún espía que les pasa la información. —Se paró a pensar durante un instante—. Por supuesto, tus informadores no han encontrado nunca rastro de espías alienígenas, quiero decir, si así fuese me lo habrías dicho, ¿no?

Rione puso mala cara y lo miró, casi irritada.

—Los que están a mi servicio están al tanto de muchos otros espías que trabajan para distintas personas. No obstante, gran parte de los informantes permanecen ocultos, estoy segura, y a las identidades de la mayoría de los que trabajan para ellos les sucede lo mismo, en el mejor de los casos. Y ahora pasemos a la siguiente implicación. ¿Cómo consiguieron los alienígenas la información justo a tiempo para actuar?

Geary la miró fijamente.

—Debería haberme dado cuenta de eso. La única forma para que lo hayan podido hacer es disponiendo de un sistema de comunicación más rápido que la velocidad de la luz que no implique tener que usar una nave para transportar el mensaje físicamente.

—Ya habíamos especulado sobre la posibilidad de que las puertas hipernéticas pudiesen hacer algo parecido.

—Sí... pero no había puerta en Ixion, que es desde donde fuimos a Lakota. De hecho, no hemos estado en un sistema estelar con puerta hipernética desde Sancere, y quedó destruida antes de que nos fuésemos.

—Cierto. —Rione hizo una mueca—. Un método de transmisión más rápido que la velocidad de la luz, y suficientemente pequeño como para pasar desapercibido en una nave. ¿Cuánto de avanzados tecnológicamente podrían estar esos alienígenas inteligentes?

Geary estaba mirando el visor cuando, de repente, se dio cuenta de otro detalle.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Puede que la peor de las implicaciones. Hemos estado deseando encontrar una puerta hipernética síndica poco defendida, de modo que pudiésemos utilizarla y alcanzar, por lo menos, las cercanías del espacio de la Alianza.

Ella asintió con la cabeza.

—Ahora no podemos hacerlo, ni siquiera aunque encontrásemos una sin ninguna defensa.

Entonces Rione también se percató, y clavó las uñas en las palmas de la mano.

—Si entrásemos en el sistema hipernético síndico y los alienígenas nos desviasen a otro sistema...

—Podríamos acabar en cualquier parte. En lugar de aparecer en el destino que planeábamos, en la frontera con el espacio de la Alianza, podríamos salir en el punto opuesto del espacio síndico. O incluso en un sistema con todas las flotas síndicas esperándonos.

—¿Y fuera de la hipernet síndica? —preguntó Rione—. Se supone que es imposible, pero últimamente se están volviendo realidad un montón de cosas que antes considerábamos imposibles.

Geary se sentó y se recostó en su asiento intentando entender todo aquello.

—No lo entiendo. Supongamos que pueden hacer todo eso, y seguramente algo pueden hacer. ¿Por qué iban a mancharse las manos? ¿Por qué iban a dejar que nos diésemos cuenta?

—A lo mejor los rangos más altos de los líderes síndicos ya los conocen y saben quién hizo que su flota llegase a Lakota en lugar de a Andvari. —Rione sacudió la cabeza—. Con respecto a nosotros, los alienígenas no esperan que sobrevivamos, o a lo mejor ni siquiera saben lo que pasó realmente. De un modo u otro, me sorprende que nos permitan ver lo que pueden hacer.

—Puede que sea porque no nos beneficia en absoluto. Seguimos estando atrapados. —La ira de Geary no hacía más que aumentar. Con todos los problemas que tenían, todavía faltaba que los alienígenas saltasen a la palestra para empeorar las cosas. No era como para llegar a esos extremos, pero no era justo, y al final se puso como una furia—. Parece que al final esta flota va a tener que pasarlo fatal para volver a casa sí o sí. Y puedes estar segura de que va a volver.

Rione lo miró sorprendida, casi sin creérselo. Luego sonrió.

—De la desesperación a la determinación. Ha sido un buen día para los cambios de humor, sobre todo en lo que respecta a ti. —Dejó de sonreír, y frunció el ceño—. Hay una opción que todavía no hemos considerado.

—¿Cuál?

—A lo mejor los alienígenas nos han permitido saber lo que pueden hacer con los sistemas hipernéticos a propósito. Puede que esperasen que escapases de ese sistema

estelar, igual que has hecho hasta ahora. Es posible que no estén ayudando a los síndicos, sino que intentan decirnos algo.

Geary miró el visor, mientras dejaba que aquella idea se asentase en su mente.

—Ya hay suficientes humanos que creen que puedo hacer lo imposible, como para que ahora los alienígenas opinen lo mismo. ¿Por qué iban a hacer algo así?

—No lo sé —dijo Rione claramente frustrada—. No sabemos nada sobre las metas de esos misteriosos contendientes. No sabemos cómo piensan, eso suponiendo que no sean humanos. ¿Qué es lo que quieren, que la humanidad siga enzarzada en una guerra sin fin? ¿Es que están esperando a que se construya el número suficiente de puertas hipernéticas para hacerlas colapsar y que liberen suficiente energía como para esterilizar cada recoveco del universo colonizado por la humanidad? A lo mejor es algo totalmente distinto, algún objetivo basado en un concepto alienígena que ni siquiera podemos nombrar.

—¿Intentas decirme que podrían no ser hostiles? ¿Incluso después de desviar a esa flotilla síndica a Lakota y que casi nos atrape?

—Sí, eso es precisamente lo que estoy diciendo. Si apareciese una flota alienígena ante nosotros mañana mismo, ¿qué harías?

Geary se paró a pensar.

—No estoy seguro. Si abriesen fuego sería fácil tomar una decisión, pero si solo apareciesen, sin más... Supongo que lo más inteligente sería intentar comunicarnos con ellos. Averiguar qué quieren.

—Y después —añadió Rione, mientras lo observada con mirada severa—, decidir si lo que quieren es algo con lo que la humanidad podría vivir.

—Sean lo que sean, nos deben algo por las pérdivas de la *Audaz*, la *Infatigable* y la *Atrevida* —replicó Geary, también con tono severo—. Más les vale tener una buena explicación.

Tres días más para pensar, y tres días más sin encontrar respuestas. En cuanto salieron al espacio normal en Ixion, Geary sintió amargura. No había ningún campo de minas a la salida del punto de salto, por lo que se limitó a presenciar la reunión de las unidades de la Alianza alrededor del *Intrépido*. Se centró en los informes de estado de las naves que llegaban en aquel momento, observando las actualizaciones de daño y reparaciones, las reservas de células de combustible y la munición restante. Todo tenía mala pinta. Peor incluso, puesto que algunas de las naves estaban todavía trabajando para recuperar sus sistemas de propulsión principales. Hasta que lo consiguiesen, la flota no podría alcanzar una velocidad adecuada sin que se quedasen rezagados.

Hacerlo implicaría dejarlos atrás, al alcance de los síndicos que saldrían por el mismo punto de salto, persiguiéndolos. Geary no tuvo el más mínimo problema en

imaginarse la escena, puesto que ya había ejecutado simulaciones de las peores situaciones posibles. La flota de la Alianza salía, escapando, por el punto de salto, con los síndicos justo detrás, con sus enjambres de cruceros ligeros y naves de caza asesinas alcanzando a las naves aliadas que no podían mantener el ritmo, para luego atacar al mismo cuerpo principal de la flota. Después dirigirían su fuego contra la retaguardia de la formación para que, una a una, fuesen perdiendo terreno hasta ser abatidos por el cuerpo principal de los perseguidores síndicos.

Realizó simulaciones sobre lo que pasaría si intentaba reorganizar la flota allí mismo para luchar contra las fuerzas síndicas que saldrían por el punto en su busca, y que todavía los superaban en número. No obstante, el hecho de tener tantas naves dañadas, las reservas de combustible bajas, y estar casi sin munición, hacía que el resultado fuese siempre la destrucción total de la flota de la Alianza.

Eso suponiendo que siguiese al mando de la flota después de la reunión de oficiales que debería convocar. La amenaza exterior lo acechaba para destruirlo, pero también era consciente de que tenía que enfrentarse con una amenaza interior más peligrosa si cabe.

No podían perder ni un segundo en Ixion, y no serían capaces de salir de allí sin perder muchas más naves. Después de aquel sistema estelar, si es que alguna nave de la Alianza conseguía salir adelante, no parecía haber forma de escapar de los perseguidores síndicos, ni se justificaría el sacrificio de todas las naves que se perdieron en Lakota. Miró a su alrededor, al puente de mando del *Intrépido*, y pudo ver a los consultores mirándose unos a otros con cara de impotencia, asustados y abatidos al contemplar el estado de la flota.

No podían resistir, ni podían escapar.

Fue entonces, en esa situación, cuando Geary se dio cuenta de lo que tenían que hacer. *Que le den a la reunión. He tomado una decisión, y van a seguir mis órdenes.*

Suspiró profundamente, miró durante un largo rato la maltrecha flota que escapaba del punto de salto y luego, con tranquilidad, manipuló los controles.

—A todas las naves de la flota de la Alianza, les habla el capitán Geary. Den la vuelta, inmediatamente. Repito, que todas las naves den la vuelta. Inviertan inmediatamente su curso virando en dirección ascendente y rotando.

La capitana Desjani le dio las órdenes a su tripulación automáticamente, y luego se giró para mirar a Geary, perpleja. Este no necesitaba ver las caras de los demás para saber cuales serían sus reacciones.

—¿Señor? —preguntó Desjani—. ¿Invertir el curso? Si vamos a intentar situar las minas que nos quedan...

—No vamos a hacer nada con las minas —afirmó Geary—. No tenemos suficientes como para que sirvan de algo.

Al momento le llegó un mensaje.

—Capitán Geary, al habla el capitán Duellos, de la *Osada*. Por favor, confirme la última orden.

—Confirmado. A todas las naves, inviertan su curso inmediatamente. Adelante.

Geary se preguntó si alguna de las naves seguiría su curso, adentrándose cada vez más en aquel sistema estelar, escapando hacia un lugar en el que no había refugio ni escondite alguno, solo la vasta extensión de nada que rodeaba Ixion. Al final pareció que nadie iba a ignorar la orden y quedarse solo en aquel vacío.

Vio que las naves trazaban un arco ascendente y rotaban sobre sí mismas. En aquel instante no estaban dispuestas precisamente en formación, pero tampoco tenía tiempo para organizarlas. Pese a salir del punto de salto a una velocidad relativamente baja, ejecutar la maniobra les llevó más tiempo del que a Geary le hubiese gustado, pero finalmente la flota de la Alianza al completo se orientó hacia su nuevo destino.

—Al habla el *Coloso*. ¿Cuál es el plan, capitán Geary? ¿No debería convocar una reunión en cuanto fuese posible? Deberíamos hablar sobre algunos asuntos críticos que atañen al mando de la flota.

—Al habla la *Conquistadora*. Estoy de acuerdo con el *Coloso*.

—Gracias por su sugerencia —respondió Geary—. No hay tiempo para reunirnos. Nos vamos de este sistema estelar. —Hizo una pausa suficientemente larga como para que todo el mundo lo escuchase y se preguntase qué pretendía—. A todas las naves de la Alianza, al habla el capitán Geary. No vamos a escapar ni un kilómetro más. Hemos dejado un trabajo sin terminar en Lakota, por lo que es allí a donde nos dirigimos. Vamos a saltar a ese sistema estelar, y en cuanto lleguemos, vamos a acabar con todas las flotillas síndicas que haya. Luego veremos cuántos miembros de las tripulaciones de la *Infatigable*, la *Audaz*, la *Atrevida*, la *Paladín*, la *Afamada*, y de las demás naves podemos rescatar, y finalmente seguiremos nuestro camino hacia el espacio de la Alianza, con determinación, sin importar lo que los síndicos interpongan en nuestro camino.

Volvió a suspirar profundamente mientras se preguntaba qué estarían pensando todos en ese instante.

—Vamos a atravesar el punto de salto de este modo para ahorrar tiempo y asegurarnos de sorprender a los síndicos. En cuanto salgamos en Lakota, que todas las naves viren a estribor ochenta grados y estén preparadas para el combate. No vamos a irnos de Lakota otra vez sin darles a los síndicos una lección que nunca olvidarán sobre cómo lucha la Alianza.

Y a lo mejor, de paso, les daremos también una lección a los alienígenas sobre lo difícil que es derrotar a la humanidad. Aunque tuviesen espías repartidos por toda la flota, no tendrían tiempo de avisar a sus superiores de que la formación de la Alianza estaba retrocediendo hacia el punto de salto. Sin los alienígenas ayudando a los síndicos, la batalla sería más justa.

—¡Sí, señor! —Desjani tenía una sonrisa en los labios, y el puño en alto. Los consultores que Geary podía ver en el puente del *Intrépido* estaban gritando y alentándose unos a otros. Pudo escuchar un leve rugido que poco a poco reconoció como el sonido producido por una tripulación del *Intrépido* entusiasmada.

Geary miró hacia atrás y vio a Victoria Rione observándolo como si de repente se encontrase en un manicomio.

—Capitán Geary —dijo protestando con la voz ahogada—, a su flota casi no le queda munición ni células de combustible, y muchas de las naves están dañadas ¿y aun así vuelve a Lakota?

—Exacto —afirmó Geary—. No podemos resistir aquí, ni podemos escapar, así que vamos a atacar.

Rione, horrorizada, dirigió su mirada de Geary a la tripulación del *Intrépido*, que celebraba las nuevas órdenes.

—¡Eso es una locura! ¿Qué pasa si continúa allí una fuerza síndica superior a la nuestra?

—Pues supongo que lo lamentarán —respondió Geary, a sabiendas de que lo que dijese acabaría sabiéndose en toda la flota. No era momento para la cautela, ni para la reflexión excesiva, ni para la duda. *Tengo que liderar la flota de la Alianza. Que las estrellas del firmamento me guíen para no destruirla, pero si finalmente es ese nuestro final, moriremos luchando, no huyendo.* Desjani lo miraba con una sonrisa en los labios, orgullosa de él, mientras las naves de la Alianza alcanzaban el punto de salto de nuevo. Era una de sus oficiales de la flota, y muy buena, por cierto; había entendido algo que Rione seguramente nunca habría podido comprender.

—A todas las naves —dijo Geary a través del sistema de telecomunicación—, nos vemos en Lakota.

»Salten.